XI PREMIO DE NOVELA HISTÓRICA CIUDAD DE ÚBEDA

COVA DÓNNICA

Año 722. Una cueva, un milagro, un rey

YEYO BALBÁS



Año 717.

Al-Hurr, el nuevo gobernador de al-Ándalus, se dispone a aniquilar los últimos focos de resistencia del reino visigodo. La conquista musulmana está a punto de consumarse bajo la despiadada tutela de Opas, el obispo metropolitano de Toledo, y los principales linajes hispanogodos deben enviar rehenes a Corduba. Fruela, hijo de Pedro, el duque de Cantabria, acude a la capital de al-Ándalus para garantizar la lealtad de su gente. Sin embargo, su verdadero propósito será encontrarse con Pelayo, un noble astur, antiguo espatario del rey Rodrigo, para entregarle una carta que desencadenará una rebelión en las montañas del norte.

Al mismo tiempo, al otro lado del Mediterráneo, el Imperio bizantino lucha por su supervivencia. Los sarracenos han reunido el mayor ejército desde que Jerjes cruzó el Helesponto para invadir Grecia doce siglos atrás. Mil ochocientas naves de guerra y ciento veinte mil muqātila avanzan, como una marea de fuego, hacia Constantinopla, y nada parece detenerlos…

Yeyo Balbás nos sumerge en una trepidante narración ambientada en un momento crucial de la Historia, en el que solo el valor y la tenacidad de unos pocos consiguieron frenar a un imperio que parecía imparable.

Yeyo Balbás

Cova Dónnica

ePub r1.0
Titivillus 24.12.2022

Título original: *Cova Dónnica*
Yeyo Balbás, 2022

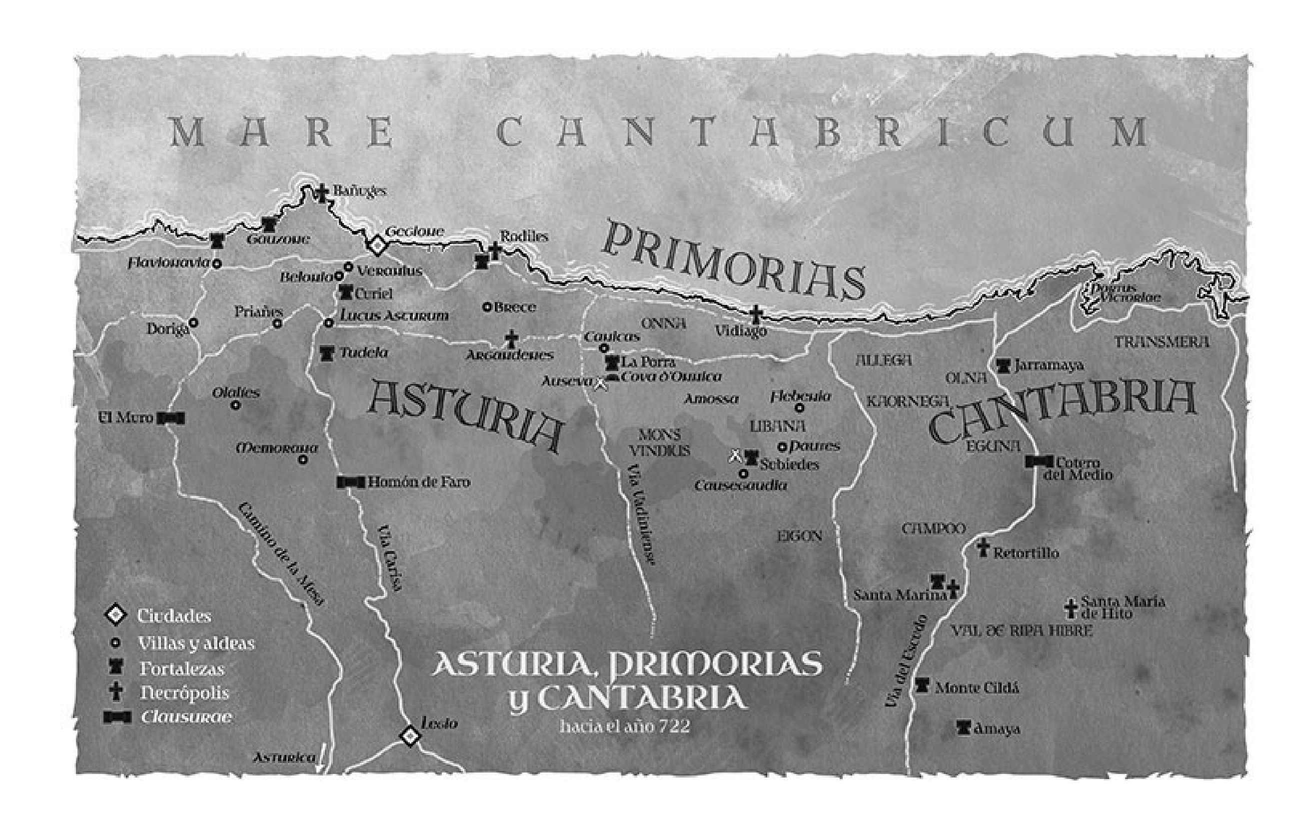
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A Hortensia Polanco.
Porque toda historia comienza con una madre.

Por supuesto, hay hechos irrefutables que avalan la pluralidad de España: lenguas distintas, culturas regionales de arraigo más o menos antiguo, conflictos religiosos, ideológicos, y hasta choques de civilizaciones. Esto también es España. Pero, antes que todo ello, España es un ámbito de transacciones, no siempre pacíficas, guiadas por el designio de construir (un construir que suele ser imaginado como reconstruir) una unidad que se tiende a suponer perdida.

***El Reino del Ocaso*, Jon Juaristi**


MARE CANTABRICUM
Bañuges
Gauzone
Gegione
Rodiles
PRIMORIAS
Flaviouavia
Belouio
Veranius
Curiel
Priañes
Doriga
Lucus Asturum
Brece
Tudela
Argandenes
ONNA
Caulcas
La Porra
Cova d'Onnica
Auseva
Vidiago
ASTURIA
Olalies
El Muro
Memorana
Homón de Faro
Amossa
Flebeula
LIBANA
MONS VINDIUS
Paunes
Sebiedes
Causegaudia
Vía Vadiniense
Vía Carisa
Camino de la Mesa
EIGON
ALLEGA
OLNA
KAORNEGA
CANTABRIA
EGUNA
Jarramaya
TRANSMERA
Portus Victoriae
Cotero del Medio
CAMPOO
Retortillo
Santa Marina
Santa María de Hito
VAL DE RIPA HIBRE
Vía del Escudo
Monte Cildá
Amaya
Ciudades
Villas y aldeas
Fortalezas
Necrópolis
Clausurae
Legio
Asturica
ASTURIA, PRIMORIAS y CANTABRIA
hacia el año 722

Había un duque llamado Pedro que vivía en Amaya. Ostentaba el señorío de Cantabria, provincia que le entregó el rey Wamba de los godos de Spania. Pedro y su esposa tuvieron dos hijos varones; el mayor se llamaba Alfonso, y el más joven, Fruela. Ambos se hicieron hombres fuertes, como lo había sido su padre. Alfonso era hábil con las letras, moderado en temperamento, severo con sus enemigos y buen consejero en asuntos de enjundia. Fruela era insensato, procaz, diestro en las armas y capaz de ganarse el corazón de hombres y mujeres por igual. El duque también engendró una hija, de nombre Gausinda. Cortés y bien dotada, desposó a Teudis el Tartaja, un rico infanzón de un linaje menor.

Sucedió que la familia ducal fue convocada en Toletum para un concilio del Aula Regia. Por entonces reinaba Witiza, oprobioso y de costumbres infames. Se decía que el rey había enfermado, y muchos creyeron que designaría a un sucesor, mas, en su lugar, dispuso que obispos, presbíteros y diáconos tomaran mujeres. A instancias de Opas, el hermano de Witiza, Fruela fue nombrado espatario y ganó prestigio en la corte. Hasta que, muerto el rey, llegó el interregno, y los nobles, como siempre hacen, se disputaron el trono. El Aula Regia designó a Rodrigo como regente en tanto que Alamundo, el primogénito de Witiza, fuera menor de edad. Pero Sisberto, el otro hermano del rey, codiciaba la corona. Fruela desbarató su conjura cuando apresó al heredero, e hizo entronar a Rodrigo. De este modo, el joven se ganó el odio de los witizanos y el aprecio del nuevo rey.

Rodrigo guerreó contra los usurpadores y sometió a los vascones, como se ha referido en otra parte. Instigado por la deslealtad, Tāriq llegó desde tierra de moros y se enfrentó a Rodrigo en la batalla del Lago. Traicionado por Opas y Sisberto, el ejército godo fue derrotado; la morisma invadió la piel de toro y tomó por la fuerza cuanto quiso. Allá donde los magnates no capitularon, las aldeas fueron incendiadas; el estruendo de las armas resonó por todas partes. Fruela logró escapar y convenció a la corte para que se refugiara con el tesoro regio en Amaya. Ávido de riquezas, Tāriq los siguió hasta allí. Al verse amenazados, toledanos y norteños discutieron, los pareceres divididos entre encastillarse en el lugar o buscar refugio en el norte,

más allá de las montañas. La nobleza goda decidió luchar hasta el fin y, junto a la familia ducal, Fruela cruzó los puertos.

No se supo más de él.

I

La nieve caía sobre la aldea encaramada en el cerro, desdibujando el límite entre la tierra y el cielo, sepultando las cabañas de zarzo. Cellisca eterna y un viento incesante, en un paisaje mudo y desolado, anochecía, y casi podía escucharse el suspiro de la nieve al disolverse en el suelo enlodado. Matrice se asentaba sobre un acuífero y el agua inundaba aquel laberinto de chozas, cercas de palos torcidos y corrales destartalados.

Bajo una llovizna invernal, Waldemir sentía la humedad en las botas cada vez que se hundían en el cieno. Se detuvo ante las ruinas de una basílica, un lugar mudo y sombrío, como el mismo dios al que fue consagrada. La lluvia había anegado el altar de Santa María, y, entre la maraña de vigas, descubrió la inscripción que presidía el ábside:

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR, BOCATO, INDIGNO PRESBÍTERO, CONSTRUYÓ ESTA IGLESIA, SIENDO NUESTROS REYES ÉGICA Y WITIZA

Nadie había pisado el templo desde que había sido saqueado seis años antes, después de que los sarracenos tomaran Toletum. Recordó la prosperidad de la aldea, a solo una jornada al norte de la capital del reino, y al rebuscar entre los escombros, sintió un escalofrío en la espalda. A lo lejos, el viento gemía entre los brezos, y resonó el chillido de un grajo. Volcado entre la maleza, el portalón aún conservaba los goznes de hierro. Del deslucido morral el herrero extrajo un escoplo y un mazo. Por un momento pensó en el castigo por aquel acto sacrílego —ya fuera en esta vida o en la otra—, y después en los suyos. Los moros se habían llevado el ganado. Cada mañana, revisaba las trampas y volvía a casa con las manos vacías. Apenas le quedaba hierro en la forja, y la noche anterior había sopesado vender a su hija o abandonar al pequeño en el páramo. Cada día que pasaba, miraba a su familia a los ojos y establecía el rango de vacío que cada uno dejaría tras de sí.

Clavó el escoplo en la madera y comenzó a arrancar las bisagras. El eco sordo de los golpes resonó en los muros, y sintió un escalofrío al intuir una

presencia tras él. Ocultó las herramientas entre las raíces de un roble para escrutar el camino que atravesaba el río y conducía a Miacum. Ante él surgió una figura espectral, un jinete envuelto en un manto oscuro que empleaba para cubrirse la testa. Montaba un semental tordo, grácil y de buena alzada.

El recién llegado se detuvo ante él. Echó hacia atrás la clámide para mostrar un rostro sereno, con una horrenda cicatriz en la mejilla izquierda, el cabello pajizo largo, a la antigua usanza, la barba encanecida por la escarcha. Unos ojos grises, traslúcidos como cuentas de vidrio, le escrutaban.

—Buenas noches —dijo con acento norteño.

Sopló un viento gélido y las ramas del roble temblaron y luego quedaron inmóviles. El forastero aguardaba una respuesta.

—¿Quién eres? —le preguntó Waldemir.

—Necesito cambiar de herraduras. Puedo pagar.

El herrero se quedó mirándole sin saber qué contestar. Nadie en su sano juicio osaría atravesar, en pleno invierno, aquella sierra infestada de bandidos y las tierras que los masmūdas habían reclamado a septentrión. Aunque quizás no fuera lo que aparentaba. Era bien sabido que la cristiandad fenecía en las montañas del norte, y que en los bosques del océano daba comienzo la desolación donde Satanás y sus demonios eran venerados como dioses. La vista del herrero bajó hasta los pies del recién llegado, para asegurarse de que tuviera sombra. Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, el norteño sonreía mordaz.

Un cambio de herraduras suponía el sustento de su familia durante veinte días. No podía negarse.

—Acompáñame —le dijo.

La aldea se hallaba desierta, tras la puesta de sol nadie se atrevía a abandonar las cabañas de adobe. Antaño la herrería había sido un espacio de reunión; al calor de la forja los vecinos se congregaban para beber y charlar. Ahora el lugar se mostraba desolado, atestado de humo y en penumbra. Una amalgama de útiles oxidados colgaba de las vigas teñidas de hollín.

Waldemir examinó los cascos de la bestia mientras el forastero retiraba la silla y, al verlos recién herrados, alzó la vista, alarmado. Dio un paso atrás cuando el montañés se llevó la mano al cinto.

—Quiero un remonte a una espada —dijo, y el herrero observó el oro que había depositado sobre el yunque. No eran dinares, sino tremises con la efigie del rey Witiza. Relucientes, sin mácula. Como si acabaran de salir del cuño.

Una puerta chirrió. La esposa del herrero asomó por el resquicio con una criatura en brazos.

—Retírate —le dijo Waldemir—. Tengo trabajo que hacer.

—¿Quién es? —preguntó ella, suspicaz.

—¡Obedece, mujer! —Mas la orden sonó a ruego, a desesperación, y ella atrancó la puerta, asustada.

Sobre la mesa el norteño había dejado una hoja de espada. Intrigado, Waldemir escrutó aquel acero de vetas oscuras, afilado como una cuchilla de afeitar. Resultaba frío al tacto, recién pulido y aun así opaco; un metal enigmático, arcano, pavonado por el tiempo, el sudor y la sangre. Fue como tocar el mal.

—Una espada baylamānī —dijo el norteño.

Hadīd al-hindi. Un acero legendario, traído en lingotes desde una remota isla de la India y forjado durante meses en Baylamān, una ciudad del Yemen, hasta crear una hoja flexible con un filo eterno. Ningún ismaelita se desprendería de ella por voluntad propia. Sin duda había sido tomada del cadáver de un caudillo árabe del más alto rango. Si descubrían que había pasado por sus manos… Su atención recayó sobre el oro. Suficiente para alimentar a su familia durante seis años.

—Debes reemplazar el puño por este. —El norteño desenfundó la espada que llevaba consigo, con la hoja partida y comida por el óxido. Waldemir observó la empuñadura áurea decorada con retículas de granates que en su día recubrieron unas piezas de madera. Parecía digna de un rey de los días antiguos.

Al examinar la inscripción de la cruceta, supo que lo era.

—«Mimung» —murmuró, y el forastero percibió su ansiedad.

—¿Sabes leer?

—Mi padre… era de buena familia —respondió sombrío—. Trabajé como espadero en la corte de Witiza.

—Lo sé. Me dijeron dónde encontrarte.

Mimung había sido la legendaria espada de Vidigoya, el rey que acaudilló a los godos cuando invadieron el país de los sármatas cuatro siglos antes. Los poemas aseguraban que aquella arma había sido forjada por su padre, el gran maestro herrero Wieland, hacedor de Gram, la espada con la que Sigurd mató al dragón Fafner. El herrero de Matrice ignoraba qué había de cierto en los cantos, aunque sin duda aquella reliquia había sido tomada del tesoro regio antes de que Tāriq conquistara Toletum.

Contempló el acero ismaelita. Parecía obra del Diablo. Las espadas germánicas se forjaban a partir de barras de distintas aleaciones, retorcidas y soldadas hasta crear una hoja elástica con un sólido filo. Aquel acero

baylamānī —flexible como el fresno, duro como el lapislázuli— estaba hecho en una sola pieza y mostraba una superficie de ondas oscuras, como el agua de un sombrío manantial.

Waldemir depositó el arma sarracena junto al yunque y se dispuso a encender la fragua. El forastero se sentó ante él.

—Si dañas el temple —le dijo—, te mataré.

Al escrutar su expresión, Waldemir supo que no mentía y entonces lo reconoció, por lo que decían de él las canciones. Un norteño sin alma, nacido en una tierra de demonios con un solo ojo, que junto al rey Rodrigo condujo a una generación de guerreros al desastre.

—Tendré que calentar la espiga, para remacharla al pomo —respondió.

El forastero asintió en silencio. La composición del hadīd al-hindi, su proceso de forja y modo de enfriar el metal eran el secreto mejor guardado del Imperio islámico. Si calentaba la espiga en exceso, podía dañar el temple y la hoja se mellaría al primer golpe.

Waldemir se santiguó antes de comenzar. Avivó el fuego con la pareja de fuelles mientras el norteño se acercaba para calentarse las manos. Había decidido reforzar la guarda y el pomo con el acero de Mimung. Desmontó la espada goda y depuró el metal, batiéndolo con el mazo una y otra vez para eliminar impurezas.

—¿Quién señorea el poblado? —le preguntó el montañés.

—Los Banū Sālim, de la tribu masmūda. Han reclamado los valles del Fenaris y el Sarama.

—¿Y el obispo de Complutum?

—Él aporta los censos y los moros cobran tributo a punta de espada. A cambio, el mitrado obtuvo un tercio de los bienes de la Iglesia y, por ello, se muestra fiel como un perro pastor. Nosotros salimos trasquilados.

Introdujo en la fragua la barra de acero y empezó a dar forma a la cruceta y el pomo.

—Dicen que el descontento crece entre los moros —añadió el forastero.

—El año pasado el califa designó a un nuevo gobernador, al-Hurr ‘Abd al-Rahmān al-Taqafī. Obligó a los moros a que devolvieran lo que nos arrebataron de un modo ilícito. Pero solo a ellos. Los árabes campan a sus anchas y toman todo cuanto desean, incluidas las mujeres.

El montañés escrutó el páramo más allá de la puerta. Miles de guerreros en busca de fortuna habían cruzado el Estrecho, desde una tierra en la que el prestigio se basaba en la posesión de hembras, y seguidores de un credo que no ponía límite al número de barraganas.

—No veo armas en la herrería —dijo al cabo.

—Nos está prohibido tenerlas. La gente esconde a sus hijas en la bodega o entre los puercos, y reza para que no las encuentren.

Cualquier patán podía calentar un hierro y darle forma a base de golpes; el secreto del temple le convertía en señor del fuego. Waldemir extrajo la guarda de las brasas, la depositó sobre el yunque y murmuró un padrenuestro. Al concluir con «líbranos del mal», sumergió las piezas en el cubo de agua. Después, las caldeó sin alcanzar el rojo y dejó que se enfriaran al aire.

—El punto de equilibrio ha de estar a cinco pulgadas de la guarda —le indicó el norteño.

El pomo servía de contrapeso a la hoja, para que la punta no tendiera a caer. El espadero comenzó a devastarlo con la piedra esmeril; tras varios ajustes, retiró la cruceta y el pomo.

Había llegado el momento. Sujetó la hoja con las tenazas, hundió la espiga en la fragua y accionó los fuelles hasta que el acero se volvió oscuro. Decidió martillear en frío, sin que el metal alcanzase el rojo. Montó la empuñadura y pasó horas remachando; el acero baylamānī apenas se deformaba. Trabajó durante toda la noche, peleando contra el sueño, hasta que el puño resultó inamovible. Le fijó unas cachas de madera de boj y asentó la carcasa de oro y granates sobre la empuñadura recién forjada.

El herrero admiró su obra con orgullo: Mimung había renacido, a partir de las reliquias de dos mundos. Oro y granates resaltaban sobre un acero oscuro de aspecto inquietante.

Amanecía; el sol asomaba entre los montes y teñía el paisaje de fuego. El forastero seguía sentado ante él, en penumbra, observándole. Waldemir le arrojó la espada y él la tomó al vuelo, comprobó el equilibrio y dobló la hoja apoyándola en la rodilla hasta que punta y pomo se tocaron. Luego clavó el arma en una viga y empujó con todas sus fuerzas para formar una S. Depositó un caldero de hierro sobre el yunque y lo partió en dos de un solo tajo. Acarició el filo con los dedos hacia el punto de percusión. De las yemas manó un hililllo de sangre.

El norteño introdujo el arma en la desgastada funda que pendía de su cinto y entregó al herrero la bolsa con el oro. En el exterior no hallaron la calidez de la aurora, solo la desolación y un gélido viento serrano. El forastero se envolvió con la clámide y saltó sobre el caballo.

—Sé quién eres —le dijo Waldemir, y miró a los ojos del más maldecido de todos los hombres, el espatario que aconsejó al último rey de los godos que librara una batalla que no podían ganar. Malhaya fue quien le acompañó a los

confines del reino, y desdichados aquellos que presenciaron la ruina de Spania.

El herrero percibió un gesto bajo el manto: una mano acariciaba el puño del arma mortífera que le acababa de entregar. Supo cuáles eran sus pensamientos. Cualquiera podría lucrarse delatando al portador de una hoja baylamānī.

Un exiguo canje de miradas y la diestra del norteño abandonó la espada. Las herraduras crujieron en la escarcha cuando condujo la montura hacia el sur, dispuesto a reanudar la marcha.

—El Tagus anda crecido por las últimas lluvias —le advirtió Waldemir—; te será imposible hallar un vado.

—¿Ya no hay barqueros en Portusa?

El herrero cabeceó una negativa.

—El único modo de atravesar el río es el puente de Toletum, que está en manos de los sarracenos. Deberás pagarles pontazgo y, si te ven armado, te cortarán las manos. ¿Para qué ir al sur?

La ventisca arrastraba los primeros copos de nieve; el astro rey solo era un tibio disco de ámbar. Por segunda vez, el norteño sonrió.

—Voy a presentar mis respetos al nuevo valí de al-Ándalus.

II

El montañés cabalgó por un paraje berroqueño donde el sol languidecía entre brumas grises y los árboles muertos no daban sombra. Hacia el mediodía, el cielo mudó a oscuridad y las tinieblas vomitaron una gélida llovizna sobre la desolada llanura. El nevazo había sepultado el camino y, por dos veces, el norteño fue incapaz de encontrarlo. Un miliario, desgastado hasta resultar ilegible, le permitió retomar la calzada.

Los graznidos de los cuervos le dieron la bienvenida a Toletum, la ciudad de los reyes. En la vega baja, cientos de cadáveres colgaban en una hilera de postes ante la basílica de Santa Leocadia. El cierzo arrastraba un miasma pútrido; unos moros de rostro huraño conducían a una columna de cautivos encadenados, mientras una mujer protegía a un chiquillo con su cuerpo escuálido. La carita del mocoso asomaba, pálida, entre pliegues de ropa ajada. Por un momento la mujer prestó atención al espatario, a su caballo, a las armas, a los símbolos de rango, y luego escupió a sus pies.

Al paso del norteño, los lugareños le maldecían con la mirada. Las matronas despotricaban contra los nobles por arrebatarles a sus hijos para llevarlos a la guerra. Los hombres farfullaban sobre cuál habría sido la mejor estrategia que seguir. Hacía tiempo que él había dejado de ser un noble. Solo era un vagabundo, unido por un juramento de lealtad a un rey muerto.

Tomó la senda del lado siniestro y cabalgó ante las murallas de la antigua urbs regia. Sobre un cerro bordeado por un meandro del Tagus, la antigua capital goda era una ciudad fantasma y una nueva sociedad se fraguaba entre las ruinas, a medida que la ciudad de los reyes se convertía en la sede de la Tagr al-Awsat, la Marca media de al-Ándalus.

Una aguanieve caía sobre la ciudadela; el viento nordeste azotaba las lonas y dispersaba el humo de las hogueras. Encorvados ante la mordedura del frío, una decena de moros hacía guardia en la entrada oriental del pretorio. Al ver llegar al norteño, el sarraceno que lideraba la guardia le dijo algo en árabe y él se limitó a negar con la testa.

—¿Quién eres? —tradujo un baranis, de las cabilas moras que habían abjurado de Cristo una década antes.

—Me llamo Fruela. Soy hijo de Pedro de Cantabria. —El norteño les entregó una placa de plomo con una inscripción en cúfico. El ismaelita examinó el salvoconducto y escupió unas palabras.

—Quiere saber adónde vas y por qué no conoces el árabe —dijo el baranis.

—Me dirijo a Corduba —respondió el montañés—. Debo presentarme ante el nuevo gobernador de Spania.

El sarraceno arrugó la frente al observar el crucifijo del norteño y le habló de nuevo, con la mirada prendida en la funda de la espada baylamānī.

—Los dimmíes no podéis llevar armas —le tradujo el moro—. Son órdenes del califa.

Las armas convertían al niño en adulto, distinguían al hombre libre del esclavo y encumbraban al guerrero por encima del resto. Aquel desolado puente suponía un cuello de ánfora por el que viajeros de todas partes se veían obligados a pasar. Más allá de someter a los dimmíes a un estado de indefensión, aquellas leyes tenían un claro propósito.

—¿Y cómo me defenderé de los muslimes? —le preguntó Fruela—. En los márgenes del camino había docenas de cadáveres.

—El Corán prohíbe maltratar a los dimmíes —dijo el traductor—, esos malhechores no pueden ser musulmanes.

—Soy hijo de un duque —declaró con orgullo—. El valí al-Hurr me ha concedido amān para cruzar esta tierra. ¿Vais a despojarme de la espada?

Una decena de guardias se le acercó con las armas dispuestas, y el sarraceno fue tan necio de hacerlo por la diestra. Mimung abandonaría la funda como un relámpago: el árabe era ya un muerto en vida. Con suerte, acabaría con un par de moros antes de que le ensartaran.

Un estruendo de herraduras resonó sobre el camino enlosado, y un heraldo se presentó ante el jefe de la guardia, que asintió con desgana. El recién llegado se dirigió a Fruela:

—Debes acompañarme.

Cabalgaron por el patio del antiguo palacio de los reyes godos. El Aula Regia, donde antaño se reunía el oficio palatino, se había convertido en establo. La cruz de la iglesia de los apóstoles Pedro y Pablo, el corazón espiritual del reino, había sido demolida. La cámara del Tesoro se había convertido en mezquita y ambos templos, casa de Dios y oratorio islámico, se hallaban pared con pared. Fruela se detuvo ante la basílica donde fue

coronado Rodrigo, y le asaltó una miríada de recuerdos. Se detuvo ante el avance de una columna de individuos ataviados con ropajes de cáñamo.

—He pecado, he obrado mal, ten piedad de mí, Señor —entonaban con voz lastimera, azotándose la espalda con sarmientos, los pies desnudos sobre la aguanieve. Una amalgama de pústulas sanguinolentas asomaba entre jirones de paño.

El ordo de los penitentes se adentró en la basílica mientras un coro de diáconos entonaba una letanía monocorde. El heraldo condujo a Fruela hasta el sombrío interior, decorado con frescos, relieves y celosías, atestado de nobles con ornato extranjero. Escribas, hacendados, eruditos, hombres de Dios…, todos se habían acomodado en el nuevo orden. La mayoría había abrazado el Islam por puro interés y el resto entregaba sus hijas para emparentar con los árabes.

—Mi propio hermano, el rey Witiza, fue un libertino —clamaba el clérigo desde el altar—. Su depravación llegó a oídos de Dios, que vio cómo el clero se contagiaba de su lujuria. Rodrigo no fue mejor que él. Pecó de orgullo y en vano quiso evitar el castigo que Dios nos impuso. Nada volverá a ser como antes. Nuestros señores traerán consigo su lengua, leyes y costumbres. Debemos ver en nuestros pecados el origen de todos los males.

«He pecado, he obrado mal, ten piedad de mí, Señor», repitieron los penitentes, y el resto de fieles comenzó a depositar las ofrendas.

El Apocalipsis se recita el Día de Todos los Santos, cuando se realizan las donaciones a la Iglesia. Al oficiar la misa, el sacerdote enumera los castigos que nos aguardan el Día del Juicio Final, y después explica el modo de hallar la absolución. Una minuciosa descripción de Satanás y su cortejo de ángeles caídos, desde Belcebú, el señor de las moscas, hasta Asmodeo, el príncipe de los infiernos a lomos de su dragón, bastará para propiciar una fructífera catarsis de pago. La culpa es el más férreo acicate de la voluntad humana. Si alguien está convencido de que ha cometido algo execrable, hará cualquier cosa para librarse de su hedor. Y para asegurarse de que nadie pudiera evadirse, Dios se encargó de que el hombre comiera del fruto prohibido. Nacimos manchados por el pecado al salir del vientre materno.

El obispo repetía la acostumbrada letanía… Ama a tu enemigo, arrepiéntete de tus pecados, ofrece la otra mejilla, no te quejes, son sus costumbres, y paga, serás mejor persona. Paga a la Iglesia, paga la yizia. Desde sus palacios y púlpitos catedralicios, el alto clero recitaba el acostumbrado sermón mientras ignoraba los abusos y vejaciones que jamás afeaban sus opulentas vidas.

Concluida la misa, el heraldo dedicó un gesto al norteño. La sacristía se hallaba en penumbra; solo una pareja de candiles alumbraba el interior. El obispo metropolitano de Toletum, cabeza doctrinal de la Iglesia hispana, sonrió al verlos llegar. Bajo y de hechuras fuertes, no había un ápice de rudeza en él. Moreno de piel y de cabello crespo, su mandíbula cuadrada enmarcaba una sonrisa cauta. Los ojillos astutos estudiaron a Fruela.

—Hacía tiempo que no nos veíamos —le dijo Opas, con el cáliz aún en las manos. Lucía un semblante despreocupado, casi jovial.

—Así es. —Fruela a punto estuvo de llevarse la mano a la mejilla abrasada.

Recordó la batalla del lago. Millares de guerreros acudiendo a la llamada del rey para enfrentarse a la peor amenaza que, en dos siglos, había conocido el reino. A medida que marchaban hacia el sur, se les fueron sumando más hombres. Durante siete jornadas la hueste de Rodrigo desafió a la fatiga, al despiadado sol de la Bética, a un enemigo implacable que los aguardaba en lo alto de un cerro. Al octavo día entraron en liza y, cuando la victoria parecía al alcance de la mano, las tropas de Opas y Sisberto abandonaron la lucha. De saborear el triunfo pasaron al más amargo de los fracasos. Ciudades en ruinas, millares de mujeres y niños vendidos como ganado. Una pesadilla hecha realidad. La pesadilla en la que se había convertido su vida.

Solo tenía una certeza: dos hombres se lo habían arrebatado todo, y uno de ellos se hallaba ante él.

—Espero que no me guardes rencor —añadió el clérigo, observando la cicatriz del norteño—. Se requiere mucho coraje para perdonar a quien te ha dañado. El ojo por ojo acabará cegando al mundo entero. «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

A su lado, el heraldo afilaba un cuchillo. La presencia de seis bucelarios con yelmo y espada en las dependencias eclesiásticas resultaba disonante. Fruela reflexionó sobre lo fácil que era mostrarse pacífico rodeado de sicarios.

—La mansedumbre no hace a nadie virtuoso —contestó—, solo le vuelve débil. Ser capaz de matar y negarse a ello… eso es virtud.

—Sobre los poderosos recae una responsabilidad enorme —convino el obispo mientras depositaba la mitra en la mesa—. Una charla como esta puede cambiar el destino de todo un reino.

—¿Una charla como la que tuvisteis con Basualdo, antes de que su diócesis fuera arrasada?

—El obispo de Pallantia se negó a cooperar. —Opas se despojó de la casulla—. Dijo que los censos habían desaparecido en un incendio.

—Y vos dijisteis que mentía —respondió el norteño. De las cincuenta sedes episcopales del reino apenas una veintena sobrevivía.

—No fue una decisión fácil —admitió el religioso—. Como primado de la Iglesia de Spania, a veces debo dejar de lado la moral en aras de la convivencia entre credos.

—¿Y con qué Opas estoy hablando ahora? —La mirada del norteño se clavó en sus ojos negros—. ¿Con el Opas amoral o con el inmoral?

—Ambos son una misma persona que, en ocasiones, ha de tomar decisiones difíciles. —El obispo guardó el cáliz en el interior de un relicario—. Pero marchas a Qurtuba, como leal súbdito del califa…

—Así es.

—Capitular ante Mūsà fue lo más sensato que pudiste hacer —señaló Opas—. Debemos abrazar la paz del Islam. Los muslimes solo quieren que respetemos a su profeta.

—El respeto obtenido por la fuerza se llama miedo.

Por un momento el heraldo alzó la vista del cuchillo al tiempo que daba los últimos retoques al filo.

—Tu hermano Alfonso siempre se mostró más razonable —dijo un Opas consternado—. No es de extrañar que tu padre prefiera sus consejos. —El clérigo esbozó una mueca ante su reacción—. Sí, aún tengo oídos en todas partes.

—Dicen que, tras la muerte de ‘Abd al-‘Azīz, vuestra posición no ha menguado.

—El hijo de Mūsà se dejó influir por la viuda de Rodrigo, ignorando mis consejos —declaró el religioso con infinita lástima—. Ahora disfruto de la confianza de al-Hurr; mi cometido es velar por la paz.

—¿Como en la vega baja? —Con un gesto, Fruela aludió a los cadáveres que adornaban la basílica de Santa Leocadia.

—El conde Laurente lideró una revuelta. Traté de interceder por él, pero el nuevo valí no se muestra inclinado a la misericordia. Las hijas de Laurente fueron vendidas en Qayrawān y su primogénito acabó castrado en un harén damasceno. El linaje de Laurente se ha extinguido. —El obispo entrelazó las manos bajo el mentón para observar la espada que el cántabro llevaba a la cintura—. Teodomiro, Casio…, todos han hallado su sitio en al-Ándalus. Si, por algún motivo, alguien organizase una rebelión en el norte, ningún señor le apoyaría. Por cierto, ¿sabes algo de Pelayo?

—Hace años que no le veo.

—Munuza ansía la mano de su hermana; sería un buen acuerdo entre ambos. Los enlaces mixtos contribuyen a la hermosa convivencia entre credos.

Fruela enmudeció ante la sola mención del gobernador de Asturia. Un ismaelita podía desposar a cuatro cristianas y sus hijos serían mahometanos por ley; los cristianos solo se unían a una esposa, y esta no podía ser musulmana. De este modo las propiedades de la aristocracia hispana se incorporaban a la estricta herencia patrilineal árabe. Los sarracenos se estaban apoderando de las tierras que aún no habían conquistado gracias a la hermosa convivencia entre credos.

Opas le devolvió el salvoconducto de plomo.

—Puedes proseguir tu camino —dictaminó—. Por cierto…, me han dicho que Hilduara te ha dado una hija.

Por vez primera, el norteño dejó entrever una sombra de temor.

—Así es.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro años —respondió.

—Uno de mis hombres encontró esto; creo que le pertenece. —Opas extrajo del arca una figura de madera, y el norteño tomó el juguete de su hija —. Sé prudente. Sería una lástima que tu insensatez la condenase a la esclavitud.

El primado de la Iglesia hispana, hijo de reyes y asesor de califas, empleó el tono afectuoso que reservaba para tales ocasiones.

Fuera, el sol era un borrón carmesí sobre un cielo índigo sin estrellas. Fruela dejó atrás el pretorio y deambuló por la urbs regia. Las puertas se cerraban a su paso; la mayoría lucía una menorá en las jambas. Los judíos habían sido perseguidos con saña por los reyes godos, y ningún muslim le daría cobijo. El vino, las heces, los perros, los cerdos y los infieles eran najis, resultaban impuros. La presencia de un kāfir contaminaría su hogar.

Atravesó el puente para abandonar la ciudad. En los márgenes de la calzada las aldeas se mostraban desiertas. El contorno de un edificio en ruinas se hizo visible entre la bruma. En el interior parecía imposible encender un fuego, el portalón de encima apenas lograba contener el viento. Se despojó de las botas, rebuscó en las alforjas para extraer un pedazo de cecina. Entre las galletas mohosas halló un pergamino lacrado.

La carta que debía entregar.

«Debes marchar a la Bética», le había dicho su hermano, en la casa larga del valle de Egunia, después de que un emisario les anunciara que al-Hurr requería la presencia de uno de ellos en la capital. Al otro lado de la mesa su padre comía en silencio. O, mejor dicho, comía sin hablar, pues engullía el asado como un puerco. La senectud le iba atrofiando el juicio, las disputas entre hermanos arreciaban, y Fruela se sabía perdedor.

—A besarle el culo a nuestro nuevo amo —respondió.

Extendió las manos hacia el fuego, se giró hacia su hermano y solo vio un rostro bañado en sombras.

—¿Sabes por qué me ofrecí para acudir como rehén a Damasco junto a Mūsà? —Alfonso se había dejado barba para ocultar su mocedad y las sombras ocultaban cualquier expresión de su rostro.

—Porque, después de todo lo que padecí, deseabas librarme de esa humillación —contestó Fruela—. O eso dijiste.

—Quería conocer a nuestro enemigo. Aprender su lengua y su credo.

Aquella cínica respuesta no le sorprendió.

—¿Y qué descubriste?

—El Islam no es solo una religión. Es un imperio, un conjunto de leyes, una forma de Estado. Una pléyade de normas que rigen la vida diaria del creyente, desde el modo de vestir hasta el aseo diario. Jesús dijo «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios»; San Agustín creía en una ciudad divina y en otra terrenal. Nuestro enemigo no hace tales distinciones, el califa es al mismo tiempo emperador y sumo pontífice. La convivencia que Opas defiende se basa en que tres credos puedan coexistir en un mismo reino; sin embargo, la mayor expresión de una cultura son las leyes e instituciones que conforman su Estado. A la larga, una religión se impondrá. —Alfonso bajó aún más la voz—. Nuestro padre cree que lo único que ha cambiado es que ahora nuestro señor reside en Damasco. No puede andar más errado.

El menor de los hermanos asintió. Aquella perorata al menos suponía admitir que la guerra era inevitable.

—El pueblo está harto de señores dispuestos a pactar a cualquier precio con tal de salvaguardar su posición —dijo Fruela—. En los momentos difíciles buscan a un líder. Alguien con convicciones. Alguien por quien luchar.

—Ya no existen reyes en Toletum —replicó Alfonso—. Tampoco los hay en el norte.

—Aún queda uno, en la Tarraconense. Debemos apoyar a Ardo.

—El nuevo valí prepara una ofensiva contra él —declaró Alfonso—. No podemos rebelarnos contra un imperio que se extiende desde la India hasta el Atlántico.

Agila, el duque de la Tarraconense, se había proclamado rey tras la muerte de Witiza, y después le sucedió Ardo, quien, en esos momentos, reunía un ejército con el fin de defender los últimos restos del reino visigodo. Para enfrentarse a un imperio que abarcaba tres continentes, su único aliado era Odón, el duque de Aquitania.

—Los árabes han de combatir dispersos en guarniciones por un territorio cada vez más extenso —dijo Fruela—. El descontento entre los moros crece. Munuza no espera un ataque.

—No hay nada que Munuza espere más —replicó Alfonso—. La morisma desea que violemos el pacto. Así podrán apoderarse de nuestras tierras por la fuerza y esclavizar a nuestra gente. Cualquier torpeza les servirá de excusa.

Quince mil árabes se habían asentado en Spania. Al-Hurr había llegado el verano del año anterior acompañado de cuatrocientos nobles con sus familiares y maulas. Munuza contaba con quinientos guerreros en Gegione, otros tantos en Amaya, y el valí podía movilizar a treinta mil masmūdas, awrabas y zanātas de las cabilas de la meseta. Con suerte, la familia cántabra sería capaz de reunir ochocientos hombres mal armados, además de los salvajes de las montañas.

Someterse y aguardar. Fruela manoseaba el juguete que había labrado a su hija, y se fijó en la marca que le deformaba el pulgar. Tenía nueve años, deseaba ser adulto y tallar un caballo. El cuchillo parecía enorme en sus manos, pero la terquedad y el exceso de confianza hicieron el resto. Solo al ver su sangre derramada en el suelo se dio cuenta del error. Aquella cicatriz le recordaba que la confianza ha de basarse en la realidad.

Rememoró su charla con Opas, palabra por palabra. Un proverbio agareno dice que quien pone nombre a las cosas se adueña de ellas. Spania comenzaba a llamarse al-Ándalus, los sometidos pasaron a ser «protegidos» y el Islam se había convertido en la paz.

«Salām» es sinónimo de «paz», «islam», de «sumisión», y ambas derivan de «asalma», que significa «rendirse». La lengua de los conquistadores no solo se hablaba, sino que también se pensaba y se vivía con ella. El lenguaje suponía un campo de batalla donde conformar la realidad. Para los árabes «la paz» significaba su derecho de someter a otros pueblos, la Iglesia los apoyaba por que la paz preservara sus privilegios, y esa misma paz convertía a los

señores muladíes en reyezuelos. Y una vez que se impuso «la paz del Islam», solo existían dos bandos: los amantes de la paz y los belicistas que se oponían a ella.

Opas no dejaba de repetir que nada cambiaría. Con el tiempo, los árabes renegarían de su fe, igual que hicieron los godos arrianos. El discurso de la Iglesia fue mudando, a medida que cada mentira se desmoronaba y había que construir una nueva, hasta que ya nadie recordaba cuál había sido la inicial.

La sharía prohibía a «los protegidos» mostrar en público su credo, hacer proselitismo de su falsa religión y cuestionar al Islam. Y el Islam lo era todo. Movidos por la aceptación, la gente asumía verdades impuestas por el lenguaje que la experiencia les demostraba que eran mentira. Y allá donde no hay libertad de palabra no existe sociedad. Si un dimmí no deseaba problemas con un muslim, asentía o callaba. Si al hablar con amigos o familiares conversos asomaba la más mínima discordia, el amigo se volvía enemigo y el pariente te retiraba la palabra. Renunciar a las propias convicciones y abrazar el Islam suponía los últimos pasos del proceso.

Llegó un momento en el que quienes lo propiciaron ya no fueron necesarios. El clero cristiano, convencido de que iba a preservar su poder, descubrió que se había convertido en el nuevo enemigo. No pudo hacer nada. Los ulemas habían asumido el control. Spania se había transformado en al-Ándalus.

III

El valí al-Hurr había trasladado la sede de gobierno a Corduba, la antigua capital de la Bética, punto de encuentro entre el eje fluvial que atravesaba la provincia y la Vía Augusta, la principal calzada de la piel de toro. Más allá del río se extendía una inmensa campiña, y, en torno a su cauce, las vegas se hallaban cubiertas por bosques de ribera. Fruela tiró de la rienda para descender por la calzada. En la serranía los arroyos bajaban crecidos para verter aguas en el Río Grande y, en el piedemonte, canales y acequias irrigaban los vergeles de la nueva aristocracia árabe.

Descabalgó ante la puerta norte de la muralla romana para preguntar a los guardias por la residencia del valí de al-Ándalus:

—*Balāt al-Hurr?* —le respondieron con sorna—. *Dār al-rahā'in*. —«La casa de los rehenes», así llamaban a la residencia de al-Hurr.

El norteño recorrió con la vista el laberinto de zaguanes y adarves que comenzaba a desdibujar la maltrecha cuadrícula romana. Buena parte del interior de la antigua cerca romana seguía deshabitada, y la basura se amontonaba en los camposantos y fertilizaba los huertos donde las vecinas tendían la ropa zurdida. Joyeros, tallistas y tejedores exhibían su mercancía en los tenderetes; los mendigos imploraban limosna y escarbaban entre los desechos. En apenas seis años, Corduba había cambiado. El norteño ignoraba cómo llegar a su destino, y su dominio de la algarabía dejaba mucho que desear.

—Por un par de follis puedo guiarte.

Un crío desharrapado, de unos doce años, le hablaba. Lucía calvas por la tiña, y el rostro macilento no mostraba mejor aspecto.

—¿Eres hebreo? —le preguntó Fruela.

—Aquí todos lo somos —respondió el zagal—. Los musulmanes nos entregaron este barrio tras la conquista de la ciudad. —Y se apresuró a añadir —: No debíamos ninguna lealtad a los reyes godos.

—Lo entiendo.

Se hallaban ante la Bāb al-Yahud, la puerta de los judíos. Nadie podía culpar a los hebreos de tal retribución hacia unos reyes que, al igual que los faraones de antaño, habían sometido al pueblo de Israel a la más abyecta servidumbre. El rey Égica decidió castigar la perfidia iudaica con la esclavitud, y les arrebataron a sus hijos, para ser educados en familias cristianas.

El norteño tomó a la montura de la brida y siguió al muchacho entre las viviendas recién construidas, con las estancias dispuestas en torno a un patio. Sobrias fachadas con las ventanas cubiertas por celosías y ajimeces; cárceles para que las hembras preservaran su honra, baluartes para ocultar al exterior el ornato. Deambularon entre matronas cubiertas con velos y ropavejeros cargados con fardos hasta la basílica de San Vicente, que se alzaba, imponente, ante el palacio episcopal. Junto a la catedral, el valí había ordenado construir una mezquita con tribunas de madera para ampliar el aforo. Los gorriones anidaban en la techumbre del haram y los mendigos se agolpaban en las puertas, donde los magnates exhibían su oropel.

El estandarte blanco de los omeyas ondeaba, desafiante, sobre el antiguo palacio ducal. Junto al complejo áulico, en la esquina sudoeste de la cerca, el castellum defendía el embarcadero y el puente. Era mediados de abril; pronto comenzarían las aceifas, y el alcázar mostraba una actividad frenética. Fruela tuvo que apartarse al paso de una columna de soldados que exhibían suntuosas armas y la arrogancia del veterano. Resonaron las voces de los arrieros y el chirriar de los carros. Una hilera de carromatos atravesaba el puente romano y se dirigía hacia el embarcadero, agitando su gimoteante carga de cautivas apiñadas en jaulas, cuya voluntad se desvanecía ante el restallido del látigo. Los curiosos se agolparon para verlas pasar, cubiertas de mugre y parásitos.

—El año pasado llegaron seis mil norteñas de Gallaecia —comentó el zagal judío—. Dicen que la guerra contra Ardo traerá muchas más.

La columna de carros se dirigía a la explanada del alcázar, donde los esclavistas examinaban dentaduras, manos encallecidas, orejas para comprobar si lucieron joyas, y separaban el quinto reservado al califa. Las gabarras surcaban día y noche el Betis hasta el puerto de Spali, donde la mercancía humana embarcaba hacia Tiro y Alejandría. Las más preciadas, las cantoras de cabello blondo y tez clara, podían superar los diez mil dinares. Los najjās empleaban ungüentos para blanquearles la piel y las sumergían en cal para dorarles el cabello. El joven guía condujo a Fruela por el tumultuoso mercado y se topó con una muchacha de apenas quince veranos; de pie sobre

una manta, desnuda y untada en aceites; su pálida piel relucía, y un collar de hierro le ulceraba la garganta. El najjās le habló al montañés en árabe.

—Trescientos dinares —le tradujo el muchacho—. Calentará tu cama y te dará hijos fuertes.

El subastador tiró de la cadena para mostrarle la mercancía. La chica trató de liberarse y él la golpeó con el puño; las cadenas frenaron su caída y se llevó la mano a la boca. El najjās desanudó las correas que llevaba a la cintura y la joven chilló al sentir el castigo de la corambre. El norteño dejó atrás la casa de los esclavos, seguido por su joven guía. Unos estridentes chillidos inundaron la plaza cuando las puertas de las jaulas se abrieron y cientos de niños fueron arrancados de los brazos maternos.

Una azora prohíbe alterar la sagrada obra de Dios, y por eso los muslimes consideran la castración un acto infame. Para eso estaban los judíos de al-Yussana y su próspera industria de capones. Nada mejor que castrar al zagal cautivo, pues así se le amansaba el carácter. Cuanto más joven, mejor, pues más fácilmente se afemina si le aligeran de criadillas antes de los doce, que luego echa algo en falta y se vuelve resabiado. Guardianes de harén, putos, heraldos, pajes, burócratas y travestidos; tales futuros les aguardaban. Y a cambio del favor los radanitas se hacían de oro, pues el precio de un mozo bien capado superaba al de treinta enteros. La razón es que solo uno de cada treinta sobrevivía: los unos morían desangrados, los otros de infección y el resto agonizaba entre atroces tormentos cuando las entrañas se les inundaban de orines.

—Si no lo hicieran los judíos, lo harían otros —le advirtió el muchacho, al interpretar su expresión.

—Lo entiendo.

El zagal le llevó por un callejón cada vez más angosto entre muros de ladrillo ocre. Desde el otro extremo, Fruela vio llegar a un tipo corpulento que eludió su mirada. Un manto le envolvía el cuerpo, fijado con un broche sobre el hombro derecho para dejar libre ese brazo. Fruela percibió un movimiento extraño en los ropajes. Bajo su propia clámide, depositó la diestra sobre el scrama.

«Más vale matar sin motivo que morir sin remedio».

Cuando el hombretón trató de apuñalarle, Fruela sacó partido del arma oculta. Dio un paso atrás, con el antebrazo bloqueó el ataque, pivotó sobre el otro pie y lanzó una estocada al cuello. El sicario se llevó la zurda a la garganta para detener la hemorragia. Un grito de furia, cargó de nuevo. Una cuchillada en las costillas le dejó sin aliento, cayó al suelo como un saco

terrero. El norteño se sentó a horcajadas sobre él y le acuchilló una, dos, tres veces más. Solo se detuvo cuando su enemigo yacía inerte, con el cuello convertido en un amasijo de venas, músculo y tendones.

Entonces se giró hacia su joven guía.

—Me dieron dos dinares por traerte hasta aquí —balbució el muchacho—. Soy huérfano; necesitaba el dinero.

—Lo entiendo —dijo Fruela, y le sujetó del cabello para degollarle.

El joven, un simple niño, emitió un siniestro gorjeo cuando inspiró a través de la garganta recién abierta y el aire se mezcló con la sangre que manaba a borbotones. Distraído, Fruela limpió el scrama con el manto y rebuscó entre los ropajes del matón. Un chisquero, una piedra de afilar, un collar de cuentas de vidrio… y una bolsa llena de dinares, más de cincuenta, recién acuñados. No se trataba de feluses, monedas de bronce, sino de un pecunio asociado al poder califal. Alguien en la administración le quería muerto, y el sicario se había llevado a la tumba su identidad. O, mejor dicho, al vertedero donde iba a pudrirse. No sería él quien pagase su funeral.

Tomó al caballo de la brida y recorrió el callejón hasta una vía más transitada junto al puente del Betis. Su vista quedó prendida en la fachada del palacio que se alzaba tras un imponente muro de sillares, que suponía el límite del mundo en el que, a partir de entonces, viviría recluido. Una decena de moros montaba guardia ante una pesada puerta revestida de hierro, rematada con púas. La shurta. La guardia de libertos del gobernador, armados con espadas y bastones. Al verle llegar, el cabecilla clavó en él unos ojos inertes, y, en su rostro curtido, afloró una sonrisa aviesa que mostraba unos dientes limados según la costumbre mora. Hizo un gesto para que sus hombres le impidieran el paso:

—¿Qué buscas, desharrapado?

—Soy Fruela, hijo de Pedro de Cantabria —dijo, entregándole la placa de plomo—. Debo presentarme ante el gobernador de Spania.

El maula examinó sus ropas de viaje, repletas de zurcidos y salpicaduras de barro. Murmuró algo a sus hombres, que sonrieron de forma petulante.

—Las armas os están prohibidas —respondió, señalando el scrama del norteño, y este tuvo que dárselo de mala gana. Después confió la montura al mozo de cuadra, y le condujeron hasta un atrio adosado al palacio.

Entre rosales y almendros, un estanque pintado en ocre refrescaba el patio. Las alcobas daban al pórtico y, a juzgar por el olor, las cocinas se hallaban junto al zaguán. El cántabro se topó con un viejo conocido que salía de las

letrinas y escrutaba la nada con la ensimismada abstracción que solo otorga una soberbia resaca.

—¿Fruela?

—Atanagildo —declaró, sorprendido—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

Siete largos años, en una mugrienta celda de Astigi, poco después de la batalla del Lago.

—Me alegro de verte —sonrió Atanagildo.

—Veo que has tenido una noche… complicada —comentó Fruela, y, al seguir la dirección de su mirada, el otro joven se descubrió en cueros.

Atanagildo quiso taparse las vergüenzas al escuchar el sonido de voces y pasos. Un grupo de sarracenos le rodearon, y cuando el joven balbució algo ininteligible, se despidieron de él con empujones y chanzas.

El norteño le ofreció su manto, y él se lo agradeció con un gesto y se arropó con él.

—¿Aquí nadie habla en cristiano? —preguntó Fruela mientras caminaban hacia el soportal.

—Ya aprenderás árabe. Es una lengua hermosa. Muy útil para evitar collejas y esputos.

Una vez en los aposentos de Atanagildo, un criado le llevó una túnica. Tras adecentar su aspecto, el muchacho ofreció asiento a su invitado y una joven de extraordinaria belleza les sirvió un par de copas de vino.

—Dicen que tu padre pudo conservar los feudos —comentó Fruela tras sentarse en la estera.

—Firmó un tratado con ‘Abd al-‘Azīz —dijo el hijo de Teodomiro—. Ese será mi cometido cuando le suceda: esquilmar a destripaterrones. Y si para ello hay que hincar la rodilla, pues se hinca. La alternativa era vestir hábitos. No, todavía tengo unos restos de vergüenza. Me considero íntegro, no soporto meterme en las vidas ajenas, aborrezco los sermones y soy un putero. En un altar quedaría fatal.

—Trabajaste para el hijo de Mūsà —señaló el norteño—. Me alegro de que no compartieras su destino.

—Bueno, eso de «trabajar» tal vez sea algo exagerado. ‘Abd al-‘Azīz me nombró su consejero, aunque comencé a recelar cuando descubrí que, en la corte, nadie me pedía consejo sobre nada. Después me dijeron que me rebanarían el cuello si trataba de huir. —El cartaginense exhaló un profundo suspiro—. El hijo de Mūsà no era un mal tipo, las cosas como son. Solo le reprocho que se dejara sorber el seso por Egilo. Aunque ya se sabe que tira

más pelo de coño que maroma de barco. Dicen que ‘Abd al-‘Azīz estaba rezando en la mezquita de Spali, a cuatro patas y con el culo en pompa, cuando le apuñalaron en la espalda. O eso prefiero creer, que fue en la espalda. El sicario fue el propio Habīb al-Fihrī, a quien Mūsà había nombrado consejero de su hijo. Fíate de los árabes. Los baladíes sabían que Mūsà había caído en desgracia y quisieron adelantarse a la llegada del sustituto.

—El valí al-Hurr —concluyó Fruela—. Aquí nos aguarda un espléndido porvenir. Imagino que encontraré a otros viejos conocidos en esta jaula dorada.

—Disfruta mientras dure —le aconsejó Atanagildo—; nadie es tan necio como para creer que los agarenos respetarán los pactos. Pero al-Hurr reparte cancillerías, y hay mucho paniaguado que anhela más prebendas y finge lo contrario. Yo, como soy de gustos sencillos, solo aspiro a vino y fulanas. En el fondo me divierten los esfuerzos de Opas por ocultar la traición de nuestros santos próceres. Algunas veces, pocas, porque los rezos no me interesan, voy a misa solo porque, si te lo tomas todo a broma, al menos te ríes.

—Quién lo iba a decir —murmuró Fruela—. Los dos hermanos de Witiza siguen aferrados al poder.

—El obispo metropolitano siempre ha sido designado por la autoridad terrenal. Nada tiene de extraño que lo ocupe un fanático o un bobo, tanto da; lo único que se le pide es que sea rastrero. Aunque Opas tiene ideales, lo cual siempre resulta dañino. Si en lugar de dedicarte a la montería y a preñar mozas, como hacía su difunto hermano, te pasas la vida en una biblioteca catedralicia, al final te conviertes en un iluminado.

—He visto las tropas del alcázar. Parece que al-Hurr se dispone a concluir la conquista de Spania.

—¿La conquista de…? ¡Ya ha terminado! Los nobles solo desean conservar sus tierras, aunque tengan que abjurar de Cristo. El reino de Toletum está muerto y sepultado. Lo único que queda de él es un reyezuelo con ínfulas, cuatro montaraces rebeldes y unos meapilas rezando para que Dios nos asista. Por mí pueden hacerlo hasta el fin de los tiempos. No seré yo quien arriesgue el pellejo por nada.

—Gracias por la charla —se excusó Fruela—. Te dejo en buena compañía…

—No te preocupes —le dijo Atanagildo—: al-Hurr te buscará alguna putilla para mantenerte ocupado.

Los criados le condujeron hasta un aposento, muy próximo, provisto de un atanor, un brasero, un par de arcones y un fogón de cocina. Varias esteras de

esparto cubrían el suelo enlosado, y, sobre la tarima que servía de lecho, había una alfombra persa con almohadones.

La putilla llegó a mediodía. Una muchacha de cabello blondo y mirada huidiza que se desenvolvía con el sigilo de una gata.

—¿Te agrada? —le dijo a Fruela un individuo grueso de rostro lampiño que acababa de irrumpir en la estancia, sin que él lo hubiese percibido, una circunstancia que le inquietó.

—Es hermosa —admitió.

—Uno de los apodos con los que el Profeta se refería a Aixa, su esposa favorita, era «al-humayyira». Un elogio a su tez pálida. —El recién llegado cruzó el umbral y caminó hacia el norteño. Lucía una ostentosa aljuba de seda y desprendía un fuerte olor almizclado apenas enmascarado por perfumes de Oriente.

—Soy Fruela, el hijo menor del duque Pedro.

—Mi nombre es Bishr y soy el al-fatā al-kabīr, el mayordomo a cargo del harén del valí. —El eunuco lucía unos ojos grises como el invierno, junto con una voz profunda y tranquila que parecía hecha para susurrar y mentir.

—Os será difícil vivir entre tantas mujeres hermosas —ironizó Fruela.

—Soy un jasī. Solo perdí mis criadillas: aún puedo mantener relaciones —replicó Bishr sonriendo—. Pocos entienden la razón de nuestro género. Fijaos en mí: raptado a los ocho años, educado en la casa de al-Hurr. No tengo pasado, ni vínculos familiares. La aristocracia árabe me considera un advenedizo, un esclavo que les arrebata los cargos que les corresponden por derecho. Mi destino está ligado al de mi señor.

—Al igual que el mío, supongo.

La sonrisa del castrado se ensanchó.

—Atended al consejo de este humilde criado —le dijo, tras depositar una mano sobre su hombro—. En esta corte abundan las intrigas; procurad manteneos al margen. No intiméis con el resto de invitados y, sobre todo, no tratéis de abandonar la ciudad. Este lugar no es tan malo como parece, y el valí sabe recompensar la lealtad. Vuestra estancia aquí no es un castigo, sino una oportunidad de medrar… Al-Hurr ha organizado una cena para esta noche a la que debéis acudir.

—Allí estaré.

El eunuco se despidió y le dejó a solas para recorrer su prisión y mentalizarse con su nueva vida. Fruela se acomodó en la tarima, preguntándose quién había contratado al sicario, y ordenó a la criada que le llevara vino. Era mejor ahogar tales pensamientos antes de que le mataran.

IV

El valí había dilapidado una fortuna en reformar aquel enorme palacio, construido siglos atrás, cuando Corduba aún se hallaba bajo la autoridad de Constantinopla. En la puerta, los maulas montaban guardia luciendo turbantes teñidos de cúrcuma, lanzas bruñidas y lorigas ribeteadas con aros de plata. Grandes arcadas pétreas sostenían la segunda planta y delimitaban un patio de fuentes cantarinas y rosales fragantes. Difusos cortinajes separaban las estancias interiores y una hilera de braseros de bronce protegía del frío a los soportales, donde una veintena de nobles engalanados trataba de codearse con los más altos dignatarios y comentaba los rumores que circulaban por los zocos.

Fruela se mantuvo alejado del resto de invitados. Incluso vestido con sus mejores ropajes, una túnica de lana con ribetes de seda, cualquiera de los criados lucía mejor que él. Uno de los eunucos se le acercó con discreción.

—Acompañadme —le dijo con suficiencia.

Cuanto más grande la casa, más soberbios los criados. El castrado le mostró un sombrío pasillo sumido en la quietud; solo se escuchaba el lejano rumor de una fuente y el murmullo de su aljuba de seda. Le señaló una estancia. Más allá de una celosía de cedro aguardaba una figura cubierta por una tela oscura, recortada sobre la palidez de los muros marmóreos, como la sombra de un espectro.

—Te he puesto en peligro al reunirnos sin la autorización de mi esposo —le advirtió una inconfundible voz femenina.

—Jamás he pedido permiso para hablar con nadie.

—Me alegro de verte —añadió Imelda, y él no pudo decir lo mismo.

El hiyab supone una barrera tridimensional. La primera, visual, pues sustrae el cuerpo a la mirada; la segunda, física, dado que marca una frontera; la más importante es la moral, ya que oculta lo prohibido.

—Yo también —respondió, masticando las palabras, lo que fraguó un silencio inhóspito. No tenían nada más que decirse, salvo lo evidente: el abrupto final de su matrimonio, la despedida que nunca tuvo lugar. La hija a

la que él jamás había visto. Tras la derrota en el lago, Fruela rogó a su esposa que se reuniera con él en Toletum, junto a la criatura que aún llevaba en el vientre, y ella se negó a abandonar su hacienda. No le guardaba rencor, solo le importaba la niña. El tiempo no cura nada, pero lo mata todo.

—Cuando una mujer rebasa los cuarenta —dijo Imelda—, la posibilidad de hallar un buen marido mengua. Ismāʿīl ibn ʿUbayd es un hombre influyente. Soy afortunada de que me eligiera como esposa.

—Como tercera esposa.

—La poligamia asegura que todas las mujeres tengan un protector, y todos los niños un padre. —Imelda trató de hallar un asiento en la estancia, y al final desistió.

—Adela ya tenía un padre.

—Ahora tiene otro.

Por un instante Fruela percibió en ella toda la obstinación de antaño.

—Mírate —le dijo—. ¿Eso quieres para tu hija?

—¿Y qué puede ofrecerle un montaraz harapiento?

—Algo de libertad.

—Debemos acatar los deseos de Alá. Eso es lo que el Islam significa: sumisión a Dios. No es una tarea fácil —admitió—, pero Alá conoce nuestros pesares. Alá conoce nuestros miedos. Alá conoce nuestras dudas, y el día en que termine de probarnos se fundirá en nosotras con la suavidad de una gota de rocío que se desliza sobre un pétalo de rosa.

La fe de Imelda había mutado de un modo profundo. Una religión que ofrece normas hasta para la más nimia rutina diaria y respuestas a todos los interrogantes también permite librarse de la pesada carga de tomar decisiones y aceptar cualquier destino impuesto. La piedad se vuelve una forma de escapismo.

—Si no es por Adela —dijo Fruela—, ¿para qué me has hecho llamar?

—Solo quería advertirte —comentó Imelda—. Los muslimes desprecian a los cristianos. Entre los árabes, qaysíes y yemeníes se disputan el poder. El descontento entre los moros crece, en la guerra los árabes los usan como carnaza y les entregan las peores tierras a cambio. Los muladíes como Casio se han convertido en reyezuelos y apenas ejercen influencia en Qurtuba. No puedes confiar en ninguno de ellos.

El montañés recordó los vínculos familiares de su antigua esposa antes de contestar:

—Opas y Sisberto son distintos.

—La Iglesia aún ostenta poder, los tentáculos del obispo metropolitano llegan a todas partes. Su hermano Sisberto, el qumis de Qurtuba, aún controla las tres mil haciendas de la realeza goda. El valí de al-Ándalus cuenta con escasos apoyos entre los sarracenos. Depende de la Iglesia para recaudar tributos y considera a los witizanos la llave para aherrojar a los dimmíes. Ellos son los únicos en los que puedes confiar… Para sobrevivir en la corte debes hacer las paces con Sisberto.

Hacer las paces con el hombre que había traicionado al reino, e hizo matar a su mentor poco antes de desfigurarle el rostro. Quiso atribuir unas emociones a aquella trémula voz surgida de entre las sombras. No lo consiguió.

—Los muslimes respetarán nuestras costumbres —añadió Imelda—. Solo desean vivir en paz.

Lo decía en serio. La fe no es creer en algo imposible de ver, se dijo Fruela. La verdadera fe consiste en no creer en lo que está ante tus ojos.

—Te agradezco el consejo —dijo Fruela.

El criado le mostró la puerta que conducía a la sala de banquetes, una estancia abierta al patio ajardinado, paralela al pórtico de entrada, con alhanías en ambos extremos separadas mediante arcos de herradura. Ante el comedor, en torno a una fuente de alabastro, una red de albercas, arriates y acequias evocaba el paraíso islámico.

—Quítate los zapatos —le indicó el eunuco.

Unos pilares marmóreos sustentaban el artesonado de la sala, y el suelo estaba cubierto de alfombras sobre un embaldosado púrpura. La atmósfera se sentía cálida y perfumada con incienso. En la estancia resonaba una vibrante música, y vio poemas tallados en las puertas de cedro y bordados con hilo de oro en las cortinas. Las esclavas que decoraban la estancia yacían indolentes junto a los invitados, con aljubas traslúcidas y los cabellos perfumados con mirra. Agitaban los flabelos de plumas de pavo real y se observaban mutuamente, valorando su atuendo, mientras los coperos deambulaban a su alrededor.

Se hizo el silencio cuando Bishr condujo al norteño hacia el centro de la estancia.

—Él es al-Hurr ‘Abd al-Rahmān al-Taqafī —anunció el eunuco—, el nuevo valí de al-Ándalus por mandato del califa Sulaymān ibn ‘Abd al-Malik, príncipe de los creyentes.

Sobre un diván elevado, entre cojines de brocado persa, al-Hurr se complacía ante la indisimulada fascinación que provocaba la suntuosa puesta

en escena. Bajo una exuberante barba teñida de alheña, su sonrisa indulgente mostraba unos dientes deslumbrantes. Hizo un gesto para que Fruela se postrara y uno de los guardias le empujó por la espalda; tropezó con la tarima y acabó arrodillado ante el sarraceno. Resonaron risas, apenas sofocadas.

—Así que tú eres Fruela ibn Pedro —le dijo al-Hurr—. Bienvenido a Qurtuba.

—Gracias. Mi padre te envía sus respetos.

—Puedes sentarte. —El caudillo árabe señaló a su izquierda, donde Atanagildo y varios nobles hispanos se habían acomodado sobre esteras. Reconoció a uno de ellos.

—Pelayo… —comentó Fruela—, dichosos los ojos.

—Bienvenido a esta pocilga —masculló el aludido.

El astur, a punto de cumplir los cuarenta, se mostraba tan recio como de costumbre. Fruela se sentó con las piernas cruzadas entre Atanagildo y una de aquellas magníficas hembras, cuyo cabello rojizo, acicalado con aceites, resplandecía como el fuego. A su diestra un anciano de ropajes negros conversaba con un par de aristócratas sarracenos. Fruela no albergaba la menor duda de que el pagador del sicario que le asaltó se hallaba en esa misma sala, y su mirada recorrió un rostro tras otro, sondeando las reacciones. Al hacerlo, percibió la hostilidad de una camarilla de guerreros sentados ante él.

—Refrena tu orgullo —le advirtió Atanagildo en voz baja—. La hospitalidad árabe es proverbial, pero nadie garantiza tu seguridad una vez que cruces la puerta.

—¿Quién es el que me está mirando? —preguntó Fruela.

Un caudillo destacaba entre los muqātila, feroces guerreros de Arabia. Los yemeníes lucían turbantes amarillos, los qaysíes de color encarnado. Un tocado beduino envolvía su cráneo robusto y un rostro correoso de barba agrisada.

—Alqama al-‘Absī, caíd y mano derecha de al-Hurr —murmuró el cartaginense—. Dicen que se cree la reencarnación de Jālid ibn al-Walīd, «la espada en manos de Alá». Es admirado por los guerreros más jóvenes, aunque sus enemigos dentro del ejército, cualquiera con un rango superior al de alarife, le consideran un lunático. No por extremada crueldad, sino por su obsesión con Jālid, al que imita en todo.

—Un hijo de puta —le resumió Pelayo.

Los modales del astur no estaban a la altura ni del momento ni del lugar. Trasegó vino como un puerco asmático, rebañó la patena dorada con un

pedazo de pan y se sirvió una generosa porción de asado. Las esclavas pronto se convirtieron en el alma de la fiesta, acaparando la atención de los aristócratas ávidos de carne lozana. Una de las muchachas tomó un laúd para recitar unos versos. Un árabe rechoncho, con una aljuba de brocado persa y el rostro sepultado bajo quince pies de seda enrollada, comentó con voz meliflua:

—Cuando era un zagal en Siria, si una romana se cruzaba en nuestro camino debíamos bajar la vista en señal de respeto. Miradlas ahora, ansiosas por agradar. —A su alrededor todos rieron.

—¿Quién es? —murmuró Fruela.

—Ismā‘īl ibn ‘Ubayd, más conocido como «el mercader de Alá» —dijo Atanagildo en voz baja—. Envía cautivas a Qayrawān y las instruye en una escuela de canto para venderlas en Oriente. El pipiolo que está a su lado se llama Teudiselo, otro ilustre rehén. Las malas lenguas, entre las que me incluyo, creen que se ha ganado el favor del valí tumbado en el lecho y con el rostro hundido en la almohada.

Ismā‘īl ibn ‘Ubayd, el nuevo padre de su hija, el nuevo marido de su antigua esposa. «Un hombre influyente», le había dicho Imelda. Las esclavas cantoras suponían un lucrativo negocio, cuyo precio podía alcanzar los diez mil dinares.

—Teudiselo… —dijo Ismā‘īl—. ¿Cuánto tiempo llevas en Qurtuba?

—Casi un año —respondió el muchacho.

—¿Fuiste requerido para ser educado en la corte?

—Tal y como ordenó el califa. —El joven se esforzaba por demostrar su parco dominio de la lengua árabe. En al-Ándalus no tenía cabida quien no adulase al poder. Ni sobrevivía ni prosperaba, ni por supuesto obtenía cargos. Mostrar desprecio hacia lo latino y admiración por lo árabe se había convertido en una exhibición de buen gusto para aquellos que desearan medrar.

—Por cierto —prosiguió Teudiselo—. Mi padre cree que, tal vez, dado que mi hermana Goisvinda ha enviudado, podrías desposarte con ella.

—Comprar una esclava resulta más sencillo, y no hay que satisfacer los caprichos de una esposa consentida —le espetó Ismā‘īl—. Aunque, si me ofreces una buena dote, tal vez cambie de opinión. —El najjās jugueteaba con el cabello ensortijado de una esclava, pálida de tez, educada en un mundo donde la calle es sinónimo de pecado, y adiestrada para hacer del pecado su modo de vida.

—Haz caso al zagal. Este negocio exige contingencia —ironizó otro aristócrata—. Comerciar con mujeres puede corromper el alma.

—Es Rāmīn al-Hassam —susurró Atanagildo—, un muqayyin. Regenta mancebías donde disfrutar de la compañía de esclavas cantoras.

El anciano, de aspecto ascético, intervino, reprobador:

—En una ocasión, el Profeta dijo: «Eché una ojeada al paraíso y vi que la mayoría de los que allí estaban eran pobres. Eché una ojeada al infierno y la mayoría eran mujeres».

—En tal caso, deberías regalar tus bienes —le respondió una de las muchachas—. Nosotras no elegimos nuestro sexo.

El esclavista estalló en carcajadas.

—Tened cuidado. Mis gatitas tienen garras —dijo Ismā‘īl. La joven se dejaba acariciar mientras yacía indolente; jamás había apartado de su cuerpo la mano de un hombre—. ¿No te lo dije?

Se dirigía a Rāmīn, quien frunció el ceño cuando la joven se acomodó a su lado.

—Me gusta —admitió—. Pero no vale cinco mil dinares.

La muchacha se mostró apenada; el comentario había hecho mella en su ánimo.

—Es ardiente y está bien adiestrada —señaló el najjās.

—¿Puede recitar casidas en dialecto medinés? ¿Acaso conoce la ciencia de los hadices? —ironizó Rāmīn—. En al-Ándalus esta clase de chicas son muy corrientes. En el puerto de Spali cada año embarcan miles como ella…, todas ardientes como el fuego.

—¿Cuánto crees que vale? —inquirió Ismā‘īl.

—Como mucho, quinientos…

—Hemos regateado cientos de veces —señaló el esclavista—. Ambos sabemos el margen que obtienes con mi mercancía.

—Aun así… —Rāmīn al-Hassam sacudió la cabeza, obstinado, y el najjās rio como si aquello fuera un viejo juego.

—Está bien, puedes probarla —dijo Ismā‘īl, y la muchacha ahogó un grito cuando el otro agareno la aferró del brazo—. Pero ya conoces mi política…

—Si lo rompes, pagas.

Le vieron marchar hacia la alhanía con la joven del brazo y poco después resonó el traqueteo de un camastro sobre la vorágine de ritmos orientales.

—¿Qué nuevas hay de Damasco? —Esta vez Ismā‘īl se dirigía al valí al-Hurr—. ¿Alguna noticia sobre la campaña de Constantinopla?

—Ismāʻīl quiere saber si contará con nueva mercancía —señaló Sisberto con malicia—. El saqueo de la Nueva Roma supondrá un lucrativo negocio.

—No tanto como quisiera —respondió el aludido—. Sin duda el aumento de oferta afectará al precio de los esclavos.

El califa al-Walid aún planeaba la conquista de Constantinopla cuando falleció en Damasco. Su hermano y heredero Sulaymān se disponía a retomar la empresa y, para ello, había reunido un colosal ejército y una inmensa flota.

—Mejor hablemos de al-Ándalus —opinó el anciano—. ¿Cómo pretendes satisfacer las demandas de los barbar? En cualquier momento podría estallar una revuelta. Azotar a esos nobles no ha sido…

—Se habían apropiado de bienes de forma ilícita —respondió al-Hurr—. Es una medida imperativa para obtener ingresos. El califa impondrá un nuevo sistema fiscal, duplicar los impuestos, y de este modo podremos pagar a las tropas…

—Ya entregamos un dinar por cada hombre libre, y la mitad por cada siervo —dijo Atanagildo—, además de trigo, cebada, vinagre, aceite… Si subimos los impuestos, nuestra autoridad sobre el pueblo se derrumbará.

—En tal caso —comentó el valí—, tendré que reconsiderar vuestro cargo en el dīwān al-jaráj.

Ante aquellas palabras, el muchacho enmudeció. Salía más a cuenta comprar a un noble que rebajar los tributos a dos mil labriegos. La rancia aristocracia hispana… Los primeros en abrazar a Cristo, los primeros en convertirse al Islam.

—Nuestra tierra es montañosa y estéril —protestó Pelayo—. No podremos satisfacer tales tributos.

—El califa siempre es razonable —dijo Ismāʻīl—. Las regiones que carezcan de recursos podrán tributar con esclavos.

—Sin duda, Ismāʻīl codicia esa concesión tanto como el botín de la guerra contra Ardo —señaló Sisberto.

El cántabro observó al nuevo qumis de Corduba, sentado sobre su diván dorado. El trono de un rey sin reino.

—No todas las hembras son iguales —replicó Ismāʻīl—. Las romanas son las de sexo más sano; las indias y chinas, las más sucias y necias; las negras, deliciosas y obedientes; las sirias, las más afectuosas; las nubias tienen una vagina ardiente que otorga un gran placer. Cuanto más al norte, más pálidas de tez, aunque también más ignorantes. Las norteñas solo sirven para la monta.

—Que le pregunten a la mujer de este montaraz. —Alqama escrutaba a Fruela al hablar—. Dicen que toda una guarnición disfrutó de ella.

Resonaron las risas y el norteño tomó un cuchillo del plato. Si el sarraceno abría de nuevo la boca, no dudaría en acabar con él. En su mente ya estaba muerto, y convertirlo en hecho sería un trámite.

—Basta —dijo al-Hurr—. Es mi invitado.

—En el pasado se cometieron errores… por ambas partes —intervino Sisberto, conciliador—. Rodrigo se apoderó del trono por la fuerza. Mi hermano y yo tratamos de disuadirle de que luchara contra Tāriq y que, en su lugar, alcanzara un acuerdo. No nos hizo caso y nuestra gente sufrió por ello.

—Y una mierda —le espetó Pelayo.

Sisberto sonreía con la boca, mas no con la mirada. La diferencia entre el witizano y el resto de invitados residía en que, si bien los demás mentían, en él todo era mentira.

—Hay quien considera a Ardo el legítimo rey de Spania —intervino al-Hurr—. Dicen que vuestros reyes eran elegidos por los nobles en consejo. ¿Qué hace que, para vosotros, un rey sea digno de serlo, Fruela ibn Pedro?

—El principal requisito es la auctoritas —respondió el norteño, y, al percibir la curiosidad del valí, añadió—: La potestas es la capacidad de imponer la voluntad por ley; la auctoritas es el poder basado en el renombre.

—La ley exige que el monarca sea elegido por el Aula Regia y ungido por el obispo metropolitano de Toledo —señaló Sisberto.

El valí de al-Ándalus asintió y se dirigió a Fruela.

—¿Conoces a Ardo, de la Tarraconense?

—Compartimos mesa en una ocasión —dijo con cautela.

—¿Dirías que merece llamarse rey?

Ante tales palabras, Fruela pensó en un pueblo sometido a causa de sus pecados, señoreado por perros infames ansiosos de preservar sus mermados privilegios a costa de mercadear con lo más sagrado. Quiso ser honesto, consigo mismo y con el sarraceno. Pelayo había clavado sus ojos grises en él.

—No —concluyó—. Ninguna facción hispana cuenta con un líder que merezca llevar la corona.

V

A la mañana siguiente, Fruela despertó con resaca. Tras incorporarse del lecho, sobre el escaño halló una camisa, unos zaragüelles de lino y una saya de seda cruda. Devoró un puñado de higos secos mientras admiraba la vega del Betis a través de una angosta tronera. En las callejuelas del puerto fluvial los gritos de las madres llamando a su progenie se confundían con la voz del muecín convocando a la oración.

Después de vestirse, Fruela deambuló por los soportales hasta llegar a la estancia que servía de escuela. Un anciano enseñaba unos versos en árabe a los jóvenes rehenes, sentados en esteras de esparto. Los muchachos se esforzaban en pronunciar los complejos sonidos de aquella lengua sutil, formada por un océano de palabras, en la que existen sesenta voces para nombrar a la lluvia y cincuenta para el desierto. Los zagales prestaban atención al anciano sin mover un músculo, como animalillos que fingen la muerte ante la presencia de una alimaña. Cualquier leve falta y acabarían atados en la falaqa, para recibir azotes en los pies, cuyo número nadie sabía de antemano, pues la arbitrariedad es prerrogativa del poder.

En el aula irrumpió el sāhib al-shurta, el comandante de la guardia del valí.

—Nada de cantos épicos —anunció el soldado—. Debes enseñarles jamriyyat, poesía báquica, odas de amor con muchachos y esas bufonadas. Son órdenes de al-Hurr ‘Abd al-Rahmān al-Taqafī.

El anciano empezó a recitar poemas mudhakkarat que ponderaban la belleza de esclavos de cabellos dorados, en festejos donde el vino corría a raudales. Exuberantes versos en los que el adulto sometía al niño copero, hasta que el primer vello facial echaba a perder su encanto. El refinado afecto de las casidas se había consagrado a los esclavos del gineceo, mediante odas artificiosas, donde las concubinas suponían bienes inasequibles para el rebaño de poetas que emires y califas mantenían para envanecerlos con sus versos.

Una vez concluida la clase, atraídos por el venéreo recital, una decena de árabes había acudido para galantear con los muchachos. La casa de los

rehenes se había convertido en un coto de caza de efebos, y Fruela trató de escabullirse lo mejor que pudo.

—¿Aburrido? —En los soportales le aguardaba Sisberto, escoltado por seis bucelarios. Un ostentoso séquito para exhibir su poder, un modo tácito de mostrar su miedo.

—No me interesa la poesía —respondió Fruela.

—Siempre has mostrado más inclinación por la guerra. —El qumis de Qurtuba asintió, hizo un gesto a Fruela y comenzaron a pasear por el jardín—. ¿Crees que Constantinopla soportará el asedio?

—Tal vez.

—Los árabes cercarán la ciudad por tierra y por mar. Ciento veinte mil muqātila y mil ochocientos barcos, entre galeras y naves de carga. Los romanos no tienen la más mínima posibilidad de vencer.

—Dicen que Sulaymān tiene problemas de salud.

—Veo que los rumores llegan incluso a las montañas del norte —declaró el witizano—. Incluso si el califa muere, quien le suceda retomará la empresa. Tarde o temprano Constantinopla caerá en sus manos, y al-Hurr someterá a Ardo, el último rey godo. Los duques francos, enfrentados en luchas intestinas, será derrotados uno tras otro. La cristiandad está sentenciada…, pero nosotros podemos salvarnos.

—¿Salvarnos?

—Los godos acudieron a Spania como aliados de Roma, para defender al Imperio de otros bárbaros. La aristocracia hispana los recibió de buen grado, el Estado romano se mostraba incapaz de protegerlos. —Acto seguido, Sisberto añadió—: Ya no existe un ejército godo; el destino ha querido que los sarracenos desempeñen esa labor. Dejémosles que empuñen las armas; así podremos dedicarnos a nuestros feudos.

El norteño observó a Sisberto, estadista mediocre, aspirante fracasado al trono, caudillo sin honor, general incompetente. Recurrió a la traición para asumir el poder, incapaz de ganarse el amor de su pueblo. Cuando alguien no es consciente de sus propias contradicciones, hace que formen parte del destino.

—¿Qué clase de acuerdo me ofreces? —le preguntó Fruela.

—Tu hermana podría desposarse con Alqama —propuso el witizano—. De este modo, se forjaría una alianza en el norte.

Una alianza al servicio de sus intereses. La administración califal se había convertido en un mercadeo, la lealtad salía a subasta a cambio de prebendas y cargos. Nada nuevo bajo el sol…, salvo por lo que sacrificaban a cambio.

—Gausinda ya tiene esposo —señaló el montañés con cautela.

—Teudis podría sufrir algún fatal… percance. De ser así, tu hermana sería la albacea de su herencia. Lo cual supondría una codiciada dote.

Fruela pensó en su cuñado, apodado «el Tartaja». No aportaba demasiado lustre a su familia, por decirlo con perífrasis.

—Nuestra tierra es pobre —razonó Fruela—. El pueblo no podrá pagar la yizia y el jaray.

—Ese no será tu problema —continuó Sisberto—. Nunca fuiste un altruista. ¿Por qué enfrentarse a los agarenos? Con el apoyo de mi familia, podrías detentar el rango que tu hermano te disputa. Si te muestras leal, el dīwān al-jaráj respaldará tus ambiciones.

Sisberto sonreía. Trataba de ofrecer la mejor versión de sí mismo. Ante todo, era un político: dos mentes, una atendía a los hechos y otra a sus intereses; la segunda acallaba a la primera cuando su voz resultaba inconveniente. Fruela inspiró hondo y percibió un fuerte olor a mirra y lavanda, el empalagoso perfume del witizano. Había vivido de espaldas a Dios la mayor parte de su vida, y todos sus intentos por encontrar alguna verdad o convicción moral habían fracasado. Sin patria ni Dios no existía nada trascendente, ni tampoco una causa por la que luchar. Comprendió entonces el consejo de Imelda: si se mostraba dócil, podría ganarse el favor de los señores de al-Ándalus… en caso de que no le asesinaran antes.

—Considera mi oferta —concluyó Sisberto—. Mañana habrá una cacería; espero que acudas. —El cántabro le vio marcharse.

Someterse al poder. Tal vez fuera el modo de proteger a los suyos; mejor eso que una vida incierta. Las cabezas que adornaban las alzabas de al-Ándalus suponían un claro aviso…, aunque quien de verdad le inquietaba era Opas. El principio de que el fin justifica los medios supone la negación de toda moral y, en la mente del obispo, se volvía la norma suprema. No existía infamia a la que Opas no estuviera dispuesto si pensaba que serviría a su idílica convivencia.

«Si, al tomar una decisión, solo piensas en las posibles ganancias o pérdidas, eres un cobarde o lo acabarás siendo». Recordó sus propias palabras, pronunciadas hacía ya una eternidad, antes de convertirse en un superviviente de sí mismo.

Sus pasos le llevaron hasta el otro extremo del patio. Bajo la sombra de un almendro media docena de rehenes practicaba la lucha con bastones. Reconoció al hombre de confianza de Pelayo. Aquella mirada turbia, aquella sonrisa afable.

—Asterio —dijo, a modo de saludo.

—Fruela.

Los astures, con el torso desnudo, entrenaban en una pista delimitada por cuatro estacas. Hombres recios, de aspecto feroz, la ausencia de armas subrayaba su condición de rehenes. Tal vez por ello ponían tanto encono en aquellas prácticas, lo único que preservaban de su dignidad de guerreros.

—¿No practica nadie más? —preguntó el cántabro.

—Todos están en clase. —Con una mueca mordaz, Pelayo esbozó una negativa—. Aprendiendo a rezar, con el culo en pompa, para ofrecer sus sonrosadas nalgas al valí de al-Ándalus.

—¿Qué fue de ti tras cruzar el lago? —Fruela no había visto al astur desde el desastre ocurrido seis años antes. Le perdió de vista durante el repliegue hacia los reales cristianos, que pronto se convirtió en desbandada.

—Me despedí de Oxson, tu amigo el vascón, y cabalgué hacia el norte, solo, durante semanas, sobre una mula achacosa a la que llamé Epona. La encontré en un corral cerca de Siarum. En las alforjas hallé un hábito de monje y me resistí a ponérmelo incluso cuando helaba. La bestia casi me derriba tres veces, pero por algún motivo no lo logró. Llegó tan lejos como pudo, la muy hija de puta, antes de desfallecer de un modo épico: despeñándose por un risco… conmigo aún montado. Me salvé de milagro, con nada salvo lo puesto, y, una vez en casa, medité acerca de la invisible y omnipotente mano del Señor.

»Concluí que al Señor no le importamos un carajo. La religión no trata de Dios, sino del modo en que deseamos que funcione el mundo. Si una idea nos hace sentir bien, no importa si es útil o cierta, creemos en ella. Así que decidí creer que el Altísimo nos ha puesto a prueba.

Fruela había esperado un relato heroico, pero eso era algo que nadie que hubiera estado allí podría ofrecerle. La guerra desmiente todo lo que crees saber sobre el mundo.

—Eres un cínico —dijo el cántabro—. Lo cual supone un raro elogio, dado el lugar.

—Solo los cínicos pueden decir lo que les dé la gana. El resto anda demasiado ocupado repitiendo las consignas de los comeflores. ¿Has venido solo, sin comitiva?

—No quise obligar a nadie a compartir celda conmigo.

—Lo entiendo —dijo Pelayo—. No hay quien te aguante.

—Ninguno de nosotros es un héroe.

—De eso puedes estar seguro —aseguró el astur—. Hace tiempo alcancé la conclusión de que no tendré una muerte digna de ser recordada. Mis últimas palabras serán «Qué putada», o algo parecido.

—Todavía estás a tiempo de pensar en algo.

—Los discursos no son lo mío.

—Sin duda —convino Fruela—. Veamos si se te da mejor la espada.

Se despojó de la túnica y sopesó el palo que le ofrecían. Resultaba agradable verse sumido de nuevo en aquella rutina familiar.

Para algunos es el bosque, para otros la orilla del mar. Para Fruela, el cuadrilátero suponía un refugio donde sentirse en paz. Todo lo que ocurría fuera de él desaparecía de su conciencia, por un instante incluso podía olvidarse de la ruina del reino. Combatir suponía su único modo de sentirse en paz, el peligro se había convertido en una necesidad mayor que la propia supervivencia.

Fruela blandió la estaca y se plantó ante su adversario. El astur parecía robusto, recio de miembros, de buena alzada. Un hombre lucha como piensa y piensa como lucha. El mejor modo de conocerle es enfrentarse a él.

Estuvieron un momento tanteándose. Fruela dirigió un estacazo a la sien izquierda, el astur detuvo el ataque y le buscó el costado. Se sucedió una rutina de ataques y paradas al límite de distancia. Ante el resonar de la madera, los muchachos que abandonaban la escuela comenzaron a congregarse en el rincón del patio.

En un duelo amistoso se asumen unas normas tácitas. Se asume que el palo no es más que una espada sin filo, que la lucha es una esgrima simulada. Pelayo lanzó un tajo a su cabeza. El cántabro sujetó su propio bastón con ambas manos, empleó el agarre para detener el golpe, hacer palanca y responder. Algo imposible con un arma blanca.

El astur dio un paso atrás, palpándose los dientes; halló sangre en los dedos. «Has hecho trampa», le dijo con una mirada feroz, y el cántabro se encogió de hombros. Él solo había asumido esa norma.

La lucha te enseña que el cuerpo es solo una parte material de ti mismo, y no tu verdadero ser. El combate se convierte en un duelo de voluntades, y Pelayo solo destacaba por una voluntad férrea. Hizo una esquiva y Fruela inició un contraataque. El astur lo detuvo, él fintó arriba y le marcó un golpe en el cuello. Una advertencia. Volvieron a empezar. La madera chocó de nuevo y, esta vez, el cántabro recibió un brutal porrazo en el muslo.

Resopló, lanzó un tajo a la cabeza del astur. Un choque de madera y, acto seguido, alcanzó al hombretón en el costado. Sin miramientos. En el siguiente

embate, sintió un lacerante dolor en la sien. Siguieron peleando. A medida que la ira los dominaba, los impactos ganaron en fuerza. Ya no marcaban los ataques, aquello era una pelea a estacazos. La clave ya no residía en la técnica, sino en la capacidad de mantenerse en pie, de recibir el castigo. Ahí la voluntad lo era todo… Fruela era más rápido, había sido instruido por una de las mejores espadas del reino, su esgrima era más depurada. Por cada golpe que él recibía, el astur encajaba tres, y, aun así, Pelayo seguía luchando.

Hicieron una pausa, jadeantes. Fruela sentía un humor viscoso en la frente, se limpió con el dorso de la diestra; el brazo izquierdo colgaba inerte, el codo le abrasaba. Con el cabello y la barba empapados de sangre, el aspecto de Pelayo no parecía mejor. En sus ojos halló una decisión suicida.

El cántabro quiso acabar cuanto antes. Alzó el palo y dio un paso lateral; antes de que las maderas se tocasen, cambió la trayectoria. Pelayo sintió un dolor atroz en el costado, Fruela recibió un brutal golpe en el hombro. Tuvo que apoyarse en el bastón para no caer al suelo.

Los dos norteños aguardaron inmóviles, jadeando, sin fuerzas para continuar.

—Tú —espetó Pelayo con furia, señalando al otro con el dedo—. Menudo hijo de puta estás hecho.

Dejó caer la estaca, pasó el brazo sobre el hombro de Fruela y estalló en carcajadas. Ante el gesto amistoso, el rostro del cántabro se crispó de dolor. Las risas de los dos luchadores contagiaron al resto de astures, y luego al público que abarrotaba el patio. Los zagales les aplaudían. Aquel fue un momento de euforia que, durante unos instantes, les permitió olvidarse de su condición de cautivos.

Los dos púgiles se sentaron en un banco para compartir una vasija de agua. Las risas se apagaron ante la irrupción de un grupo de árabes. Fruela reconoció al cabecilla cuando se plantó ante ellos. Los holgados ropajes de lino cubrían el cuerpo nervudo de Alqama, la qabā’ abierta protegía a una cota de malla del sol. Una espada mushrafī colgaba del hombro mediante un tahalí argénteo. Lucía un turbante de color sangre.

—Levantaos —les ordenó Alqama.

El cántabro decidió obedecer, a sabiendas de que le hablaba un lunático. Pelayo tenía otras ideas en mente:

—Yo estaba antes.

—Los dimmíes han de cederle el asiento a cualquier musulmán que lo requiera —le dijo el caíd—. Y tampoco podéis usar armas.

Los parámetros del enfrentamiento entre dos hombres son universales. Dialogan. Discuten. Pueden llegar a las manos. Solo en última instancia se recurre a las armas. El respeto aflora bajo una amenaza mutua, una que mantiene el trato dentro de unos límites civilizados.

La Dhimma estaba concebida para abolir esas normas. Si alguno de ellos alzaba la mano contra un ismaelita, se vería sometido a las leyes del ŷihād.

—Un palo no es un arma —masculló Pelayo.

Alqama desnudó la espada y le golpeó con el pomo en la sien. El astur cayó de costado, y la sangre comenzó a manar por una brecha. Se sentó de nuevo en el banco. Fruela dio un paso al frente, dos sarracenos le detuvieron.

Observó al caíd. Hay quien entrena con armas para sobrevivir, otros se dedican a la guerra como oficio. También existen personas dañadas, con una honda necesidad de dañar. Aprender a matar les exige una férrea disciplina, y, con el tiempo, esa rabia queda sepultada, apenas oculta, fraguando una ralea de asesino que pudo identificar.

El astur se sentó de nuevo en el banco. Alqama alzó la espada y le golpeó con el plano de la hoja. Cayó de bruces, y se escucharon risas. Los rehenes empezaron a marcharse. Pelayo se puso en pie renqueando, y tomó asiento. El caíd empleó el arma de nuevo y el norteño acabó con el rostro hundido en la grava. Cuando sus hombres quisieron intervenir, los sarracenos desenfundaron las armas. Pelayo se incorporó de nuevo. Recibió una patada bajo el mentón. La mandíbula del astur se desencajó en el costado derecho, presionó un nervio del otro lado, las piernas dejaron de sostenerle y se derrumbó.

Entonces alzó la mirada. Sentía un clavo ardiendo incrustado en la rodilla: la pierna izquierda se negaba a obedecer. Comenzó a arrastrarse en dirección al banco. Alqama le pateó en las costillas, despojándole de aliento, y Pelayo se desplomó como un saco terrero.

El árabe se levantó la túnica, rebuscó entre los ropajes y un chorro amarillento empapó el rostro del astur mientras los muqātila estallaban en carcajadas. Entonces vieron llegar al sāhib al-shurta y decidieron marcharse.

El cántabro se arrodilló junto al cuerpo tendido en el patio, con la nariz rota, la mandíbula hinchada desde el mentón a la sien, el suelo salpicado de sangre.

—Fruela… —Pelayo lanzó un esputo rojizo.

—¿Sí?

—Llévame al banco.

A duras penas logró cargar con el corpachón del astur. Al fin pudieron sentarle en el escaño. Alguien vertió un cántaro de agua para limpiarle el rostro de sangre, polvo y orín. Pelayo contemplaba la nada abstraído:

—El futuro ya no es lo que era, ¿verdad?

—No —convino Fruela.

El brillante porvenir que, años atrás, habían imaginado, estaba muerto, y no podían hacer nada al respecto. Sus padres les habían legado un reino mejor del que hallaron, y eso no era algo que pudieran decirles a sus hijos.

—Desde la batalla del lago, creo que, de un modo u otro, todos los días de mi vida he oído decir que somos una mierda —dijo Pelayo—. Que aquel día luchamos por nada. Porque nada de lo que somos, o hemos sido, o deseamos ser, merece la pena. No hablo de sentirse mejor que nadie. Bastaría con no oír, día tras día, la mierda que somos. ¿Me entiendes?

—Sí —respondió, tras observar al lugar donde había charlado con Sisberto—. Te entiendo.

El caudillo astur no era un héroe. Ninguno de aquellos hombres lo era, ni tampoco eruditos capaces de concebir utopías. Pelayo solo era algo que la gente común podía entender. Existe una conexión profunda entre nuestras creencias y nuestros actos. Vivimos nuestra filosofía personal a diario: si hacemos algo, es porque creemos en ello. Un acto no es más que una creencia realizada, y, cuando de verdad creemos en algo, decidimos sin pensar.

—A medianoche. En las letrinas —dijo Fruela antes de irse.

A veces, las decisiones son mucho más fáciles de lo que parece.

En la despensa, Fruela halló un odre de vino. Todo cuanto necesitaba. Vertió el contenido en un vaso y dio el primer trago. Se sentó en el camastro, cerró los ojos y una estampida de imágenes irrumpió en su mente.

Los recuerdos son criaturas caprichosas. Nos asaltan sin previo aviso y, cuando emergen de entre las sombras del pasado, debes hacerles frente para convertirlos en una parte asumible de ti mismo. Siguió bebiendo, con la esperanza de que su memoria le diese un momento de tregua. Al abrir los ojos, descubrió a la criada sentada ante él. Tez pálida, ojos verdes tiznados de kohl y labios de escarlata.

—Buenas noches —dijo la muchacha—. ¿Cómo se encuentra?

—Borracho…, aunque bajo control. ¿Cómo te llamas?

—Sahar —respondió, y le miró fugazmente a los ojos.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? El que tenías antes de…

—No. —La joven se mostró aterrada—. Ahora mi nombre es Sahar. —Hubo una pausa, miró más allá de la puerta, luego bajó la vista y su voz se volvió serena—: No puedo recordarlo…, mi familia vagabundeaba en carretas por una inmensa pradera. Cuando nos capturaron, me prohibieron que hablara mi lengua. Sabía algo de griego, así que me hicieron pasar por romana. Así pudieron sacar más dinero por mí. —Al principio, las palabras parecían forzadas, pero a medida que fluían se mezclaron con una emoción oculta durante mucho tiempo.

El norteño examinó su aspecto, las babuchas doradas y la aljuba bordada en plata. Un leve roce en la rodilla —la mano de Sahar le acariciaba el muslo— y, en las mejillas sonrosadas de la joven, se formaron unos hoyuelos. La despiadada expresión del montañés hizo que retirase la mano, como si su piel abrasara.

—Sé que Bishr te ha ordenado espiarme —dijo Fruela—. Si le convenzo de que me lo has contado, ¿qué crees que te hará?

La lealtad obtenida con el miedo es un arma de doble filo. Fruela dejó que el silencio se prolongara, para que el miedo se convirtiera en pánico.

—Solo quiere saber con quién hablas —dijo Sahar—. Me ordenó que me ganase tu confianza.

—¿Opas está implicado?

—Tal vez —respondió la criada—. Bishr anda en tratos con Sisberto.

La suave voz femenina se fue extinguiendo. A Fruela no le extrañó la noticia.

—¿Enviaron a un sicario para matarme?

—No… Solo querían asustarte, para que no considerases la idea de huir.

El norteño la escuchó con la mirada extraviada y el pensamiento embarrado en una ciénaga.

—Márchate —dijo—. Y no te lleves la jarra.

Sahar se retiró y él continuó bebiendo, acompañado del silencio. Las luces de los candiles se fueron extinguiendo hasta que la estancia quedó alumbrada por la luna. Una voz lejana resonó desde la mezquita. El muecín llamaba a la oración. Las campanas ya no marcaban los ciclos diarios. Ninguna iglesia podía ostentarlas, ni tampoco cruces en lo alto: las procesiones de Pascua habían sido proscritas. La religión cristiana debía permanecer oculta, al igual que las mujeres. Qurtuba suponía el mundo que estaba por llegar.

Extrajo un pergamino oculto bajo la tarima y lo guardó en la escarcela del cinto.

Las termas del palacio se habían convertido en hammām, permanecían desiertas de madrugada. Las cigarras del jardín enmudecían a su paso y, con la luna oculta tras un velo de nubes, Fruela se tuvo que guiar por los candiles del muro. Entró en las letrinas y, cuando sus ojos se acomodaron a la oscuridad, se descubrió ante Pelayo. Por un instante le creyó vestido de agareno, mas solo era una venda en el cráneo.

—Guidemar me pidió que te entregara esta carta —dijo sin más preámbulo, y el astur tomó el pergamino lacrado. A medida que Pelayo leía el documento bajo la luz del candil, su rostro se descompuso como manteca orillada al fuego. Al terminar, arrugó el documento con un gesto de furia.

—¿Sabes lo que dice? —le preguntó Pelayo, y él asintió.

—Munuza irrumpió en tu heredad para llevarse a tu hermana y convertirla en su esposa.

El astur se apoyó en el muro, tratando de serenarse.

—Regreso a mi tierra —decidió Pelayo—. Mañana toda la corte estará en la cacería. No advertirán nuestra ausencia hasta el ocaso, y, para entonces, habremos cruzado la sierra. Acompáñame; tengo amigos que nos ayudarán a escapar.

Fruela cabeceó una negativa.

—Aún debo permanecer aquí —respondió.

La sospecha que asomó en el rostro del astur fue pronto reprimida. Fruela se había jugado la piel al entregarle aquella carta, a sabiendas de que desataría una revuelta en el norte, cuyas consecuencias parecían imposibles de prever. Pelayo se despidió de él con un ademán sombrío y, al llegar al umbral, se detuvo:

—Aquel día, en la reunión del consejo…, me opuse a que nos enfrentáramos a Tāriq a campo abierto.

—Y yo aconsejé a Rodrigo que lo hiciera —dijo el cántabro.

—Le habrás dado vueltas al asunto.

—Unas cuantas.

Cada vez que rememoras un hecho, lo alteras de un modo imperceptible. Tratas de rellenar lagunas, de otorgarle un sentido. Las imágenes se desdibujan en tu mente y solo quedan emociones. Por eso, nuestros recuerdos más importantes son los más falsos. Creemos que el pasado es inmutable, pero no lo es. El pasado cambia a cada instante, y el recuerdo de aquel día le había torturado durante demasiado tiempo como para poder precisar qué era real.

—Sospechaba que iban a traicionarnos —le confesó Pelayo—, pero no podía probarlo. Cuando los witizanos abandonaron la lucha, y los nuestros comenzaron a caer como chinches, me sentí satisfecho. Al fin todos sabrían que Opas y Sisberto eran unos traidores. ¿Crees que tiene sentido?

—Tanto como el resto de lo que sucedió aquel día.

Recordó el relato de Casandra, la princesa troyana bendecida por los dioses con el don de la profecía. Quiso advertir a su gente sobre el caballo de madera abandonado ante las murallas de Troya. Nadie la creyó, y ese don se convirtió en una maldición. Tal vez la culpa que Fruela sentía por una decisión errada no fuera nada comparado con saber el desenlace y no poder evitarlo.

VI

El sol fijaba su tórrida mirada sobre la Propóntide e irrumpía en el palacio de Nicomedia a través del artesonado recubierto con pan de oro. Sentado sobre un escabel de cedro labrado, ante una mesa abarrotada de burócratas y eunucos, el joven Teodosio trataba de ocultar el profundo desdén que sentía hacia el mundo. Con dos adorables hoyuelos y la dentadura más hermosa que el dinero pudiera comprar, sus rasgos finamente cincelados irradiaban confianza. Ocho soldados montaban guardia a su espalda, proclamando su recién estrenado cargo de conde de los excubitores, jefe de la guardia personal del emperador de Constantinopla.

—Mi padre se halla recluido en palacio —declaró—, ocupado en los asuntos de Estado.

Una veintena de burócratas opsicios y constantinopolitanos, dos miembros del clero y tres militares de alto rango asintieron solemnes, a sabiendas del peculiar significado de «recluido» para referirse al gran Teodosio III.

—Los sarracenos han reunido el mayor ejército desde que Jerjes cruzó el Helesponto para invadir Grecia doce siglos atrás —prosiguió el joven Teodosio—. Durante diez años, los astilleros de Túnez, Alejandría y Tiro han trabajado sin descanso para construir una gigantesca flota. Hace tres días, Maslama ibn ‘Abd al-Malik atravesó las Puertas Cilicias. Mil ochocientas naves de guerra y ciento veinte mil muqātila avanzan, como una marea de fuego, hacia Constantinopla. —Ante semejante noticia, todos contuvieron el aliento—. Es hora de tomar medidas osadas.

—¿Y qué medidas son esas? —inquirió el gran logoteta.

—He enviado un emisario para negociar la retirada del ejército califal a cambio del pago de un rescate. —Los miembros del consejo imperial, tanto eunucos como barbados, intercambiaron unas miradas aprensivas, hasta que alguien se atrevió a preguntar:

—¿Cuánto?

—Cinco millones de nomismata. Nicolás, el nuevo tesorero, os expondrá el estado de las cuentas. —El muchacho se recostó en el asiento con un gesto

de suficiencia.

Apenas un año antes, su padre, el gran Teodosio III, trabajaba como recaudador de impuestos en los arrabales de Adramitio. Cuando los soldados del thema opsicio se sublevaron contra Anastasio II, no tuvieron mejor ocurrencia que proclamarle emperador. Al saber de sus intenciones, el futuro autocrátor, sebastos, kaisar y basileos trató de esconderse en un bosque. De nada le sirvió. Tres meses después, un oscuro burócrata fue coronado en Constantinopla y su consentido vástago comenzó a repartir cargos. Una legión de adolescentes malcriados y arribistas de todo pelaje, clientes asiduos de un lupanar de Lesbos, había irrumpido en la administración imperial.

—Muchas gracias, Teo. Es decir, kyrios —farfulló el tesorero—. A ver… En lo tocante a los gastos, el ejército consume seiscientos mil nomismata al año; la burocracia imperial, cuatrocientos mil; los fastos religiosos y los espectáculos del hipódromo, otros cien mil. Respecto a los ingresos… los impuestos nos aportaban un millón y medio de nomismata al año; los aranceles y las tasas al mercadeo, doscientos mil. Aun así, el comercio está arruinado por las incursiones árabes, y varias provincias no nos envían lo recaudado. Los themata anatólico y armenio no reconocen la autoridad de Teodosio, y el estratego del thema cibirreota pretende negociar por su cuenta con el califato, apelando al hecho diferencial de la antigua Panfilia.

El joven Teodosio pareció recordar algo:

—¿Han acudido los estrategos del thema armenio y del anatólico?

—Aguardan en la sala de recepciones, kyrios —respondió el ostiario—. Creímos conveniente darles un baño de humildad, obligándolos a esperar.

—Bien pensado —dijo Teodosio, satisfecho, y se giró hacia el logoteta del Tesoro—: ¿Has preparado los nuevos impuestos para sufragar el rescate a los árabes?

—Hace días, kyrios. Está previsto duplicar la tributación por familia, junto al impuesto a las tierras de regadío y secano. Debo advertiros que tales medidas podrían generar descontento.

—Habida cuenta de su servicio al Imperio —señaló el heredero—, por supuesto estarán excluidos del pago los miembros del Senado y la cancillería imperial.

—Por supuesto. —El logoteta del Tesoro se encogió de hombros—. En fin. «La ley es dura, pero es la ley», que decían los antiguos…

—Deseo manifestar mi más enérgica repulsa —dijo el guardián del Tintero imperial—. El pueblo ha sufrido demasiado los estragos de la guerra. Estos impuestos los sumirán en la miseria.

—¿Deseáis vetar la resolución? —le preguntó el joven Teodosio.

—En modo alguno. Solo quiero que conste en acta.

—Que así sea. —El muchacho hizo un gesto al escriba.

—Incluso con este aumento fiscal —comentó el tesorero—, no podremos cubrir el rescate a los árabes, el tributo anual a los búlgaros y el préstamo del jan de los jázaros. Solo la burocracia imperial consume cuatrocientos mil nomismata al año.

—Mi padre ha creado una oficina de control presupuestario —señaló Teodosio, desconcertado.

Como jefe de la cancillería, el gran logoteta creyó oportuno intervenir:

—Y antes Justiniano II fundó una oficina de control financiero, el usurpador Leoncio una auditoría general, el usurpador Filípico una escribanía para el mantenimiento de las murallas y el usurpador Anastasio una oficina para el control arancelario.

—¿Nadie despidió a esos funcionarios?

—En realidad sí: fueron decapitados en el hipódromo…, pero se conservaron los cargos. En veinte años la diadema imperial ha cambiado siete veces de manos, y cada nuevo dueño hizo una purga para repartir las vacantes entre sus allegados. —El jefe de la cancillería contempló con satisfacción cómo el joven tesorero se encogía en el asiento.

—Son solo cinco despachos —razonó el heredero imperial.

—A decir verdad, treinta y cinco —precisó el gran logoteta—. Cada oficina cuenta con una delegación provincial. Propongo suprimirlas y centralizar sus tareas en una cuestura metropolitana bajo mi mando.

—Me opongo —protestó el protonotario del thema opsicio—. La descentralización flexibiliza la gestión sin aumentar la burocracia.

—Eso es muy discutible —objetó el gran logoteta—. Por ejemplo, ¿es realmente necesario un coordinador local de la auditoría general y la oficina de control presupuestario? Dudo que en el thema opsicio esa persona exista.

—Estáis equivocado —respondió el aludido—. Enviadme una solicitud por escrito y con mucho gusto os mandaré los informes.

—Ya lo hice. ¿No la leísteis?

—¿Y por qué debiera? —respondió, airado—. Tengo quince secretarios.

—Un momento —intervino Teodosio—. Yo no he convocado al coordinador de las delegaciones de la auditoría general y la oficina de control presupuestario.

—Es que también soy el protonotario de Nicomedia, kyrios. —Y al saberse el centro de atención, añadió—: Si suprimiéramos los fastos

religiosos…

—¡Para vencer al enemigo necesitaremos la ayuda de Dios! —rugió el obispo de Nicomedia.

Sentado a la diestra del joven Teodosio, el estratego del thema opsicio escuchaba aquella afectada dialéctica con el ceño fruncido.

—Kyrios… —Aquella palabra restalló como un látigo—. Hemos acudido a Nicomedia con diez mil soldados para forzar al estratego del thema anatólico a que reconozca la autoridad de vuestro padre. Haríais bien en preocuparos por el estado de las tropas.

El muchacho tragó saliva y se apresuró a asentir.

—Por supuesto. ¿Cuál es el estado de las Escolas palatinas? —preguntó al jefe de la guardia imperial—. ¿Están dispuestos para el combate?

—Hace dos siglos que las Escolas solo se encargan del ceremonial cortesano —le informó el oficial al mando—. Mis hombres son de rancio abolengo, kyrios. No podemos someterlos a la indignidad de obligarlos a luchar.

Asaltado por una repentina epifanía, el logoteta del Tesoro intervino:

—¿No ha dicho el tesorero que el ejército consume seiscientos mil nomismata al año? Tal vez si redujéramos…

La grave voz del estratego opsicio resonó de nuevo en la sala, y, esta vez, hasta el vidrio de las ventanas pareció temblar.

—Tras el fracaso de Filípico, las tropas del thema opsicio se rebelaron y pusieron a Anastasio en el trono. Cuando Anastasio trató de imponerles medidas disciplinarias, las tropas del thema opsicio se sublevaron para coronar a Teodosio. Os aconsejo que no importunéis a los soldados o, de lo contrario, podría suceder algo que ninguno de nosotros desea.

Movido por un resorte oculto, el joven Teodosio se levantó del escaño.

—Es hora de atender a nuestros invitados.

En la sala de recepciones, Konon aguardaba desde hacía una hora ante un trono vacío. Apenas había cruzado un par de palabras con Artavasdo, el estratego del thema armenio. Ni siquiera prestaba atención a su amigo y consejero Teófilo, que afrontaba la espera con su acostumbrada sorna. Los tres permanecían de pie ante una puerta cerrada, en una estancia vacía, salvo por media docena de soldados de la guardia imperial.

—Polibio —murmuró Konon.

—Qué va —dijo Teófilo—. Será Heródoto.

—*Hannibal ad portas*.

—Emplear a Jerjes resulta más pomposo, y ese niñato lo es hasta la náusea.

Konon sofocó la incipiente sonrisa, con una mueca que acentuó su aspecto de ave de presa. La piel olivácea del estratego del thema anatólico resaltaba sobre el zôstarion blanco ceñido con un cíngulo militar del que colgaba una espada, al estilo persa.

Los silentiarios irrumpieron en la estancia e impusieron silencio. El joven Teodosio surgió de la puerta rodeado por un enjambre de eunucos envueltos en sedas. En la corte, la lealtad resultaba un bien tan efímero y volátil como la propia corona imperial, se dijo Teófilo. El poder corrompe más a quien lo codicia que a quien lo ejerce, las amistades surgen con el único propósito de mantenerse con vida. Y cuando eres un hombrecillo de rostro aniñado y voz chillona, nacido en un arrabal de Tesalónica, debes hacer demasiados amigos para sobrevivir… y cada uno supone una cuenta pendiente que, en caso de no retribuirla, te llevará al cadalso. Teófilo se alegraba de haber escapado sin apenas deudas del palacio imperial.

—Los sarracenos han reunido el mayor ejército desde que Jerjes cruzó el Helesponto para invadir Grecia doce siglos atrás —clamó el joven Teodosio —. Durante diez años, los astilleros de Túnez, Alejandría y Tiro han trabajado sin descanso para construir una enorme flota. Hace tres días, Maslama ibn ‘Abd al-Malik atravesó las Puertas Cilicias. Mil ochocientas naves de guerra y ciento veinte mil muqātila avanzan, como una marea de fuego, hacia Constantinopla…

—Es hora de estar unidos —murmuró Teófilo.

—Es hora de estar unidos —declaró el heredero imperial—. De lo contrario caerá la Nueva Roma y, con ella, toda la cristiandad.

—Estoy de acuerdo —dijo Konon—: uníos a mí.

—¡No! —le espetó el muchacho—. ¡Debes rechazar al usurpador!

—Lo hice desde el primer día.

—No has jurado lealtad al emperador Teodosio.

—Juré lealtad a Anastasio, el segundo de su nombre, cuando me nombró estratego del thema anatólico.

—Anastasio es el usurpador —le espetó el joven—. ¡Usurpó el trono al emperador Filípico!

—Y tu padre, Teodosio, se lo usurpó a él.

La apresurada respuesta del joven fue poco más que un balbuceo:

—Anastasio renunció a la púrpura; se ha recluido en un monasterio de Salónica.

—Con un cuchillo en la garganta —replicó Konon—, ¿qué otra cosa podía hacer? —Desplazó su mirada hacia el responsable de que tal cosa sucediera, y el estratego opsicio aceptó el desafío:

—Teodosio cuenta con la guardia imperial, los federados, el thema opsicio, el thema tracio y la flota —declaró Miguel—. La ciudad de Amorion se declaró leal a Teodosio y te ha cerrado las puertas, los árabes invadieron tu provincia y se disponen a asediar tu capital. No tienes elección; hinca la rodilla en tierra y salvarás la vida. Artavasdo hará bien si te imita…

El aludido, el estratego armenio, los observaba impávido, como si todo aquello no fuera con él.

—Tenéis dos días para decidir —declaró el heredero imperial.

Antes de que concluyera, Konon le había dado la espalda, y su consejero hizo una apresurada reverencia antes de seguirle. Medio centenar de excubitores los aguardaba en la entrada al palacio, junto a la decena de hombres que formaban su escolta. Los setenta jinetes desfilaron por el laberinto de calles bruñidas con mugre, entre el tumulto de los curiosos y el galanteo procaz de las rameras.

—Podría haber sido peor —opinó Teófilo—. Al menos no hemos discutido sobre el monofisismo, el diofisismo y el monotelismo. Las disputas cristológicas son lo más cainita que nos ha ocurrido desde la fundación de Constantinopla. ¿Cuántos hombres crees que tiene Teodosio en Nicomedia?

Antes de contestar, Konon echó un vistazo más allá de las casas de adobe y madera añeja.

—Trescientos excubitores, quinientos escolares, la tourma de Nicomedia, seis tagmata del thema tracio y cuatro mil mercenarios búlgaros, jázaros y eslavos.

—Y Maslama marcha hacia Amorion, nuestra capital, que nos ha cerrado las puertas, y dicen que trae ciento veinte mil muqātila.

—Estamos entre el martillo y el yunque —afirmó el estratego—. Teodosio solo nos ayudará si le reconocemos como emperador. Pretende usar la amenaza árabe en su provecho.

Una vez dejaron atrás Nicomedia, la calzada discurría junto al río Sangarios entre cerros y montes de suave relieve. Cabalgaron hacia el sur, por el valle de los Frigios, hasta caer la noche, y acamparon en un pequeño encinar. Los soldados anatólicos retiraron las sillas a las monturas y se acomodaron en torno a la hoguera. Sobre el horizonte las estrellas

parpadeaban como tímidas velas al viento. Cuatro excubitores se sentaron junto a Konon, estirando las piernas cansadas junto al fuego.

—El mejor jamón de Romania —dijo un joven de cabello rojizo, que le ofreció un pedazo—. Mis padres me lo envían de Lázica.

El estratego sonrió ante aquel pueril desafío, degustó la carne de cerdo que le ofrecía y, a cambio, le entregó un pellejo de vino que fue pasando de mano en mano.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó Konon.

—Alexios, pero todos me llaman el Porquero —dijo el pelirrojo—, por la profesión de mis padres. No me avergüenzo de mis orígenes en Bedia.

—Conozco tu tierra —dijo Konon, y el rostro del muchacho se mostró animado:

—¿Es verdad que tomaste Sideron con solo doscientos armenios y cincuenta alanos?

—Fue hace seis años —dijo Konon—. Justiniano me envió a Alania para forjar una alianza contra el califato, después de entregarme quince mil nomismata con los que ayudar a los alanos en su lucha contra los abjasos. En cuanto crucé el Cáucaso, el emperador envió un emisario para se llevase el dinero que dejamos en Fasis. —Resonaron las risas—. No le resultó tan fácil librarse de mí. Crucé las montañas con raquetas de nieve, evitando las guarniciones que controlaban los pasos, y regresé a Lázica… después de que los abjasos ofrecieran seis mil nomismata por mi cabeza y los alanos fingieran entregarme. Allí me encontré con doscientos soldados que habían quedado atrás en una campaña fallida. Después de tomar Sideron embarcamos de regreso a Constantinopla. El basileos se alegró mucho de tenerme de nuevo ante sus doradas narices.

Los soldados estallaron en carcajadas, y Teófilo admiró el carisma que irradiaba su viejo amigo.

—Es un honor conocer al león de Anatolia —dijo un soldado, alzando su vaso.

Konon sonrió al escuchar el apodo. Disfrutaba de la compañía de aquellos soldados con los que le unía un vínculo intangible. Roma ya solo era un montón de ruinas, y aun así todos se sentían rhomaioi, aunque su lengua materna fuera el griego. Roma ya no era un lugar, sino una idea que vinculaba pasado, presente y futuro. Una Roma eterna… que pronto dejaría de serlo.

Un oficial de los excubitores interrumpió la charla.

—¡¿Qué se supone que estáis haciendo?! —gritó a sus hombres.

—Compartimos vino entre compañeros de armas —dijo Konon.

—Tú no eres mi compañero —repuso el oficial—, sino un bastardo nacido entre árabes. No dudaría en matarte si tuviera ocasión.

El oficial se marchó, los soldados se dispersaron. Junto a la hoguera, el estratego observaba a Teófilo:

—¿En qué piensas?

—En que me habría ido mejor en la corte como logoteta doméstico.

—Si por «mejor» te refieres a «muerto», sin duda —declaró el estratego—. Al menos a mí no me tienes que lamer el culo.

—Lamer culos no es una labor tan ingrata —protestó Teófilo—. El segundo Justiniano se hacía enemas a diario. Es mejor servir a un sádico megalómano antes que al único idiota con un ápice de lealtad en toda Romania. Aunque, para mi desgracia, te he tomado afecto.

Sin duda, el emperador al que ambos sirvieron había sido un lunático. Su obsesión con unificar la Iglesia, y las atrocidades fruto de su paranoia, hicieron que las tropas ofrecieran la corona a un general armenio. Los logros del nuevo emperador, Filípico, fueron notorios: en apenas dos años, perdió Cilicia a manos de los árabes y los búlgaros se presentaron ante las murallas de Constantinopla. Las tropas del thema opsicio no tardaron en sublevarse, e irrumpieron en el palacio imperial para arrancarle los ojos. Le sucedió un oscuro funcionario imperial, Anastasio II. Cuando los heraldos le informaron de los preparativos árabes de una colosal campaña contra la capital romana, el nuevo emperador se preparó para lo inevitable: las murallas teodosianas fueron reparadas y provistas de artillería. Cuando trató de reinstaurar la disciplina entre las tropas, los soldados del thema opsicio se amotinaron para entronar a un recaudador de impuestos llamado Teodosio. Mientras tanto, los ejércitos del califato se mostraban invencibles en todos los frentes y Sulaymān, el nuevo príncipe de los creyentes, había declarado que no cesaría en la lucha por la capital romana hasta que conquistase la ciudad o destruyera al Imperio árabe en el intento.

Acosado por tales pensamientos, a Konon le resultó difícil conciliar el sueño.

Al día siguiente, marcharon entre sotos de chopos y sauces adentrándose en una meseta de páramos, estepares y trigales salpicados de acerolos. Convertido en arroyo, el Sangarios marcaba la frontera entre el thema opsicio y el anatólico. En la otra orilla los aguardaba un drongario con un centenar de jinetes. Antes de vadear el cauce, Konon se despidió de los excubitores.

—Ha llegado un emisario árabe —les informó el drongario.

El estratego asintió; la noticia no le resultaba inesperada. Había llegado el momento de escuchar la da’wà, la preceptiva exhortación para abrazar el Islam antes del combate. Una costumbre instaurada por el propio Mahoma. Mucho había llovido desde entonces, y el pronunciamiento ritual de la da’wà bastaba para causar pavor incluso al más poderoso de los soberanos.

La meseta anatólica se extendía ante ellos, desolada, inabarcable, su población huida o capturada por los árabes. Bajo el graznido de las cornejas, un pesado silencio resonaba en aquel paisaje yermo. En los días antiguos Dorylaion había contado con termas, acueductos, templos y basílicas revestidas con mármoles del Egeo. Ahora solo era una aldea defendida por una vetusta muralla y un minúsculo kastron donde los lugareños se refugiaban ante las algaradas islámicas. Salvo un puñado de urbes, como Nicea o Tesalónica, las antiguas ciudades romanas se habían transformado en modestas ciudadelas.

El emisario árabe los aguardaba en una sala del palacio, con la arrogancia propia del portavoz del señor más poderoso del orbe, y el oropel del nuevo rico que desea remarcar su estatus. El estratego tomó asiento ante el sarraceno.

—La paz sea contigo. Soy Konon, estratego del thema anatólico —le dijo en perfecto árabe—. ¿Quién eres y qué motivo te ha traído a mi presencia?

El emisario separó los labios, pero dudó en su respuesta; Konon sonrió ante su desconcierto.

—Y también contigo —declaró al cabo—. Me llamo Zubayr ibn Muhammad. Mi señor Sulaymān, que se halla con su ejército ante Amorion, me envía como emisario.

—En tal caso, se te concede el amán.

—Sulaymān desea que te comunique lo siguiente. —El heraldo asintió—: «Reúnete conmigo en ‘Ammuriya y discutiremos los términos de la paz».

El estratego suspiró aliviado al no encontrarse ante la da’wà. En su lugar, el adelantado del poderoso general árabe se ofrecía a negociar, pese a que su vanguardia se hallaba a solo setenta millas al este, asediando su capital, y el ejército que venía tras él podría aplastar a las tropas de Anatolia como una manada de uros a un ratón.

—Si tu señor desea la paz —respondió Konon—, ¿por qué asedia Amorion?

—Reúnete con él y nos marcharemos; no estoy autorizado a decirte más.

—En ese caso, puedes retirarte —le dijo el estratego—. Mis hombres te proveerán de víveres y forraje para el caballo.

—Hasta que nos encontremos de nuevo.

Zubayr se despidió, sin que sus ojos se hallasen a una altura inferior a los suyos, sin desearle la paz o la protección de Dios. No resultaba tan revelador lo que decía como aquello que sus actos y su mera presencia implicaban. Abū Ayyūb al-Ansārī, el abanderado del Profeta, había muerto durante el primer asedio árabe a la Nueva Roma, cuatro décadas atrás, y quedó sepultado ante las murallas teodosianas, dando testimonio de un deber incumplido. Los califas jamás renunciarían a la conquista de la aborrecida y codiciada al-Qustantīniyya, una empresa increíblemente onerosa que llevaban proyectando desde hacía más de una década.

Konon permaneció un buen rato en silencio. Debía presentarse ante Sulaymān para negociar. Él y no el emperador Teodosio III. Por algún motivo, aquella situación no le produjo el alborozo que cabría esperar.

VII

La lluvia había invocado un manto de niebla que lo envolvía todo, un rebaño de ovejas ascendía por las colinas en busca de pasto y el lejano repique de los cencerros transmitía una agradable sensación de sosiego. Dosinda se recogió el vestido para examinar los primeros brotes de mijo en la mies. Una figura, surgida de entre la bruma, la sobresaltó, y cruzó los brazos sin poder evitarlo. Se trataba de Pablo, más allá de la tapia derruida, con un gorro de fieltro en las manos. En aquellos tiempos, cualquier imprevisto se sentía amenaza, y, aunque su hermano Pelayo le había rogado que abandonase la hacienda, su respuesta fue una obstinada negativa.

La muerte de su esposo la había dejado afligida. Afligida y cortejada, a pesar de la falta de hombres. Muchos habían marchado a la guerra, muy pocos regresaron y aquellos que lo hicieron llegaron lisiados en cuerpo y alma. Dosinda no quería pasar de nuevo por el mismo trance.

—Álvaro está en la puerta —dijo el criado, con la preocupación plasmada en el rostro—. Acompañado de sarracenos.

La vista de Dosinda se deslizó por el suelo. Apenas contaba con una docena de bucelarios.

—Me reuniré con él —respondió, dirigiéndose a la cerca.

La villa de Veranius surgió entre la niebla como la morada de un titán. En el pasado había sido grandiosa, cuando al puerto de Gegione llegaba aceite de la Bética e incluso perfumes de Siria. Aquellos años de gloria habían quedado atrás. Una hilera de contrafuertes sostenía unos muros agrietados, con la cal deslucida, y la hiedra trepaba hasta el tejado. Caminaron entre ruinas, construcciones de zarzo, hornos, silos y lagares hasta la iglesia de San Pedro y Santa María, erigida sobre los restos del antiguo triclinio.

Una vez en el pórtico, Dosinda se despojó del delantal, se alisó el vestido con las manos, hizo un gesto a dos guerreros para que la siguieran y caminó hacia el portón de entrada. Descubrió a un viejo amigo bajo la arcada, con el rostro pálido y ajado, cubierto con un grueso manto y una túnica talar que revelaban su rango de presbítero.

—Álvaro de Tirasona.

—Dosinda.

La viuda miró más allá de la puerta y vio al menos cincuenta jinetes con adargas colgando de las ancas de las monturas y las espadas al hombro. Sin duda habría más en la puerta trasera.

Dosinda aguardó, envarada, obligándole a romper el silencio.

—Tu hermano está en Corduba —le dijo Álvaro—. No puedes evitarlo.

Ella arqueó las cejas, sarcástica, le dirigió un ademán para que la acompañara al interior y comenzaron a pasear por el huerto.

—¿Has venido a amenazarme? —le interrogó en voz baja.

—Me envían a ofreceros una salida —manifestó el religioso, y Dosinda parpadeó sorprendida—. Munuza no arrasará vuestras tierras, ni matará a vuestros hombres.

—¿Y qué desea a cambio de tanta benevolencia?

—Debes acudir a Gegione como su invitada.

Ambos sabían que «prisionera» sería la voz apropiada. La furia le nubló el juicio. Dosinda hizo un gesto a los hombres que custodiaban la puerta, y la cerraron para atrancarla.

—¿Qué te ha prometido Munuza? —Ante aquella pregunta el anciano se encogió de hombros.

—No me ha hecho ninguna promesa, solo hago lo que creo mejor para todos.

La viuda escrutó aquel rostro marchito con atención; poseía talento para evaluar a la gente y saber si había verdad en sus palabras.

—Te haré dos preguntas que deberás responder con sinceridad —le dijo Dosinda, los ojos pardos clavados en él—. Si mientes, si creo que mientes, haré que mis hombres te corten el cuello. Júralo por Cristo nuestro Señor.

—Lo juro. —El semblante severo del sacerdote le reveló que mantenía algo oculto, algo que temía que le preguntara. Después, la expresión se tornó opaca, y le hizo pensar que lo había imaginado.

—Si voy contigo —dijo con cautela—, ¿podré negociar en nombre de mi gente?

Álvaro asintió con un lento parpadeo, y ella dejó escapar el aliento. Suponía un mísero triunfo, pero aún quedaba lo importante.

—Si te acompaño, ¿me será posible regresar?

El clérigo sacudió la cabeza con genuino pesar y ella sintió una punzada de dolor en las entrañas. Al menos, pensó, había descubierto aquello que le que ocultaba.

Días después, cuando era demasiado tarde, supo que había formulado la pregunta equivocada.

—De acuerdo, he de preparar mis cosas —dijo, y al ver su reacción se percató de algo—: No me acompañará nadie.

—Un carro te espera más allá de la puerta.

Dosinda apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos. Alzó la barbilla, furiosa, para responder:

—¿Podré al menos llevar equipaje y despedirme?

Apenado, Álvaro asintió. La matrona guardó algunas ropas y útiles de aseo en un arca, ni siquiera pudo llevarse las joyas o el ajuar. Con pies plomizos, cruzó el portón y se subió al carro. Una pareja de guerreros se sentó a ambos lados y el rostro del anciano se ensombreció al ver la expresión de la viuda.

—Perdonadme —se disculpó—. Debemos manteneros a salvo.

El carro se puso en marcha con un brusco traqueteo. Recorrieron la calzada que unía Gegione con Lucus Asturum a través de un paisaje teñido de esmeralda, salpicado de granjas y minúsculas aldeas. Al norte de la cordillera, solo Gegione podía considerarse ciudad, motivo por el que había sido elegida sede del gobernador musulmán.

Gegione se asentaba en torno a una península rodeada de acantilados y cerrada en el istmo por una formidable muralla con treinta torres perimetrales. En la parte occidental se hallaba el embarcadero y, hacia levante, se extendía una hermosa playa repleta de embarcaciones varadas. Cuando el carro pasó ante las antiguas termas y atravesó la doble puerta de la cerca romana, Dosinda percibió un cambio en el aspecto de los lugareños. Aljubas, turbantes, atuendos que emulaban la ropa de los conquistadores. En el soportal del palacio de Munuza, moros y sarracenos jugaban a las tabas o charlaban en una lengua extraña.

Los guardias escoltaron a Dosinda hasta el patio. Un temblor en las piernas le hacía difícil caminar. Una vez en el corredor, repitió en su mente las palabras que había preparado para el gobernador de Asturia, y en ese preciso instante descubrió que la conducían a un cuarto.

—Munuza está ocupado, os atenderá más tarde —le dijo uno de los guardias antes de cerrar la puerta.

Confundida, Dosinda examinó la estancia: una mesa, una cama y una ventana que no daba a ninguna parte. Llegó una criada con la ropa de cama y un vestido exótico.

—Bienvenida al harén de Munuza —le dijo—. Me llamo Leyla.

—Harén —murmuró Dosinda.

—Halal es lo permitido por Alá; haram, lo prohibido. El harén es donde el dueño de la casa aloja a sus esposas y concubinas, hijos y parientes.

—¿No te está permitido salir? —Dosinda señaló el patio y la joven negó con la testa.

—Es la voluntad de Alá —respondió, rotunda—. Debemos permanecer recluidas y ocultar nuestro cuerpo, para evitar que la fitna arrastre a los hombres al pecado. El harén es mucho más que unos muros. Cuando sabes lo que está prohibido y lo asumes, llevas el harén en la mente.

La criada se despidió antes de salir. Dosinda ignoró los ropajes que había dejado sobre la mesa y se vistió con una túnica parda que traía consigo. Después de vestirse, decidió sentarse a esperar, y a punto estuvo de quedarse dormida. Dos horas más tarde, se sobresaltó al escuchar un golpe en la puerta.

—El emir te atenderá ahora —le dijo el guardia.

Dosinda hizo acopio de toda la dignidad que logró reunir y cruzó el umbral de la sala. Acomodado sobre un diván con las piernas cruzadas, las facciones de Munuza se mostraban serenas; nariz recta y pómulos altos, una mandíbula bien definida bajo la barba rizada.

«Sé valiente», se dijo Dosinda, decidida a no inclinarse ante él, aunque quisiera doblegarla. Una vez más, Munuza le sorprendió:

—He aquí la proverbial belleza norteña que ha inspirado a tantos poetas de Qurtuba —dijo el árabe, y extendió el brazo para ofrecerle asiento. Dosinda se envaró y frunció el ceño ante semejante halago, desaforado hasta el extremo de parecer una burla.

—¿Bajo qué autoridad y bajo qué ley se me retiene aquí por la fuerza? —le espetó Dosinda.

—Por la autoridad del califa Sulaymān —replicó el árabe—, bajo la ley islámica y el derecho de guerra.

—Mi hermano Pelayo firmó un pacto de capitulación con Mūsà ibn Nusayr, en virtud del cual se respetarían nuestros bienes y a nuestras personas a cambio de tributo. Sois un bárbaro, carente de honor y de palabra. Soltadme antes de que el valí sepa de este atropello.

—Unas palabras audaces para una dama sola, rodeada por quinientos guerreros. —Munuza sonreía—. Este atropello obedece a las órdenes del valí, y te pido disculpas por ello.

Derrotada, la mujer se acomodó al otro lado del diván. El sarraceno hizo un gesto a uno de los criados y ella tomó la copa que le ofrecía para dar un tímido sorbo. Le sorprendió que se tratara de vino.

—Álvaro me ha informado de que deseas negociar conmigo.

—Antes quisiera disfrutar de una conversación amigable —respondió Munuza, y ella le dirigió una mirada de hielo:

—Eso es algo que, en estas circunstancias, no puedo ofrecerte.

—El valí al-Hurr me ha ordenado elaborar censos para duplicar los impuestos. —Alqama enarcó las cejas; tales palabras parecieron divertirle.

—¿La yizia y el jaray? —preguntó Dosinda—. Un dinar y cuatro medidas de trigo, cebada, mosto y vinagre, además de dos de miel y dos de aceite, por cada hombre libre. Los siervos solo pecharán una medida. Eso fue lo acordado.

La estrategia califal resultaba, a esas alturas, palmaria. Pactos benignos, fácilmente asumibles, en especial si la alternativa eran la esclavitud, el saqueo y la muerte. Una vez consolidado el dominio islámico sobre un territorio, se imponían condiciones más férreas de forma paulatina. Con cada nueva concesión se reducía su capacidad de presentar resistencia.

—Debemos redactar un censo —dijo Alqama—. Los señores de Asturia nos engañáis con el número de siervos; no sabemos cuánta gente puebla las montañas.

—El censo limita la movilidad de la población —razonó Dosinda—, los lugareños van y vienen con sus rebaños. El jaray resulta igual de inasumible, y supone una violación del pacto. Nuestra tierra no es la Bética; apenas produce lo suficiente para subsistir.

—Podríamos negociar la tasa por la tierra en caso de sequía o granizo. —El árabe trataba de mostrarse razonable.

—¿Y qué hay del impuesto de capitación? —inquirió Dosinda—. Asturia no produce aceite, ni trigo, y el vino escasea. Debemos satisfacerlo en metálico, y el coste es abrumador.

—Y, a cambio, obtenéis nuestra protección. —Los labios de Munuza se curvaron en una mueca sardónica—. Mi oferta es el pago de la yizia en especie y un jaray de un dinar por cada dos yugadas, negociable en caso de malas cosechas. Tendré que enviar emisarios a Qurtuba para que el valí ratifique semejante concesión.

—¿Y qué deseas a cambio de tanta generosidad…? —replicó Dosinda sarcástica.

—Quiero que seas mi esposa.

El criado de cabello blondo regresó con una fuente de sémola de trigo. Dosinda tuvo que fruncir los labios, al percatarse de que seguía boquiabierta.

—¿Te interesa mi proverbial belleza o mi herencia? —dijo al cabo.

—Me seducen ambas cosas, además de la clientela de vuestro linaje —admitió el sarraceno—. Pensadlo bien, sería un modo de estrechar los lazos entre nuestros pueblos.

—Sabes que mi hermano no lo aprobará.

—Pelayo ha marchado a Qurtuba como rehén —señaló el emir—. No está en condiciones de imponer nada.

—Ni yo tampoco, supongo.

El árabe sonrió de nuevo y Dosinda humilló la mirada. Aceptar aquel acuerdo suponía asumir la obligación de cubrirse la cabeza, esconder el cuerpo en la calle y compartir esposo con otras tres mujeres.

—Dado que, al fin y al cabo, se trata de mi herencia —razonó Dosinda—, no veo necesario que compartamos lecho. Tenéis tres esposas y una docena de esclavas con las que engendrar vástagos…

—Ya no eres una niña, Dosinda —le interrumpió Munuza—. El imán requerirá pruebas de la consumación.

En otras circunstancias el comentario se le hubiera antojado grosero; en boca de Munuza resultaba tan carnal que la hizo sonrojarse.

—Soy consciente de ello —dijo la mujer.

—Bien —respondió él, satisfecho—. Llevará unos días preparar la ceremonia.

La cena prosiguió con una desconcertante cordialidad, como si nadie hubiera enviado cincuenta hombres armados a su casa aquella misma tarde. Charlaron hasta casi medianoche. El sarraceno le preguntó por la hacienda de Veranius y se mostró atento a las respuestas; su astuta mente, dispuesta a enredarla en su red. A veces, Dosinda olvidaba de que se había convertido en su prisionera.

VIII

Al despuntar el alba, los martillos resonaban en la armería del palacio de al-Hurr. Decenas de herreros se afanaban en los yunques para dar forma al acero. Fruela observaba las espadas de hoja recta y doble filo cuando se topó el sāhib al-shurta. Un moro espigado, de nombre impronunciable, con la piel azulada donde los tatuajes le adornaban el rostro, le salió al paso.

—Necesito mi scrama —le dijo Fruela.

—No puedes ir armado.

—El qumis de Qurtuba me ha invitado a la cacería. ¿Cómo podré cazar sin armas?

De mala gana le entregaron el cuchillo, un arco de fresno y un carcaj con media docena de flechas ajadas. Los mozos de cuadra le devolvieron la montura, después se reunió con Sisberto y su cortejo de aduladores en la entrada del palacio. Cincuenta jinetes atestaban las calles junto a la legión de monteros que conducía una jauría de sabuesos y alanos. Al verle llegar armado de esta suerte, los sarracenos le señalaron entre chanzas. La reputación se obtenía abatiendo fieras a caballo con armas enastadas, el arco se empleaba para abatir presas apostado. Algo propio de pecheros.

—Hace un día espléndido —le dijo el witizano—. ¿No te encanta el olor de la tierra húmeda?

—Mi tierra siempre está húmeda —comentó el norteño.

Un agareno comentó algo y el resto estalló en carcajadas.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Fruela.

—«Igual que vuestras mujeres» —respondió Sisberto, y al escuchar el soplido del cuerno, añadió—: Debemos partir.

Los monteros tomaron las lanzas, el cuero gimió cuando cincuenta hombres saltaron sobre las sillas de montar. Recorrieron las calles de Qurtuba en una columna hasta cruzar la puerta norte y atravesar las feraces haciendas de la aristocracia árabe. Fruela admiró la maestría con la que los sarracenos guiaban sus monturas, y reconoció el cuidado que todo guerrero confiere a las armas y los atalajes.

La columna de jinetes ascendió por la sierra a través de una senda perdida entre quejigos. Al percibir un rastro, los perros que encabezaban la marcha tensaron las correas para ladrar hacia el robledal. A una orden del valí, soltaron los sabuesos en la entrada a la espesura. Los monteros empuñaron las lanzas y picaron espuelas para cabalgar tras ellos.

—Buena suerte, norteño —se despidió un muladí—. ¡A ver si atrapas alguna liebre!

Sisberto marchó al galope junto al resto de nobles, y Fruela descabalgó y ató la montura bajo la sombra de una encina. Oteó la sierra y comenzó a trepar por aquel terreno bravío y boscoso, inaccesible a caballo. Se detuvo para contemplar el paisaje una vez que alcanzó el collado.

Después de las últimas lluvias, los animales dejaban un rastro visible. En la cresta descubrió una sucesión de pisadas, las pezuñas hendidas y alargadas de un ciervo. Las huellas delanteras de los machos son más grandes que las posteriores, y están muy separadas…, aunque también sucede cuando el animal corre. No, los dedos laterales solo se marcan si el venado trota o en terreno blando, y no era el caso. A juzgar por el tamaño, se trataba de un ciervo de al menos quince puntas, un trofeo digno de un príncipe.

Siguió el rastro con la mirada hasta tan lejos como pudo: hierba aplastada, heces, tierra removida, salpicaduras de barro… Luego caminó en silencio, deteniéndose, de vez en cuando, para escrutar la espesura. Tarde o temprano, el ciervo tendría que recostarse.

Una hora después halló un lecho donde el animal había sesteado bajo una encina. Examinó el despuntado de los brotes tiernos de las ramas bajas, el estiércol del suelo, y se acomodó para almorzar. Le daría tiempo a su presa para que se olvidara de él. Estiró las piernas cansadas, engulló un mendrugo, tomó un puñado de tierra empapada en orina de ciervo y se embadurnó la túnica. Tras revisar las saetas, encordó el arco. No era fácil acechar a un ciervo encamado, sorprenderlo mediante rastreo lo era aún menos, y debía acercarse a menos de treinta pies, el alcance efectivo del arco.

A mediodía reanudó la marcha. El rastro era visible, aunque ignoraba cuándo y dónde se detendría la bestia. Escaló un risco, buscando alguna fuente de agua en la otra vertiente, a sabiendas de que el venado tendría que abrevar.

Unas rocas sobresalían sobre el canchal y, desde allí, contempló el minúsculo valle. Vio un arroyo a un centenar de pasos, y, junto a él, pastaba un venado. Aún no había llegado el desmogue y las cuernas tenían al menos quince puntas. Apareció una cierva, y el macho trotó para olisquearle los

cuartos traseros. La hembra no se mostró receptiva, saltó entre los matorrales y el venado siguió bebiendo.

El norteño depositó una saeta en el arco y descendió por la ladera. Caminaba con cautela: cualquier gesto resultaría fatal. El viento soplaba hacia el norte, arrastrando su olor a la montaña. Escrutó la posible vía de escape del animal. Las flechas no matan de inmediato, hay que esperar a que la presa se desangre. Si un novato hiere a un venado y lo persigue, la bestia puede trotar durante una milla y acabar como carroña para los lobos.

Fruela tensó el arco y estudió el temblor de las ramas. El viento venía de frente, y la pendiente acortaba aún más el alcance. Alzó aún más la zurda para corregir el disparo. Admiró por última vez la belleza del animal y pisó algo blando. Bajó la vista y descubrió heces, varias huellas en el suelo, enormes, inconfundibles. Recientes. Siguió el rastro con la mirada hasta llegar a la arboleda. La brisa aún soplaba del norte, alejando su olor del encinar.

Resonaron unos ladridos, y el ciervo desapareció entre la espesura al paso de Sisberto y un par de criados. Desde lo alto, Fruela agitó las manos y señaló las jaras. Echó correr antes de que fuera tarde. En ese preciso instante, sintió el frescor de la brisa en la nuca, y casi pudo percibir cómo su olor era arrastrado hacia el bosque.

—¡Cuidado! —gritó.

Una bestia surgió de entre la maleza y cargó contra el primer caballo. La lanza del jinete se partió al clavarse en el lomo del animal, la montura se encabritó ante los rugidos. Solo había algo más peligroso que un oso acorralado: un oso acorralado y herido.

El norteño disparó. La alimaña reaccionó como si le hubiese picado un tábano. Atrapó la pierna del jinete con las fauces y le descabalgó. De una dentellada, le arrancó la cabeza de cuajo. Sisberto trató de rejonear al animal. Los rugidos hicieron que el caballo se encabritara. El oso le dio un zarpazo y el witizano cayó desarzonado.

Fruela recogió la lanza. El oso bramó, colérico, cuando le hirió la moharra. El montañés caminó hacia atrás. Sabía que, si le daba la espalda, estaría muerto. La bestia se alzó ante él, sobre las patas traseras, amenazador, mostrando los órganos vitales. Fruela arrojó el arma enastada con todas sus fuerzas. El hierro atravesó el pecho del oso, que cayó de bruces al suelo.

El norteño desenfundó el scrama, sin perder de vista al animal. Tendido sobre la hierba, Sisberto se aferraba una pierna. Un cadáver yacía junto al otro criado, que aún permanecía en pie, jadeante.

—Busca a los demás —le ordenó Sisberto—. Que traigan un galeno.

El montero se apresuró a obedecer. Fruela apoyó la espada en la roca. Los dos godos se observaron.

—Gracias —dijo el witizano—. Estoy… perdiendo facultades.

—El vino.

—Sí, bebo demasiado. —El pánico había despojado a Sisberto de su máscara de carisma impostado y, tras una larga pausa, avergonzado, añadió —: Aquel día… en el lago. No me enorgullezco de lo que hice. Creíamos… Mi hermano creía que, una vez muerto Rodrigo, los moros se marcharían tras saquear el reino.

La primera disculpa sincera desde el día en que se conocieron.

—Todos hemos cambiado. —El norteño asintió—. Hace seis años, habría ido a tu casa a matarte.

—Mis guardias habrían acabado contigo antes de que te acercaras diez pasos.

—Lo sé —dijo sonriendo.

Sisberto rio, el montañés ensanchó su sonrisa, y ambos estallaron en carcajadas. Las risas se fueron apagando hasta convertirse en un silencio inhóspito.

—Ayer dijiste que nunca fui altruista —masculló Fruela—. Tienes razón. Creo que el hombre es por naturaleza egoísta y la caridad cristiana, solo una elección. El verdadero altruismo supone que otro sea el protagonista de tu egoísmo, que tu instinto de supervivencia recaiga sobre otra persona. Y eso no es algo que se elija: sucede cuando tienes hijos.

El witizano bajó la vista y descubrió que Fruela aún sostenía el scrama. Sus ojos se encontraron, y Sisberto se dio cuenta de que estaba solo, en un paraje desolado, ante un demente con un cuchillo de caza.

La sonrisa de Sisberto se había esfumado. La de Fruela era la que se dedica a un pedazo de carne podrida.

—Tengo cientos de motivos por los que luchar —concluyó—. Casi tantos como para haber esperado seis años.

Las tinieblas habían devorado el bosque y un dosel de hojas muertas cubría los pies de los quejigos. Entre las sombras del ocaso, la anciana rebuscaba en los hierbajos agostados por la sequía. Su rostro, arrugado como una nuez, se iluminó al encontrar una rama reseca. La guardó bajo el brazo, y continuó recogiendo leña hasta llegar a un pedregal salpicado de arrayanes. Hacía frío en los montes Marianos, la ubérrima sierra de Corduba.

Caminó hacia el menhir con un haz de leña a la espalda. Allí descubrió a cinco jinetes armados con ropas de viaje, dos de ellos con loriga de malla. El cabecilla, de cabello oscuro y barba poblada, desenvainó el arma al verla. La anciana no pasó por alto la sangre en su túnica, el brillo del acero a la luz del ocaso; el bosque había enmudecido salvo por el lamento de un grillo solitario.

—Acompáñame —le dijo—. Iba a preparar un caldo.

El forastero hizo un gesto a sus hombres, y la siguió hasta una covacha oculta por un muro de mampuestos. Ató las riendas del caballo a las raíces de un acebuche. La vieja retiró el cuero que cubría la entrada y se despojó del manto. Lucía un vestido teñido de índigo junto con un tocado con hilo dorado en el borde, los cabellos blancos trenzados en un moño. Decenas de ídolos colgaban del techo rocoso.

—Por favor, siéntate.

El único lugar donde hacerlo era el suelo. La anfitriona descolgó la perola del lar y le llenó un cuenco con caldo. Una mueca afloró en la boca desdentada cuando contempló las manos del hombre.

—Has vertido sangre.

—Sí —respondió con acento norteño.

—Y pretendes verter más.

El visitante recordó a los tres centinelas a los que habían matado aquella misma tarde y tuvo que asentir. La anciana observó el crucifijo que llevaba al cuello.

—Soy cristiano, pero guardo rencor —admitió el norteño—. Estoy trabajando en ello. Mi nombre es Pelayo. ¿Quién eres?

—¿Quién estaría aquí, en este lugar desolado, recogiendo leña a medianoche?

El forastero centró su atención en el cayado que la mujer sostenía en la diestra, los anillos de plata en sus dedos, el escaño labrado con símbolos arcanos. El aire estaba cargado de humo de adormidera, y, en los cuencos de cobre, reconoció albayalde y semillas de beleño. Suficiente ponzoña como para acabar con toda una aldea.

—¿Una seeress?

—A veces me han llamado así. —Asintió solemne—. Yo soy el mito. Soy la mentira que dice la verdad.

—Cuentas historias.

—Relatos sobre lo que ha sido y lo que será —declaró la anciana—. Son la penúltima verdad, pues la que existe más allá no puede expresarse con palabras.

El viento silbó tras la puerta, avivando las llamas.

—¿Acaso el poder reside en las fábulas? —le espetó el norteño.

—Tu guerra contra el califato no se librará con espadas —dijo la vidente, como si se compadeciera de su incredulidad—. Necesitarás un relato que pase de boca en boca y convenza por sí solo.

El norteño cabeceó una negativa.

—Hay trescientos mil muqātila en el Imperio islámico. No existe mayor poder sobre la tierra.

—Sí que lo hay —afirmó la vidente—. Establecer qué es verdad y qué es mentira, quién es amigo y quién enemigo. Ese poder reside en las palabras.

—Ese poder desafía a la razón.

—Antes de que Mahoma predicara su fe, los árabes solo eran nómadas del desierto. Nada les servía de morada salvo la tierra desnuda. Hasta que Él les mostró la religión verdadera. Desde entonces, su destino ha sido gobernar el mundo y convertir a todos los hombres en siervos de Alá. ¿Puedes concebir una historia más poderosa que esta?

El norteño asintió al entender su argumento.

—Un mito fundacional.

—Para derrotar al imperio más poderoso de la tierra y desafiar al pueblo elegido por Dios, debes construir una epopeya. Cualquier historia que revele que vuestro destino es reconquistar Spania resultará más cierta que el saberse indefensos ante trescientos mil hombres armados. —La profetisa arrojó un puñado de huesecillos al suelo—. Pero el precio que deberás pagar será muy alto.

El montañés rebuscó en la alforja.

—No hablo de oro —le advirtió la anciana.

—¿Mi alma?

La seeress observó con tristeza el semblante de su invitado.

—Últimamente no trato con almas. Son cosas baratas que a nadie le importan. Tú ni siquiera crees tener una, ¿verdad?

—No. —El guerrero se encogió de hombros—. Pero eso no es asunto mío, sino tuyo.

—¿Ves a qué me refiero? Si tu alma significa tan poco para ti, ¿qué haría yo con ella? —La anciana sonrió, luego sacudió la testa—. No. En estos días, las almas no valen gran cosa. Se lo dije al caudillo moro de ojos zarcos.

—¿Conociste a Tāriq?

—En la sierra de Julia Traducta —dijo la anciana—. Predije su victoria gracias a un lunar en el hombro. Puedo hacer lo mismo por ti…, pero requiere

un sacrificio humano.

El guerrero sintió un nudo en el pecho, el aire viciado le impedía pensar con claridad.

—¿Debo matar a alguien?

—Un sacrificio supone darles algo a los dioses para que te otorguen otra cosa a cambio. Esa ofrenda puede ser una vida, pero solo se sacrifica aquello que se posee.

—¿La vida de un esclavo?

—No, la tuya. —La mirada de la anciana parecía atravesarle—. Un héroe ha de entregar su vida por algo más grande que él mismo.

—No soy ningún héroe. Ya fui derrotado en el pasado.

—El remordimiento es solo una revelación que llega tarde. La valía de un hombre depende de cuánta verdad es capaz de soportar.

—¿Qué debo hacer para construir ese relato?

—Debes tomar la senda del héroe —replicó la anciana—. Toda gesta comienza con una llamada, y cuando creas que te encaminas hacia otro lugar, descubrirás que solo has llegado al interior de ti mismo.

—¿Cómo hallaré mi camino?

—Si ves una senda ante tus ojos, sabrás que no lo es. —La sonrisa de la seeress mostró unas encías gastadas—. Tu camino lo crearás tú mismo a cada paso que des. Es momento de que empieces.

El norteño se levantó y retiró la piel de la entrada. El caballo pastaba entre la maleza, la senda apenas era visible entre la sierra.

—Pelayo… —le dijo la anciana—. Tener fe consiste en obrar como si Dios existiera, y ningún dios existe en un mundo de seres sin alma. Tarde o temprano, tu razón aceptará que es la razón, en sí misma, lo que atrofia tu voluntad.

El guerrero se reunió con sus hombres, extrañado ante aquel encuentro. Había otra figura a la sombra del monolito, con la montura atada a las jaras, excavando en el suelo con un cuchillo. De la tierra extrajo un fardo alargado, apartó los pliegues del cuero para extraer una espada de empuñadura áurea que se ciñó a la cintura. Al girarse lucía una horrenda cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Y bien? —le preguntó Pelayo, tras saltar sobre el caballo.

—Y bien ¿qué? —dijo Fruela mientras montaba el semental tordo.

—¿Pudiste matar a ese bastardo? —El otro espatario tiró de las riendas, y Pelayo añadió—: Me encantaría estar ahí cuando Opas vea el rostro sin vida de su hermano.

—No podrá.

El astur bajó la vista hacia la saca que el otro llevaba colgada del arzón.

—Estás chalado —le espetó—. ¿Pretendes que crucemos Spania con eso?

—No, lo arrojaré en algún pantano.

—Señor —intervino Asterio—, estamos perdiendo un tiempo preciado…

Pelayo asintió y picaron espuelas, la noche los cubrió con su mortaja oscura.

Sahar hizo sonar el laúd, y sintió la suave vibración en lo más profundo de su pecho, discordante con los acelerados latidos de su corazón. Apoyó la espalda sobre el muro del zaguán y cerró los ojos, recreándose en el efímero sosiego que le transmitía el acorde. Hasta que una voz inquietantemente familiar le hizo abrirlos:

—Así que aquí es donde te escondes.

A contraluz, una figura de piel olivácea, de cabello negro y rostro severo, despiadado; la mirada desapasionada, el rostro afilado desprovisto de emoción. Un hombre hecho de sombras, un fantasma de saya negra y turbante escarlata sobre el cabello azabache. Solo había un motivo por el que estaría allí, y ambos lo conocían.

—Por favor…, por favor —murmuró la chica, al ver cómo se acuclillaba ante ella. Los ojos de Alqama brillaron cuando se clavaron en los suyos, como dos fragmentos de hielo negro. El guerrero le acarició la mejilla y observó sus lágrimas. Sahar gimió, sorprendida, y él alzó los dedos, haciéndola callar con un gesto, y se lamió las yemas, para saborear su humedad.

—Deja de llorar. No son reales. ¿Lo ves? —dijo Alqama, y ella miró a través de las lágrimas—. No contienen miedo, desesperación. No me insultes con tus lágrimas falsas.

—¿Te ha enviado Bishr?

—Tu misión era vigilarle. Ganarte su confianza, informarnos si trataba de huir… —Alqama se acomodó en el suelo, sobre la estera, con las piernas cruzadas. La joven se obligó a permanecer inmóvil mientras él se despojaba del burnus y acomodaba sobre el regazo la espada que pendía del tahalí. Una hoja mushrafī perversamente afilada.

—Ganarme su confianza —respondió Sahar con melancolía—. Dicen que no deberías hacer esto, a menos que puedas encontrar algo bueno en cualquier hombre. Yo siempre pude hacerlo… Todo hombre tiene su lado bueno.

—Excepto yo —murmuró Alqama.

—Tú no tienes compasión —dijo la yariya.

—Me gustan las mujeres como tú —replicó el caíd—. Las odian porque son mentirosas, de la peor clase. Permiten que un hombre crea que comparten algo íntimo con ellas. Son expertas en ese juego. En realidad, nadie es dueño de vuestro corazón, una piedra fría yace en vuestra alma. Una mujer así es capaz de cualquier cosa. De cualquier engaño, de cualquier traición. Ningún hombre está a salvo… Por eso me gustáis.

—Te gusta usar nuestro cuerpo. Es diferente.

—Eres demasiado lista, ¿lo sabes? —El guerrero sonreía—. Haces que disfrute de tu compañía.

—Como Sherezade.

—Sherezade, la gran superviviente. —Alqama extrajo el cuchillo de la funda—. Las palabras no te servirán conmigo. Cuando charlamos, sé que eres una persona. Escucho lo que dices y sé que hay un alma que forma las palabras; oigo el aire entrar y salir de tus pulmones, pero solo veo carne. Piel sobre músculo y huesos. Carne con la que jugar, darle forma con mi cuchillo. Reconoceré el lenguaje del dolor en tus gritos, mucho más real que tus palabras. Hablarás una lengua que comprendo y, entonces, tus lágrimas serán reales.

—Si me dejas vivir, haré lo que me pidas —suplicó la joven—. ¡Cualquier cosa!

—Pídeme que te mate.

—¿Qué…?

—Pídeme que te mate. —Alqama sonrió al repetir el acostumbrado ritual y, al saborear la desesperación de sus ojos, supo que accedería.

Retomaron la calzada que conducía a Emérita a través de Mellaria. Fruela, Pelayo y sus hombres cabalgaron a rienda suelta durante dos días, entre sierras y montañas, sin detenerse ni siquiera para dormir, hasta agotar a las monturas.

Al fin hicieron un alto al dejar atrás Metellinum, en un lugar apartado entre arbustos marchitos, y después marcharon al trote. El polvo del camino les cortaba el aliento, Carpetania se había convertido en un erial. Al devastar la meseta, los sarracenos recorrieron los cursos fluviales, jalonados de aldeas y granjas, atraídos por la caza de hembras y el contenido de las iglesias. Los lugareños abandonaron sus hogares para buscar refugio en los montes, y después los vagabundos saquearon las ruinas. A su paso los jinetes solo

hallaron escombros. Los labriegos se alejaban en cuanto los veían, dejando sus enseres en los márgenes del camino.

—Nos temen —masculló Pelayo—, y de qué modo.

En los buenos tiempos, los aldeanos siempre mostraban desconfianza ante la presencia de guerreros, acostumbrados a los abusos de las tropas. Tras la conquista esa cautela se había transformado en pánico.

El camino daba un giro hacia poniente y se adentraba en un paisaje sin vida junto la ribera sur del Anas. Por más tentados que estuvieron de desmontar y empaparse el rostro, Pelayo insistía en seguir cabalgando.

—Reventaremos a los caballos —protestó Asterio.

—Al-Hurr habrá enviado emisarios a todas las guarniciones al norte del Betis —dijo Pelayo—. Ellos tienen caballos de refresco y solo contamos con un día de ventaja. Si hacemos un alto, nos alcanzarán.

Para afianzar la conquista, los agarenos habían acuartelado tropas en enclaves fortificados llamados qilā, la mayoría antiguos castella o torres de vigilancia godos que dominaban calzadas, vados y pasos de montaña.

—Debemos abandonar el camino y marchar a campo través —dijo Fruela.

—Nos haría perder mucho tiempo —insistió el jefe astur—. Nuestra única baza es ser más veloces que los mensajeros que al-Hurr.

Al fin se detuvieron hacia la puesta de sol, en una granja abandonada junto al río. Los músculos de las piernas apenas respondieron cuando pisaron el suelo. Retiraron las sillas y los jaeces a las agotadas bestias, e incluso se atrevieron a encender un fuego. Pelayo ordenó repartir el grano entre los caballos, ya que lo necesitaban más que ellos. Pronto la ruinosa cabaña apestaba a leña, vino rancio y sudor. Los cinco guerreros se acomodaron en el suelo, sobre las mantas, para mascar unas tiras de cecina sin pronunciar palabra. El caudillo astur extrajo una arqueta forrada de cuero rojo de entre sus pertenencias, y la acariciaba como si fuera una reliquia sagrada. Fruela bebía del odre con terca determinación.

—El vino no solucionará tus problemas —le dijo Pelayo.

—El agua tampoco.

Durmieron por turnos; la guardia de Fruela se hizo eterna. Los párpados le pesaban como losas de plomo y la noche resultaba incierta. En aquel páramo, la muerte podía esconderse tras el chasquido de una brizna de hierba seca. Una densa maraña de bruma cubría el río, la luna reflejada como un difuso disco de plata. El amanecer solo les aseguraba el reanudar la marcha.

—Hoy llegaremos a Emérita y cruzaremos el puente —dijo Pelayo, al tiempo que ensillaba el caballo.

—Es una gran ciudad —razonó Fruela—. Habrá una guarnición para cobrar pontazgo. Con este aspecto no pasaremos desapercibidos. Si han llegado antes los emisarios de al-Hurr…

—¿De qué otro modo esperas cruzar el Anas?

Aún era primavera y los grandes ríos hispanos —el Anas, el Tagus, el Douros— bajaban crecidos. El castellum de Emérita controlaba el puente romano, y la ciudad se hallaba en el centro de una densa red de calzadas que confluían sobre él.

—Si el valí desea cortarnos la huida —dijo Fruela—, se habrá encargado de informar al gobernador de Emérita.

—Por eso debemos apresurarnos.

El sol lusitano comenzó a abrasar, el sudor les escocía en los ojos. Más allá del río, Emérita cobraba forma sobre el horizonte, la urbs regia del reino godo antes de que la capital se trasladara a Toletum. Podían distinguir el enorme puente que cruzaba el Anas. En el camino descubrieron una lejana caravana de campesinos que transportaba sus enseres en mulas y carros, escoltada por jinetes armados. No tenían aspecto de moros o sarracenos, sino de bucelarios de algún magnate local.

—Se han detenido —dijo Asterio haciendo visera con la mano.

—Desconfían, creen que somos salteadores —murmuró Pelayo—. Quién puede culparlos.

Las sierras y los páramos estaban infestados de bandidos. Si tenías suerte, se trataba de campesinos y siervos armados con cuchillos; bucelarios y sayones sin señor, en el peor de los casos. Violadores. Asesinos. La única diferencia residía en las armas.

A medida que se acercaban, entre medio centenar de labriegos contaron hasta once hombres armados. Una parte de los guerreros se aproximó desde la zaga. Brazos fuertes, rostros barbados, ropa desteñida por el sol y panoplia bien engrasada.

Pelayo alzó la diestra para demostrar que no blandía ningún arma.

—Buenos días —les gritó—. Me llamo Balduino, y nos dirigimos al norte.

Les salió al encuentro un noble de mediana edad. Ojos porcinos, cabello rebelde, barba mal recortada. Lucía una elegante túnica que en su momento debió de ser púrpura, desvaída hacia un rosa pálido.

—Marcháis a paso vivo —les dijo—. Mi nombre es Turismundo y escolto a estos labriegos. ¿Qué os trae por aquí?

—Éramos bucelarios del obispo de Tucci… —mintió Pelayo—. Nuestro señor ya no requerirá nuestro servicio.

—Algo he oído —comentó Turismundo. Apenas un mes antes, el mitrado de la ciudad bética había sido crucificado por orden de al-Hurr tras negarse a facilitarle los censos.

—Regresamos a nuestra tierra —añadió el astur, y aquel noble menesteroso examinó su aspecto: seis hombres bien armados, de aspecto montaraz que cuadraba bien con la ralea de mercenario.

—Son malos tiempos para viajar solo —dijo al fin—, ya no hay ley en los caminos. Si no te acuchillan los bandidos, lo hará una partida de moros. Nos dirigimos a Turgalium; cruzaremos el río por el puente de Emérita. Podéis acompañarnos, si queréis.

—Aceptamos gustosos la oferta —dijo Pelayo.

Se unieron a la caravana de labriegos con los muebles, los enseres, los aperos de labranza a cuestas, todas sus posesiones andrajosas y ajadas. A su paso los niños los miraban como cervatillos asustados, y Pelayo les arrojó la última galleta que les quedaba. Turismundo no dejaba de observarlos.

—Desconfía de nosotros —protestó Fruela en voz queda.

—Es lo más sensato que puede hacer —murmuró Pelayo—. ¿No buscabas un modo de cruzar el puente? Ya lo tienes.

—Podrían delatarnos —insistió el cántabro—. Tu acento llama la atención.

—Yo no tengo ningún acento —gruñó el hombretón—, eres tú quien aspira las efes como un burro asmático. Aquí consideran norteños a todo el que vive más allá del Tagus. Sígueme la corriente y mantén la boca cerrada.

Trotaron por el margen de camino hasta la vanguardia, donde cabalgaba Turismundo.

—¿Cómo va todo por la Bética? —les preguntó con suspicacia.

—Los árabes se han apropiado de las mejores haciendas. No quedan señores cristianos a los que servir, solo hay alquerías sarracenas. —Pelayo había pasado meses en Corduba, estaba bien informado; se percató de que el lusitano llevaba una mano de Fátima como amuleto—. ¿Sois mahometano?

—Siempre que convenga, lo cual significa que solo cuando hay sarracenos —respondió con sorna—. Me permite viajar sin necesidad de amán, mantener buenas relaciones en la corte… y tener tres esposas.

—Hay que adaptarse a la nueva situación —dijo Pelayo, decidido a darle la razón, aunque de su boca saliera un eructo—. Sois muy generoso al brindar vuestra protección a estos labriegos.

—Tengo una hacienda en Turgalium; allí estarán a salvo —comentó Turismundo—. Los moros recorren la campiña a su antojo, raptan a las mujeres y roban las cosechas con la excusa de tributos que jamás llegan a Qurtuba. Los campesinos solo hallan seguridad tras los muros de las ciudades y en las haciendas de la nobleza.

—¿Las autoridades no hacen nada? —preguntó Pelayo.

—Los arrabales de Toletum, Emérita y Olisipo se están poblando gracias a ello. A los valíes les interesa, ya que asegura pecheros para la yizia.

—Vos también salís beneficiado —señaló Fruela, y el astur le dirigió una furibunda mirada.

—No hay mal que por bien no venga. —Turismundo se encogió de hombros—. La invasión agarena nos está proveyendo de braceros. Y también necesito hombres que sepan usar las armas.

En la agonía del Imperio, la gente abandonó las ciudades para encontrar refugio en las grandes haciendas de la nobleza. Con el tiempo, aquellas suntuosas villas, decoradas con frescos y mosaicos, acabaron convertidas en ruinas; los peristilos en cuadras, los colosales triclinios en iglesias, las dependencias en cementerios. Los antiguos siervos se desperdigaron por granjas y aldeas en torno a los ríos y las antiguas calzadas. Esas comunidades rurales habían sido arrasadas y la gente, de nuevo, buscaba la protección de la aristocracia fundiaria.

—Os agradecemos la oferta —dijo Pelayo—. Debemos consultarlo con nuestras esposas, que nos aguardan en Pallantia. Supongo que lo entenderéis.

—No, yo nunca hago tal cosa. Con ninguna de las tres.

Desfilaron ante el miliario derruido que les daba la bienvenida a Emérita, por una calzada cada vez más transitada. Una guarnición mora controlaba el paso por el puente y un castellum adosado a la cerca de la ciudad lo hacía en la otra orilla. Junto a él se hallaba el puerto fluvial, por el que antaño llegaban mercancías de Oriente. Emérita preservaba buena parte de su pretérito esplendor; nuevas arcadas se añadieron al puente, dañado por las crecidas, y el acueducto había sido reparado. El rey Eurico y el obispo Zenón reforzaron las murallas romanas, se tapió un buen número de puertas para facilitar la defensa y, junto al río, un inmenso dique les servía de cimientos y protegía a la ciudad de las crecidas.

Durante seis meses Mūsà ibn Nusayr asedió la capital lusitana. La formidable cerca, de treinta pies de altura, permitió al duque Witérico organizar una obstinada defensa. Libró una batalla campal a una milla hacia el sur, después lideró una salida para tratar de romper el cerco. Ambas acciones

fracasaron, y los árabes sufrieron un duro golpe moral cuando quisieron minar una de las torres y se hundió el entibado. La ciudad del Anas se vio forzada a capitular, no sin antes negociar un ventajoso acuerdo.

—Esconded los crucifijos bajo la túnica —mascullló Pelayo a sus hombres. A Fruela le pareció sensato imitarlos.

Viajeros, campesinos y urbanitas hacían cola para atravesar el puente después de entregar unos feluses al jefe de la guardia. Al ver a los soldados, Pelayo envolvió la arqueta roja con la manta y la ató firmemente a la silla. Hizo un gesto a Fruela para que mantuviera la calma, y cabalgó a la par del noble lusitano.

—¿Cuánto es el pontazgo? —le preguntó.

—Venís conmigo —dijo Turismundo—, no tendréis que pagar.

El astur vio un centinela acercarse con paso autoritario, reconoció a un hawwāra y apretó los dientes. Conocía el modo en que los rangos intoxicaban el buen juicio, incluso a los pastores de cabras de la Tripolitania.

—As-salamu aláikum wa rahmatul-lah, habibi —dijo Turismundo.

—Cuida tu lengua, nazareno —le contestó el moro—. Si vas a rebuznar, hazlo en latín.

El aristócrata prefirió fingir que era una chanza. Aunque los maulas solo fueran musulmanes de segunda, la posición de la nobleza andalusí dependía de su pertenencia a la nueva religión, y esta, a su vez, de abrazar la cultura árabe.

—Sin duda debo mejorar mi árabe. Aunque no soy cristiano, sino muslim, al igual que tú. Mi nombre es Turismundo, soy maula de los Banū Ru'ayn y tengo derecho de paso junto a mis hombres.

Ante la jactancia de incluirlos en su comitiva, Fruela comprendió la invitación del lusitano, quien deseaba presentarse ante los mahometanos con una escolta lucida. Algo que, en otras circunstancias, habrían rechazado, aunque en ese momento les convenía.

El hawwāra examinó la placa de plomo que le había entregado Turismundo, y observó uno tras otro a los bucelarios que le acompañaban, prestando especial atención a los norteños. Pelayo bajó la testa con humildad.

—Podéis cruzar.

Azuzaron a las monturas para cruzar el río. Las herraduras y el estridente chirriar de la madera seca resonaban en el empedrado del puente. Con una longitud de quinientos pasos, sostenido por sesenta arcos, había sido el más largo de todo el Imperio; la anchura bastaba para que dos carros se cruzaran.

—A este paso llegaremos a la otra orilla al anochecer —gruñó Fruela.

—Paciencia —le dijo Pelayo—. Todo va bien.

Se detuvieron en la isla fluvial, donde una construcción de sillares servía de tajamar, y tomaron el segundo tramo del puente. El fortín que defendía el acceso por la ciudad estaba cada vez más cerca. Habría una veintena de hombres armados. En ese momento, la columna de marcha se detuvo.

—¿Qué ocurre? —dijo Pelayo.

—Durante el asedio de Mūsà —le explicó Turismundo—, los emeritenses derruyeron dos arcos del puente para impedir el avance de los árabes.

Para salvar el tramo derruido habían construido una plataforma de madera, sostenida sobre el basamento romano, que angostaba el paso, y había que hacer turnos para que cruzaran los carros. Un carruaje de madera fina con obra de mimbre había comenzado a avanzar lentamente por la precaria estructura. La frustración del noble lusitano, apenas contenida, se convirtió en ira al reconocer los símbolos en los adornos de plata.

—¿No deberíamos parar? —le preguntó un bucelario.

—¡No! —rugió Turismundo—. Seguid avanzando.

Espoleó al caballo; los labriegos y su séquito armado no tuvieron más remedio que seguirle, y las dos columnas se toparon en medio del tosco entarimado. El magnate lusitano hizo caracolear al caballo.

—¡Exijo que os retiréis del puente hasta que mi compañía lo haya cruzado!

El jinete que encabezaba la otra columna ignoró la orden, y una voz femenina surgió del interior del carruaje:

—¿Por qué nos hemos detenido?

—Disculpad, señora —dijo el bucelario—, unos hombres nos impiden el paso.

—Diles que se aparten.

El guerrero carraspeó, depositó la diestra en el pomo de la espada y se encaró a Turismundo.

—En nombre de Ragnahilda, la esposa del conde Waila, apartaos de nuestro camino.

El noble lusitano escupió a los cascos del caballo.

—Puede que sirvas a un conde —declaró con desdén—, pero yo soy musulmán y mi palabra está por encima de la de cualquier cristiano. Contaré hasta veinte para que hagáis retroceder al carruaje. Si rehusáis, lo empujaremos al río.

El aludido calló, mirándole con ojos muertos. De nuevo escucharon la voz de mujer.

—¿Es que no se van a mover?

—Parece que no, señora.

La portezuela se abrió con brusquedad, y en el empedrado resonaron unos pasos airados. Vieron llegar a una dama, con una dalmática esmeralda y un velo de seda flameando a cada zancada. Pálida y hermosa, como si una estatua de los días antiguos hubiese cobrado vida.

—Bueno, bueno, bueno —dijo con sorna—. Si es Turismundo, mi antiguo pretendiente, ese tragavirotes que venía a cortejarme con un saco de higos y una mula vieja como dote… Venga, ya te hemos visto todos, cagalindes. Apártate ante la condesa de Cauria.

El rostro del aristócrata enrojeció, nadie supo si de vergüenza o de furia. Varios guerreros de ambos bandos se congregaron en torno a la pasarela.

—Muchas cosas han cambiado, Ragnahilda, lengua de víbora, la mayor meretriz de Lusitania. Ahora soy muslim y me he hecho un sitio en la corte de al-Hurr, el nuevo valí de al-Ándalus.

—El maula Turismundo, tercero en la fila para vaciar el orinal del nuevo valí de al-Ándalus. Siempre fuiste un donnadie rastrero, pero renegar de Cristo para cosechar mamandurrias es demasiado ruin incluso para ti.

—No sabes con quién hablas. —Turismundo hizo avanzar al caballo y los norteños miraron atrás: un grupo de jinetes árabes llegó al galope hasta el puesto de guardia y una aglomeración se formó en el puente.

—Pues nada, chirimbaina —exclamó Ragnahilda—. Llama a tus amigos los moros, esos que ahora hacen mofa a tu costa. Veamos si acceden a tus demandas.

—Señora —dijo su escolta—, por favor, serenaos.

La dama iba acompañada de una decena de sayones, que se veían superados en número por sus adversarios.

—Cierra esa letrina que tienes por boca —rugió Turismundo—, o yo mismo prenderé fuego a tu carro.

Advertidos por el tumulto, la guarnición mora trató de avanzar entre el atasco del puente.

—En este carruaje viajan mis cuatro hijos —declaró la condesa—. No permitiré que un mangurrián los amenace de este modo.

—Tus bastardos, querrás decir, oh, excelsa entre las putas. Dudo que haya dos que compartan padre.

La sonrisa de Ragnahilda se había desvanecido. Fruela se alzó sobre los estribos para mirar sobre la aglomeración en dirección a la orilla sur. A la cabeza de la guarnición mora distinguió el turbante rojizo de Alqama, su viejo

conocido de Qurtuba. Los muqātila se abrían paso sin miramientos, arrojando al río a quien les estorbara.

—Este insulto no quedará impune —le espetó Ragnahilda con la voz emponzoñada—. Si no quieres retroceder, entonces Dios decidirá quién pasa por encima del otro.

—No… no me rebajaré a pelear con tus hombres —declaró Turismundo, con una sonrisa maníaca y confiada—. Mis manos estarán limpias de sangre.

A nadie le sorprendió aquella respuesta, ni que se girase hacia los norteños en busca de apoyo. Turismundo arrojó una bolsa de cuero al cántabro, que no hizo gesto de tomarla, y las monedas tintinearon por el suelo. Picó espuelas y se detuvo ante uno de los jinetes.

—Apártate. —El sayón percibió en la voz de Fruela la tranquilidad antinatural del guerrero veterano antes de matar, y tuvo el buen juicio de apartarse.

El cántabro hizo avanzar al caballo por el margen de la plataforma de troncos. Envalentonado ante la desunión de sus enemigos, el escolta de Ragnahilda tiró de rienda y extendió el brazo para sujetarlo. Un siseo metálico, un borrón oscuro y el bucelario se encogió de dolor donde antes estuvo su mano. Los estridentes chillidos sonaron a protesta, Mimung descendió de nuevo y el lamento quedó roto.

Después, se desató el infierno.

Pelayo casi fue derribado cuando otro bucelario le alanceó en el pecho. La cota de malla se hizo valer. La estampida de los caballos atronó en el entarimado e hizo vibrar el carruaje. Turismundo apuñaló al jinete que tenía ante él, los guerreros a sueldo comenzaron a acuchillarse. A sus espaldas, resonaban gritos en árabe. Una avalancha de labriegos aterrados impedía que Alqama pudiera avanzar. Los norteños cabalgaron a través del desorden, espolearon a las monturas, lograron superar el castellum cuando la guarnición se disponía a cerrar las puertas y galoparon por la calzada que discurría entre el río y la muralla de Emérita.

—¡¿Pero tú estás loco?! —gritó Pelayo.

—Debimos cruzar el río por otro lado —dijo Fruela.

Atravesaron los arrabales de Emérita, abandonados siglos atrás, por la calzada del norte. Nadie les salió al paso. La población malvivía intramuros, entre huertos, corrales y descampados. La Vía de la Plata corría junto a un embalse que abastecía de agua a Emérita, creado por un enorme dique de mil cuatrocientos pies. A medida que los caballos se agotaban redujeron el trote hasta detenerse cerca de las ruinas de Norba.

Tras descabalgar, los norteños se dejaron caer en el polvoriento suelo. Fruela se sentó, jadeando, con la cabeza hundida entre las piernas.

—Cuando Turismundo se tope con los emisarios —dijo—, les hablará de nosotros.

—Abandonaremos la Vía de la Plata antes de llegar a Salmántica —comentó Pelayo—. Desde allí podremos marchar hacia Pallantia a campo través.

—Les dijiste que íbamos a Pallantia.

—Por eso no esperarán que vayamos allá.

Pudieron cabalgar tres horas más antes de que anocheciera. Nada habitaba en el páramo salvo ellos y el sonido de sus pasos sobre las hojas muertas. Se detuvieron ante una granja rodeada de huertos invadidos por la mala hierba. El hedor a muerte aún flotaba en el corral incendiado, los ojos apenas podían distinguir un color más vivo que el opaco gris de la ceniza. Los astures encendieron una fogata en el centro del establo y Pelayo se sentó a contemplar el trémulo oscilar de las llamas.

—¿Estás herido? —le dijo Fruela.

—No es nada.

Empezaba a refrescar, y se cubrió con el manto. El hambre que les arañaba las entrañas y las exiguas porciones de comida que racionaban apenas los mantenían al filo de la agonía.

—¿Qué piensas hacer cuando llegues a casa? —El murmullo de Fruela apenas perturbó el ominoso silencio de aquel universo gris.

—Pondré a salvo a mi esposa, Gausinda, y a mi hija en Libana. Mi hermana estará recluida en Gegione… —Pelayo cerró los ojos ante tal recuerdo—. Una fortaleza rodeada por mar, con medio millar de moros.

—No será fácil sacarla de allí.

—No lo parece —admitió el jefe astur—. ¿Y tú qué harás?

—Hablaré con mi hermano —respondió, decidido—. Le convenceré para que luche con Agila.

Pelayo le miró a los ojos, con la pasión de una vaca al ver pasar una nube.

—En unos días —dijo—, el ejército de al-Hurr marchará desde Caesaraugusta hacia Ilerda y Tarraco.

—Osca lleva seis años resistiendo los ataques. —Fruela se mostraba obstinado—. Las ciudades de la Tarraconense marítima tienen buenas murallas.

—De poco le sirvieron a Paulo, hace nueve lustros, ante el rey Wamba —manifestó Pelayo—. Esa línea defensiva está concebida para defender Spania

de cualquier amenaza de más allá del Pirineo. No podrá contener el avance de al-Hurr.

—¿Crees que no convenceré a mi hermano?

Pelayo observó el modo en que la oscilante luz del fuego iluminaba las facciones del otro guerrero. Conocer la verdad y vivir con ella, pensó, suponían dos cosas distintas.

—Hace años, en un torneo en Toletum, vi combatir a tu hermano —dijo al cabo—. Parecía un dios de la guerra. Después de quedar lisiado, cambió. En Pompaelo demostró ser un gran estratega…

—¿Pero…?

—Quien actúa con tanta cautela es porque teme lo imprevisto. Desean tenerlo todo bajo control. La gente como tú les aterra.

—Es mi hermano —manifestó Fruela, como si con ello bastase—. La sangre es más espesa que el agua.

El otro conde eludió su mirada. Si estaba decepcionado, bien lo ocultaba.

—Esperas que acepte unos hechos consumados —concluyó el astur—. Crees que, después de haber matado a Sisberto, no tendrá más remedio que sumarse a la guerra.

—Todos me respetan.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Pelayo dejó escapar un bufido—. Matar a Sisberto no solo compromete tu posición, sino también la de tu hermano. Ha hecho peligrar la red de alianzas que ha estado fraguando durante años.

El cántabro no apartaba la vista del fuego, convencido de que Alfonso se vería forzado a apoyarle. Al menos tendría una oportunidad de hablar con él y explicarle los motivos por los que había matado a Sisberto. El porqué de su venganza. Aquella necesidad primordial significaba que, en el fondo, el modo en que su hermano le veía pesaba más que su propia conciencia.

Los astures llevaban largo tiempo dormidos. Pelayo se tumbó sobre una pared derruida para admirar las estrellas. Reanudaron la marcha con el balbuceo del amanecer y recorrieron trescientas millas entre sierras y valles por la Vía de la Plata. No fue un trayecto apacible. Por los caminos vagaban toda suerte de lunáticos anunciando la inminente llegada del fin del mundo, que creían ver en todas partes señales celestiales. Los lobos aullaban en las colinas, las cabilas de moros asolaban las aldeas y no dejaban iglesia sin profanar.

El paisaje apenas fue cambiando en su monotonía, hasta que abandonaron la calzada entre páramos desolados y las montañas del norte emergieron en la

distancia. Tras detenerse en un cruce de caminos, Pelayo tiró de las riendas para refrenar al caballo.

—Nuestros caminos se separan aquí —dijo el astur.

Una tormenta se diluía en el cielo como una mancha de tinta en el agua.

—Eso parece.

—Si el reencuentro con tu hermano no resulta como esperas, puedes unirte a mi hueste. No te faltarán oportunidades de luchar.

—Gracias —dijo Fruela—, no será necesario.

—Buena suerte, amigo.

IX

Un mediodía grisáceo se derramaba sobre las chozas apiladas en un espolón rocoso en el paso entre los valles de Ciessa y Egunia. La vista de Gausinda se perdió más allá del castro para admirar la línea de cumbres nevadas, y, por instinto, se llevó la mano al vientre. El holgado vestido de sarga azul apenas ocultaba su estado. Percibió la preocupación de Teudis, que cabalgaba junto al carro, seguido por una docena de bucelarios. Aquel trayecto entre peñas y bosques le resultaba penoso a causa del embarazo, y su esposo se lo recordó con la mirada.

—Ahora todo es peligroso —dijo Gausinda—. Debemos acostumbrarnos.

Inspiró hondo, inhalando el helado soplo del océano. Aquel frío bastaba para cubrir la ropa de escarcha, convertir el aliento en cristales de hielo y congelar la sangre en las venas.

En la senda se cruzaron con un par de cántabros que guiaba la junta de bueyes cargada de heno. Caminaban apoyados en azconas, con un cuchillo largo colgado del cinto y un amuleto del cuello como protección contra el rayo. Ante la docena de jinetes armados, miradas turbias, desconfiadas. En aquella tierra agreste, la única ley se obtenía a punta de espada. Ni siquiera la de Dios existía. Los manantiales de las janas se habían consagrado a la Virgen, los genios de la tormenta se convirtieron en san Elías y, aun así, las mujeres aún invocaban a Minerva al tejer y los brujos realizaban sacrificios en lo más profundo del bosque.

Gausinda observó a su marido, encorvado sobre el arzón, su escaso cabello alborotado por la ventisca inmisericorde, la expresión decidida ante la reunión que iba a tener lugar. Remontaron la vertiente sur del cerro hasta un muro de lajas de arenisca. El crujido del portón al abrirse se le antojó familiar, el bramido del cuerno suponía la voz de un viejo amigo. Cabalgaron entre cabañas cubiertas de musgo, tablazones mohosas y muros de zarzo. La ropa tendida flameaba bajo los aleros, Dios sabía para qué, pues no iba a secarse.

Los aldeanos los vieron atravesar el barrizal en dirección a la casa larga. Gausinda examinó el viejo telar, apoyado en la pared del porche, donde su

madre solía pasar las tardes de invierno. Saboreó ese dolor que no quería dejar de sentir, pues era su único recuerdo de ella, propio de un tiempo en el que la guerra solo eran canciones junto a la hoguera.

A duras penas consiguió apearse del carro. Teudis entregó la montura a los criados y se apresuró a ayudarla.

—Estoy bien —le dijo.

Guidemar los aguardaba en la entrada.

—Entrad. —Su madrastra les indicó con los ojos perdidos en un mar de apatía—. Tu padre os espera.

La joven halló la sala atestada y en penumbra. La escasa luz provenía del fuego que apenas lograba caldear el interior y rugía y menguaba según los caprichos del viento. Habían retirado los muebles para dejar espacio libre a los bancos donde se habían sentado una veintena de señores del norte. Nobles godos, de los antiguos linajes de la provincia, junto a algunos llegados del sur tras la invasión agarena. El duque Pedro se había acomodado en el sitial y Alfonso estaba a su diestra, rodeado de consejeros. Alzó la vista al ver llegar a su hermana y la promesa de una sonrisa se insinuó en sus labios. Un gesto raro en aquellos tiempos. Gausinda agradeció a la aya que le llevara un escaño.

—Ya están aquí —murmuró alguien.

Tres hombres irrumpieron en la estancia por la puerta junto a una ráfaga de aire helado. Reconoció a Wilfredo cuando se despojó de la clámide para acercarse a los bancos. Gruesas ondas de cabello oscuro enmarcaban un rostro cuadrado de ojos grises que jamás parpadeaban. El antiguo conde de Cauca lideraba la facción que no ocultaba su hostilidad hacia la familia ducal. La tensión pesaba en la cabaña atestada como si todos contuvieran el aliento. Incluso el viento pareció amainar.

Cuando el silencio comenzaba a ser insoportable, Alfonso intervino:

—Tan pronto lo supimos, os hice llamar.

Un escaño raspó el suelo terrizo cuando Wilfredo se puso de pie.

—¿Ordenaste a tu hermano matar a Sisberto? —preguntó al primogénito del duque, y los murmullos resonaron de inmediato.

—Envié a Fruela a Qurtuba como rehén, para proteger nuestra tierra —replicó Alfonso.

—Valiente modo de protegernos —le espetó Wilfredo—. Pronto la guarnición de Amaya cruzará la sierra para arrasar nuestros hogares. O enviaste a tu hermano a Qurtuba, a sabiendas de que desencadenaría una

guerra…, o ignorabas que iba a hacerlo. Eso te convierte en un chalado o en un ingenuo. En ninguno de los dos casos estás capacitado para gobernar.

Alfonso alzó la voz por encima de las protestas.

—Mi padre…

—Todos sabemos que tu padre ya no pinta nada.

—¡Yo soy el duque! —rugió Pedro, golpeando con furia el sitial.

—El duque de una provincia que ya no existe —dijo Wilfredo—. Necesitamos a alguien que nos guíe con los pies en la tierra.

—¿Alguien como tú? —La voz de Gausinda se mostraba plácida, y al tiempo distante.

—Mi hermano debió de obrar así por un buen motivo —intervino Alfonso —. Debemos permanecer unidos.

—En Transmera no tenemos nada que ver en la muerte de Sisberto — exclamó uno de los nobles—. Nuestra única baza posible es entregarles a Fruela.

—E implorar clemencia al valí de al-Ándalus —añadió Wilfredo— y también a Opas, ya que Fruela mató a su hermano.

Por un instante reinó el silencio. Una brisa avivó el fuego e inundó la habitación de un soplo de calor.

—Po-podemos luchar —dijo Teudis.

—¿A quién le interesa la opinión de un tarado? —declaró Wilfredo.

Alfonso examinó la expresión de su cuñado Teudis, para evaluar sus intenciones. La conquista islámica le había despojado del cargo de annonario, aunque no de su pecunio. Seguía siendo uno de los magnates más influyentes de Cantabria.

—Luchar —repitió Alfonso—. ¿Bajo el estandarte de qué rey?

—A-Ardo —dijo el aludido—. Cu-cuenta co-con Odón de Aquitania como-mo aliado. Pe-Pelayo no tardará en re-rebelarse.

Proponía una alianza imposible, con Ardo de la Tarraconense y Odón de Aquitania, a quienes antaño habían combatido por orden de Rodrigo, junto a los vascones, sus ancestrales enemigos del Pirineo.

—Ardo no ha sido elegido por el Aula Regia —replicó el hijo del duque —, ni ungido por el obispo metropolitano. En este momento, Chilperico y Ragenfrido de Neustria se enfrentan a Carlos, el mayordomo de Austrasia, por la hegemonía entre los francos. Cuando los sarracenos marchen contra la Tarraconense, Odón de Aquitania no podrá prestarle ayuda a Ardo. Si nos sumamos a él, al-Hurr enviaría la guarnición de Amaya contra nosotros, junto con una hueste de masmūdas, awrabas y zanātas de la meseta.

—Po-podemos defender las claustrae de Aracillum —declaró Teudis—. Pelayo po-podrá hacer lo mi-mismo en el ca-camino de la Mesa.

Alfonso reflexionó ante la obstinada expresión de su cuñado. Los principales poblados cántabros se hallaban en torno al camino que atravesaba la cordillera a través de Amaya, Julióbrica y Aracillum hasta a Portus Blendium. En Asturia, otra calzada atravesaba las montañas hacia el norte, siguiendo la Vía de la Mesa, y unía Astúrica con el puerto de Gegione.

—Defender los puertos de montaña… —murmuró Alfonso—. ¿Como hicieron los cántabros ante las legiones romanas? ¿Como hicieron, siglos después, contra los godos?

—Sin el co-control de los puertos, la guarnici-ción de Gegione quedará aislada. So-solo son quinientos hombres.

—Quinientos guerreros de oficio —le espetó uno de los nobles—. Hace dos años, luché en la rebelión del conde Servando de Salmántica. Nuestro ejército fue aplastado y el valí hizo clavar una pica en tierra, en torno a la cual amontonaron las cabezas de los caídos hasta cubrir la punta. Desde la cima, un almuédano llamó a la oración. Las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos. La ciudad es ahora un erial.

Nadie se atrevió a pronunciar una sola palabra.

—¿Ranulfo? —Alfonso preguntó a su consejero.

—En toda campaña militar solo existe un arma definitiva: que a ti te sobre el alimento y que su escasez abata al contrario —recitó el aludido—. Los poblados del sur de la cordillera nos aportan la mayor parte del grano, por lo que si estalla una revuelta, nos encontraremos con miles de bocas que alimentar. Las guerras se ganan con cálculos, no con pasiones. ¿Cuántos hombres armados podríamos reunir? ¿Ochocientos?

—Llame-memos a los cántabros —dijo Teudis—. Que se reúna el co-concejo de los valles.

—¿Recurrir a los salvajes? —le preguntó Wilfredo.

—Con la ayuda de Pelayo podríamos vencer —intervino Guidemar.

El primogénito del duque sopesó los vínculos familiares de su madrastra con la esposa de Pelayo.

—Pelayo es un iluso —masculló Wilfredo—. No seguirá mucho tiempo con vida.

Por un instante, el rugido de la ventisca se hizo más intenso, y solo se escuchó el traqueteo de las contraventanas.

—¿Qué quieres decir? —Alfonso se había puesto en pie, con las manos sobre las armas.

—Munuza pretende llevarle encadenado a Qurtuba —mascculló Wilfredo.

—¿Y cómo lo sabes? —le espetó el joven conde.

Le respondió el silencio. Las aletas de la nariz al inspirar fue lo único que otorgaba vida al rostro de Wilfredo.

—Yo… —balbució el noble godo—. Me reuní con unos mercaderes. Ellos me lo contaron.

Ante una excusa tan endeble que no convencía a nadie, Alfonso no quiso darle tiempo para concebir otra respuesta:

—Marchaos.

—Debes entregarles a tu hermano —declaró Wilfredo—. De lo contrario…

—El concejo ha concluido —insistió el joven—; pronto sabréis la decisión de mi padre.

La mayor parte de nobles abandonó la casa larga para regresar a sus haciendas, y solo un puñado quiso pasar la noche en la residencia ducal. Preferían dormir una noche al raso a compartir mesa con su familia. No auguraba nada bueno.

Mientras Guidemar agasajaba a los invitados que se despedían del duque, Alfonso abandonó la estancia cojeando y se acomodó en el porche, al calor de la forja. Las chozas se desvanecían entre la niebla, jirones de sombras se deslizaban por las cumbres. Apoyó el bastón de níspero en la pared, tomó una jarra de vino y decidió dejarla de lado.

Recordó su viaje a Damasco, la inquietante imagen del ejército sirio desfilando ante la ciudadela. Los astilleros y las atarazanas de Tiro trabajando sin descanso en una colosal flota para borrar de la faz de la tierra a los últimos vestigios del Imperio romano. Alfonso había visto demasiado. El mundo era mucho más grande de lo que jamás había concebido, y pertenecía a los sarracenos.

En ese momento vio llegar a su hermana; cuando los ojos del conde se toparon con los suyos quedaron enganchados.

—¿Puedo ayudarte con tu añejo miedo a beber solo? —le dijo Gausinda, y tomó asiento con su gracia habitual. La feminidad es un asunto de todo o nada, se dijo Alfonso. Es una virtud que requiere disciplina y, como tal, supone un acto de voluntad.

Escanció dos copas y la joven entrecerró los ojos para saborear el caldo especiado.

—¿Se habrán tomado en serio tu reacción? —inquirió la muchacha.

—Tal vez —respondió él, ensimismado—. Ya sabía que Wilfredo es un confidente de Munuza. Decidí usarlo como baza… para ganar algo de tiempo.

—Si les entregas a nuestro hermano —dijo Gausinda—, dejarás claro que estás dispuesto a ceder en todo. Supone una debilidad que cualquier depredador puede oler incluso a sotavento.

—No podemos vencer en esta guerra —dijo Alfonso observando el bastón.

—Cuanto más poder cedas a los sarracenos, menos capacidad tendrás para librarnos de su yugo.

—Los nobles… Nunca conformes con lo que tienen, siempre satisfechos de lo que son —murmuró Alfonso—. No arriesgarán ni lo uno ni lo otro, sin la expectativa de que ambas cosas aumenten.

—Debes ejercer tu autoridad ahora que puedes.

—Si les ordeno luchar ahora, todos creerán que lo hago por Fruela —contestó—. Pensarán que envío a sus hijos a la muerte… solo para salvar a mi hermano. Debemos aguardar al momento apropiado.

—Lo has estado esperando toda tu vida. Al igual que yo. Cuando me casé, aún jugaba con muñecas, ignoraba lo que estaba en juego. Ahora sí lo sé, y, una vez que comienzas el juego, ya no puedes abandonar la partida.

—Te casé demasiado joven.

—Mi boda es lo último de lo que me arrepiento —le dijo Gausinda con un genuino afecto—. El juego es despiadado… Tarde o temprano, sufriremos daño. Debemos hallar un motivo por el que eso merezca la pena.

—Llamar a los cántabros… —murmuró Alfonso, y negó con la testa—. Ni siquiera se consideran romanos.

La joven escrutó las montañas. El invierno le trajo recuerdos.

—Nuestra madre era cántabra —dijo Gausinda.

—Dudo que eso baste para ganarse su apoyo.

—Ahora tenemos un enemigo común —insistió la joven—, y Fruela puede ser la causa que nos una.

—¿Crees que se presentará ante nuestro padre?

—Sabes que lo hará.

—Si no se lo entrego a los sarracenos, Wilfredo tendrá la excusa para derrocarnos. Muchos le apoyarán —dijo Alfonso, y ella se giró hasta toparse con la mirada de un extraño—. Siempre te has puesto de parte de Fruela… Lo vi en tus ojos, cuando regresó de la batalla del lago.

La muchacha hizo una pausa para saborear el recuerdo y empezó a recitar:

—«Hijo, tú siempre has estado a mi lado, todo lo mío es tuyo. Pero tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida».

—El hijo pródigo —reflexionó Alfonso—. Desobediencia, arrepentimiento y perdón. ¿Crees que Fruela se arrepiente de algo?

—¿Y tú?

—A veces no soy lo que deseo y otras veces no deseo ser lo que soy —admitió el conde—. La paradoja del poder. Cuantas más responsabilidades asumes, tanto más se limitan tus decisiones.

—¿Y qué has decidido? —preguntó la joven, y Alfonso escrutó su mirada. Teudis y su hermana tenían el apoyo de casi un tercio de la nobleza provincial. Demasiado pocos para derrotar a los agarenos, suficientes para que Cantabria acabase devastada.

—Haré lo que deba hacer —dijo Alfonso.

—Y yo también.

Alfonso percibió el rubor de sus mejillas y se odió a sí mismo por el abismo que había creado. Una aguanieve cayó de la nada como hilos de plata y comenzó a cubrirlos con un rocío helado.

X

Amanecía. El sol era un tenue resplandor tras un horizonte sombrío. Amorion estaba defendida por una soberbia muralla con cuarenta torres y una ciudadela sobre la colina. El viento etesio gemía en aquel desolado páramo de la meseta anatólica. Veranos tórridos, muy secos; inviernos gélidos y eternos. Un inhóspito clima que reducía la duración de las algaradas sarracenas en busca de botín y esclavos. Aunque, esta vez, el ejército que había acampado a solo una milla de su capital no había acudido por el pillaje.

El semental se sacudió el pelaje empapado cuando Konon tiró de las riendas para contemplar las fogatas del campamento árabe, un mar de estrellas bajo un firmamento en tinieblas.

—Quince mil, todo caballería —le dijo el turmarca Nikaias—. Unos cincuenta katā'ib, a juzgar por los estandartes.

—¿Han causado muchos daños? —Konon escrutó a los trescientos jinetes que le acompañaban.

—Ninguno. Sulaymān no ha saqueado ni una sola aldea desde que cruzó las Puertas Cilicias.

Tras la conquista árabe de Siria, la frontera entre el Dār al-Islam y la Romania quedó establecida en los montes Tauro. Un desfiladero, conocido como las Puertas Cilicias, permitía atravesar esta cordillera cerca de la costa. Más al norte, la ciudad de Melitene dominaba los pasos centrales de esta línea de cumbres cuyas últimas estribaciones se fundían con el Cáucaso. Ante la abrumadora superioridad árabe, la estrategia romana se basaba en una defensa en profundidad: una serie de guarniciones defendían los puertos de montaña. Si los sarracenos sobrepasaban esta línea defensiva, los romanos se refugiaban en la red de fortalezas de la meseta anatólica y atacaban a los ejércitos en marcha, a sabiendas de que la dureza del clima jugaba a su favor.

—Apenas trae acémilas —dijo Konon—. Sulaymān desea avanzar lo más rápido posible hacia Constantinopla.

—Aun así, necesitará alimentos —señaló Nikaias—. Tarde o temprano, los árabes tendrán que abastecerse sobre el terreno… saqueando todo lo que

encuentren.

—Lo cual significa que no podrán permanecer en un lugar durante mucho tiempo.

—Amorion carece de guarnición.

Díez días antes, Konon había enviado al turmarca Nikaias hacia el norte con la tourma amoriense. Cuando las tropas abandonaron la capital del thema anatólico, la ciudad les cerró las puertas y se declaró leal a Teodosio. La vanguardia árabe carecía de máquinas de asedio, pero el grueso del ejército sin duda contaba con un buen número. En ese momento, Maslama se adentraba en Capadocia con más de cien mil muqātila y un tren de bagajes formado por seis mil camellos y otros tantos asnos. Como estratego de thema anatólico, Konon solo contaba con tres tourmai. Si lograba movilizar a las tres divisiones, con suerte podría reunir unos doce mil hombres.

—Nueve mil —le dijo Nikaias al interpretar su expresión—. No cuentes con más… Y habrá que dejar guarniciones en las ciudades.

—Si Maslama cruzó las Puertas Cilicias hace cinco días —razonó el estratego—, aún contamos con seis días.

—¿Seis días para negociar un armisticio? —dijo Teófilo, y él prefirió no responder. Examinó la cumbre de aquella colina, a media milla del campamento agareno, no muy lejos de la calzada de Akroinon…, una posible vía de escape.

—Acamparemos aquí.

Los trescientos soldados descabalgaron para montar las tiendas de tipo ávaro; desolados, sin esperanza. Los últimos restos del Imperio romano se hundían en una espiral de guerra y conspiraciones. Constantinopla, cuyos dominios antaño se extendieron desde las Columnas de Hércules hasta las montañas del Cáucaso, apenas gobernaba sobre Asia Menor. Los árabes le habían despojado de Siria y Egipto, sus dos provincias más prósperas, lo cual redujo a una quinta parte el tesoro imperial. Los themata supusieron un postrero intento de adaptar la administración imperial a esta nueva realidad. Cada thema constituía una provincia y al mismo tiempo un ejército, y su nombre procedía de las haciendas cedidas a cambio de un servicio militar hereditario que les permitía contar con aquel cuerpo de soldados profesionales.

—Todavía estas a tiempo de reconocer a Teodosio III —le dijo Teófilo—. Aunque tu lealtad hacia el egregio Anastasio resulte encomiable, tal vez no sea el mejor momento de mostrarla.

El estratego sonrió ante el emponzoñado sarcasmo de su consejero.

—Teodosio es un cretino, y lo sabes.

—Un cretino mayor que Anastasio, querrás decir —comentó el antiguo logoteta—. Justiniano, Filípico, Anastasio, Teodosio… De seguir con esta progresión, en dos años el Imperio romano estará gobernado por una lamprea.

—De seguir así, en dos años el Imperio romano habrá dejado de existir.

—No confías en ningún aspirante al trono. —Nikaias acababa de llegar.

—Con cierta edad, uno no puede ser optimista sin ser idiota —respondió Konon—. El despotismo de Justiniano hizo que las tropas comenzaran a entronar a emperadores títeres. Si el elegido resulta ser un necio, como Filípico, habrá que deponerle; si se muestra eficiente y trata de imponer disciplina, como Anastario, se rebelarán igual. Es un círculo imposible de quebrar.

—Pretendes alcanzar un acuerdo con los árabes.

—Solo ellos pueden romperlo. —Konon señaló la otra colina—. Iremos Teófilo y yo con una decena de hombres. Si al anochecer no hemos regresado, aprovechad la oscuridad para huir.

Los caballos se revolvían inquietos, como si percibieran el estado de ánimo de sus dueños. El estratego tiró del bocado y saltó sobre la silla, después de adecentar su aspecto sin abandonar el atuendo militar. Teófilo no tardó en lamentar el roce de la seda en los arreos del caballo.

—No declines ninguna invitación —le advirtió Konon mientras cabalgaban—, no importa si es una infusión o un banquete de diez platos. Lávate las manos antes de comer y no uses la zurda, resulta impura. La hospitalidad árabe permite al huésped hacer casi lo que le venga en gana. No abuses de ese privilegio. Fíjate en el resto de comensales y actúa igual.

Llegaron al vivac sarraceno. Los muqātila montaban una jaima con la eficiencia de quien ha repetido la misma rutina durante años. La estructura de la enorme tienda se sostenía sobre un mástil central y varios postes a lo largo del perímetro, atirantados con cuerdas de esparto.

Sulaymān los aguardaba en la entrada. Se retiró el manto con capucha, y el viento mecía las trenzas de su cabellera bajo un turbante beduino.

—La paz sea contigo —les dijo.

—Y también contigo —respondió Konon en árabe.

El sarraceno los invitó a entrar. El interior mostraba una lujosa austeridad, tapices coptos colgaban de las paredes, alfombras jorasaníes cubrían el suelo y un brasero de incienso caldeaba el interior mitigando el olor a estiércol. Los esclavos les ofrecieron una jofaina de porcelana para lavarse las manos.

Sulaymān les hizo un gesto para que se acomodaran en torno a un ataifor de cedro ricamente servido, y quiso que Konon hiciera los honores.

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso… —recitó el estratego tras sentarse con las piernas cruzadas.

El caudillo árabe sonrió al escuchar la Basmala. Konon tomó un pedazo de pan para rebañar en la ensalada de berenjenas y bebió un sorbo de agua. Teófilo aún buscaba los cubiertos; desistió al verlos comer con los dedos.

—Dicen que eres natural de Mar‘ash —comentó Sulaymān en árabe.

—Nací en Germanicia —dijo Konon.

Se había criado en una ciudad del norte de Siria, con la voz del muecín marcando la rutina diaria, hasta que los cristianos fueron deportados a Romania y su familia tuvo que mudarse a Mesembria, en la costa tracia del Ponto Euxino.

—En ese caso —dijo Sulaymān—, ¿por qué te llaman «el isaurio»?

—Es una larga historia… Mi familia vivía en el barrio de los pergamineros, no muy lejos de la mezquita de al-‘Abbas.

—Soy de los Banū Zubayd; mi tío vivía en Mar‘ash. Su nombre era Uthman ibn Jalid al-Kindi.

—Un hombre sabio —afirmó Konon—. Solía recitar poemas de Imru ‘al-Qais.

A sabiendas de que a los árabes no les complacía ir directos al grano, el estratego comenzó a disertar sobre poesía mu’allaqāt. Consciente de que, para su anfitrión, aquella charla intrascendente suponía un modo de conocer a su enemigo y, por lo tanto, resultaba de lo más trascendente. Procuró disfrutar del cordero con baharat sin mostrar el menor interés por lo que le había llevado a ese lugar, como si aquellos hombres fueran compañeros de francachela y no la vanguardia del mayor ejército de conquista reunido desde hacía un siglo contra la Romania.

Sulaymān mostraba un verdadero fervor por las gestas de ‘Antara al-‘Absī.

—Dicen que tu señor Maslama también es un hajīn —dijo Konon, y el ceño del árabe se arrugó.

—‘Antara al-‘Absī era hijo de una esclava etíope. Al igual que mi señor, no pudo llevar el nombre de su tribu hasta ganarse ese derecho mediante grandes hazañas.

—Como enemigo suyo, doy fe de ello —respondió sincero—. No sabía que fuera un «cuervo árabe».

—Más bien un mirlo blanco. Su madre no era africana, sino del Cáucaso. Pero, dime: ¿qué es lo que llama tu atención de mi tienda? —El caudillo sarraceno no había pasado por alto la mirada evaluadora de Konon.

—Este homenaje a la vida nómada, mezclado con lujos de medio mundo, me desconcierta.

En tiempos del Profeta, la aristocracia mecana entregaba sus hijos a niñeras beduinas para que se educaran entre los nómadas del desierto, a quienes admiraban por su honradez, austeridad y coraje. Konon se preguntaba si su anfitrión aún rendía culto a tales virtudes. El emir hizo un gesto a uno de los criados para que le sirviera pasteles de sémola con miel.

—Jesús era hijo de un carpintero… Él y sus discípulos vagaban medio desnudos. —Sulaymān había hecho de su rostro una máscara indescifrable—. Muhammad procedía de un noble linaje y prometió a sus seguidores las riquezas de quienes se negasen a abrazar el Islam.

Aquella voz tajante suponía una sentencia inapelable; Konon no quiso dar por concluido el debate:

—Tras ser tentado por Satanás, el justo Job manifestó: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré. Jehová dio, y Jehová quitó. Bendito sea el nombre del Señor».

—A los cristianos os gusta mercadear con la palabra de Dios, aferrándoos a las Escrituras cuando os conviene. Como si todo en ellas fuera cierto.

—«¡Oh, gentes del Libro! Ha venido a vosotros nuestro mensajero mostrando lo que ocultabais y habéis suprimido de las Escrituras…» —recitó Konon—. Sí, conozco la cuestión del tahrif. ¿De verdad crees que los hebreos alteraron la palabra de Dios?

El emir escrutó el rostro de su invitado. En boca de un cristiano aquella aleya resultaba casi blasfema.

—Está probada la costumbre de algunos judíos de Yathrib, quienes, cuando Muhammad les interrogaba acerca de la Torá, la traducían mal para burlarse de él. El Corán es más fidedigno que el canon judío: cada palabra del Profeta se ha cumplido.

—Abū Sa'īd al-Judri relata: cuando un hombre le preguntó a Muhammad por un remedio para la diarrea de su hermano, Él le aconsejó que bebiera miel. Al día siguiente el hombre regresó para señalar que la diarrea había empeorado, y el Profeta le respondió: «Alá ha dicho la verdad, ha sido el vientre de tu hermano quien ha mentido». —Una vez concluido el hadiz, el estratego añadió—: Dime, Sulaymān…: si Jesús sanó a un leproso e hizo que

Lázaro volviera de entre los muertos, ¿cómo voy a creer en la palabra de un profeta al que desmiente una cagalera?

Un proverbio árabe afirma que la lengua causa más muertos que la espada, y en aquel momento parecía una verdad incontestable. Teófilo, sin entender una sola palabra, se detuvo sosteniendo un pedazo de pastel en el aire. Solo se escuchó el viento batiendo la lona…, hasta que el jerarca agareno estalló en carcajadas.

—Eres tal y como me habían contado.

—¿En qué sentido? —preguntó Konon.

—Te niegas a venerar las imágenes —dijo Sulaymān, atento a su reacción.

—La Ley de Moisés quiso desterrar ese error, pero ha sido ignorada —replicó el estratego, y el emir asintió complacido.

—Nuestras creencias no son tan distintas como pretendes.

—Tal vez —admitió el estratego—. ¿Por qué me has hecho llamar?

—Ayer hice que mis hombres gritaran «¡Larga vida al emperador Konon!» ante los muros de Amorion. Exigí a los amorienses que te reconocieran como el emperador…, a lo que accedieron sin abrirme las puertas.

El estratego fue incapaz de articular una sola frase. Por orden de Maslama había sido aclamado emperador en la capital del thema anatólico… después de que los árabes atravesaran su territorio sin causar ningún daño. Tarde o temprano, esto se sabría hasta en el último rincón de Romania, y nadie dudaría que ya había pactado con los sarracenos. Si rechazaba la oferta, su cabeza acabaría clavada en el hipódromo de Constantinopla o en la alcazaba de Damasco.

—Es inútil luchar, no podéis vencernos. —Sulaymān se llevó el vaso a los labios—. Vuestra capital pronto será arrasada y Hagia Sofia se convertirá en mezquita y vuestras mujeres e hijos, en nuestros esclavos. El mejor modo de evitarlo es aceptar la corona imperial; el califa sabe mostrarse generoso…

—Debo consultarlo con mis hombres.

—Lo entiendo —dijo el emir—. Tómate tu tiempo…, pero no demasiado.

Una hora después se marchaban. Al abandonar el vivac sarraceno, Konon tuvo que esforzarse en no mirar atrás.

—No sé qué dijiste —comentó Teófilo—, pero estuvieron a punto de matarnos. Por cierto, el cordero estaba delicioso.

—Si pronuncias verdades incómodas, aunque con ello te juegues la vida, te creerán alguien incapaz de mentir. Me he ganado su confianza.

—¿Hasta qué punto?

—Me han ofrecido la corona imperial —respondió en voz queda—. En realidad, me han obligado a aceptarla.

Konon jamás imaginó que su viejo amigo pudiera quedarse sin palabras dos veces en un mismo día.

—Un obsequio envenenado —dijo al cabo—. Si reclamas el trono, estallará una nueva guerra civil, y el Imperio terminará devastado. Y en el improbable caso de que tuvieras éxito, te habrías convertido en un títere del califa.

—Anastasio debió de enviarle una petición de ayuda al califa para recuperar el trono —dijo el espatario—. Eso le habrá dado la idea.

—Eso y tu antigua condición de dimmí —señaló Teófilo—. ¿Qué hay de tu inquebrantable lealtad hacia quien te nombró estratego?

—Mi lealtad es hacia el Imperio.

—¿Qué hacemos ahora?

—Antes de nada, debo entrar en Amorion.

Entre la bruma nocturna, la muralla de Amorion se antojaba irreal, sombras proyectadas en la niebla, como una pesadilla dentro de un sueño. Un pesado silencio había caído sobre la ciudad y nada se podía oír excepto el oscilante viento. Escoltado por seis oficiales, Konon caminaba bajo el acueducto en ruinas, inútil desde hacía décadas, ya que cientos de pozos abastecían de agua a los lugareños durante los continuos asedios árabes.

El patriarca y una veintena de magnates amorienses le aguardaban bajo el pórtico de la plaza mayor, antigua ágora griega y foro romano. Reconoció el descuidado atuendo de los dignatarios, la angustia en aquellos rostros cansados. Aunque la capital del thema anatólico era muy distinta a su Germanicia natal, el temor que despertaban los muqātila resultaba idéntico.

—¿Por qué me habéis cerrado las puertas? —les dijo sin más preámbulo.

—No queremos que nos gobierne un árabe nabateo —respondió el patriarca amoriense—, y menos aún cuando los sarracenos están a las puertas. Por eso nos mostramos leales a Teodosio… No es el momento para otra guerra intestina.

—Y, sin embargo, me habéis aclamado como emperador.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —le espetó un anciano—. ¿Negarnos, para que Maslama saqueara la ciudad, esclavizara a nuestras familias y clavara nuestras cabezas en picas?

—No os gobernaré en contra de vuestros deseos —declaró el estratego—. Sabéis de mi carácter y de mi valor. Maslama, el hijo de ‘Abd al-Malik, ha traído un gran ejército; la guerra civil es ya inevitable. ¿Confiaréis vuestras vidas a alguien como Teodosio? Dejad entrar a mis hombres y confiadme vuestro gobierno; si actúo en contra de vuestros deseos, podréis hacer conmigo lo que queráis.

Los magnates amorienses se miraron entre sí, desolados. Accedieron, ¿qué otra cosa podían hacer? De regreso al campamento, Konon envió un emisario al emir sarraceno para iniciar las negociaciones de los términos de la paz y su repliegue de Amorion, y después se dispuso a cenar con sus oficiales.

La lluvia tamborileaba sobre la lona, el vino se había mezclado con agua de lluvia y, aun así, transmitía una agradable calidez. Comieron de un mismo perol, en silencio. El estratego no quiso iniciar el cónclave, a la espera de que lo hiciera Teófilo. Sin embargo, Nikaias no pudo demorar la pregunta que todos se hacían:

—¿Y ahora qué?

—Hace cinco días Maslama cruzó los pasos del Tauro —dijo Konon—, y los hombres de Sulaymān no tardarán en rebelarse. Los muqātila son soldados a tiempo parcial, y reciben un estipendio anual por las conquistas pasadas. No están obligados a participar en ninguna campaña, y si lo hacen es por el botín que obtendrán en la expedición. Pronto, las tropas de Sulaymān querrán saber por qué aguardan ante unos muros en lugar de dedicarse al saqueo. Tendrán que levantar el campamento para proseguir la marcha.

—¿A qué otras conclusiones has llegado? —inquirió Teófilo.

—Sulaymān está fascinado con los antiguos relatos heroicos y muestra hacia su jefe la devoción de un perro a su dueño. Maslama es hijo del gran califa ‘Abd al-Malik, medio hermano del actual príncipe de los creyentes, pero es ilegítimo y está excluido de la sucesión. No cuestionará la autoridad de su hermano…, aunque tiene que demostrar en todo momento su valía, lo cual supone una debilidad.

—¿Todo eso lo has deducido comiendo cordero?

—Aún quedará el grueso del ejército, liderado por Maslama —dijo Nikaias.

—Lo sé. En cuanto se marche la vanguardia, ocuparás Amorion con ochocientos hombres —replicó, y el turmarca asintió—; las mujeres y los niños deberán abandonar la ciudad.

—Antes Sulaymān tratará de apresarte —le advirtió Teófilo—. Lo sabes, ¿no?

—Por eso —dijo Konon—, en cuanto tengamos ocasión, nos iremos con la excusa de una cacería para acampar a diez millas al sur, sobre un cerro que domina la confluencia entre dos ríos, a salvo de cualquier treta y con una vía de escape.

El consejero comprendió que la estrategia de Konon se basaba en mantener al enemigo confundido, que nunca supiera a ciencia cierta cuáles eran sus intenciones, lo cual le impedía anticiparse a sus actos.

—Y después a Pisidia —adivinó.

—Todos salvo tú —le dijo su amigo y señor—. Tengo una misión para ti.

Antes de contestar, el hombrecillo sumergió un pedazo de pan en el perol.

—¿Adónde debo ir?

—Deberás reunirte con Maslama para negociar en mi nombre.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Soy un cobarde —el burócrata hizo un gesto aludiendo a los militares —, no sé nada de estrategia.

Konon se puso de pie, ahuecó las manos y las sumergió en una jofaina para asearse.

—Eso te convierte en el emisario idóneo.

—¿Eres consciente de que, si algo falla en tu plan, acabaremos crucificados por los musulmanes y excomulgados por los cristianos? —le pregunto Teófilo.

El estratego asintió, al tiempo que sopesaba la idea de ser coronado emperador.

XI

Frío. Un viento gélido, húmedo, penetrando hasta los huesos. Fruela inspiró hondo y contempló aquel paisaje pardo y montuoso al que consideraba su hogar. Para los sureños, aquel inmenso bosque era una tierra salvaje. Para los salvajes era la morada de los dioses, el hogar del verraco y el ciervo que les daban alimento. La lluvia susurraba entre los brezos de la Vía del Escudo, la cima del cordal montañoso que atravesaba la cordillera.

Entre la niebla Fruela vislumbró las claustrae. Dos líneas de fosos, terraplén y empalizadas cortaban el paso hacia el norte por la Vía del Escudo. Unos sayones montaban guardia junto a la almenara, listos para prender fuego a la pira de troncos ante la presencia de una hueste enemiga, o si alguno de los castros del sur enviaba la señal.

Los bucelarios le vieron atravesar las puertas en dirección a la choza que les servía de refugio. Descabalgó, ató las tiendas de la montura al poste y, una vez dentro, se sentó ante el fuego y extendió las manos. Unas mantas sucias yacían esparcidas por el suelo, el polvo flotaba entre el humo y tres guerreros le observaron atónitos mientras arrancaba un pedazo de carne del espetón.

—¿Ha llegado la noticia? —les preguntó Fruela.

Sintió los ojos incrédulos clavados en él mientras se sacudía el frío del cuerpo. Los sayones intercambiaron miradas.

—Sí —dijo el jefe de la guardia—. Tu hermano te espera.

El conde espatario asintió al tiempo que rumiaba el asado. Degustó el vino que le ofrecieron sumido en un silencio cómplice. Se limpió las manos, abandonó la choza y saltó sobre la silla del caballo. El jefe de la guardia se acercó para hablarle.

—Alfonso nos ha ordenado…

—Haced lo que debáis.

Cabalgó por la línea de cumbres hasta el monte que los lugareños llamaban Cildá. Desde allí contempló las ruinas de Aracillum sobre una angostura de la sierra. La nieve comenzaba a derretirse, revelando los restos

de la muralla donde, siglos atrás, los cántabros se enfrentaron a las legiones en una decisiva batalla.

El norteño tomó una senda que descendía hacia el valle de Egunia. Dos horas después llegaba al poblado que sobresalía de la ladera, rodeado de una tosca muralla. Unas columnas de humo ascendían de las techumbres de escoba para deshacerse en un cielo gris agitado por el gélido viento norteño. Un corro de criados se formó en torno al solitario jinete, los perros ladraron a su paso. Alfonso le vio llegar desde el porche y sintió que su corazón se agitaba en las entrañas. Tras descabalgar, Fruela caminó hacia él. «Estoy aquí», le dijo con la mirada; «imagina lo poco que me importa mi vida».

El puñetazo de Alfonso le derribó sobre el suelo embarrado. Fruela se llevó la mano a la boca, contempló su sangre y alzó la vista con una mueca mordaz. El meapilas no había perdido pegada.

—Quedas proscrito —le dijo Alfonso con una voz muerta.

Fruela se incorporó sobre el brazo izquierdo, se sacudió la nieve del manto y se secó el cabello con la manga. Dedicó una última mirada a su hermano, aferró las riendas que le ofrecían y se dispuso a marchar al destierro.

La ley goda castigaba el homicidio con la pena capital. En su lugar, Alfonso había recurrido a las viejas costumbres del norte. Si la autoridad decretaba una condena a muerte, el asesino era proscrito, se hallaba fuera de la ley, carecía de derechos, sus bienes podían ser confiscados, estaba prohibido darle cobijo y cualquiera podría matarle. No faltarían los que quisieran ganarse el favor de Opas.

El conde espatario maldijo a su hermano. Condenarle a morir sin llegar a matarle… Una decisión salomónica, con la que Alfonso se lavaba las manos, al igual que Pilatos. Nadie podría acusarle de no hacer justicia, ni tampoco de haber ejecutado a su propio hermano.

Cabalgó durante el resto del día, hacia poniente, cruzando la sierra hasta Caórnica, un hermoso valle rodeado de hayedos, con las vegas salpicadas de pequeñas haciendas. Era de noche cuando se presentó a la puerta de una granja y el perro comenzó a ladrar. Un rectángulo de luz se proyectó en la hierba cuando una figura abrió la puerta. Admiró el rostro sorprendido de la mujer que se hallaba bajo el dintel, con la ropa remendada y sucia, el cabello negro recogido en mechones descuidados.

—¿Fruela? —Hilduara contempló el cuchillo que sostenía en la mano. Nunca lo había usado para otra cosa que no fuera cocinar o sanar, por lo que

le resultó extraño amenazar con él a su esposo. Tres corpulentas figuras se alzaban tras ella, sombras sobre un resplandor.

El norteño descabalgó ante el umbral y ella le cruzó el rostro de una bofetada. Después, los brazos de la mujer se colgaron de su cuello con una fuerza insólita y una disculpa murió en los labios de Fruela, sofocada por un beso.

Las brasas relucían en la penumbra mientras el humo se enroscaba en la abertura del techo pajizo mezclado con el acre olor a estiércol. La carne ahumada de la matanza de noviembre aún colgaba de las vigas. Las figuras cobraron forma ante la luz del hogar: una pareja de montañeses con dos recios muchachos.

—Me alegro de veros, señor —dijo el hombretón, Bricio.

—Buena la habéis liado —añadió Paula.

Hacía tiempo que Fruela había renunciado a amonestar a la criada por sus continuas impertinencias. Se acercó al lecho donde yacía su hija Nuñabella y pasó los dedos por su cabello oscuro sin llegar a tocarlo, por miedo a despertarla. Vio el amuleto que llevaba al cuello como protección contra las lamias, mujeres con pies de ave que se alimentaban la sangre de los infantes. Hilduara había dejado de lado su rigor cristiano para aceptar cualquier fuerza sobrenatural que protegiera a su hija. Fruela observó el muro bajo el que yacía enterrada la criatura a la que se habían llevado las fiebres a los pocos meses. Antes de que se le pudiera considerar persona y mereciera un entierro cristiano.

Extrajo la talla de madera del zurrón y la depositó sobre el lecho de la niña. El juguete que Opas le había entregado, después de que alguno de sus espías lo tomase en su propia casa.

Debían partir cuanto antes.

Todos se sentaron ante la mesa para cenar. Hilduara apartó las gallinas que picoteaban en el suelo terrizo, descolgó un puchero del lar y llenó unos cuencos. Fruela tomó la escudilla humeante y saboreó el guiso de lentejas y berza. A su lado, Bricio se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—¿Cómo andamos de heno? —le preguntó Fruela.

—Alcanzará hasta primavera —respondió el montañés—. La señora se ha hecho cargo.

Emparentada con el último rey godo, Hilduara procedía de uno de los más poderosos linajes de la Bética, y había sido educada para administrar palacios, no una granja con par de bueyes, una docena de vacas y una piara de puercos.

Podría haber preservado su rango desposando con algún árabe, al igual que la viuda de Rodrigo. En su lugar, prefirió acompañar a Fruela en aquel destierro.

—¿Y qué hay del valle? —prosiguió el conde.

—Los señores se reunieron con tu hermano para decidir si habrá guerra —masculló Bricio—. No convocaron a los concejos de los valles.

—Ya estamos en guerra —murmuró Fruela—. Solo decidieron si luchar o no.

—Pues prefirieron no hacerlo.

—Y yo estoy proscrito. —Alzó la vista del plato al percibir la inquietud de su esposa—. Nos iremos mañana.

Lo dijo escrutando a Hilduara, que asintió con los párpados.

—Os acompañaremos —dijo Bricio.

—No.

—Necesitaréis ayuda.

—No —repitió Fruela.

El castigo por colaborar con un proscrito era la muerte.

—Entonces recogeremos nuestras cosas al alba —dijo el montañés— y buscaremos otro señor.

—No os iréis a ningún lado —dijo Fruela—. Os quedáis la casa y las tierras de la ribera norte. Mañana lo anunciaré en el concejo.

Una vez concluida la cena, todos se acostaron. Hilduara tomó el candil para entrar en la alcoba, un cuartucho con un lecho de madera ajada. Su esposo cerró la puerta al entrar, y ella le atrajo hacia sí hasta que estuvieron frente a frente.

—Tenía que hacerlo —dijo él a modo de disculpa.

—Usa el oro para comprar apoyos —susurró Hilduara—, pídele auxilio a tu hermana. Ella no se negará.

—No hay tiempo —respondió, sombrío—. Mañana mismo debemos marchar. Una vez estemos a salvo, decidiremos qué hacer.

—Me ocultas algo. —Las uñas de Hilduara se clavaban por instinto en los brazos cruzados.

—Opas tiene hombres en el valle —admitió Fruela—. Mañana, tras el concejo, sabrán que he llegado. Iremos a Libana, allí nos darán refugio.

La mujer asintió y se colocó unos mechones rebeldes tras la oreja. Sus ojos negros le buscaron en la oscuridad.

—¿Tienes miedo? —le preguntó.

Aterrado, Fruela sacudió la cabeza en silencio. La luz rojiza del brasero se extendió por el cuarto, como una mancha de sangre.

—Soy bueno con la espada —dijo al fin—. Estoy entrenado para ello.

—Lo sé —comentó Hilduara—. No me refería a eso.

—Lo imagino —dijo Fruela, sin querer escuchar la pregunta que ella hizo de todos modos:

—¿Tienes miedo por mí?

Tuvo que apretar la mandíbula. Miedo. Una palabra extraña. Observó a su esposa, la expresión de su rostro, ilegible en la oscuridad. Aun así, pudo distinguir sus rasgos: ojos negros, nariz afilada y labios breves, como los de Nuñabella.

—Os he puesto en peligro —declaró.

«Tengo cientos de motivos por los que luchar», le había dicho a Sisberto, y el más importante dormía al otro lado del muro. Hilduara bajó la vista y negó con la testa.

—Cuando marchaste a Corduba pensé que no volvería a verte —murmuró con la barbilla alzada—. No quiero que nos separemos de nuevo.

—Yo tampoco. —En las sombras del cuarto, Fruela recordó a una muchacha apodada «Verdelobo», y, como si leyera su mente, ella le regaló una sonrisa.

—Nunca lo dirás.

—¿El qué?

—Crees que debería haberme casado con otro —le dijo Hilduara, y, ante aquellas palabras, Fruela inspiró hondo.

—No se trata de lo que yo crea.

—No —convino Hilduara, y Fruela vio cómo apagaba el candil. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, ella se despojaba del vestido. Deslizó los hombros por la abertura del cuello hasta que la prenda se detuvo en las caderas, tiró de ella hacia abajo y caminó hacia él desnuda. Una pluma del corral había quedado prendida en su cabello azabache.

Algo permanecía prendido entre ambos, algo no dicho, no realizado. Fruela la empujó sobre el lecho y se tumbó sobre ella, hasta sentir el calor húmedo de las palabras susurradas en la piel. Al fin pudo respirar su aliento.

Fuera, las estrellas del crepúsculo se desvanecían en la nada.

XII

Al amanecer, los jinetes cabalgaron de granja en aldea para convocar a los cabezas de familia al concejo. Los vecinos comenzaron a reunirse a mediodía, bajo la fronda de un enorme tejo que se alzaba junto al camposanto, repleto de discos de piedra con símbolos astrales tallados. Vestidos con paño oscuro, portando lanzas y azconas, los vecinos depositaron las armas junto al tronco antes de tomar asiento en un roquedo.

Los cántabros no conocían más señor que sus leyes. En los días antiguos se agrupaban en tribus; con el tiempo los lazos de vecindad se habían impuesto al parentesco. Los concejos de valle y aldea se reunían al menos una vez al año, durante el solsticio de verano, y estaban abiertos a cualquier hombre libre, que en aquella tierra inhóspita eran todos. Allí se escuchaban quejas, se alcanzaban decisiones, se aprobaban leyes y se gestionaban las tierras comunales.

Fruela aguardaba en pie, desarmado, ante el afloramiento rocoso, y escrutaba el rostro de los hombres que acudían. Manos encallecidas, ropas zurcidas, zuecos de madera y pies desnudos. Saludó a Casio, el recitador de leyes, depositario del conocimiento jurídico de un pueblo que ignoraba la escritura. Junto a él se hallaba Pentio, uno de los «hombres buenos» del valle, a quienes se acudía ante cualquier disputa. También era vate, el responsable del culto pagano, y en ese momento observaba el crucifijo que pendía del cuello de Fruela, llegado a Caórnica cinco años antes.

«¿Qué soy?», se preguntó Fruela. Su madre, muerta antes de que él cumpliera seis años, había sido cántabra. Y después de cuatro siglos deambulando por Europa, mezclándose con sármatas y alanos, fugitivos romanos, aristócratas galos e hispanos, su linaje paterno apenas tenía sangre de Escandia en las venas. La identidad goda solo era un fantasma.

Los montañeses esperaban en silencio a que expusiera el motivo de la asamblea.

—Mi padre me ha desterrado y debo abandonar el valle —expuso sin miramientos—. He entregado a Bricio y Paula la granja y las tierras que

lindan con el bosque. Deseo vender el resto.

Acomodado a la diestra del sacerdote se hallaba Verna, el propietario de la granja más próxima a la suya, un tipo enjuto, de barba luenga, con una brizna de hierba siempre en la comisura de los labios.

—¿Por qué deberíamos socorrerte? —preguntó, huraño—. La ley lo prohíbe, y todos sabemos que trajiste oro del sur y lo enterraste en algún lado.

—¿Qué te preocupa, la ley o mi oro? —inquirió Fruela.

—Mataste a un hombre —insistió el montañés—. Debes pagar por ello.

—Maté a quien traicionó a mi rey, a mi reino y a mis camaradas que aún se pudren bajo el sol de la Bética —le espetó Fruela—. Si alzas tu mano contra mi familia, te abriré en canal como a un puerco.

Hubo protestas ante la brusquedad de la respuesta. Uno de los vecinos, llamado Luba, se levantó del asiento.

—Fruela ha sido un buen vecino —declaró—. Su esposa, Hilduara, asistió a mi mujer en el parto y él me ayudó a construir el corral. Sostuvo a las viudas del valle, sin importarle a qué dioses veneran.

—Está prohibido auxiliar a quien ha sido proscrito —declaró Casio, el recitador de leyes—. La ley ha de ser igual para todos. Si cada uno la ignorase según lo que él considera justo, ¿qué justicia habría?

La mayoría asentía en silencio; para Fruela aquella declaración suponía una sentencia de muerte. El vate Pentio, que no dejaba de escrutarle, alzó la mano para pedir palabra. Todo el valle enmudeció.

—Ningún heraldo ha llegado a Caórnica para anunciar que Fruela sufre destierro —dijo tras ponerse en pie—. ¿Cierto?

—Cierto —declaró Casio.

—Por tanto —prosiguió el vate—, este hombre aún no es, en justicia, un proscrito.

—No. Aún no.

Un murmullo recorrió los improvisados escaños.

—Así que nada me impide comprarle sus tierras de la ribera norte por trescientos sueldos —señaló Pentio.

—No —dictaminó el portavoz de la ley—. Nada.

Una viuda de unos cuarenta años se levantó. Orgullosa y distante, les habló con una gracia altiva, casi regia:

—Yo puedo darle ciento cincuenta sueldos por la braña del collado.

—Y yo, cien sueldos por la mies al sur del río… —dijo Luba, y su esposa le fulminó con la vista—. Cien sueldos y ocho vacas. No puedo permitirme más.

—Cien serán suficientes —dijo Fruela—. Me es imposible llevarme el ganado.

—Entonces te pagaré doscientos sueldos por el rebaño y esas ocho vacas —dijo Pentio—, y quedamos en paz.

—Sea.

Se pusieron en pie para estrecharse las manos, un gesto que sellaba el trato sin requerir nada más. Fruela no solo había obtenido seiscientos sueldos, sino también salvado la vida. Observó cómo Verna cabalgaba hacia el bosque.

Tomó la pala y comenzó a excavar a los pies del nogal. Bajo el manto de nieve, el suelo se mostraba húmedo y blando. No tardó en encontrar el arca. Retiró la tierra que la cubría con las manos y la abrió para comprobar el contenido. Quince mil sueldos. Bastaba para comprar una nueva vida. Bastaba para que quisieran quitarle la que tenía.

A él y a su familia.

Fruela era un guerrero, había alimentado a los cuervos desde hacía más de una década. Después de participar en más peleas de las que podía contar, el dolor era un viejo conocido. También conocía el dolor de la pérdida: su maestro de armas —el padre que quiso tener y nunca tuvo— y mejor amigo. Mas, en ese momento, sentía un temor atávico, el de fallar en su deber de proteger a los suyos. Cuando el miedo a la muerte es menor que el miedo al fracaso.

Las manos callosas de Hilduara abrieron el arcón que había traído consigo de Toletum. El contenido se le antojaba inútil; ropajes más concebidos para lucir en banquetes que como abrigo. Los bienes suntuarios se habían convertido en recuerdos de otra época. Cuando salió de la cabaña, su esposo ya se había armado. Ensillaba los caballos y la mula con el oro, las armas y los útiles de acampada. Un demonio sombrío, con la mejilla izquierda abrasada, la cota de malla pavonada por el óxido y aquella enigmática espada al cinto. El guerrero sobre el que los escaldos aún contaban historias junto al juego.

—Estás cambiado —le dijo sin pensar.

—La guerra te cambia —murmuró Fruela.

—Lo sé.

Un recuerdo súbito ensombreció las facciones femeninas, y él pudo imaginarlo. Nunca hablaban de eso. Hablar sobre ello lo haría real. No

necesitaban palabras, solo se necesitaban el uno al otro. Fruela extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Soy tuya… —dijo Hilduara, y Fruela la sintió inclinarse hacia su caricia, con los ojos cerrados—. Y tú eres mío. —Respiró hondo, abrió los ojos y sonrió. Fruela contempló las montañas que rodeaban al valle. Bosques sombríos agrisados por la escarcha y, más allá de la sierra, la presencia fantasmal de las cumbres bajo una perenne cortina de niebla. Un cielo plomizo, empapado de humedad, que vertía un calabobos eterno.

Teodolf le había enseñado que, cada mañana, todo guerrero ha de convencerse de que su destino es morir. Ha de verse a sí mismo herido por la espada, ensartado en flechas, abrasado por el fuego. Una vez que abandonas los muros del hogar, estarás rodeado de muerte. Observó a madre e hija montadas en la yegua gris. Ellas cambiaban la situación por entero.

Se despidieron de Bricio y Paula para tomar el camino que conducía al puente. Fruela abría la marcha tirando de la mula, su esposa llevaba a la niña en la silla. La lluvia se congelaba en el camino embarrado entre álamos y sauces desnudos, como manos huesudas extendidas al cielo. Retuvo a la montura en la encrucijada. Debía elegir entre llevar a su familia por la senda que discurría hacia septentrión, junto a la ribera, y luego avanzar por la llanura costera, o atravesar la sierra que separaba Caórnica del valle del Namnasa para seguir hacia poniente, a través de un nuevo cordal, hasta llegar a Libana. Tres implacables jornadas entre peñas nevadas, territorio de caza de bandidos y lobos. Sin ningún techo sobre sus cabezas, solo noches sin luna bajo un manto de nubes perpetuo.

Eligió la montaña.

El único modo de acceder a Libana desde la costa era un angosto desfiladero, en cuya entrada cualquiera podría emboscarlos. Dejaron atrás las vegas, para cabalgar por el sendero que serpenteaba entre un robledal desnudo, bajo un continuo calabobos, hasta que el lomo de las monturas desprendía vapor. A lo lejos, resonó un estruendo.

—¿Es un ojáncano? —preguntó Nuñabella.

—No —dijo Fruela—, solo un derrumbe.

El único modo de describir al ojáncano es imaginar que un dios demente ha apareado a un cíclope con una ogra bermeja, con el resultado de una bestia brutal, cuyos hombros son un amasijo de músculos donde se posan dos cuervos que le sirven de confidentes. Un gran ojo reluce entre ajados pliegues de piel, barbas rojizas afloran de una mandíbula de dos hileras de dientes y un hocico chato como el de un verraco.

Comenzó a jarrear, y, al girarse, vieron una hilera de jinetes ascendiendo por el camino que habían dejado atrás. El viento arrastraba los ladridos de una jauría de perros.

—Nos siguen —dijo Hilduara.

Picaron espuelas, avivaron el trote, las bestias obedecieron de mala gana. Una veintena de jinetes los seguía a un par de horas de distancia. Fruela se preguntó quiénes eran y, sobre todo, quién los había informado. Rebasaron el collado y cabalgaron por la otra vertiente. La senda reptaba entre los cerros en dirección al Namnasa.

Anochecía tras el contorno aserrado de los montes. No había ningún astro, solo una tenue luz diluyéndose en un firmamento acerado. Fruela buscó a la niña con la vista, su frágil cuerpo oculto bajo el manto materno, la coleta negra caída hacia un lado y un rubor sobre la piel pálida y brillante. Los labios rojos, trémulos, tiritaban.

Necesitaban un refugio.

—Ya casi estamos en Carmo —le dijo a Hilduara.

Un par de años antes, había entregado plata a Eldemira, la viuda de su amigo Argebald, para que desposara con el señor del minúsculo valle que se abría ante ellos. La senda los condujo hasta una empalizada de troncos sobre un terraplén que dominaba una colina. Desfilaron ante las estacas punzantes que defendían la cerca, bajo los restos de una pasarela de madera envuelta en bruma. Hallaron las puertas cerradas a cal y canto. Fruela gritó al cadalso que coronaba la entrada.

—¡Dalmiro!

Un individuo recio, de rostro bermejo, asomó por encima de las tablas.

—¿Qué quieres, Fruela?

—Refugio. —Extendió los brazos para abarcarlo todo—. Un lugar donde pasar la noche.

—Sabes que la ley lo prohíbe. Me buscaría la ruina si accediera.

—Te ofrecí una dote para tu esposa —le espetó con furia—, me juraste amistad. ¿Así lo demuestras?

—Lo demuestro dejándote marchar —respondió Dalmiro—. Opas me pagaría una fortuna por tu cabeza.

El espatario bajó la vista, conteniendo una blasfemia, y prestó atención a la niña, que los escrutaba con temor. Hilduara aflojó las riendas para volver grupas y él azuzó a la montura que tiraba de la mula de reata.

—¿Qué hacemos ahora? —Ni en el peor infierno Hilduara perdía la serenidad.

—Continuar antes de que sea noche cerrada —dijo Fruela—. Encontraremos algún abrigo para acampar.

Cabalgaron junto a un arroyo que vertía aguas en el Namnasa. Un sol intangible agonizaba entre una calígine gris cuando atravesaban una de las vegas. La lluvia había hundido la techumbre pajiza del corral de muros desvanecidos bajo manchas de moho esmeralda. Al abrir la puerta los goznes ajados chirriaron. Dentro, una vaca, escuálida y tambaleante, los observaba. Fruela extrajo un puchero del macuto, comenzó a ordeñarla y un humor blanquecino brotó entre sus dedos rociando el suelo de estiércol. Consiguió llenar el caldero a la mitad y dio de beber a la niña, un bálsamo para su cuerpecillo aterido.

—Ambrosía —dijo Nuñabella, y él sonrió ante aquella palabra, preguntándose dónde la habría aprendido. Hilduara depositó una moneda sobre el pesebre antes de cerrar la puerta.

La vega se adentraba en el valle bajo un edredón de nieve sucia. Desde la cobertura de la arboleda, Fruela escrutó el triángulo de tierra diáfana, intranquilo por cabalgar a campo abierto en una depresión cada vez más angosta. Sus perseguidores no debían de andar lejos, contaban con perros para seguirles el rastro y aquella explanada suponía un cuello de ánfora en el camino al Namnasa. Decidieron rodear el claro remontando la sierra. Les haría perder un tiempo preciado, pero, desde la cresta, un batidor podría distinguirlos a una milla de distancia.

—Voy a reconocer el terreno —dijo Fruela.

Ató el caballo y la mula a un castaño y avanzó por la linde del bosque en dirección al cerro. Poco antes de alcanzar la cumbre, distinguió unas figuras recortadas sobre un cielo manchado de nubes negras. Logró esconderse tras un roble caído y retirarse a favor del viento para que los perros no captaran su olor.

Inspiró hondo mientras evaluaba la situación. Habían hallado un atajo; quien quiera que liderase la hueste contaba con guías locales. Corrió a toda prisa hasta la vega donde había dejado a su familia. Escuchó voces y tuvo que ocultarse tras un terraplén, apoyando la espalda contra la tierra helada. Al mirar sobre el borde, descubrió a una decena de hombres armados.

—Opas lo quiere vivo.

Reconoció la voz de Wilfredo, el antiguo conde de Cauca.

—No será fácil —comentó alguien—. ¿Debemos enviarle a Toletum?

Esta vez se trataba de Verna, su vecino en Caórnica. Lo cual explicaba la celeridad con la que el noble godo había acudido… y quién había entregado a

Opas el juguete de su hija.

—No, a Gegione —dijo Wilfredo—. Munuza pretende capturar a Pelayo, y los enviará a los dos a Corduba, encadenados. El astur tiene un traidor entre sus hombres.

Wilfredo se hallaba a sueldo de los sarracenos. Nada que no sospechara. Existía una traición en ciernes contra Pelayo, y, de tener éxito, cualquier rebelión en el norte habría fracasado antes de comenzar. Fruela apretó los dientes, la ira se había vuelto una emoción demasiado familiar.

Los hombres se dirigían hacia donde se ocultaban Hilduara y la niña. Escuchó el murmullo de sus voces cuando el viento soplaba del noreste. Oculto tras el terraplén, Fruela arrastró el cuerpo por el fango. Las voces se hacían más claras, hasta volverse inteligibles. Se tumbó sobre el barrizal de aguanieve y hojas muertas cuando pasaron a su lado. Permaneció inmóvil, hasta se impuso el silencio.

Corrió dando tumbos por el bosque. Las ramas le azotaron el rostro, los pies se engancharon en cada raíz y en cada roca. Gritó el nombre de la mujer y la niña, sin importarle que pudieran oírle. El silencio del bosque le recordó que todo ocurría por su culpa.

—¡Fruela!

Hilduara había ocultado los caballos tras unas rocas. No había querido atraer a los perseguidores. Más sensata que él. Abrazó a su mujer y después a la criatura, un movimiento atrajo de inmediato su atención, y entonces pudo verlos.

—¡Están aquí! —Tres hombres emergieron del bosque, armados con diversa fortuna. Lanzas, hachas y scramas, una sola espada. El primero era alto y calvo, otro lucía facciones de comadreja. El tercero no tendría más de quince años; flaco, desgarbado, con el cabello rubio y lacio bajo un gorro de fieltro. Fruela era lo único que se interponía entre ellos y su familia.

Desenfundó la espada y los tres guerreros se desplegaron. Trataban de rodearle, atacarle por los flancos. La familiaridad del combate hizo que Fruela se olvidara de su inquietud. Avanzó a la derecha, entró en distancia y lanzó un tajo horizontal. El bucelario inició una parada de rutina. Detener la hoja con el asta, alzar la parte posterior y ensartarle con la moharra. Una acción sencilla, letal. Ante cualquier otro enemigo, ante cualquier otra arma.

La hoja baylamānī partió el fresno, se hundió en la garganta, seccionó una vértebra y decapitó al guerrero. La testa quedó colgando hacia atrás, unida al tronco por un jirón de carne. El cadáver se derrumbó sobre el nevazo.

El segundo bucelario cargó con la espada. A una velocidad imposible, Mimung barrió el espacio entre ambos, segó el brazo extendido y el arma cayó entre la hojarasca con la mano aún aferrándola. El tercero descargó un hachazo. Fruela lanzó un tajo en respuesta y corrigió la trayectoria. Arrastrado por la inercia del arma, su enemigo carecía de respuesta. Mimung le hendió el cráneo hasta la mandíbula. Los gritos de los moribundos resonaron en el valle.

—Vámonos.

Fruela tomó en volandas a la niña para sentarla en la silla. Hilduara saltó sobre el caballo y azotó las ancas de la bestia para huir hacia el sur. En la espesura Fruela descabalgó. Halló el oeste gracias al musgo que reptaba por las hayas. Tras ellos las voces se desvanecían, filtradas por la niebla. Los perros habrían captado su olor, así que aceleraron el trote mientras el día se desangraba en un difuso crepúsculo. Llegaron hasta un roquedo cuando oscurecía.

Ante ellos las fauces de una gruta se abrían en un aullido silencioso y eterno. Decidieron montar el campamento. Luchando contra el viento galaico, Fruela fijó las esquinas de la lona al pedregal y ató un extremo de la cuerda a una roca. Logró cubrir la entrada de la cueva y a tientas comprobó la firmeza del nudo. La familia halló refugio en la cavidad rocosa y, agotados, desenrollaron las mantas. Encender una hoguera en el interior de una gruta húmeda, con las manos temblorosas y la leña empapada, resultó una quimera. Cuando al fin obtuvo una lengua de fuego pudo descansar. Más allá de la entrada, la cavidad se adentraba en la montaña y se perdía de vista en tinieblas.

—Tengo hambre. —La niña hacía garabatos con un palo sobre el suelo terrizo y los miraba como un perro abandonado.

—Prepararé algo —dijo Hilduara.

El espatario se despojó de la loriga mientras su mujer calentaba un pedazo de tocino en la mísera lumbre.

—Es Wilfredo —dijo Fruela, y ella alzó la vista.

—La guerra saca lo peor de todos —concluyó Hilduara—. Cuando las leyes desaparecen…

—Cada cual se muestra tal y como es.

La mujer reflexionó un instante con la mirada puesta en el fuego.

—Wilfredo es un cobarde —concluyó.

—Si crees que los malvados son peligrosos, espera a ver de qué son capaces los cobardes.

Hilduara cubrió a la niña con una manta, dispuesta a compartir el calor, al igual que el alimento. A medianoche se desató un temporal. Viento, nieve y truenos resonaban apagados en la quietud de la cueva. Fruela desnudó la espada y se sentó junto a la entrada para engrasarla. La hoja baylamānī brillaba a la luz de los relámpagos. La niña no apartaba la vista de ella.

—¿Papá?

—Dime, hija.

—Si haces daño a la gente… luego tengo pesadillas.

—Lo siento. —Enfundó el arma y arropó a la criatura antes de regresar a su puesto.

En su infancia, Fruela había tenido una noción muy difusa del mal. Llegó a sentir cierta simpatía por el Diablo, en especial cuando le tentaba a realizar cosas placenteras. De niño había conjurado las pesadillas tapándose la cabeza con las mantas. El mal era algo relativo, y el infierno resultaba difícil de evocar. No había visto demonios, así que jamás pudo imaginar el infierno.

Ahora sí podía.

Hubo un desgarro en las nubes y, por un breve instante, asomó el pálido rostro de la luna. Contempló a su hija dormida. Por primera vez en mucho tiempo, la guerra que libraba no estaba en su interior.

XIII

Dormitó un par de horas, vigilando la entrada. Al despertar los ojos le lagrimeaban a causa del humo; hacía horas que el fuego se había extinguido y no pudieron encenderlo de nuevo. Hilduara abrazaba a la niña, que dormía a su lado. Un rayo de sol se deslizó por la boca de la cueva tiñendo las paredes de ámbar. Mordisquearon algo de pan mohoso y unos pedazos de cecina antes de cargar la mula y los caballos. Restaban menos de dos jornadas de marcha. Si intentaban cruzar el puente, los estarían esperando. No les quedaba más remedio que acceder al valle atravesando la montaña.

Bajo tierra.

—Estoy cansada, papá —protestó la niña.

—Lo sé —dijo Fruela.

—Y tengo mucho frío.

—Caminando entraremos en calor. —Le acarició la frente y hundió los dedos en los mechones del cabello azabache heredado de su madre.

Prepararon los bagajes con los miembros entumecidos; a duras penas lograron prender un par de candiles. Fruela tomó a la montura de la brida; dedicó una mirada a su esposa y se adentraron en la gruta.

—¿Estamos lejos? —preguntó Nuñabella escrutando, asustada, la oscuridad.

—Llegaremos pronto —respondió su padre—, te lo prometo.

—¿Al lugar donde están tus amigos?

—Sí.

—Papá, ¿cuántos amigos tienes?

—Tenía muchos —le dijo—. Vamos.

Ante el fulgor de las lucernas surgió un bosque de estalactitas que pendían del techo. Creaban fauces, columnas de nácar, velos de roca traslúcida, copos irisados, sombras danzantes en un mundo feérico que Nuñabella admiró fascinada. Las leyendas decían que la raza de Deva, la diosa madre, antaño habitó en Cantabria, cuando el mundo aún era joven y no existían palabras para nombrar a cada arroyo y a cada peña. La existencia de este pueblo

transcurría en banquetes, ajena a fatigas y dolores, al abrigo de todo mal, hasta que fueron derrotados por los primeros hombres y se refugiaron en palacios subterráneos, cuya entrada se hallaba en las cavernas donde los antiguos pintaron símbolos arcanos y bestias ignotas de un realismo inquietante.

Sujetando el candil con la zurda y la brida con la diestra, Fruela escrutaba aquella cavidad que ya conocía, como si de las tinieblas fuera a surgir un ejército de elfos. Se adentraron entre columnas de roca albina, el sonido de sus pasos se hizo más claro. Una gran bóveda, tan alta que apenas atisbaban el techo, se abrió sobre sus cabezas. El avance se volvía arduo a medida que la galería resultaba más angosta. Los cascos de las bestias resbalaban por el suelo encharcado.

La luz solar al fin apareció por una abertura en la roca, el exterior les deslumbró tras dos horas sumidos en la oscuridad. Ante ellos se abría un angosto valle, en cuyo fondo fluía un hilo de plata. El Namnasa y, hacia mediodía, una imponente sierra.

—Peña Sagra —dijo Fruela—, la montaña sagrada.

Más allá del río una garganta se abría en el cordal montañoso y conducía al desfiladero del Deva. Descendieron por la ladera rocosa a través de un denso robledal, un firmamento plomizo los empapaba, hilos de humo gris surgían de las cabañas apiñadas en las vegas. Una vez en el bosque de ribera, escrutaron la orilla cubierta de chopos y avellanos.

—Wilfredo esperará que crucemos el Namnasa por el puente —dijo Hilduara.

—Hacia el sur —declaró Fruela—. Conozco un vado.

Cabalgaron junto al río hasta un recodo pedregoso. A causa de las lluvias, el vado era un torrente de agua que arrastraba ramas y troncos. Una decena de jinetes había desmontado más allá de la alameda, los enormes perros husmeaban en la orilla. La niña temblaba en los brazos de su madre.

—Podemos abandonar el oro —murmuró Fruela—, y después cruzar.

—No cambiaría nada —dijo Hilduara—. Te buscan a ti.

Bajaron por la resbaladiza pendiente, dejando marcas en la nieve, expuestas a ojos vista, y se detuvieron junto a la orilla. Fruela debía atravesarlo a pie para tirar de la mula. Comenzó a desnudarse.

—Te vas a helar —le advirtió la mujer.

—Estaré bien —respondió—. Después buscaremos algún lugar seco.

Aguardó a que Hilduara saltase al caballo y la niña se subiera a la grupa, y se sumergió hasta el pecho en el agua helada. El frío le despojó del aliento.

Tiró de las riendas para conducir a la mula a través del torrente del deshielo. Resbaló en las rocas, y cayó de bruces en un torbellino de espuma. Apenas sentía las manos. La corriente le arrastraba río abajo. Con los dientes castañeteando, logró hacer pie y dio un nuevo paso. Los pulmones sufrían a cada inspiración; miró a la otra orilla sin verla mientras trataba de alcanzarla. Empezaron a ascender por la ladera con todas las fuerzas que les quedaban. Hilduara picó espuelas para forzar a la montura a avanzar, aferrando a la niña empapada entre un caos de espuma.

Al fin alcanzaron la otra orilla y Fruela cayó de rodillas, con las manos entumecidas, los dedos ardiendo, el cabello húmedo pegado al rostro. Tiritando hasta casi convulsionar. Hilduara y la niña estaban a salvo, el torrente de agua haría que los perros perdieran el rastro. Tiró de las riendas y comenzaron a ascender por la ladera. Una vez en el bosque, remontaron un arroyo tributario del Namnasa hacia poniente y, una vez rebasado el collado, dio comienzo un abrupto descenso hacia la angosta sima que creaba el valle.

—Debemos parar —objetó Hilduara—. Tienes que secarte.

—No —respondió él—. Están demasiado cerca.

Una aguanieve caía cuando atravesaron el arroyo que fluía por el vallejo. Apenas pudieron probar bocado antes de tomar otra empinada senda. Por encima de la loma unas peñas albinas asomaban, las últimas estribaciones del monte Vindio. El viento traía el eco apagado de los ladridos.

Trataron de avivar el paso, pero las monturas estaban agotadas tres horas después de cruzar el Namnasa. Fruela aún trataba de controlar su propia respiración cuando llegaron los temblores. Cayó al suelo. A duras penas su esposa logró arrastrarlo hacia un margen del camino, entre la arboleda, hasta un abrigo rocoso a los pies de un picacho.

—¿Papá? ¿Estás bien? —le preguntó Nuñabella.

Incapaz de responder, Fruela sintió que su esposa le despojaba de la ropa empapada y lo envolvía en una manta. Vio a Hilduara extender la lona para construir un refugio y encender un fuego mientras el caballo tordo se sacudía el pelaje. El cielo, veteado de rojo, suponía el único vestigio de color en un paisaje albino. Hilduara le aplicó unos paños calientes antes de que él perdiera el sentido.

Despertó. Vio el toldo tendido sobre el abrigo rocoso, la hoguera crepitando y un muro de ramas cerrando el único acceso. El firmamento se había vuelto plomizo y estaba en tinieblas, la noche les traía el soplo helado del océano. A través de la mortaja del frío, el guerrero tomó el caldo que su esposa le ofrecía, apenas logró balbucir unas palabras. La mujer había

preparado un guiso de rúcula y borraja, recogidos a los pies del farallón rocoso. Después de perder dos preciadas horas de marcha.

—Vamos. —Hilduara le instó a sentarse junto a las llamas—. Acércate.

Fruela pudo abrazar a su hija y mesó su cabello húmedo.

—El fuego llamará su atención.

—Nuñabella arde de fiebre, tú estás congelado —le dijo Hilduara—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Guardó silencio, estaba en lo cierto. Aun así, nevaba demasiado para que los perseguidores trataran de encontrarlos. Aquel clima hostil, a pesar de todo, jugaba a su favor. Al menos de momento.

Abrazó con fuerza el frágil cuerpo de la niña, los mechones cayendo como ríos de tinta sobre la frente pálida. Las lágrimas se deslizaban bajo las enormes pestañas, humedeciendo unas mejillas que ardían de fiebre. Apoyó el mentón contra el cabello húmedo mientras la galerna se estrellaba en el toldo. El fuego, alimentado con los últimos restos de leña seca, humeaba. Hilduara le obligó a beber una infusión de corteza de sauce.

—Te bajará la fiebre.

Escucharon ladridos en la lluvia, un alma en pena que gemía entre los brezos. El enemigo había acampado cerca. Estarían a salvo hasta el amanecer, entonces los perros captarían su olor. Fruela se tumbó en las pieles para que la niña yaciera sobre él, aislada del suelo embarrado, gélido, que le empapaba las ropas y laceraba su espalda.

—¿Vamos a morir? —le preguntó Nuñabella.

Los ojos de Fruela se entrecerraron.

—Algún día. Hoy no.

—Podremos huir de los malos.

Él asintió y le acarició la sien hasta que se quedó dormida. Recordó a un niño de meses consumido por la fiebre y maldijo a Dios en voz baja. El sol se ocultaba tras el puerto de montaña. Contempló el ocaso hasta que la criatura despertó de súbito y tuvo que secarle las lágrimas.

—No es nada… ¿Otra pesadilla?

—Sí —dijo Nuñabella, y se abrigó con las pieles; el viento rugía en el bosque en tinieblas—. ¿Dónde está mi hermanito?

—En el cielo. —Una respuesta simple, impensada; se dio cuenta de que inculcaba a su hija una fe que no compartía.

—¿En el sol de los muertos?

De nuevo, Fruela asintió. En un pasado remoto, la raza de Deva se enfrentó a los demonios de la muerte, la oscuridad y la noche llegados del

Inframundo, de allá donde muere el sol. Liderados por Lug, el pueblo de Deva derrotó a los demonios, cuyo líder se convirtió en el rey de aquella lúgubre región de más allá del océano. Leyendas cuyo eco aún perduraba incluso entre aquellos que se decían cristianos.

¿Qué debía decirle a su hija? El sol es una esfera de fuego cuya luz deambula por el vacío, tu hermano se pudre bajo dos pies de tierra, y no existe nada tras la muerte, solo la nada. Los mitos al menos nos enseñan que la vida humana tiene un propósito.

—¿Puedo rezar contigo? —le preguntó Nuñabella, y él sonrió; la voz infantil se elevó por encima de la suya, serena, colmada de esperanza—: Benditos sean los muertos buenos y las almas arrepentidas; benditos sean nuestros difuntos y las almas del purgatorio que esperan la gracia de Dios. Que el sol de los muertos aplaque sus tormentos y sus pesares.

El espatario experimentó una extraña placidez, parecida a la felicidad. Durante años había sido una emoción olvidada, carente de sentido, tan lejana como el horizonte. Sintió una súbita opresión en el pecho cuando Nuñabella le habló:

—¿Qué harías si yo no estuviera?

—Preferiría estar muerto —dijo sin pensar.

—Entonces seguirías conmigo.

—Claro.

Al cabo, Nuñabella se quedó dormida, y él percibió su aliento, cálido e inestable, en la mejilla. Descubrió a Hilduara, sentada junto al fuego, escrutándolos. Recordó la primera vez que la vio, en la corte de Toletum, con aquel exótico trenzado bajo un velo de seda y una dalmática escarlata bordada en oro. Antes de acompañarle hasta aquella desolación abandonada por Dios. Observó el vestido pardo de su esposa, las manos encallecidas, la palidez del rostro bajo una costra de mugre. Una telaraña de arrugas se formó en torno a unos ojos de ónice que, en ese momento, le escrutaban.

—Estoy aquí porque quiero —le dijo Hilduara.

El sol se había ocultado en la sierra, la niebla se arrastraba sobre el bosque como un manto espectral. Las nubes se desgarraban entre los picachos, el aire se sentía amargo, espeso y húmedo, bajo una nevisca eterna.

La mañana llegó sin amanecer, el astro rey apenas lograba atravesar el manto de niebla que engullía la montaña. Fruela abrió los párpados y se sintió mejor; las piernas, aunque débiles, al menos respondían. Descubrió a Nuñabella

mirándole con los ojos vidriosos, la mejilla aún apoyada en su pecho. Dejó a la niña en brazos de su madre y revisó el interior de la saca: un pedazo de queso, varias tiras de tocino… Estaban cerca, tendrían bastante. Un vallejo se abría hacia poniente y, más allá de él, rebasando el collado, un angosto desfiladero conducía a Libana.

Resonaron los ladridos. Disponían de muy poco tiempo. Hilduara abrigó a la niña y recogió los enseres a toda prisa. Cuando terminó de doblar el toldo, Fruela ya se anudaba el barboquejo del yelmo. Con la loriga puesta, Mimung y el scrama pendían del tahalí, el escudo colgado a la espada.

—Marchaos —dijo el guerrero.

Hilduara le miró a los ojos, y supo que aquello era una despedida. La última. Intentaría ganar tiempo para que ellas pudieran escapar. Una vida perdida, dos salvadas, un trato justo. La mujer observó a su hija y asintió, los ojos negros llenos de pesar. Abrazó a Fruela y le besó en los labios. Saltó sobre la silla y tomó a la criatura cuando él se la entregó. Nuñabella dirigió una mirada desolada a su padre cuando el caballo marchó al galope.

El guerrero expulsó todo el aire de los pulmones. Su aliento se convertía en vaho a cada exhalación. Recogió la lanza y una azcona, y se dio cuenta de que no tenía frío. Podía sentirlo en la piel, en el cabello empapado, en el viento que le agitaba los ropajes. Podía sentir el frío, mas no tenía frío. Una sensación extraña y antinatural.

Atravesó un claro donde el sol resplandecía a través de la arboleda desnuda sobre un terreno de helechos y flores pálidas. Un chasquido de ramas y se topó cara a cara con un guerrero de hombros anchos, dientes grandes, hacha en mano. Fruela lanzó la azcona y le atravesó el pecho.

Otro bucelario cargó contra él. Joven, de unos quince años, una barba oscurecía un rostro infantil. Mimung le segó el cuello. Fruela se giró para comprobar que su mujer lograba escapar. Dos hombres irrumpieron en la senda; alancearon la montura de Hilduara y el caballo se encabritó. Madre e hija rodaron por el camino. Fruela corrió en su auxilio, pero uno de los guerreros se interpuso. La estocada fue tan veloz y certera que no pudo reaccionar. Cayó al suelo, aferrándose la garganta.

Hilduara tomó a la niña en brazos y comenzó a trepar por el roquedo. Una jauría de perros surgió del bosque; las fauces les buscaron las piernas, un sabueso le mordió el manto. Tiraron con saña de las ropas para derribar a la mujer, que se sujetaba a unas ramas sin soltar a la niña, colgada sobre los perros. Fruela tajó al bucelario en el rostro, recogió su lanza y rejoneó a una de las bestias. El resto saltó sobre él.

Unas fauces se clavaron en el muslo, trataban de desgarrar la cota de malla, y se descubrió gritando mientras lanzaba puñaladas a tientas. Las mandíbulas de un sabueso le aprisionaron el brazo, y el suelo se precipitó contra su rostro. Una dentellada en el abdomen buscando las entrañas. Hundió el scrama en el cuello del animal, que se retorció en el barro. Pegó una patada al tercero, que huyó por el camino.

A duras penas se puso en pie. Trató de mover las piernas; la izquierda sin vida, la otra clavada en la tierra helada. Recibió un impacto en el cráneo. Lanzó cuchilladas a ciegas, y Mimung segó una nueva vida. Esta vez el yelmo le había salvado. El dolor abrasaba en la frente, la sangre le cubría la mejilla con una mortaja viscosa. Más hombres se aproximaban. Se giró hacia la niña, aún en brazos de Hilduara, aterrada.

—Nuñabella… Cierra los ojos.

La criatura hundió el rostro en el pecho de su madre y obedeció. Fruela percibió un movimiento a su izquierda y se giró a una velocidad endiablada. Un fulgor de espada, otro cuerpo rodó por el suelo. Amapolas de sangre teñían la tierra albina. Dos bucelarios retrocedieron. Fruela sonreía, salvaje. Entornó el rostro y descubrió a Wilfredo sobre un semental negro. Tintinearon los jaeces del caballo, el cuero crujió al descabalgar. Desenvainó la espada, rugió una orden y sus hombres rodearon al espatario. Y ahí estaba Verna, su vecino de Caórnica, junto a nueve bucelarios.

Hasta entonces los enemigos habían llegado de forma escalonada; la suerte había terminado.

Invocó a las pocas fuerzas que le restaban, miró a su familia, recogió un escudo y adoptó una posición de guardia. Un bucelario perdió la paciencia. Cargó tajando desde arriba con un grito de guerra. El espatario alzó la espada, se hizo a un lado y dejó que el tajo rebasara su guardia. Golpeó al enemigo con el pomo. Mimung silbó en el aire y otro cuerpo se derrumbó en el terrazo.

Percibió algo a un costado y se cubrió con el escudo por puro instinto. Una azcona perforó el tilo revestido de cuero. Una jauría hombres se le acercaba, rodeándole. Tomó tanto aire como sus pulmones podían contener. Un nuevo dardo se clavó en el escudo. Demasiado pesado para sostenerlo, lo arrojó, inútil, al terreno nevado. A un gesto de Wilfredo un bucelario le alanceó en los riñones. Se encogió, doblado de dolor, la garganta reseca, incapaz de gritar. Lanzó un amplio tajo y los obligó a retroceder. Cerró los ojos sintiendo la sangre fluir en regueros tibios sobre la piel helada. La bilis aflorando a la garganta. Se giró hacia Wilfredo y no halló saliva para hablar. Cogió un puñado de nieve del suelo y se la llevó a la boca.

—Déjalas marchar —logró decir—. Ya tenéis el oro, entregaré las armas.

—Entregarás las armas —opinó Wilfredo— y ellas vendrán con nosotros. Opas es compasivo; ríndete y disfrutarán de sus dones.

—Conozco a Opas —dijo Fruela—. No conoce la misericordia, y su único don es la mentira.

—Es la mejor opción que tienes —le dijo Wilfredo—. No, espera…, es la única, y al menos tu hija estará bien alimentada.

Los bucelarios rieron con sorna.

—No te asustes, preciosa —le dijo Verna a la niña—. Solo bromeaba.

Los enemigos rodearon a Fruela, que contuvo la respiración justo antes de espirar. Una moharra le cortó la piel del hombro. Devolvió el golpe y un bucelario se desplomó convertido en cadáver. Caminó, jadeante, arrastrando la punta de Mimung por la escarcha. Un nuevo impacto y cayó de bruces. Un humor sanguinolento salpicó el nevazo como rocío escarlata. Hojas muertas adheridas al rostro, apenas podía respirar. Alzó la vista, escupió tierra y se incorporó sobre el costado tiritando bajo la aguanieve. Verna se hallaba ante él con un cuchillo en la mano, dispuesto a degollarle.

En algún lugar entre el dolor y la parálisis, escuchó un grito de guerra llegado de la montaña. Un borrón a su izquierda, una leve brisa en la mejilla. Verna se derrumbó con un hacha incrustada en la cara. Resonó un ijujú estridente, seguido del grito «*Orgen!*». Una veintena de montañeses surgió de la arboleda.

Un hombretón con loriga de malla y yelmo empenachado se interpuso entre Fruela y los atacantes. Desjarretó a un bucelario con la espada y alcanzó al segundo con el pomo. Wilfredo se disponía a acuchillarle cuando le golpeó con el canto del escudo. El godo salió despedido, escupiendo dientes sobre el nevazo. Una patada en el pecho le robó el aliento. Al alzar la mirada, una moharra le amenazaba la garganta y sus diez hombres yacían sin vida. Fruela se dejó caer sobre el roquedo y su mujer corrió para ayudarle. Cuando logró retirarle el yelmo, descubrió una brecha de dos pulgadas en el cráneo.

«Podría haber sido peor», se dijo Fruela. Un mordisco en el antebrazo, un montón de cortes y la lanzada en el costado que le desgarró la malla. La armadura le había salvado la piel. Hilduara le vendó la extremidad con un jirón del manto.

El corpulento montañés se retiró el casco y extrajo el hacha clavada en el rostro del muerto.

—Encender una hoguera fue estúpido —dijo, huraño.

—Captó tu atención —respondió Fruela—. Las locuras te hacen impredecible.

—El hecho de que estés chiflado no quita para que seas estúpido —le espetó el cántabro—, y tampoco excluye la posibilidad de que seas bujarrón. —Y se volvió hacia Hilduara—. ¿Cuándo vas a dejar a este idiota para buscarte un hombre de verdad?

—Munio. —La joven le abrazó con fuerza y él tomó a la niña en volandas para besarla en la frente.

—Cuando supe que te habían proscrito, imaginé que vendrías —dijo el tipo alto, barbado y montaraz—. ¿Qué otro iba a aguantarte?

Fruela abrazó a su primo, camarada en la guerra, compañero de juegos. Siete años antes, le había acompañado a la corte de Toletum, y juntos se vieron sumidos en las disputas por el trono, el interregno y la batalla del lago. El espatario recogió a Mimung del suelo y se puso frente al prisionero.

—Puedo pagar un rescate —le dijo Wilfredo.

La mandíbula de Fruela se contrajo mientras sopesaba el arma que empuñaba en la diestra.

—Nos convendría tener un rehén —comentó Munio en voz baja.

Él no respondió, solo cambió de agarre. Observó al aristócrata godo, refugiado en el norte tras la invasión agarena. El semblante aterrado, el cabello cubierto de hojarasca, toda su dignidad perdida, si es que alguna vez la tuvo. Si crees que los malvados son peligrosos, espera a ver de qué son capaces los cobardes.

Los cobardes. Quienes sirven al enemigo, no para sobrevivir, ni siquiera por afán de medrar, sino por una vocación rastrera de servir al poder. Para mendigar el favor de Opas, el *pater patriae* vendido a los sarracenos, aquel bastardo había echado a su familia a los perros.

Como animales.

—Nuñabella.

—¿Sí, papá?

—Cierra los ojos.

XIV

La comitiva cabalgaba en silencio. Fruela encabezaba la marcha junto a Munio, seguidos de Hilduara con la niña y una veintena de cántabros. Mantos oscuros, túnicas zurcidas, rostros cuarteados por la intemperie, armas a la cintura y el perenne olor del ganado con el que convivían. Gente austera, con la que se podía compartir el silencio y a la que podías confiar tu vida.

De nuevo, Fruela se hizo una pregunta, sencilla solo en apariencia: «¿Qué soy?». A pesar de haber reclamado su linaje godo durante toda su vida, en su fuero interno asociaba aquellas montañas y a aquellas gentes con el hogar.

Un requiebro de la senda y rebasaron el collado.

—La señal —ordenó Munio.

Uno de los montañeses hizo sonar un cuerno y la bruma vomitó una respuesta. Sobre una cresta, al otro lado del nuevo valle, una fortaleza de troncos vigilaba la garganta del Deva a mil doscientos pies sobre el río.

Una vez rebasado el picacho donde se alzaba el baluarte roquero, descendieron por una sinuosa senda hasta la aldea de Flebenia, en un vallejo surcado por un arroyo tributario del Deva. El río de la diosa fluía entre dos murallones de roca que se perdían entre la bruma a cientos de pasos sobre sus cabezas. La comitiva cabalgó en silencio por una senda orillada a la ribera, un laberinto de piedra esculpido por el agua creando afiladas crestas, cuevas y gargantas, ventisqueros y canchales. Aquel desfiladero de trece millas, una angosta hendidura entre las montañas, suponía el mejor acceso a Libana, la comarca de su familia materna.

—En Libana estaréis a salvo —les dijo Munio—. Ningún sarraceno osará cruzar el desfiladero.

—Tarde o temprano lo harán —masculló Fruela—. El tipo al que incrustaste el hacha trabajaba para Opas.

Munio arrugó la frente.

—No habría estado de más interrogarle.

—Poco importa ya. Wilfredo quería ganarse el favor del obispo metropolitano llevándonos a Gegione encadenados. También le oí decir que

Munuza pretende capturar a Pelayo… Hay un traidor entre sus hombres.

—Desde su regreso —dijo el cántabro— Pelayo ha andado en tratos con Munuza para que le devuelva a su hermana.

—¿No ha organizado una revuelta?

—Prefiere recurrir a la diplomacia: el moro tiene a la moza como rehén. —Después añadió—: Las haciendas de Pelayo se hallan en Veranius y Tentiana, no muy lejos de Gegione.

—Demasiado expuestas en caso de guerra.

—Aun así, se ha convertido en una molestia —señaló Munio—. Como hijo del antiguo duque de Gallaecia, aún cuenta con apoyos entre los astures.

—¿Su esposa, Gaudiosa, aún está en el valle?

—En su hacienda de Bores —declaró el montañés.

La mujer de Pelayo había nacido en Libana, por ello supuso que habría buscado la seguridad del valle.

—Debo advertirle de la encerrona —dijo Fruela—, para que informe a Pelayo.

Las colosales paredes de roca se abrieron a ambos lados del camino, como la puerta a otro mundo. Libana suponía una gran hoya entre colosales peñas de roca caliza. Las morrenas del monte Vindio protegían del cierzo los campos de cultivo, el Deva regaba aquella aislada comarca y sus afluentes creaban un tridente de valles, poblado de viñas y campos de cereal, desconocido en cualquier otro lugar del cantábrico.

—Llegaremos a Causegaudia al anochecer —anunció Munio.

Cabalgaron hacia el sur. El monte la Viorna se erguía ante ellos, imponente, y a sus pies el Deva se unía con sus dos tributarios. En la aldea de Pautes hallaron cabañas adornadas con ramas de laurel para atraer la fortuna y conjurar a los espíritus del bosque. Hachas de piedra sobre los dinteles para alejar al trueno, símbolos astrales tallados en las jambas. Observaron las tortas y el vino depositados en las fuentes, para ofensa de Jesús y los santos mártires.

En una senda de la Viorna, una pareja de monjes descendía del monasterio de San Martín de Turieno. El abad caminaba con el ánimo sombrío: tan solo ocho lugareños habían acudido a la eucaristía y no contaba con más ayuda que el novicio de dieciséis años.

—Hay cosas terribles en el bosque —le dijo Jerónimo en el camino.

El abad contempló el ermitorio rupestre perdido en el inmenso robledal. Aquella noche habían creído escuchar el susurro de las brujas en la abertura de su celda, y recitó un padrenuestro para exorcizar la morada excavada en la

roca. En la sede episcopal de Astorga se pensaba que las gentes de Libana eran poco mejores que las bestias, pues vivían rodeados de poderes arcanos que acechaban en los bosques, donde las hechiceras recogían beleño para sus artes impías.

—Somos cristianos, vivimos bajo la gracia y la protección del Altísimo —respondió el abad—. No debemos temer a ningún espíritu del bosque, ni a las janas, ni a las lamias. Dios nos protege.

—No sé si su poder llegará hasta el bosque —comentó el muchacho—. Tal vez fue allí adonde desterró a los demonios y hoy aguardan al día del Juicio Final. El día del horror, de la amargura… Disculpad, padre.

El monje sonrió restándole importancia. El muchacho había huido de Recópolis con sus padres dejando atrás atrocidades sin cuento y ciudades devastadas. Se decía que el Juicio final era casi inminente, ya que tendría lugar ochocientos años después de la natividad de Cristo.

La pareja de monjes vio llegar a una columna de jinetes. En vanguardia cabalgaba un guerrero de cabello blondo y con una horrenda cicatriz en el rostro. Sonrió al verlos y frenó al semental tordo; tintineó la brida y crujió el atalaje. A su lado, un montañés corpulento tiró de las riendas. La comitiva se detuvo. El jinete entornó la cabeza y sus ojos grises se clavaron en el abad. La sonrisa se hizo más amplia.

—Baldomero… Qué sorpresa verte con hábitos.

—¿Fruela? —respondió el abad.

El aludido descabalgó y se plantó ante él con los brazos en jarras, y ambos se abrazaron.

—¡Hilduara! —exclamó el clérigo—. Tenéis una hija preciosa… Gracias a Dios se parece a la madre.

—Nos dirigimos a Causegaudia —le dijo Munio—. Vente con nosotros a festejarlo.

El abad aceptó la invitación, encantado, y envió a Jerónimo de regreso al cenobio para informar de su ausencia. Baldomero procedía de una familia cristiana que había huido de Siria tras la conquista islámica. A pesar de su decidida vocación religiosa, su padre le había buscado acomodo en la corte, y acabó en la guardia de los reyes godos. Junto a Fruela había luchado en la batalla del lago, y después le acompañó al norte, para salvaguardar un puñado de códices que logró salvar de la biblioteca palatina de Toletum. Tras vestir los hábitos, se había hecho cargo de aquel monasterio en un valle abandonado de la mano de Dios.

Fruela admiró su aspecto mientras cabalgaban hacia el fondo del valle.

—La guerra te ha tratado bien.

—Solo algo mejor que a ti. —El monje escrutaba las heridas del espatario —. Este es un buen sitio para vivir. Hay quien dice que, si bien Dios nos expulsó del paraíso, al menos nos dejó Libana.

Baldomero dirigió una mirada diáfana a la cicatriz que le desfiguraba el rostro. «Sé lo que hiciste», le dijo sin palabras: «matar a Sisberto». Fruela no respondió. Tampoco era necesario, no le quedaban más silencios que decir.

—La guerra no trata bien a nadie —masculló al cabo.

—Cuando la civilización se desmorona y no existen leyes —opinó el clérigo—, muchos hacen lo que antes no se atrevían a hacer por miedo al castigo. Otros se comportan como el héroe que siempre desearon ser.

—¿Y cuál es nuestro yo verdadero? —reflexionó el espatario—. ¿Ese que permanecía oculto o el que decidimos ser?

El abad sonrió ante las inquietudes de su antiguo amo.

—Solo cuando los actos se entrelazan con ilusiones surgen los héroes —dijo Baldomero—. Pero no dejes que los ideales te confundan. A veces son solo una excusa para coquetear con la muerte, o para cortejarla de forma abierta.

A la izquierda se alzaba el monte Subiedes, con las laderas teñidas de esmeralda por un enorme bosque de encinas, robles, tilos y fresnos. Siguieron remontando el Deva hasta alcanzar un recodo a los pies del pico Jano, en cuya falda se hallaba una aldea de techos de paja pútrida, cubiertos de musgo y hiedra. Causegaudia no contaba con murallas de piedra, ni siquiera con una empalizada; su mejor y única defensa eran las colosales montañas que rodeaban al valle.

Ascendieron por la senda embarrada y los vecinos les abrieron paso hacia la casa larga. En la puerta los aguardaba un grueso montañés entrado en años, con el rostro oculto por una barba grisácea.

—Dicen que la cabeza de Fruela vale su peso en oro —gruñó el anciano al verlos llegar.

—Está hueca —le espetó Munio—, no vale nada.

El viejo estalló en carcajadas.

—Dame un abrazo, hijo de puta.

Las costillas del conde rechinaron cuando Maurano le estrujó como un oso, y una punzada de dolor afloró en la herida del costado. Sintió su fétido aliento en el rostro, rancio como el de una bodega. Su tío había pasado la tarde empinando el codo, como de costumbre, y sin duda buena parte de la mañana.

—¿Está herido? —Eusebia, la esposa de Maurano, había salido a recibirlos. Menuda, de manos gráciles y los miembros delgados como varas de avellano. El cabello castaño, encanecido, colgaba en rizos en torno a un rostro severo.

El espatario miró hacia abajo y se percató de su deplorable aspecto, la herida del costado toscamente vendada, los nudillos magullados, la sangre mezclada con barro en los cortes de las calzas.

—Una lanzada —respondió.

La matrona se acercó al guerrero y, al contemplar el pálido rostro de Nuñabella, le apartó a un lado.

—Entrad —dijo Eusebia—, debemos acostarla.

La dueña de la casa los condujo a un interior de muros pintados con símbolos paganos, bajo una techumbre de centeno. El cuarto se hallaba tras un tabique de madera y tapial. Desnudaron a la niña, que aferraba con fuerza su muñeca, y le dieron de beber una infusión de corteza de sauce. Exprimieron un trapo húmedo sobre la rojez de su frente, que goteó por las mejillas como si fueran lágrimas. Aquella imagen era más de lo que Fruela podía soportar, y tuvo que retirarse.

Solo cuando la niña quedó dormida la matrona le prestó atención.

—Siéntate —murmuró Eusebia, y, sin esperar una respuesta, le despojó de la túnica y la camisa de lino. Descubrió un cerco de sangre en torno a la herida.

—No es profunda —dijo Hilduara—. Apenas una pulgada.

—¿Te duele al respirar?

Él sacudió la cabeza y escuchó el tintineo de una palangana sobre la mesa. El agua se derramó por el costado cuando su esposa le pasó un paño.

—Eso es bueno —dijo la anciana mientras le palpaba el pecho—. No tienes ninguna costilla rota.

El espatario aguardó paciente mientras las dos mujeres le cosían la brecha del cráneo y la herida en el costado. Aplicaron ungüentos en la mordedura del antebrazo y, después, Fruela se incorporó con dificultad para vestirse, mientras ellas recogían el instrumental médico.

—Debe de ser duro ver peligrar la vida de tu esposo —murmuró Eusebia.

—Querían llevarnos a Corduba. A las dos.

Una tensión en la mandíbula de la matrona, que después se giró hacia la niña, que abrazaba a su muñeca en el lecho.

—Aquí estaréis a salvo.

Maurano quiso organizar una fiesta en su honor, a la que acudieron las gentes del valle. Engalanaron la casa larga con hiedra y muérdago sobre las hileras de escudos, y los tapices relucían con bordados argénteos que narraban antiguas gestas.

Al anochecer llegaron los invitados, y las lanzas de fresno se apilaron en la puerta. Acomodaron a Fruela e Hilduara junto a los asientos de honor, sobre una tarima en el extremo opuesto, flanqueando a Maurano y a su esposa Eusebia.

—Esta es mi esposa, Monnia —les presentó Munio—. No quieras saber cómo pude convencerla para que se casara conmigo…, ni yo mismo lo sé.

La muchacha sonrió; en verdad era una belleza. Caía la noche y la atmósfera estaba impregnada de olor a leña y cordero asado. La velada dio comienzo con una ofrenda a Lug y libaciones a Dana. Baldomero entonó una oración a Cristo y bendijo la mesa. Huésped e invitados intercambiaron regalos. Antes de acomodarse en su escaño, el espatario entregó a su tío materno una copa de oro rojizo con una hilera de amatistas. Aquella reliquia del tesoro regio de los godos despertó la admiración de todos.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó Maurano.

—Senil —declaró Fruela—. Igual que tú.

—¡Bobadas! El vino desinfecta; he sobrevivido a dos rebrotes de peste.

—Y yo, a una guerra —replicó Fruela, sombrío—, y al cautiverio en Qurtuba.

—¿Es cierto que tu hermano…?

—Lo es. ¿Te supone una contrariedad?

El avejentado montañés cabeceó una furiosa negativa.

—Sabes que no soporto a tu padre, y Alfonso tiene un palo metido por el culo. Ambos me consideran un viejo borracho, los dioses sabrán por qué.

—¿Dónde está Flaino? —inquirió Fruela.

—¿El primo de Simpronio? —dijo Munio.

—Ese mismo, el que lleva una corneja pintada en el escudo. ¿Qué ha sido de él?

—Está muerto —respondió su tío—. Cayó luchando contra los moros.

Brindaron en cuernos con embocadura de plata, relataron anécdotas sobre la guerra y, cuando los recuerdos felices se agotaron, bebieron en silencio con la vista clavada en el fuego. Fruela conocía el destino de los muertos y ningún más allá se le antojaba deseable, ya fuera el de los gentiles o el de los cristianos. De repente, el vino le supo amargo.

—No debimos capitular —comentó Maurano de súbito.

—No tiene sentido hablar de ello —señaló el espatario.

—Así es —convino el anciano—. Que mi nuera cante algo para animarnos.

Los ojos grises de Monnia parpadearon, como joyas ante el resplandor de la hoguera. Cruzó la estancia y, tras sentarse ante el fuego, se desabrochó el manto. Una criada le entregó una pequeña arpa.

—¿Qué queréis escuchar? —dijo, a la espera de una respuesta que no llegó—. Le pregunto a nuestro invitado.

—Fruela es torpe de lengua —se burló Munio.

—Solo abro la boca si tengo algo que decir —declaró el aludido—. Tú no callas ni bajo el agua.

—¡Algo épico! —sugirió Maurano.

—¿Una historia de héroes? —Monnia acarició las cuerdas del arpa, hizo sonar un acorde y comenzó a recitar un poema sobre el reino perdido.

El proemio describía la corte del rey Witiza, un avispero de intrigas, y su muerte a causa de los excesos carnales. Las enemistades entre facciones afloraron en el interregno, hasta que Tāriq aprovechó la desunión para cruzar el Estrecho. Un canto melancólico relató la batalla del lago. A la octava jornada, las huestes de Rodrigo cargaron contra el ejército africano, por un instante, la victoria parecía al alcance de la mano… hasta que los witizanos abandonaron las alas y esa efímera esperanza se extinguió. El ejército hispano resultó aniquilado, sus estandartes pisoteados bajo el polvo, la sangre fluía en arroyos hasta el lago.

El reino godo se había convertido en un canto recitado junto a la hoguera, y Fruela recordó un fragmento de *La Odisea* en el que Ulises, como huésped del rey Alcínoo, escucha al rapsoda Demódoco entonar *La Ilíada*. Al saberse parte de una leyenda, Ulises ha de cubrirse el rostro con el manto para que no le vean llorar.

Por primera vez, Fruela comprendió el llanto de Ulises. Pensó en Rodrigo, cuyo cadáver se pudría en el pantano, al igual que Teodolf, Argebald y tantos otros compañeros perdidos. Sombras, recuerdos. Una lágrima se deslizó por su mejilla; pensó en ocultar la cara, pero se negó a hacerlo. Si hasta el propio Ulises lloró al escuchar su historia, ¿por qué debía avergonzarse?

«Porque tú perdiste, maldito idiota. No solo una batalla, sino todo un reino. Y todo a causa de tu necedad».

El canto concluyó. Maurano ya estaba ebrio. El resto apuraba el vino sin mezclar, dejándose tragar por el olvido.

—Quienes han estado en la guerra siempre lloran cuando recito esta canción —dijo Monnia.

A Fruela le llevó tiempo reunir el coraje necesario para hablar:

—No merezco estar vivo. Ese día cayeron hombres mejores que yo.

—Mi esposo piensa de un modo distinto —respondió la cantora.

—Trescientos hombres bajo mi mando. Todos muertos, salvo ellos dos. —Señaló a Munio y Baldomero—. Ansiaba renombre… Ahora solo deseo olvidar.

Tomó un largo trago del cuerno y Monnia se despidió de él con una palmada en el hombro. Su esposa, Hilduara, se inclinó sobre él; pudo oler su piel, tan cerca que, cuando le susurró un «Ven conmigo», sus labios le rozaron.

XV

La hora gris que precede al amanecer acabó despertándole. El sueño aún no se había desvanecido, la oscuridad de la vigilia se asemejaba a un sueño. Fruela miró más allá de la puerta entreabierta, los improvisados lechos en torno al hogar de la casa larga. La sensación de sosiego, la calidez de las mantas y el cuerpo femenino pegado al suyo le mantenían en un estado de placidez. Al fin su voluntad derrotó al instinto y se dispuso a levantarse.

Una mano le detuvo.

—No te vayas.

Se perdió en los ojos negros de Hilduara, y supo que no se refería al lecho. Permanecer en esa tierra defendida por peñas, donde los cereales trepaban hacia las cumbres y los bosques se adentraban entre los picachos. Fruela cabeceó una negativa y la expresión de su mujer le abrasó por dentro.

Fuera, el cielo seguía encapotado, el aire se sentía gélido. Se vistió en silencio. Quiso asegurarse que su hija no tuviera fiebre, y una calidez le invadió al ver a Nuñabella dormida con el juguete que le había entregado. Los paganos creían en genios y daemon, espíritus presentes en cada lugar y en cada objeto. Incluso un pedazo de madera adquiere un alma si es apreciado del mismo modo en que una niña ama a su muñeca.

Se acercó al fuego y calentó un cuenco de leche, luego abandonó el salón para asearse. Allá donde se alzaban las montañas y los robles exhibían los primeros brotes, reinaba un manto espectral. El sol proyectaba un mar de sombras sobre el colosal muro de peñas. En aquel recóndito valle, el poder de Damasco se le antojaba irreal.

Ensilló el semental tordo para tomar una senda que serpenteaba por la sierra del pico Jano, en dirección a la aldea de Bores.

Ermesinda regresó a la cabaña, desaliñada, con el arco a la espalda, cargada con un corzo, envuelta en un manto deshilachado. El bueno de Tello quiso ayudarla, y su rostro ajado se crispó cuando la artrosis le laceró la espalda. A

duras penas consiguieron colgar al animal de la viga del porche. La muchacha se apoyó en la pared, jadeando, con la vista perdida en el robledal.

—Voy por el cuchillo —dijo el anciano.

—Siéntate, lo haré yo. —Con el rostro aún sofocado, Ermesinda le pidió que se sentara. Las manos le temblaban como ramas agitadas por la galerna. Apenas logró quitarse los zuecos en el umbral. Entró en la casa y se sentó junto al hogar, tratando de calentarse los dedos. Avivó el fuego con las ramas que aún quedaban y aguardó a que sus manos revivieran.

Tomó un cuchillo de cocina, decidida a continuar su labor. El sonido de unos pasos en la puerta la detuvo.

«Una dama no se ensucia».

—¿De dónde sacaste eso? —le preguntó Gaudiosa.

Su madre le observaba desde el umbral con el semblante severo, las manos sobre el regazo. Sonriendo, incluso cuando resultaba siniestra.

—¿Tú qué crees? —La voz de Ermesinda habría sonado firme si no hubiera estado tan cansada. Miró a su madre, esperando, inútilmente, que percibiera el estado de sus manos.

—¿Partiste tú la leña? —dijo la matrona. Su hija había salido temprano a cazar mientras ella se trenzaba el cabello, incapaz de reunir la motivación necesaria para atender el fuego. O partir leña. O cocinar—. La próxima vez, ordénaselo a Tello.

—¿Y cómo pretendes que use el hacha? —le espetó la muchacha—. ¡No puede ni atarse las botas!

«Una dama jamás levanta la voz».

—Cazar no es propio de señoras —dijo Gaudiosa, y en verdad predicaba con el ejemplo. Siempre había sido difícil lidiar con las tiránicas expectativas de su madre, aunque, en ese momento, pugnaban con la aún más tiránica realidad.

—Podremos comer carne fresca y ahumar el resto —respondió Ermesinda, sosteniéndole la mirada.

—Tenemos dinero.

—Nos cobran una fortuna por el grano. No podemos vivir siempre a costa del abuelo.

La matrona entrecerró los ojos y alzó el mentón, la afilaba nariz silueteada sobre el resplandor del umbral.

—Señora. —Tello les señalaba el camino. Los criados abandonaban sus labores cuando un jinete pasaba ante ellos.

—Sonríe —le recordó Gaudiosa—. Recuerda que eres una dama.

Aquella sedosa ironía hizo que la muchacha se ruborizara. Desde el porche, vieron a un forastero detenerse ante ellas. El caballo sacudió el pelaje formando un halo de escarcha.

—Buenos días —dijo la matrona—. Qué agradable sorpresa.

—Señoras…

Fruela observó a las dos mujeres. La esposa de Pelayo se mostraba tan serena como distante; la joven, intrigada. Con dieciséis veranos, parecía bonita, y podría haber sido hermosa si se hubiese tomado la molestia. Tenía los ojos grises, como su padre, pero la piel pálida, como su familia materna. La sonrisa que brillaba en el rostro pecoso era toda suya, cordial y serena.

La vista del espatario recorrió la astrosa monotonía del cobertizo hasta toparse con la pieza de caza.

—Un disparo certero —dijo, buscando a algún varón con la mirada.

—Ha de serlo —admitió la muchacha—. No tengo perros para seguir el rastro.

—Hija.

Mas Fruela asintió con respeto, admirando el corzo con la flecha aún clavada en las costillas, a la altura del corazón.

—¿Puedo ofreceros algo? —dijo Gaudiosa, y el recién llegado sacudió la testa, tratando de encontrar las palabras.

Sin haber sido invitado a entrar en la casa, no quiso descabalgar.

—Acompañé a Pelayo en su regreso de Corduba.

—Lo sé —afirmó la matrona—. Agradezco que le entregaras la carta que envié a mi prima Guidemar. Mi esposo me explicó cuán valiosa resultó tu ayuda. ¿Cuál es el motivo de tu visita?

—Entre los hombres de Pelayo hay un traidor —manifestó sin rodeos—. Gracias a él, Munuza pretende capturarle. Debéis advertirle del peligro.

El gesto afable de Fruela se estrelló contra un muro de hielo.

—Por desgracia, no tengo con quién —se lamentó Gaudiosa—. Mi esposo se llevó a todos los hombres. Entre ellos, a mi hijo Favila.

Las palabras, breves y afiladas, sirvieron de vestidura a una emponzoñada amalgama de sarcasmo, apatía y desolación.

—Iré yo —dijo Ermesinda.

—No digas tonterías.

La joven se encaró a su madre, que seguía envarada ante el mensajero.

—No os preocupéis —les dijo Fruela—, yo me encargaré.

—Que Dios te lo pague —respondió Gaudiosa, con la monotonía de quien recita el décimo padrenuestro en las exequias de su peor enemigo, y, aturdido

ante unos ojos muertos, el espatario tiró de rienda para darse la vuelta. Los cascos de la montura aún chapoteaban en el camino cuando Ermesinda abandonó el porche.

—Fruela… —dijo, y él se giró—. ¡Gracias!

El guerrero dedicó a la joven un gesto de despedida.

El regreso le resultó arduo, las alternativas se le agotaban. Ascendió por la sinuosa senda de la sierra de Bores y, una vez en Causegaudia, llevó el caballo al abrevadero, se lavó el rostro, cerró los ojos y escuchó el murmullo del bosque. El viento que arrastraba el frío de las montañas.

—¿En qué piensas? —le interrogó Munio.

Su primo quería saber si estaba dispuesto a luchar de nuevo. Rememoró aquel nefasto día. El polvo de la batalla, la lucha desesperada. El olor a cosas muertas del pantano, mezclado con la sangre, el sudor y el miedo, los gritos de los moribundos y el estruendo de las armas. Hasta que, al fin, llegó el silencio.

Y luego, la emoción de sobrevivir al desastre, sentida como fortuna y vergüenza al mismo tiempo. Esa sensación aplastante de ser testigo de una realidad imposible de cambiar. Condenado a revivir una y otra vez aquel día fatídico, como Sísifo, atrapado en un bucle eterno.

—¿Vendrías conmigo? —dijo Fruela.

—¿Hace falta preguntarlo?

Por un instante observó a Munio, con la afinidad de quienes han compartido el horror absoluto y la certidumbre de que solo él era capaz de entenderle.

—¿Echas algo en falta de la guerra? —inquirió Fruela.

—Todo.

Escrutó aquellos ojos negros. No eran los de un lunático, ni tampoco los de quien disfruta matando. Sabía lo que echaba en falta, porque él mismo lo añoraba: la fraternidad de los compañeros de armas. Una existencia más pura, junto a un grupo de hombres. Tal vez su vida solo adquiriese sentido cuando las vidas de quienes le rodeaban dependían de él.

Enfrentarse al imperio más colosal que había conocido el hombre, cuyos dominios se extendían desde la India hasta aquellos picos. Con un puñado de montaraces. Una locura, sumada a la convicción, cada vez mayor, de que la aristocracia y el clero habían traicionado a un pueblo dispuesto a defender su modo de vida. Quizá la nostalgia por los vínculos forjados entre un puñado de hombres creaba esa necesidad de librar una guerra imposible de ganar.

—Partiremos mañana —concluyó Fruela.

Había mucha gente con la que hablar. Encontró a Baldomero sentado bajo el alero de la cabaña y se sentó junto a él para contemplar cómo la oscuridad se desvanecía en la bruma.

—Tan madrugador como siempre —le dijo al joven abad.

—No supone una virtud si no tienes con quién compartir lecho. ¿Deseas confesarte?

Tras negar con la testa, Fruela tomó un sorbo de leche mezclada con migas de pan de la víspera.

—Nos sumaremos a la rebelión de Pelayo —respondió con cautela—. Quiero que vengas para atender a las necesidades espirituales de la tropa.

—No me jodas, Fruela. Que no nací ayer.

—Necesito a alguien que hable árabe y conozca bien al enemigo —se vio forzado a admitir—. Alguien que sepa de milicia y pueda llevar un libro de cuentas.

El clérigo, ensimismado, introdujo las manos en las mangas.

—Durante la confesión, a veces percibes que el sentimiento de culpa no es la consecuencia del pecado, sino la causa. Atormentado por el pesar, hay quien busca una expiación. Y esa emoción se vuelve tan insoportable que hará cualquier cosa para propiciar un castigo. ¿Sabes a qué me refiero?

—Tal vez —admitió Fruela, y pudo leer la expresión de su amigo. No me pidas que vuelva a creer en ti porque lo haré de nuevo aunque me arrepienta.

—El clero no os apoyará —dijo Baldomero—. Para que sea una «guerra justa» ha de ser declarada por alguien cuya autoridad esté sancionada por Dios.

El derecho canónico prohibía a los religiosos participar en la lucha. Con aquella decisión, su viejo amigo no solo se jugaría la vida, sino también su alma inmortal.

—¿Vendrás con nosotros?

Baldomero alzó la vista. Los primeros rayos de sol asomaban por las crestas de los Picos, y descendían por los montes cubiertos de hayas.

—Sí —susurró—, lucharé a tu lado.

Juntos atravesaron la aldea. El sonido de sus pasos en la cuadra, seguido del gemido de la portilla, trasladó a Maurano del estado de vigilia al de resaca.

—Sé a lo que vienes —le dijo Maurano sentado en el tajo de ordeñe. Examinó las ubres de una de las vacas y le acarició el pelaje grisáceo—. Llévate a mi hijo y a quien quiera seguiros. Sin una amenaza clara, no puedo obligar al resto a combatir.

Consternado, Fruela asintió. Después acudió a la forja, un chamizo tiznado de hulla, repleto de útiles oxidados. El esfuerzo del herrero se hacía máscara de hollín mientras batía un hierro incandescente. Los golpes del mallo resonaban en todo el poblado.

—Necesito que me arregles esto. —Fruela le ofreció su yelmo hendido, y unas recias manos patinadas en mugre lo tomaron.

—No soy armero —dijo, escrutando el casco—. Fabrico herraduras, cuchillos, enseres de cocina. No sabría darle el temple adecuado.

—Haz lo que puedas.

A lo largo de la tarde comenzaron a llegar hombres. En total, no pasaban de veinte. Fruela los hizo formar en dos filas y revisó el aspecto de aquel un puñado de jóvenes, sin tierras ni rebaños, armados con lanzas y escudos junto con el inevitable scrama al cinto. Ninguno con yelmo y espada, salvo un tipo de unos sesenta años, con el cabello cano alborotado. Tenía un parche sobre el ojo izquierdo y una expresión ceñuda que se antojaba perenne, como si algo le hubiese cabreado nada más nacer.

—Eres viejo —le dijo Fruela.

—Lo bastante como para haberme follado a tu madre —respondió el aludido, y entonces vio a Baldomero—. Lo siento, padre.

—Y también pudiste follarte a mi abuela —murmuró el conde—. ¿Sabes utilizar esa espada o se la quitaste a un muerto?

—Se la quité a un muerto y sé cómo usarla. Me llamo Elacio, y fui bucelario del conde Suíntila de Segovia hasta que los moros le mandaron a criar malvas.

—Conocí a Suíntila en Toletum —dijo Fruela, atento a su reacción—. Parecía un buen hombre.

—Si en verdad le conociste, sin duda sabrás que era el mayor cabrón en la faz de la tierra. Pero le serví bien, a pesar de todo.

—Este viejo es incapaz de aguantar una jornada a pie —dijo Munio.

—¡Para eso tengo un caballo, maldito gañán! —Y dicho esto, añadió—: Disculpe mi lenguaje, padre.

—Está bien —declaró Fruela—. Vendrás con nosotros, y si no puedes mantener la marcha, te dejaremos atrás.

Un muchacho desharrapado irrumpió en el prado.

—Me llamo Ramiro —manifestó—. Deseo a unirme a vos.

—¿Qué armas traes? —le dijo Fruela, y el montañés le enseñó un arco de olmo—. Muéstrame si sabes usarlo.

Le señaló una estaca al otro lado del prado. El cántabro besó el amuleto que colgaba de su cuello, montó una flecha y tensó el arco hasta apoyar el emplumado en la mejilla. La brisa agitaba los fresnos, y el joven se mantuvo concentrado en el tiro, inmóvil, y ceñudo.

—¿Vas a disparar hoy? —le preguntó Fruela.

Ramiro ignoró el comentario, la fronda de ribera quedó inmóvil y soltó la cuerda. La saeta serpenteó al abandonar el arma y atravesó la estaca de parte a parte. Tomó otra flecha, repitió el gesto y el astil clavado al tronco se partió. Otro tiro, con un resultado idéntico, y otro más. A ciento cincuenta pies, los cuatro proyectiles formaban un haz compacto.

El espatario asintió complacido y se giró hacia los ocho jóvenes que había escogido junto al avejentado guerrero.

—Cada hombre recibirá diez sueldos, y se repartirá todo lo capturado al enemigo —anunció—. Partiremos mañana al amanecer.

—Ni se te ocurra pagarles ahora —le dijo Munio al oído—. Dales el dinero justo antes de marchar.

Al anochecer, Fruela finalmente acudió a la forja. El herrero había desabollado el yelmo y remachado una lámina de hierro encima que, siguiendo la moda, contaba con un protector nasal. Un arreglo tosco que aumentaba el peso, y con un pulido que apenas lograba despojarlo de su pátina negra. Fruela le entregó diez tremises y abandonó el taller.

El cielo se había despejado. Los prados se extendían hasta la linde del bosque. Buscando soledad, Fruela caminó hasta un gran roble, se sentó con la espalda apoyada en el tronco y cerró los ojos, para disfrutar de la tibieza del sol. La distancia convertía las voces del poblado en susurros. Unos pasos resonaron en la hierba. Hilduara llegó con una cesta de mimbre.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Fruela.

—No fue difícil, dejaste un buen rastro —respondió, señalando la hierba pisoteada—. No creo que a tu tío le agrade ver que no fuiste por lo segado. Desnúdate.

—¿No tuviste bastante con lo de anoche?

Ella sonrió mientras le despojaba de la túnica para examinar la herida del costado; aplicó un empaste de hierbas y le vendó con tiras de lino recién hervido. Después, le palpó la frente con el ceño fruncido.

—Necesita puntos —comentó, y extrajo una pequeña caja del cesto—. Túmbate.

Estaban solos, y cuando Fruela depositó la cabeza en el regazo de su mujer, deseó que el mundo se detuviera para siempre.

La primera punzada le sacó del ensueño.

—Anoche soñé contigo —murmuró Hilduara—. Sonreías.

—¿Y qué más?

—Nada, solo eso. Antes solías hacerlo. —Puso la mano en su mejilla; los dedos se hundieron en la barba, recorriendo la mandíbula. Le retiró un mechón de la mejilla abrasada y le miró a los ojos.

—Debo hacerlo —le dijo Fruela.

Las manos de Hilduara estaban temblando, encontró su piel desnuda, percibió el calor que irradiaba.

—Tienes que acabar con esto —dijo, con una voz desgarradoramente frágil.

—Lo haré —respondió él, apretando su mano como a la de un moribundo—. Después.

—Tu deber es proteger a tu familia.

—Por eso debo marchar.

La conversación murió, sin sentido, breve, postergada. El rostro de Hilduara permanecía sereno al morder el hilo:

—Ya estás listo.

En la casa larga, escucharon las risas de los niños, el olor a primavera se mezclaba con el fuerte aroma del cuajo. Las aldeanas vertían calderos de leche de vaca y oveja en una cuba colgada sobre el fuego y rellenaban los moldes con el coágulo sin prensar. Aquel queso azulado, madurado en cuevas, se empleaba como moneda.

La esposa del herrero le esperaba en la entrada.

—¿Cuánto le pagaste a mi marido? —le espetó, furibunda.

—Él hizo el trabajo, no tú. —Fruela hizo un requiebro en dirección a la puerta.

—¿Seguro que le diste seis tremises? —insistió ella—. Es muy capaz de gastarse el resto en vino.

El espatario tomó a su hija en brazos, ignorándola, y ella resopló indignada.

Despuntaba el alba, con el sol convertido en un tenue resplandor sobre un brumoso horizonte aserrado. La hueste de Fruela se congregó ante la casa larga, sosteniendo las monturas por la brida, apoyados en las lanzas. Hilduara aguardaba en el porche, con la niña de la mano. Se despidió de él con un beso, ya no les quedaban palabras. La criatura le dio el yelmo mirándole con unos

enormes ojos de largas pestañas. Había escarcha en su pelo, en las mejillas enrojecidas bajo una costra de hollín.

—¿Vas a hacerle daño a alguien? —le dijo, observando la espada.

—Puede que tenga que hacerlo.

—Solo a los malos, ¿vale?

—Vale.

—¿Y qué pasa si no vuelves?

Hay cosas que se pueden posponer, pero nunca evitar. Temía a ese momento más que a nada. El instante en el que la mentira se confunde con la esperanza, y lo que debe decirse es lo que el otro necesita escuchar.

—Volveré —le dijo, acariciándole el rostro—. Te lo prometo.

Pasó revista a los hombres. Caballos rústicos, de grupa empinada, que tenían por silla pieles de carnero y por riendas ronzales de cuerda. Descubrió a un nuevo voluntario.

—Deseo unirme a vosotros —dijo el herrero.

—Existen mejores modos de escapar de tu esposa.

—Ninguno que sea legal —respondió, sardónico—. Ella me animó a acompañarte: ha oído hablar de tu oro.

Taciturno, Fruela echó mano a la bolsa para entregarle diez tremises.

—Repartid los víveres entre los hombres —ordenó a Baldomero—. No podemos llevar más de tres mulas de carga.

Poco después, la docena de jinetes tomó la embarrada senda que marchaba hacia poniente entre prados de hierba mecida por la brisa.

—¡Munio! —dijo Maurano.

—¿Sí, padre?

—Id por lo segado.

Cabalgaron hacia el fondo del valle, remontando el río, para después ascender a través de una senda engullida por un bosque de abedules, robles y hayas, hasta una brecha entre los montes. Una vez rebasado el puerto, se adentraron en una extensa pradera donde parecía imposible cualquier vegetación.

—Los puertos de Áliva —dijo Munio.

El monte Vindio estaba dividido en tres grandes macizos rocosos, y aquella depresión separaba el más oriental. Grupos de jinetes armados conducían a los rebaños durante los meses de estío, entre túmulos de piedra erigidos milenios atrás para reclamar los pastos. Más allá de un altozano, la senda descendía junto al arroyo, que iba ganando cauce con cada torrentera. Fruela contempló un collado al este del valle que, hacia el norte, siguiendo el

curso del río, se angostaba. La columna de jinetes se detuvo, a la espera de que les indicara el camino que seguir.

—Haremos un descanso para comer —ordenó Fruela—. Rellenad los odres.

Los hombres desmontaron para estirar las piernas y preparar el almuerzo. Seguido de Munio, el espatario llevó al caballo a abrevar y admiró aquel bárbaro paisaje. Todo en él era rudo, desigual, imponente.

—Munio…

—¿Sí?

—No tengo ni idea de dónde estamos.

—Ya me parecía —dijo su primo—. Hacia poniente, más allá de ese collado, hay un angosto valle y después el puerto de Amossa. El mejor modo de llegar al valle de Onna es tomar un camino río abajo que asciende por la sierra que se alza al norte.

Aquella senda rebasaba un cordal montañoso salvando un gran desnivel. Después recorrieron la línea de cumbres por un laberinto de piedra caliza y descendieron, dejando atrás las peñas ciclópeas, para acceder al valle de Onna. Las verdes pendientes arboladas contrastaban con los bloques de roca gris y la montaña se adueñaba del paisaje, las aldeas se antojaban granos de trigo esparcidos por la monstruosa piel esmeralda.

Los últimos rayos de sol se hundían tras las crestas de los peñascos cuando decidieron acampar. Encendieron un par de hogueras para preparar la cena y tendieron los toldos en lo alto de un minúsculo cerro que dominaba el valle. La luna asomó entre las nubes para derramar su fría luz sobre el resplandor del fuego.

—Los caballos están cansados —dijo Munio—. Si seguimos a este ritmo…

—Hay que llegar cuanto antes —masculló Fruela—. No deben capturar a Pelayo.

Se recostaron bajo el toldo, exhaustos, mientras el fuego se convertía en brasas y los caballos dormitaban en la pradera. A pesar de la fatiga, Fruela no podía pegar ojo. Al guerrero la muerte le acecha en cualquier recodo. Dejar de existir aterra. Pero lo que de verdad le asustaba era fallar a sus compañeros de armas.

Y Fruela les había fallado a todos.

El Deva vertía aguas en el Onna, que atravesaba el valle de Canicas entre fértiles vegas, caseríos y aldeas. Cabalgaron por la antigua vía romana, junto a la ribera norte, sobre la que confluía una red de sendas de montaña, creadas por los pastores desde hacía milenios. Piedras hincadas en las colinas delimitaban las tierras de pasto; se decía que en ellas habitaban sombras malignas atadas mediante maldiciones, espectros de antiguos reyes enterrados con armas de bronce. Sobre una pradera, rodeada de lomas, un antiguo dolmen se alzaba junto a un tejo centenario.

Atravesaron el campo de estelas, cantos rodados hincados en tierra, donde los aguardaba un grupo de hombres armados. La piel bronceada del cabecilla resplandecía por el sudor.

—Munio. —Les dedicó un ademán solemne, a modo de saludo.

—Galacieso… —respondió el cántabro—. Él es mi primo Fruela. Solicitamos paso libre por vuestra tierra.

—Dicen que el duque le ha proscrito —dijo Galacieso, y, durante medio latido, el espatario se perdió en su mirada.

—Así es —dijo Fruela—. Solo deseamos cruzar el valle, no pedimos tu hospitalidad.

—Si Maurano te ha acogido como huésped, entonces serás nuestro huésped. Y si alguien os causa daño, la deuda de sangre será nuestra. Así ha sido desde que alcanza la memoria. Sois bienvenidos.

Abamia era una hermosa aldea. Las ancianas chismearon a su paso, mientras hilaban en los porches. Galacieso los condujo a una gran cabaña, hecha de mampuestos trabados con arcilla, tablas delgadas y un techo de centeno. Los guerreros agradecieron la calidez del interior y se acomodaron en torno a la hoguera. Fruela se despojó de las botas y observó a un niño jugar con una espada de madera, la tez pálida como el alabastro. Una mujer, sin duda la madre, a juzgar por la palidez compartida, les llevó una fuente con asado y siguió su mirada.

—Es agradable ver jugar a los niños. —La esposa de Galacieso mostraba hoyuelos al sonreír.

—Me recordaba a mi hijo. Murió hace un año.

No podía dejar de pensar en aquella sonrisa traviesa, en los frágiles deditos tirando de su barba.

—Aún eres joven —le animó la mujer, y Fruela asintió. Había ceñido espada a los quince, matado por vez primera a los dieciséis y perdido un reino a los diecinueve. Tenía toda una vida por delante.

—Canicas está muy transitada. —Galacieso se sentó a su lado con un cuenco humeante—. En cinco días se reunirá el concejo de los valles.

—Ya no enviáis el diezmo a mi padre.

—Si alguien no puede imponernos tributo por las armas, tampoco puede defendernos con las armas. Pagarle carece de sentido.

El menguado poder del duque se basaba en su capacidad para recaudar una parte de los míseros excedentes de aquella tierra montuosa y desolada. Sin una autoridad respetada, una provincia agreste de un reino extinto se desvanecía a ojos vista.

—¿Tampoco a los árabes? —preguntó Fruela.

El aludido apoyó la cabeza contra el tabique de madera y miró más allá de la puerta.

—Tampoco —respondió al cabo—. ¿A qué habéis venido?

—Busco a Pelayo. —Fruela siguió su mirada más allá de la puerta. Anochecía, y sintió vértigo por el tiempo perdido.

—Pelayo vino a Canicas hace dos días en busca de provisiones —comentó Galacieso—. Anda enriscado en la montaña del Suevo.

Una sierra costera que marcaba el límite entre cántabros y astures. Antaño, los suevos la emplearon como atalaya fronteriza, antes de perder su reino ante Leovigildo. Un lugar agreste, con una vía de escape hacia el Vindio.

—Las tierras de Pelayo están en Tentiana y Veranius… —Munio les ofreció un odre y se acomodó junto al fuego.

—Demasiado cerca de Gegione —objetó Fruela, y agradeció el vino con un gesto.

—Su hermana tiene una hacienda en Brece, heredada de su difunto esposo —dijo Galacieso—. ¿A qué se debe este interés por Pelayo?

—Hay un traidor entre sus hombres. —Munio habló en voz queda—. Munuza pretende capturarle.

—Pelayo no se fía de nadie —dijo Galacieso—. Solo abandonará la sierra si es para reunirse con su hermana.

XVI

Doce siglos antes, el rey Jerjes de Persia invadió Grecia para vengar la derrota sufrida por su padre en Maratón. Decían que su hueste estaba formada por cinco millones de guerreros de cuarenta naciones distintas, y que los ríos se secaban cuando se detenían a beber. Temístocles, el estratego ateniense, envió unos espías a Sardes para averiguar su verdadero número. Los persas los capturaron, pero Jerjes, no solo les dejó ir con vida, sino que, además, les permitió visitar su campamento para que informaran a los griegos de la magnitud de su ejército.

La primera vez que Teófilo leyó a Heródoto, el relato se le antojó imposible. Sin embargo, al contemplar la campiña de Masalaion bajo el inmenso arrabal de tiendas de campaña, el logoteta comprendió los motivos de Jerjes. Entre aquella urbe de carpas y toldos reconoció los estandartes de los cinco ejércitos del Ahl al-Shām, las tropas sirias acantonadas en Homs, Damasco, Jordán, Palestina y Qinnasrin. Millares de mutatawwi‘a’, voluntarios del ŷihād, procedentes de toda Arabia, beduinos armados con lanzas y adargas. Mercenarios persas sobre caballos revestidos de hierro y bronce; feroces jinetes turcos con caftanes de piel y arcos compuestos al cinto; cientos de esclavos negros sudani; ingenieros coptos reparando las máquinas de asedio… En el corazón de aquel bullicioso mar de toldos, en torno a la jaima de Maslama ibn ‘Abd al-Malik, habían acampado la clientela de los omeyas, junto con maulas de una veintena de pueblos.

Teófilo retuvo a la montura y dejó que abrevase, mientras su mente bullía, repitiendo las palabras que debía pronunciar. Aguardó ante la hilera de peticionarios que hacían cola ante la puerta del hombre más poderoso del imperio islámico después del propio califa. Maslama había sido nombrado valí de Armenia y Azerbaiyán, a lo cual se sumaba su cargo de gobernador del norte de Siria. El mando conjunto de estas provincias le otorgaba el control de la frontera del califato con el Imperio romano.

Una pareja de eunucos condujo a Teófilo hasta el umbral de la improvisada sala de audiencias. La luz irrumpía en el lugar por las claraboyas

cubiertas por celosías, trazando patrones geométricos en los tapices del suelo. Una delegación de Capadocia rendía pleitesía al emir sarraceno.

—¿Sois vasallos de Konon? —les interrogó Maslama.

—Sí —respondieron.

—¿Haríais cualquier cosa que él os dijera?

—Ciertamente.

—Entonces regresad a vuestras ciudades y no temáis ningún mal.

Los eunucos condujeron a los capadocios hacia el exterior de la tienda, e hicieron un gesto perentorio a Teófilo, que caminó sobre las alfombras hasta detenerse ante el general árabe. El antiguo logoteta se envaró al sentir la mirada del guerrero del desierto revestido con los símbolos de su condición de sahābah, descendiente de los primeros discípulos de Mahoma. Sentado en un diván ornado con pan de oro, bajo un toldo de seda china, sobre un mar de tapices del Jorasán, envuelto en perfumes de incienso.

—Reclamo la seguridad del heraldo —declaró Teófilo.

—¿Quién eres? —le preguntó el mayordomo.

—Mi nombre es Teófilo, emisario y consejero del estratego Konon —declaró, escrutando al traductor.

—Tu petición es aceptada. Se te concede el amán. —Maslama le habló en griego.

—Os doy gracias.

Por un instante, hubo en la tienda un silencio ensordecedor.

—Pareces timorato —comentó el general árabe—. ¿Qué es lo que más temes, emisario?

—Tu desaprobación, mi señor —afirmó Teófilo.

La egregia figura sentada en el trono no dijo nada durante largo tiempo. Entonces Maslama le habló de nuevo.

—En ese caso, tus temores se han cumplido.

—Tu perdón, señor, te lo suplico —dijo Teófilo, dejando que el temor aflorase a su rostro—. Imploro misericordia.

—¿Misericordia? —Maslama le miró con una expresión extrañada—. ¿Acaso no la he mostrado siempre?

—Sea como dice mi señor.

—Las acciones de tu amo me han agraviado. ¿Por qué motivos huyó Konon? —Ante el restallido autoritario de la voz del árabe, Teófilo contuvo el aliento.

—Mi señor quería reunirse contigo, pero Sulaymān trató de capturarlo. Ahora teme hacerlo.

—Konon está jugando conmigo; bien sabe que no he dañado su provincia.

—No es cierto —insistió Teófilo de forma afectada—, te estoy diciendo la verdad.

—Mi apocado emisario… Deja de gimotear y dime: ¿cuál es la situación en Amorion?

—Todo está en orden y bajo control —respondió el emisario—. Konon envió un turmarca con mil soldados a Amorion y ha evacuado a la población civil. Está decidido a reclamar el trono imperial con tu apoyo y después convertirse en tu maula.

Al oírlo, Maslama se mostró furioso. La capital del thema anatólico ya no estaba indefensa, y montar las máquinas de guerra para expugnar la ciudad le haría perder un tiempo preciado. A un gesto solemne del general, un clérigo cristiano trajo un códice y lo extendió hacia el consejero romano.

—Demuéstralo —le dijo, y Teófilo depositó la diestra sobre la cubierta enjoyada.

—Todo cuanto he dicho es cierto —declaró solemne—. El turmarca Nikaias se encuentra en Amorion con mil soldados. Mi señor vació la ciudad, y te abrirá las puertas de Constantinopla si le ayudas en su reclamación al trono.

Una vez concluido el juramento, el emir parecía satisfecho.

—Levántate y besa mi mano.

Aturdido, Teófilo se puso en pie y besó el anillo que le ofrecía. Se postró ante él y retrocedió sin darle la espalda:

—Mi gratitud hacia ti, gran señor, por tu comprensión y bondad.

—Dile a tu amo que se reúna conmigo —concluyó el emir—. Haremos las paces y accederé a cualquier petición que me haga. Soy magnánimo, sabré recompensarle.

El consejero se apresuró a marcharse y Maslama sonrió complacido. Durante años, había urdido los planes para conquistar a su más odiada enemiga. Envió emisarios a decenas de pueblos. Una vez supieron de su generosidad con el oro, acudieron a millares para servir bajo su estandarte, hechizados por las legendarias riquezas de Constantinopla. Aquel hombrecillo vacilante y adulador encarnaba la fastuosa decadencia del Imperio romano.

—¡Ya habéis visto a nuestro enemigo! —dijo Maslama a sus hombres—. La victoria es inevitable. Vuestras ambiciones serán satisfechas y vuestras tribus os rendirán cumplido homenaje. Los romanos os entregarán a sus más hermosas hijas, tomaréis de entre ellas infinidad de esposas y esclavas para engrosar vuestros tálamos. En el futuro, tribus enteras dirán que vuestra

sangre corre por sus venas. Recibiréis ricos presentes, enormes haciendas, hermosos caballos, y mucho más, una vez que hayamos destruido a la Nueva Roma.

Resonaron los vítores en la colosal tienda.

—Dicen que el estratego es distinto, que posee una voluntad de hierro —murmuró uno de los eunucos.

—Konon es el paradigma de quien prefiere aliarse con su enemigo, pues no concibe la derrota —dijo Maslama.

Teófilo no respiró tranquilo hasta que pudo reunirse con su escolta, a una decena de millas del campamento agareno. Cabalgaron hacia Apamea en silencio. La meseta anatólica se mostraba desierta, incluso el firmamento carecía de aves; la veintena de jinetes romanos era lo único que se movía aquel paisaje pardo.

Cuando Konon despertó, el mundo se había vuelto más ceniciento más allá de la ventana. Comenzó a prepararse para el día aciago que le aguardaba. A su lado, María seguía dormida: observó el constante ascenso y descenso del pecho, acarició los mechones de su cabello dorado. Aún conservaba la suavidad adolescente, aunque el brillo se hubiera apagado con los años. La besó en la frente y comenzó a vestirse. Aún no había amanecido; disponía de un par de horas antes de que se levantaran sus hombres, así que se sentó ante su escritorio de nogal. Apenas dos horas para leer la enorme pila de informes y correspondencia atrasada.

—Come. —En algún momento, María se había levantado para ir a la cocina, y depositó un cuenco de estofado ante su esposo.

El estratego trató de sonreír, tomó la cuchara y obedeció.

—Está muy bueno —comentó—. ¿Lo hiciste tú?

—Anoche, durante tu reunión. Me quedé dormida esperándote.

Él asintió, y vio cómo se sentaba a su lado, acostumbrado a la agradable quietud de su esposa y a la comodidad del silencio compartido.

—He tenido un sueño —le dijo María.

—Supongo que debo preguntar sobre qué.

—Vi un gallo desplegando sus alas en nuestro palacio, y todos los gallos de la Romania le respondieron.

Médicos y filósofos pensaban que nuestra alma abandona el cuerpo durante el sueño, para visitar un mundo sobrenatural, donde se revelaban

augurios que podían interpretarse. No hacía falta mucho ingenio para descifrar la visión de un ave que anuncia la llegada del nuevo día.

—Mantenlo en secreto y que nadie se entere. —Konon mostró el ceño fruncido, como si muchas cosas le inquietaran al tiempo y fuera incapaz de decidir a cuál enfrentarse.

—¿En qué piensas? —le dijo María.

—En los dos años.

—¿Qué?

—La duración media del reinado de un emperador romano, desde la muerte de Justiniano II —le explicó—. Dos años, antes de ser depuesto o asesinado. Y en el improbable caso de que logre sentarme en el trono, ¿merecerá la pena?

—Esa no es la cuestión.

—Entonces haré otra —repuso Konon—. ¿Crees que merezco ser el emperador de la Romania?

—Creo que la Romania merece un emperador como tú.

—No comparto tu generosa opinión sobre mí. —La risa franca del militar veterano resonó en la alcoba—. ¿Te has inventado el sueño para infundirme confianza?

—¿A qué se debe este repentino ataque de humildad? —inquirió María—. ¿Deseas eludir la responsabilidad de salvar a Constantinopla?

—¿Salvarla… o traicionarla? Tal vez pase a la historia como Konon el Desleal.

—Si no haces nada, no tendremos historia —murmuró su esposa—, y el precio del poder siempre es alto.

—Solo es el primer peaje. —El estratego contempló el minúsculo retrato de su hija, una tabla casi oculta entre mapas, pergaminos y códices. Recordó las condiciones del acuerdo con Artabasdo: a cambio de su apoyo, obtendría el cargo de maestro del palacio y estratego del thema opsicio… siempre y cuando tuvieran éxito.

—Anna ha sido educada para ello —declaró María—. Necesitas el respaldo del thema armenio, y el mejor… el único modo de forjar una alianza es el matrimonio. Además, es muy apuesto.

—¿Mucho?

—Bastante.

—Pasemos entonces al segundo peaje… He enviado a mi mejor y tal vez único amigo a una embajada suicida en la corte del segundo hombre más

poderoso del orbe. Es muy posible que solo vuelva a ver la testuz, impregnada en resina de acacia.

—¿«El único»?

—Hablo de amigos, no de admiradores. Alguien capaz de mandarte al Diablo si te lo mereces.

—No subestimes la locuacidad de tu consejero: regresará —dijo María, y en el corral resonó el canto del gallo—. Ahora tienes asuntos que atender.

Los soldados se habían acomodado en un antiguo almacén, con la ropa tendida en las vigas. Tras asearse, Konon bajó al comedor; todos se pusieron en pie a su paso y él tomó asiento en un extremo de la mesa. La hija del posadero repartía platos con el estofado y Bardanes, el primogénito del hypostrategos Manuel, le ayudaba con el perol. Al despedirse de ella, el muchacho, de quince años, sonreía.

—¿La conoces? —le dijo Konon.

—No, kyrios —respondió Bardanes—. Ni siquiera sé su nombre.

—Entonces ha de ser su aspecto lo que te vuelve tan amable.

El muchacho se sonrojó ante las risas de los soldados. Chirriaron los goznes de la puerta y una brisa recorrió la estancia cuando Teófilo irrumpió en ella, despojándose del manto.

—¡Heme aquí, como Lázaro, retornando de entre los muertos! —declaró, y el estratego le hizo sitio en el banco.

—Me alegro de verte. —Konon contuvo el impulso de abrazarle. El emisario recibió una sucesión de efusivos saludos y, una vez en la mesa, probó un estofado de garbanzos con las sobras de la víspera. Rechazó la leche que le ofrecían y en su lugar se escanció un generoso vaso de vino.

—¿Qué clase de hombre es Maslama? —le preguntó el estratego.

—Digamos que no tiene problemas de autoestima —dijo Teófilo—. Lo que comenté, hace días, sobre enemas imperiales palidece ante su corte.

—¿Cómo fue todo? —Konon se mostró más serio.

—Me hizo jurar sobre las Sagradas Escrituras.

—¿Mentiste?

—Como un bellaco —declaró el consejero—. Tu mensaje le enfureció, pero se lo tragó hasta el fondo.

—Sin duda había planeado tomar Amorion, dejar allí una guarnición y regresar a Siria para el invierno. Ahora no le quedará más remedio que seguir adelante, hasta el Egeo, lejos de sus bases… Sin contar con una línea de suministros por vía terrestre y aislado por mar, en cuanto concluya la

temporada de navegación —concluyó Konon—. Si ahora está en Masalaion, en cinco días su ejército habrá cruzado el thema anatólico.

—¿Pretendes seguir dándole largas? —Teófilo parecía consternado. Por cada día ganado tendría que idear una mentira aún mayor, y, con ello, aumentaban las posibilidades de que su cabeza rodase por el suelo.

—Por muchos bagajes que traiga consigo —razonó el estratego—, un ejército tan grande solo podrá abastecerse saqueando lo que encuentre a su paso. No se mantendrá en un mismo lugar durante mucho tiempo. Todo su poder, basado en el número, también supone su mayor debilidad.

—¿Y qué hay del joven Teodosio?

—Pronto el problema será suyo. —Konon sonreía—. Los árabes arrasarán el thema opsicio a sangre y fuego. El estratego Miguel tendrá que emplear una parte de las tropas que ahora retiene en Nicomedia para defender su provincia. Entonces le atacaremos.

Los militares alzaron el rostro del plato para escrutar el rostro de su superior, que aún sonreía, confiado. La ficción del liderazgo se basa en que todos los hechos relevantes son conocidos por una sola mente, capaz de construir, a partir de ese conocimiento, una estrategia que conduzca inevitablemente a la victoria. Este mito esquiva el problema crucial que supone la incapacidad de reunir, de forma abarcable, todos los factores que entran en juego en la guerra.

Konon no tenía ningún plan.

XVII

Los secretos están mal guardados en cualquier pueblo, y Gegione no suponía una excepción. Un mercader comentó algo a un marino, este se lo dijo a uno de los soldados y una criada escuchó, casualmente, la charla. No pasó mucho tiempo antes de que Dosinda supiera que su hermano Pelayo había huido de Qurtuba.

Esa mañana aullaba el viento galaico en los muros de la sala de audiencias y, de algún modo, aquel clima, gélido e inestable, reflejaba su propio estado de ánimo. Los astures acostumbraban a presentar sus demandas cuando Munuza se ausentaba, para que ella se ocupara. Cuando Antonio vio cómo iba vestida, tras haber adoptado el hiyab, y acompañada de un alfaquí, se dieron cuenta de que tales expectativas eran vanas.

Antonio era un hombre mayor, lo bastante como para haber participado en la rebelión contra Wamba. En ese momento se frotaba las manos, nervioso, con la espalda encorvada.

—Tengo unas tierras cerca de Olalíes, junto al camino de la Mesa. Allí vivo con mi familia. Hace seis días ese moro violó a mi hija. —Antonio señaló a un soldado africano de aspecto altivo, en pie junto a un caíd sarraceno—. Cuando iba de paso se bajó del caballo, se la llevó a rastras y la forzó. Una vez lo supe, reuní a mi familia y siervos e intentamos apresarle, pero logró escapar.

—Para el rapto de una mujer, el Liber iudiciorum establece como pena la esclavitud del criminal y la confiscación de todos sus bienes —intervino Dosinda—. Sin embargo, nuestro pacto de capitulación establece que, en un pleito entre miembros de distintos credos, impera la ley islámica.

El caíd intervino cuando las protestas de los astures se extinguieron.

—«Quien alce su mano contra un musulmán sufrirá represalias» son palabras de Munuza, tu esposo. —El militar puso especial énfasis en la última palabra: no le agradaba dar explicaciones a una mujer—. Me provocó con su cuerpo. Las astures andan por ahí sin cubrirse el rostro.

Dosinda se envaró ante tales palabras, y trató de serenarse. El alfaquí decidió intervenir:

—Si alguien acusa a una mujer de zinā, ha de presentar cuatro testigos varones. De este modo se la protege contra la calumnia. ¿Acaso tienes cuatro testigos?

—No, estábamos solos —dijo el moro.

—En ese caso, se te acusa de obligarla a cometer zinā en contra de su voluntad —prosiguió el juez musulmán—. La mayoría de los juristas defienden la pena de lapidación hasta la muerte si está casado, o cien latigazos y el destierro en caso de ser soltero. Otros ulemas consideran la violación como un tipo de crimen violento llamado fasad, cuyo castigo puede ser la crucifixión, el corte de manos o el exilio. ¿Qué testigos aporta la acusación?

—La palabra de mi hija —respondió Antonio.

—El Corán establece que, en un juicio, la palabra de una mujer vale la mitad que la de un varón —dijo el doctor en ley islámica—. Y el testimonio de un dimmí no es admisible si un musulmán es una de las partes, ya que su obstinación en no reconocer la verdad del Islam evidencia una moral defectuosa que le incapacita para testificar.

—¿Quién necesita testigos? —rugió el padre ultrajado—. ¡Mi hija aún tiene la cara amoratada!

Los astures comenzaron a gritar mientras los muslimes se regodeaban en su indignación. Dosinda alzó la mano para hacerlos callar.

—Dado que se considera aprobada la agresión —dictaminó—, impera la ley del talión. La familia de la víctima podrá golpear al acusado de igual modo, o exigir una compensación monetaria en su lugar.

Una tormenta de protestas estalló ante la sentencia, tanto por cristianos como agarenos. Nadie parecía contento con la decisión, así que Dosinda alzó las manos y los guardias aporrearon el suelo con las lanzas para restablecer el orden. En la salida de la sala de audiencias se hallaba Álvaro de Tirasona, a quien Munuza había designado para que le asistiera.

—No había otra decisión posible —murmuró el anciano.

—Lo sé. —Dosinda suspiró abatida—. De poco le servirá a la muchacha.

—Hay alguien que desea charlar contigo. —El religioso señaló a un individuo con un discreto ademán.

La matrona reconoció un rostro entre los asistentes al juicio y se retiró para que la acompañara hasta los soportales. Después se detuvieron para

admirar los jardines. El bucelario le habló con los ojos fijos en el horizonte, donde el cielo se encontraba con el océano, ambos igualmente grises.

—¿Qué noticias traes de mi hermano? —le preguntó Dosinda.

—Mi señor Pelayo ha regresado a Asturia y desea que te reúnas con él —dijo Beraquisio, y ella se sobresaltó.

—Munuza no me permite abandonar la casa.

—Busca algún modo —insistió el bucelario—. Recogeré tu carta mañana al amanecer, en la cuadra.

La matrona se retiró sin despedirse y caminó hacia el cuarto del harén. Sentada en la cama, contempló absorta un viejo y decaído sauce frente a la ventana, las ramas acariciaban el suelo en una cascada de hojas amarillentas. Tomó los útiles de costura y pasó el resto del día bordando. Aquel acto tan familiar le parecía un consuelo, lo único extraño era el hacerlo sola. Atrapada. No había barrotes en las ventanas, tampoco hacían falta. Todas las estancias daban al patio interior, con una sola puerta de entrada, custodiada por soldados.

Unas voces hicieron que levantara la vista. Fuera, su esposo discutía con Leyla. La puerta se abrió de golpe y abandonó la costura con el rostro sereno. El gobernador árabe irrumpió en la estancia con pasos suaves y una expresión inescrutable.

—Confío en no molestarte —dijo en tono formal.

—En absoluto —replicó ella, sardónica—. De hecho, agradezco el escaso tiempo que me dedicas.

—Para mí eres especial.

Dosinda sonrió ante semejante declaración y trató de eludir su mirada; no quería que supiera la importancia que atribuía a un simple comentario. Su marido hizo un gesto al eunuco que aguardaba en la puerta para que se retirase. Después, se acomodó en el diván y extendió la mano.

—¿Te importa…? —le preguntó, y ella le entregó el bordado, que él examinó con detenimiento. Dosinda había imitado los diseños de una aljuba persa de su esposo. El resultado no parecía digno de la Dār al-tirāz de Damasco, pero aun así se antojaba hermoso.

—Tienes talento. —Munuza le devolvió el tejido—. Sin duda, necesitarás distracciones.

—Dudo que hayas venido a hablar sobre mi costura.

—No te equivocas —afirmó el agareno, y, tras una larga pausa, añadió—: Me han contado lo que hiciste hoy.

—¿Desapruebas mi decisión? —respondió ella, a sabiendas de que los soldados habrían protestado ante el castigo a un compañero.

—No importan las circunstancias: un lugareño no puede alzar la mano contra uno de mis hombres —manifestó Munuza con el ceño fruncido—. Solo así impera el orden.

—En ese caso, diles a tus hombres que respeten a las aldeanas.

—Las mujeres debéis permanecer en casa y ocultar vuestro cuerpo, para evitar que la fitna, el poder femenino de seducción, nos arrastre al pecado. —Munuza le acarició el cabello, siempre amable.

—Necesito visitar mi hacienda —dijo Dosinda, decidida a cambiar de tema.

—Álvaro se ha hecho cargo de Veranius.

—Tengo otras tierras en Brece, hace meses que no las visito… No confío en mis siervos.

Un muro invisible se alzó entre ambos. Dosinda adoptó una postura erguida mientras el árabe escrutaba su rostro. La mujer se preguntó si él sabía, o acaso podía intuir, que estaba al corriente del regreso de su hermano.

—No puedes abandonar este lugar —declaró Munuza, inapelable—. Te lo dije el primer día.

—Dijiste muchas cosas…, la mayoría mentira.

Él trató de acariciarle de nuevo, y ella se apartó de inmediato. El árabe retiró la mano, convertida en un puño, y le mostró una sonrisa traviesa y burlona.

—Si estalla una revuelta, no podré protegerte fuera de estos muros. Este es el lugar más seguro para ti.

Con una mirada de desdén, Dosinda se levantó del diván.

—Quédate. —La voz de Munuza sonó áspera, la expresión de su rostro oscilaba entre la irritación y algo indefinido—. No te gustará si debo obligarte.

—No te atreverás.

No esperó una respuesta. Él la empujó sobre el lecho, boca abajo contra el jergón. Ella intentó escapar, pero él logró someterla. Deslizó su mano bajo la camisa y alzó la prenda, dejando expuesta la piel al aire fresco del anochecer, haciéndola jadear cuando pasó los dedos por los pliegues de carne húmeda. La cabeza de Dosinda colgaba del borde cuando lo sintió dentro. Un gemido se le escapó de los labios, las caderas se alzaron anhelando la invasión. A la mujer le sorprendió la repentina ferocidad de sus ojos cuando gimió de forma involuntaria.

Sudor, lujuria y vergüenza. Para Dosinda, la única forma de sobrellevarlo era sentirse forzada, así podía ceder a sus deseos. Una mascarada aún necesaria ante la falta de culpa. Al terminar, se arrastró hacia donde él yacía y se tumbó a su lado. Depositó la cabeza en su regazo, mientras él le acariciaba el cabello.

—¿Podré visitar mi hacienda de Brece? —le dijo en voz baja.

—Ya lo veremos.

—Necesito nombrar a un nuevo capataz, lo antes posible. Las tierras se echarán a perder en mi ausencia. Tus hombres podrán escoltarme…

Los ojos de Munuza recobraron un brillo maligno.

—De acuerdo. ¿Qué clase de marido sería si le negara un capricho a mi tercera esposa? —Un leve roce recorrió la espalda femenina y el vello se le erizó allá donde pasaron los dedos.

Al amanecer, Dosinda despertó sintiendo el pelo áspero de su pecho en la mejilla, los brazos de Munuza abarcándola. Inspiró hondo, con los ojos aún cerrados. Consideró la idea de levantarse, pero supuso que él se despertaría y la retendría con el brazo. Así que permaneció inmóvil.

Abrió los ojos de súbito. Ni siquiera pensaba ya con libertad. Luchar contra él carecía de sentido. Dominaba su mente, dirigía sus pensamientos, incluso antes de que estos se formaran.

«Cuando sabes lo que está prohibido y lo asumes, llevas el harén en la mente».

Debía alejarse de él cuanto antes. Murmuró una excusa, bajó al cubículo, rebuscó en el arcón y extrajo un pedazo de pergamino arrugado. Tomó el cálamo y redactó una carta dirigida a su hermano. Se reuniría con él en Brece en cinco días. Le advirtió de que acudiría escoltada por los hombres de Munuza. Plegó el documento, vertió el lacre y estampó el anillo, un monograma cruciforme con sus siglas.

Con aquel gesto, también sellaba su destino.

En las caballerizas la aguardaba Beraquisio, vestido como un arriero. El bucelario de su hermano lucía una sonrisa enigmática. Le entregó el documento y lo sostuvo en las manos. Una figura emergió de entre las sombras.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Munuza sobresaltó a su mujer.

—Preparativos para mi viaje a Brece —respondió Dosinda, molesta por haberse mostrado asustada.

El sarraceno caminó hacia ella. A su paso, Beraquisio le cedió el pergamino.

—Me temo que no será posible —dijo el árabe, y alzó el documento—: ya tengo un modo de apresar a tu hermano.

Esbozó un ademán para que el astur se retirase. Dosinda quiso razonar con él, pero las palabras se atascaron en su garganta.

—Malnacido —le espetó al fin, y una bofetada le abrasó el rostro.

La mano ahora estaba en su cuello. Parpadeó, aturdida, sintiendo un sabor cobrizo en la boca.

—Insolente. —Munuza la aferró de la garganta y la empujó contra la pared—. No tienes modales, te enseñaré cómo dirigirte a tu esposo.

Dosinda le sujetó la muñeca con ambas manos, intentando liberarse. Apenas podía respirar.

—¡Suéltame!

—Háblame con respeto. —Pudo sentir el calor húmedo de las palabras del árabe en su rostro. Le faltaba el aire, y manoteó intentando soltar la garra que la atenazaba, pero le fallaron las fuerzas. El terror desfiguró su expresión y la sonrisa de Munuza se ensanchó.

—Suéltame, por favor —logró balbucir; un momento de pánico ciego mientras el corazón casi le explotaba en el pecho—. Te lo suplico.

Munuza aflojó la presión y al fin pudo respirar.

—¿Ibas a reunirte con tu hermano? —le preguntó. Dosinda apartó la vista, y él la forzó a mirarle—. ¡Contesta!

La palabra contenía una advertencia. No la percibió; la segunda bofetada llegó por sorpresa.

—¡Sí! —gritó casi con un sollozo, encogiéndose. No quiso anticipar la fuerza con que le golpearía de nuevo. El silencio se volvió denso, pesado, y cada vez que ella intentaba desviar los ojos, él aferraba su garganta para impedirlo. El resquicio de paz obtenido con la obediencia hizo que las preguntas acudieran en tropel.

—¿Qué le ocurrirá? —se aventuró a decir, temerosa de escuchar la respuesta.

—Tengo buenos verdugos —dijo Munuza, y vio cómo el rostro de Dosinda se crispaba—. Aunque tal vez no sea necesario.

—¡Juraste proteger a mi gente!

—Y eso hago, mi queridísima esposa —aseguró el agareno—. Porque, si no apreso a Pelayo, el valí enviará a Alqama al-‘Absī a sofocar la rebelión. Y si tal cosa sucede, las cabezas de tus compatriotas decorarán el alcázar de Qurtuba y vuestras mujeres serán repartidas por los burdeles del califato.

XVIII

Fue en la segunda jornada de viaje cuando Beraquisio comenzó a sentirse observado. Al principio fue solo una intuición, que le hizo mirar a la espalda más de una vez. Espoleó a la montura hacia levante, en dirección a los picachos aún cubiertos de nieve. Aquella inquietante sensación no desapareció al día siguiente, y, esa misma noche, colocó ramas secas en torno al campamento. Decidió no encender un fuego y se mantuvo bajo las sombras de un afloramiento rocoso. Se echó a dormir con un scrama oculto bajo el manto, atento a los sonidos del bosque. A medida que transcurrían las horas, dejó de pensar que alguien le estuviera acechando.

Al amanecer, Beraquisio se despertó con una punta de lanza en la garganta. Abrió los ojos, no se atrevía a alzar el rostro. Los primeros rayos de sol se adentraban entre las rocas que ocultaban la entrada. Su scrama seguía oculto bajo el manto que, plegado, le había servido de almohada.

—Mi bolsa está junto al fardo —dijo, tratando de que no le temblara la voz.

—Si quisiera tu dinero, ya lo habría tomado.

Miró más allá del arma enastada y vio a un joven montaraz de ojos salvajes, ataviado con ropajes de invierno. Beraquisio tanteó el suelo, buscando el cuchillo.

—Déjalo, Favila —ordenó una voz conocida.

Beraquisio entornó la mirada; otro corpulento montañés sostenía una espada al hombro. Se quitó con los dientes una astilla clavada en el pulgar.

—¿Qué diablos ocurre? —Beraquisio se humedeció los labios con una expresión de cautela.

—Te encomendé una misión —le dijo Pelayo—, y no hemos sabido nada de ti desde hace seis días.

El jefe astur escudriñó el arbolado en busca de compañía y Favila se sentó a su vera. Con apenas dieciocho años, el primogénito de Pelayo había heredado su robustez, mas no la prudencia. En ese instante fruncía el ceño,

rascándose la barba incipiente, como si sopesara unas complejas operaciones de aritmética.

—No fue fácil burlar a los sarracenos —se excusó Beraquisio—. Me hice pasar por arriero y logré reunirme con tu hermana… Me entregó esta carta.

Pelayo se levantó de súbito y tomó el pliego de pergamino. Leyó con detenimiento y entrecerró los ojos; su rostro se endureció aún más.

—Debemos marchar —declaró—. A Brece.

Dirigió un gesto a Beraquisio, que se apresuró a recoger sus cosas para acompañarlos. El campamento rebelde era un conglomerado de tiendas y chozas entre un triste arbolado que mostraba la desnudez de una primavera incumplida. Apenas había una decena de hombres, todos bien armados. Montaraces cubiertos de pies a cabeza con ropa de invierno que no combinaba, ojos nerviosos, salvajes, reunidos alrededor de pequeñas fogatas ante chozas de ramas. Llevaban casi un mes lejos de sus hogares, acosando a las guarniciones sarracenas, haciendo la Vía de la Mesa intransitable. Un tábano picando aquí y allá el lomo de un buey. Lo bastante molesto como para que, llegado el momento, pudieran forzar a Munuza a que liberase a su hermana.

Los astures apagaron las hogueras, enrollaron las mantas, se ciñeron las armas y saltaron sobre los asturcones. Favila examinaba el arca roja que su padre guardó en las alforjas.

—Todos creen que trajiste un tesoro del sur —comentó.

—No se equivocan —señaló Pelayo.

Pasaron el día cabalgando por un boscoso paisaje de lomas y vallejos a través de sendas ocultas entre la maleza, evitando los caminos más transitados. El mediodía se mostraba grisáceo, una gasa sucia cubría el sol. El jefe astur encabezaba la marcha cuando Asterio se colocó a su lado.

—No me fío de él. —El bucelario observaba a Beraquisio—. El oro sarraceno llega a todas partes.

—Es la letra de Dosinda —respondió Pelayo—. Está lacrada con su sello y el encabezado es el acordado para estos casos. Ella jamás ayudaría a Munuza.

—Los hombres están dispersos, aquí solo somos diez. En un par de días podríamos reunir a ochenta.

—No hay tiempo —insistió Pelayo—. Mi hermana partirá mañana.

—Podríamos usar los prisioneros para un intercambio. —Asterio quiso alcanzar un compromiso.

—Munuza sería un idiota si canjeara a mi hermana por un puñado de moros.

—Pelayo…, no dejes que las emociones te empañen el juicio —insistió su amigo y subordinado, y, por un instante, le sostuvo la mirada—. No tienes la culpa de que la apresaran.

—Lo sé. —Pelayo apartó la vista.

—Lo sabes. Ahora debes creértelo.

—Esto —dijo Pelayo, alzando la misiva— lo cambia todo. No podemos ignorar la ocasión de rescatarla sin derramar sangre.

Asterio sondeó su expresión, evaluando hasta qué punto él mismo creía en sus palabras. El hijo de Pelayo decidió intervenir:

—El rapto de mi tía Dosinda nos otorga simpatías —dijo Favila—. Muchos señores temen que les ocurra lo mismo.

—La mayoría prefiere fingir que la boda es legal —objetó Pelayo—. Eso les permite acatar la autoridad de Munuza con la conciencia tranquila. El gobernador musulmán pretende erigirse como garante del orden… Una rebelión armada ha de ser nuestro último recurso.

—Todos saben que nuestra causa es justa —insistió el muchacho.

—Una vez iniciada una guerra, ya no existen causas justas o injustas —dijo Pelayo—. Solo hay guerra.

Siguieron cabalgando, los ecos de los animales resonaban en el vacío del bosque. Al anochecer, les dolía cada músculo. Una hacienda emergió del bosque, mampuestos amontonados formaban una casa ante un cementerio, con un mausoleo medio derruido entre una nebulosa de estelas hincadas.

—¿Cómo se llama esta aldea? —preguntó Pelayo.

—Argandenes —aseguró uno de sus hombres.

La puerta emitió un chirrido, y una grácil figura se silueteó en la claridad.

—¿Qué queréis? —les dijo una voz femenina.

—Un lugar seco donde pasar la noche —respondió el caudillo astur—. Te pagaremos.

La dueña de la casa los examinó con unos impasibles ojos negros. Aún joven, mostraba el aspecto de una mujer que ha olvidado que es hermosa. Pelayo bajó la vista, y después la miró a los ojos: «Sé que no puedo pediros esto. No tengo elección».

—Pasad —decidió la mujer—. Preparaba un guiso.

El norteño descabalgó y dejó la montura atada en el porche. Ella le sostuvo la mirada más de lo necesario y se dispuso a recoger los cubos de agua. Pelayo los tomó del suelo para ayudarla.

—¿Sois viuda? —Ante su pregunta, ella asintió.

Entraron en un sombrío vestíbulo que aún conservaba el techo, el resto convertido en lodazal. El portalón de roble era incapaz de detener el viento y las ventanas tapiadas hacían el aire irrespirable. Un fuego alimentado con matorrales secos proyectaba una mísera luz sobre los muros en ruinas. Había dos niños sentados en el enlosado, y Pelayo enseguida percibió la hostilidad del mayor.

—Por favor, sentaos —dijo la mujer.

La docena de guerreros se acomodó en torno al fuego. Su anfitriona apartó las gallinas que picoteaban entre las lajas del suelo, descolgó la perola del lar y les ofreció unos cuencos de cocido. El muchacho mayor se limpió los mocos con el dorso de la mano. Rostro ovalado, ojos enormes de largas pestañas. El astur pudo intuir aquello que ocultaba.

—¿Matarás a algún moro? —le preguntó el pequeño, prestando atención a la espada.

—Tal vez —dijo Pelayo.

El crío sonrió, y él rebuscó en la alforja para ofrecerles unas tortas con miel. Observó cómo el mayor partía la suya y le entregaba la mitad al otro, que se la llevó con cautela a la boca. Más allá de la puerta, resonó un aullido lejano.

—Hay lobos allá fuera —dijo el niño, y luego miró a su huésped—: ¿No os dan miedo?

—¿Sabes que los lobos no temen a la tormenta? —respondió Pelayo.

—¿En serio?

—Los lobos cazan bajo la lluvia. Contemplan el cielo oscuro y aúllan a la luna. —La mirada gris del antiguo espatario se dirigió hacia el mastín que custodiaba la entrada—. A un perro domesticado le asustan los truenos, necesita un refugio para sentirse a salvo. Nosotros se lo ofrecemos a cambio de su servidumbre.

La mujer se acomodó a su lado sosteniendo una escudilla humeante.

—¿Puedo preguntaros vuestro nombre?

—Me llamo Pelayo. Soy hijo de Favila, antiguo duque de Gallaecia.

Ella asintió. Sin duda lo había imaginado.

—Me temo que no podemos ofreceros demasiados lujos —se lamentó—. Nuestros siervos huyeron hace años, y antes saquearon la casa.

Le dedicó un ademán cansado, una fuerza perdida en un mar de resignación y apatía.

—¿No os ayuda la parroquia? —le preguntó Pelayo.

—Mi esposo murió en Astúrica, luchando contra el hijo de Mūsà —afirmó en voz queda—. Nuestros vecinos nos retiraron la palabra.

—¿En verdad luchasteis junto a Rodrigo? —preguntó el menor de los niños.

El guerrero observó al mocoso, que no perdía de vista su espada.

—Sí, y también estuve en Astúrica —declaró, sombrío—. Eran hombres valientes que murieron defendiendo a los suyos.

—Mi padre no está para defendernos —dijo el mayor de los hermanos, con una expresión tan gélida como el bosque.

—¡Él no tuvo la culpa! —le espetó el pequeño, y Pelayo sintió una insólita piedad. Se dedicaron a escuchar el silencio, hasta que el jefe astur depositó unas monedas junto al hogar.

—¿Qué es esto? —preguntó la viuda.

—Oro.

—¿Todo esto a cambio de una cena y un techo?

—Debéis marchar a las montañas.

—Esta hacienda ha pertenecido a nuestra familia desde hace generaciones —dijo el mayor de los hermanos.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Pelayo.

—Catorce.

—No pasarás por varón durante mucho más tiempo.

Los ojos de largas pestañas se mostraron alerta. Se cubrió el pecho con una manta. Pelayo se puso en pie y caminó hacia el corral.

—Es hora de dormir —les dijo a los suyos—. Gracias por la cena.

Apenas durmieron. Se levantaron tres horas antes del amanecer. El desayuno fue una apresurada mezcla de incomodidad y silencio. Se ciñeron las armas, envolviéndolas con trapos para que el sonido no los delatara, y dejaron atrás Argandenes por una senda que serpenteaba en la montaña.

Pelayo podía sentir el peso de la malla sobre los hombros, el cuero chirriar con cada sacudida del caballo, el sudor que empapaba la túnica en su espalda. Beraquisio se había adelantado, y reapareció entre los árboles.

—Brece se halla sobre una loma en el siguiente valle —anunció.

—En su carta, mi hermana dice que estará escoltada. —Pelayo miró por encima del hombro a tiempo de verle asentir.

—Seis soldados, ni uno más —insistió Beraquisio.

—¿Moros o árabes? —preguntó Asterio.

—En Gegione solo vi maulas moros e hispanos.

Cristianos renegados, con el cráneo rapado y los dientes limados, oportunistas que servían al califa y adoptaban sus paganas costumbres. Asterio escupió sobre el barrizal. Ya fueran moros o muqātila, los duplicaban en número, se dijo Pelayo. Con eso debía bastar.

La noche los envolvía. La luna brillaba como una bestia albina agazapada entre tinieblas. Avanzaron por la senda, con el sonido de las pisadas amortiguado por el camino, alfombrado de hojas muertas. Escucharon un relincho lejano. En lo alto de una loma, perdida entre el follaje, un conglomerado de cabañas mostraba sus tejados pajizos. Pelayo reflexionó un instante, descabalgó y los pies se le hundieron en el cieno. Avanzó oculto tras una cortina de avellanos. La luz de los hogares recortaba unas figuras surgidas del porche. Nada parecía fuera de lugar. El huerto tenía buen aspecto, las coles crecían en ordenadas filas. El instinto fraguado en la antesala de mil combates le envió una sensación de alarma. No sabía qué, pero algo iba mal.

—No os mováis —siseó entre dientes.

Hasta entonces no se dio cuenta de que había contenido el aliento.

—Me adelantaré a reconocer el terreno —murmuró Beraquisio.

Pelayo iba a pronunciar un «No» cuando el guerrero abatió unas ramas. La oscuridad comenzó a vomitar saetas, la morisma surgió de la espesura como un enjambre. Gritos de miedo, agonía y muerte rasgaron el aire. El olor de la sangre aterró a los caballos. Tuvo la espada en la mano antes de que se fraguara un pensamiento consciente. Una lanza buscó su rostro. La hoja del astur le amputó un brazo y le tiñó la mano de sangre.

—¡Descabalgad!

Los astures respondieron al mandato. Teotiste cayó abatido por una flecha. Por la espalda. Pelayo rugió una nueva orden, y los guerreros formaron en cuadro. Una veintena de moros, con la cara tatuada y el cráneo rapado. Flechas y azconas surgieron en respuesta, el canto de la espada resonó en la noche. Con un rugido salvaje, Favila acuchilló a un muslim.

Pelayo blandió la espada, y un enemigo alzó la adarga para bloquear el golpe. La espada goda impactó en su escudo, le hizo tropezar y cayó de espaldas. Una flecha se clavó en el hombro del jefe astur, un moro cayó sobre él con un feroz rugido. Pelayo le sujetó el antebrazo y ambos rodaron por el suelo.

Todo estaba perdido. Le habían herido, estaban rodeados, los africanos los triplicaban en número. Conquistadores, guerreros de oficio… Todo estaba perdido.

En el combate, todo luchador ha de enfrentarse a una negación de sí mismo. Todos sus errores y debilidades pueden interpretarse como aciertos y fortalezas del adversario. En ocasiones, eso te hace olvidar que el enemigo eres tú. Pelayo dio una dentellada a ciegas y echó el cuerpo hacia atrás. Desgarró la carne. El moro se llevó las manos al rostro con un grito de dolor. Pelayo se arrancó la flecha del hombro y se la clavó al enemigo en la garganta. Este rugió, y Pelayo echó mano al scrama y le apuñaló en el pecho.

Al incorporarse, otro africano cayó abatido por una saeta ante él. En un recodo del camino, un muchacho desconocido sostenía un arco de olmo. Escucharon un estruendo de herraduras.

—*Ad ultionem!*

Un jinete ensartó a otro enemigo de una lanzada. El cadáver quedó clavado en un sauce, y el caballo embistió a los moros. El cabello blondo flameaba bajo un yelmo oscuro. Resonó un ijujú cuando una decena de cántabros irrumpió en la explanada. Pelayo apenas pudo distinguir nada, salvo el fragor de la batalla. Todo era un caos borroso de rostros crispados, miembros cercenados, brillo de espadas y cadáveres. La lluvia arreciaba, nublándole la vista, volviendo el terreno resbaladizo, repiqueteando en las armas.

El silencio al fin colmó la noche. Pelayo sentía el rostro empapado, dudaba que fuera lluvia o sudor. Buscó a su hijo con la mirada y examinó a sus hombres. Favila parecía ileso. Incluso los más estoicos seguían aturdidos por el terror compartido. Halló a Teotiste encogido en el suelo. Pelayo se arrodilló junto al muchacho y depositó una mano ensangrentada sobre la herida. En los ojos verdes, fijos en los suyos, vio aceptación.

—Lo siento —sollozó al morir—, lo siento… mucho.

El caudillo astur le cerró los ojos. Algo muerto barrió su mente antes de volver a la realidad.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó a Fruela sin alzar la vista.

—Es una trampa —dijo el espatario—. Cincuenta moros os aguardan en la casa, hay patrullas por todas partes.

—¿Cómo lo sabías? —inquirió el astur poniéndose en pie.

—Tienes un traidor entre tus hombres —dijo Fruela—. Se lo oí decir a los sicarios que Opas envió para matarme.

En el camino se amontonaban los cadáveres; seis amigos de la infancia yacían en la tierra embarrada. El jefe astur se plantó ante Beraquisio.

—Su hermano Alfonso lo ha desterrado —arguyó el bucelario, escrutando a Fruela—. Habrá pedido auxilio a Munuza.

—Hemos vigilado la hacienda —prosiguió Fruela—. Dos partidas de moros controlan los accesos al valle, otra más está en camino. No tardará en llegar.

Cuando Pelayo habló, su voz no traslucía ni un ápice de ira o disgusto.

—Mi padre solía decir que a los hombres se les puede perdonar lo que hacen, pero no lo que son.

Beraquisio dio un paso atrás, echó mano al scrama, lo pensó un instante y desabrochó la funda. Su rostro bullía de vergüenza.

—Dáselo a mi hijo —dijo, ofreciéndole el arma—, ¿lo harás?

—Sí.

—Dile… dile que me mataron los moros —balbució—. Te he servido diez años, me lo debes.

—Se lo diré.

Se oyó un crujido cuando el rostro de Beraquisio se encontró con el acero. Un humor sanguinolento salpicó las rocas como rocío escarlata. Pelayo recogió el scrama y lo guardó en el petate.

El jefe cántabro buscó a sus hombres con la mirada. El cuerpo de Alanto yacía entre la hojarasca, sin vida, con el rostro hundido en el cenagal, y Baldomero le daba la extremaunción. Ramiro recogía flechas clavadas en el suelo, el viejo se hacía un apresurado vendaje. Con dos enemigos abatidos en la lista, Munio ni siquiera jadeaba. El resto rebuscaba entre los cadáveres, la mitad con una espada sarracena al cinto.

—Vámonos —dijo Pelayo.

Atravesaron la oscuridad con los demonios aullando a la espalda, con el único pensamiento de escapar. No supieron durante cuánto tiempo cabalgaron en pos de un amanecer que no llegaba. Los caballos trotaban con esfuerzo, las herraduras resbalaban por un terreno desigual. Huellas parcialmente borradas por la lluvia, aquí y allá, lo bastante visibles como para poder distinguirlas. De carro, botas y herraduras. El camino había sido transitado hacía poco.

—Tomaremos la otra senda.

Fruela se disponía a protestar, pero la seguridad que transmitía la voz de Pelayo le detuvo. Dieron un rodeo por veredas casi abandonadas. Los astures parecían conocer hasta la última piedra de la comarca. Desde lo alto de la sierra, divisaron una hueste apostada en la senda que habían dejado atrás.

Amanecía. El sol se abría paso entre la tupida fronda del robledal. Con los dientes Fruela quitó el tapón al odre y bebió un largo trago. Mientras se secaba la boca, se volvió hacia las huellas que dejaban atrás. Nada ostentoso,

aunque visible para cualquier cazador. Pronto los moros descubrirían que habían burlado su emboscada y no tardarían en seguirles el rastro.

La niebla vespertina inundaba el valle, cubría el bosque, reflejaba la claridad del sol naciente. Pelayo entrecerró los ojos para mirar al sur, el viento azotaba su barba grisácea.

—El Pialonia está detrás de ese collado.

Una vez vadeado el río, las últimas estribaciones del Vindio les darían cobijo. Picaron espuelas, animados. La vereda descendía entre el arbolado, serpenteando por la ladera, para luego ascender hacia el paso de montaña. El robledal parecía colmado de vida; los insectos zumbaban en la maleza, los pájaros trinaban en los árboles. Resonó un alarido ondulante seguido de un chillido estridente que todos habían aprendido a temer.

—*Allahu akbar!*

—¡Escapad! —gritó Pelayo—. ¡Hacia el sur!

Tomaron los escudos, azuzaron las monturas. Una formación de jinetes cargaba desde lo alto. Las mizraq de hierro aguzado atravesaban escudos, después se enfrentaron a una tormenta de lanzas. Un yelmo crujió cuando Mimung lo hizo pedazos, el dueño eructó un chorro de sangre. Siguieron adelante, abriéndose paso entre morisma y espesura. La fronda se agitó ante Fruela, alzó la vista justo a tiempo. Una lanza se deslizó por el costado, desgarrándole la malla. El primer tajo de Mimung le golpeó en el hombro; el segundo, en el cráneo.

—¡Seguidme! —Una rama azotó el rostro de Fruela y le dejó una línea de sangre. Los montañeses rebasaron el collado; habían perdido de vista a Pelayo. El aire ardía en los pulmones. Entre un laberinto de fresnos, descendieron por la ladera hasta alcanzar el río.

El Pialonia rugía, salpicándolos con estallidos de espuma helada. Una espesa niebla cubría la crecida que anegaba las vegas, los chopos brotaban del agua turbia como fantasmas.

—¡Descabalgad!

Apenas seis hombres: el resto se había dispersado por el bosque. Iban llegando los rezagados. Ramiro desmontó el arco y lo introdujo en la funda, guardó la cuerda en una bolsa de cuero encerado y la metió bajo la ropa. Vieron aparecer a Pelayo sobre el caballo, ambos cubiertos de barro hasta el punto de no saber dónde empezaba la bestia y acababa el hombre. Después llegaron Asterio y Favila.

—Me quedaré atrás con Munio y el viejo para proteger la retirada —dijo Fruela—. Los detendremos todo el tiempo que podamos. —El conde astur no

llegó a protestar: alguien debía dirigir la marcha—. ¡Vamos!

Uno tras otro, los jinetes cruzaron las aguas revueltas sobre un lecho de rocas resbaladizas, mientras la luz se desvanecía a ojos vista. A sus espaldas, voces ásperas en una lengua extraña. Unas ramas agitándose, Mimung segó a ciegas. Las entrañas de un moro quedaron colgando. Cargó contra Fruela, la pierna izquierda se le enredó en los intestinos y cayó de bruces al suelo.

—Ahora tú, viejo —ordenó Fruela.

—¿Bromeas? —jadeó Elacio.

El conde le empujó al río. Otro enemigo surgió de la espesura y una flecha le acertó en el rostro. Desde la otra orilla, Ramiro disparaba en tiro tenso. Una nueva saeta se clavó en la adarga de un maula. Munio hincó la rodilla en tierra para segarle la pierna adelantada. Luego saltó al agua.

—¡Vámonos!

La vista de Ramiro parecía capaz de atravesar la niebla, los proyectiles caían sobre el enemigo con una precisión letal. Fruela comprobó que todos habían cruzado. Tras asegurarse de que nadie se rezagaba, tomó las riendas del semental y se sumergió hasta la cintura. El torrente de agua casi le arrastra, tuvo que aferrarse al animal. Una vez en la otra orilla, avanzó a trompicones hacia la espesura. Una flecha se clavó en un roble centenario.

A una orden perentoria, los norteños saltaron sobre las monturas para galopar hacia la loma. El cielo seguía gris, la lluvia había cesado. Las copas de los árboles susurraban y gemían. Cinco hombres habían quedado atrás.

—¡Vamos! —les gritó Pelayo—. ¡Aquí no estamos seguros!

Avanzaron por el piedemonte, hacia el este, a la vera del Pialonia. El camino subía y bajaba, franqueaba un puente, bordeaba pozas donde se remansaba el río. El bosque clareó y, por encima de los montes, un coloso recortado sobre los rojos celajes del ocaso resplandecía con el fulgor de las nieves eternas. La presencia del Vindio les infundió ánimos, la huida había llegado a su fin. Tras vadear el Salia, Pelayo descabalgó para limpiarse de sangre, mugre y sudor.

Depositó una mano sobre Favila y le abrazó con orgullo. Era la primera vez que su hijo vertía sangre. Al girarse, se plantó ante los cántabros.

—Gracias —les dijo—. Vuestros muertos… ¿cómo se llamaban?

—Somna y Alanto —respondió Munio.

—Somna y Alanto —repitió el astur—. He ahí dos nombres que no olvidaré.

Exhausto, Fruela apoyó el escudo contra una roca y se despojó de la loriga. Una expresión de alivio al liberarse del peso.

—¿Estáis bien? —les dijo a los hombres, y su primo puso una mano en su hombro.

—Lo estamos.

Decidieron acampar allí mismo, sobre la colina, sin encender ninguna hoguera. Retiraron las sillas a los caballos, cepillaron su pelaje embarrado, les dieron cebada y agua. Por un instante, los ojos de Fruela vagaron a la deriva. Habían perdido las mulas con la carga. Baldomero hacía recuento de víveres.

—Apenas nos queda alimento para dos días —se lamentó en voz baja—. Y después, ¿qué?

—Comeremos lo que podamos encontrar —dijo Fruela.

—¿Y si no encontramos nada?

—Algo habrá.

El monje emitió un gruñido apagado y acudió para atender los heridos. Pelayo extendió la manta sobre el suelo y se tumbó sobre ella. Munio echó un vistazo a los caballos y regresó al claro con un pequeño odre y un par de vasos de barro. Llenó uno y se lo ofreció a Fruela, que probó el vino y alzó la vista hacia el cielo nocturno mientras su primo bebía a su lado.

—¿Qué piensas de los moros? —le preguntó Fruela.

—Son guerreros duros, pero no saben pelear en el bosque.

—Ni tampoco vadear un río —añadió Elacio—, ni seguir un rastro. Para eso dependen de los maulas hispanos.

—Por eso estamos con vida —dijo Fruela.

—Y también gracias a Ramiro —precisó el veterano, escrutando al muchacho que secaba su arco—. Se diría que puede ver en la oscuridad.

Munio le entregó un vaso a Fruela, que apuró de un solo trago, y se lo llenó de nuevo. Cuando el calor del vino invadió su cuerpo, la ansiedad se diluyó en él. Las conversaciones murieron, el campamento se llenó de sonidos ásperos, jadeos entrecortados. Se tumbaron en el suelo. El antiguo espatario quiso dormir, cerrar los ojos y olvidar, pero cada ruido del bosque, cada susurro del viento, le recordaba el horror de la batalla.

Extrajo el perol de la saca y comenzó a limpiarlo. Buscaba algo que hacer, algo que ahuyentase a los fantasmas. Vio a Pelayo sentado, con la espalda apoyada en la roca y el scrama de Beraquisio sobre el regazo.

—La otra noche tuve un sueño —murmuró el astur, manoseando el arma —. Uno muy extraño.

—¿De qué iba?

—Anochecía, cabalgaba por una senda embarrada. A cada lado del camino había una fila de cruces y gente clavada en ellas. Vi a Fioncio, el que

mató a su hermano, y al viejo Egila, que forzó a una cría de once años. A Walia, que ordenó arrasar un poblado entero. Me gritaban, querían que los ayudase… Yo sabía que merecían estar ahí, no había redención posible a sus pecados. Así que ignoré las súplicas y seguí mi camino. Cuando llegué al final, encontré una cruz vacía. A su lado estaba el Diablo, esperando a clavarme.

Las aves habían dejado de trinar, el viento ya no susurraba entre los árboles.

—Haz que siga esperando —le dijo Fruela, y el astur asintió, meditabundo. Le dolían las piernas.

—Cuando lucho, jamás pienso en la esgrima —declaró para sí—. Después, siempre me pregunto cómo pude vencer. ¿Qué aprendiste de la derrota en el lago?

Extrañado ante aquel interrogante, Fruela reflexionó durante un largo rato.

—Que no conocíamos a nuestro enemigo —dijo al cabo—. Y, para derrotarle, debes saber dónde residen su fortaleza y sus debilidades.

—Has de ver el mundo a través de sus ojos —declaró Pelayo—. Los árabes conciben dos tipos de honor. El ‘ird supone la honra femenina, vinculada a la modestia y castidad. Solo se puede perder, y una vez que esto ocurre, resulta irrecuperable. Un linaje fuerte recibe mujeres, jamás las cede.

—Munuza quiso despojarte de tu renombre.

El jefe astur sonrió. Oculto tras una máscara de tosca reciedumbre, el tiempo pasado en Qurtuba había supuesto un meticuloso estudio de su oponente.

—El sharaf supone el honor masculino, que se puede adquirir, aumentar, perder o recuperar —prosiguió Pelayo—. Sufrir un rapto supone un menoscabo al sharaf que exige una retribución…, al igual que la muerte de tus hombres. Hemos vertido sangre agarena: ya no hay marcha atrás.

—Munuza verá comprometida su reputación —dijo el cántabro—, enviará un ejército contra nosotros.

—Exacto.

Fruela cerró los ojos, inspiró hondo, percibió el hedor a leña quemada, cuero y sudor. El cansancio de una noche de insomnio se apoderó de él.

—¿Qué piensas hacer? —dijo, y exhaló un trémulo suspiro.

—Convocaré al concejo de los valles.

—Envía emisarios a los nobles —le dijo el otro espatario—. Necesitamos a los potentiores, con sus castillos y ejércitos privados. Sin ellos no podemos vencer.

Pelayo escuchó el murmullo de un arroyo, y el ulular de un búho dedicado a la caza nocturna. Esbozó una sonrisa triste, desolada, y pese a ello sonrió.

—Lo haré.

XIX

En el campamento de Dorylaion, la tourma amoriense se preparaba en silencio. La noche traía voces, relinchos, órdenes resonando en la quietud, herraduras batiendo el césped, entrechocar de metal. Una niebla engullía la colina, prendida en las tiendas de tipo ávaro. Konon llegó a los establos, palmeó las ancas del caballo, revisó los cascos, le dejó una saca de cebada, acarició las crines… para calmar a ambos.

Un gesto casual que le hizo rememorar un infierno, visible a millas de distancia, un faro ardiente en el abismo de la noche. Recordó el rugido de las llamas, los gritos y el estallido de la madera al derrumbarse, convertidos en murmullo más allá del valle. Edificios que se consumían en una tormenta de fuego, el mármol iridiscente reflejando aquella vorágine de destrucción. Aquella noche, seis días antes, Konon también había acariciado al caballo, incapaz de apartar los ojos de la ciudad incendiada.

«Nada más cruzar el thema anatólico, comenzaron los saqueos», le había informado el drongario, y él asintió con un vago sentimiento de culpa.

Aquella destrucción se repetiría en Constantinopla si él no hacía nada para evitarlo. Había enviado a Teófilo a Teodosiana, con un mensaje dirigido a Maslama: «Estoy en camino, pero, como sabes, debo llevar mi oro y plata conmigo. Envíame un salvoconducto. Si cumples con tu parte, podré regresar sin asumir riesgos».

No parecía un argumento muy convincente, y, sin embargo, de algún modo, el hombrecillo logró convencerle. Teófilo besó el crucifijo que llevaba al cuello, juró y perjuró que cumplirían con lo acordado. Maslama dejó atrás Akroinon en dirección al thema tracesiano, asolando Sardis y Pérgamo a su paso. Mientras la flota de Umar retornaba a Cilicia para invernar, el príncipe omeya avanzaba hacia la costa para poder cruzar el Helesponto y llegar a Constantinopla en cuanto se reabriera la temporada de navegación. Con la amenaza árabe relegada hasta la primavera, Konon pudo centrarse en su reclamación al trono. Rememoró el avance de aquella tourma de cuatro mil

jinetes, tres días antes, mientras avanzaba por la antigua vía de Amorion, hacia Kaborkion. Dispuestos a iniciar aquella locura.

El aire de la mañana se sentía gélido en las mejillas, los soldados forcejeaban con las monturas rebeldes, los oficiales gritaban órdenes. Tras una hora de marcha, se detuvieron ante el río Sangarios, la frontera con el thema opsicio, su Rubicón. A partir de ese momento no había vuelta atrás.

La tourma amoriense consiguió tomar las ciudades de Kaborkion y Malagina sin hallar resistencia. Nicea estaba defendida por una gran muralla con un centenar de torres y un doble foso que llegaba hasta el lago Ascanión. La guarnición, de apenas doscientos soldados, se mostró incapaz de defender una cerca de tres millas y las tropas de Konon desfilaron triunfantes por el decumano. Las calles comenzaron a llenarse de curiosos, nadie esperaba un ataque. El estratego Miguel había enviado una hueste a Adramitio, para contener a Maslama, mientras aguardaba junto al ejército imperial en Nicomedia.

Konon reunió a sus oficiales en la residencia del gobernador opsicio antes de proseguir la marcha.

—No contamos con máquinas de asedio —objetó Manuel—. Si Miguel se hace fuerte en Nicomedia…

—Hemos tomado Nicea, la capital del thema opsicio —razonó Konon—. Si renuncia a librar una batalla a campo abierto contra nosotros, su reputación se echará a perder.

—Deberíamos esperar —masculló Teófilo—. Aún no ha llegado Artavasdo con las tropas armenias. Aceptó casarse con tu hija Anna para sellar la alianza. Parecía muy convencido, no creo que pretenda echarse atrás.

—Lo más importante ahora es la celeridad —declaró el estratego—. Si le damos tiempo, Miguel reunirá a las tropas dispersas en guarniciones y podría cortarnos la retirada hacia Anatolia. Estaríamos atrapados.

No había mucho más que decir, y el ejército anatólico prosiguió su marcha en dirección a Nicomedia. Poco antes del anochecer, los batidores regresaron desde vanguardia junto a los mensores, que habían elegido un lugar de acampada.

—El cuartel enemigo está a cuatro millas, sobre una loma —le informaron—. Hay que vadear un río, y desde allí se accede a un valle rodeado de colinas.

Desde entonces la situación se había complicado, Artavasdo no llegó con las tropas prometidas, y, sin retirada posible, no les quedaba más remedio que

luchar. El estratego confiaba en que el asalto nocturno les otorgase cierta ventaja.

Dos vías unían las cuatro puertas del campamento amoriense en Dorylaion, delimitando cuatro áreas donde montaron las tiendas de cada contubernio. Ensimismado, el estratego recorrió la senda embarrada que conducía al pretorio. El interior de su tienda estaba frío, aquella noche la leña escaseaba. Sentado en el suelo, Teófilo examinaba un escritorio repleto de plumas y tintas como si fuera su mayor tesoro. A su lado, el hypostrategos Manuel afilaba la espada.

—Solo tenemos una tourma —le dijo al verle entrar—. Para derrotar a Teodosio nos harían falta dos.

—Aun sin la ayuda de Artavasdo, podemos derrotar a las tropas opsicias, a los federados y a la guardia imperial. La sorpresa estará de nuestro lado.

Konon mostró su mejor sonrisa y el hypostrategos abandonó la tienda, confiado. La mueca confiada se esfumó en cuanto el oficial se perdió en la oscuridad. Prefirió dedicar su atención al odre de vino. Teófilo era alguien con quien uno podía emborracharse sin pronunciar una sola palabra, lo cual, dadas las circunstancias, suponía una inapreciable virtud. Fuera llovía. La noche sería larga.

—Aceptar el trono para convertirte en un títere del califa… —murmuró Teófilo—. ¿Crees que es una buena idea?

—Es el único modo de que Roma sobreviva —dijo Konon—. Igual que nuestras creencias.

—Las religiones han coexistido durante siglos.

—El ŷihād es un estado de guerra perpetuo para someter al mundo entero. La palabra de Alá solo son dogmas que rigen todos los aspectos de la vida. El Islam es una esclavitud sin amo.

—Pero estás de acuerdo en su rechazo a las imágenes —señaló su consejero.

—Quien no se sienta deudor de su enemigo está negando una parte de sí mismo.

Agotado, el estratego se tumbó en el camastro y cerró los ojos. Su capacidad para dormir en cualquier momento y lugar era legendaria entre sus hombres.

Despertó tres horas más tarde, se puso la armadura, tomó la espada, salió de la tienda y se acercó al terraplén para orinar. Había dejado de llover; escrutó el horizonte sombrío y volvió a la hoguera donde se hallaban los oficiales.

—Que todos se preparen para el combate —les ordenó.

Los militares dispusieron las armas en silencio. En los establos, Konon ajustó la silla y los jaeces al semental, que relinchó al sentir su peso, revolviéndose con vigor. Regresó montado al pretorio, donde descubrió a Teófilo con una coraza que le caía grande y un yelmo relleno de esparto para poder ajustárselo.

—¿Qué se supone que haces? —le preguntó.

—Si tus hombres ven que hasta yo lucho, no habrá nadie que se niegue a hacerlo.

Parecía razonable, aunque Konon no las tenía todas consigo.

Vestidos con túnicas de tipo ávaro, los soldados colocaban la barda y la testera de hierro a los caballos. Los oficiales revisaban las armas, las herraduras, y en el pretorio los mapas se enrollaban cuando los capitanes partían con las órdenes. Las estrellas se diluían en una promesa de amanecer mientras desmantelaban el campamento en silencio, se apagaban las hogueras y el ejército anatolio formaba en la explanada con las monturas sujetas por la brida.

El caballo de Konon pifiaba. Tiró de las riendas y una gota de lluvia cayó en su mejilla. Húmeda, cálida, reconfortante. El estratego cabalgó hacia Bardanes, el hijo del hypostrategos Manuel.

—¿Llevarás mi estandarte? —le dijo, solemne.

A su diestra, un bandoforo sostenía el bandum, un enorme pendón con el águila romana sobre un fondo escarlata y rematado por ocho serpentinas. Aquellas banderas de cola de golondrina, tomadas de los ávaros, habían reemplazado al águila, el vexillum y el lábaro.

—Será un honor, kyrios —dijo Bardanes.

En efecto, lo era. Una demostración de confianza, hacia él y su padre. Solo podía recompensar diez años de lealtad de aquel modo.

El ejército romano se había desplegado en tagmata, cuadros de entre doscientos a cuatrocientos hombres, para que el enemigo no pudiera estimar su número contando los estandartes, con diez soldados de fondo en una formación lo bastante abierta como para que el caballo pudiera girar en redondo. Un tercio eran cursores, arqueros montados que harían labores ofensivas, y las dos terceras partes restantes defensores, lanceros con escudo. Dos tagmata de guardaflancos protegían el ala izquierda, donde cabía esperar las acciones envolventes, y otros dos de flanqueadores en la diestra.

El estratego trotó ante la hilera de jinetes recortada sobre la hierba, curtidos en las interminables disputas fronterizas e incursiones árabes.

—*Milites!* —les gritó—. Esta noche no os hablaré de las bondades del emperador. Ni tampoco de sus victorias pasadas…, ya que no posee ninguna. Tampoco puedo exhortaros, como es costumbre, a luchar contra los enemigos de Dios. Sin embargo, esta vez, más que nunca, pelearéis por nuestra patria común, la Rhomaiōn politeia, y tendremos al Señor de nuestro lado. ¡Porque si hoy somos derrotados, nuestra civilización perecerá, y con ella toda la cristiandad! —Teófilo observaba fijamente al estratego—. Atacaremos el campamento enemigo dos horas antes del alba. Será decisivo el daño que les inflijan nuestros arcos. Quiero velocidad aun a costa de precisión. No será una competición de tiro. Dispararéis a ciegas, sin comprobar la dirección del viento. ¡Al menos diez disparos por giro y tres giros antes de la retirada! Si lo logramos, la victoria será nuestra. *Kyrie Eleison!*

—*Kyrie Eleison!* —rugieron los jinetes al unísono.

Los soldados se despojaron del manto oscuro que ocultaba el brillo del klibanion; los defensores retiraron los banderines a las lanzas, los cursores encordaron los arcos. Un heraldo recorrió a caballo el frente de batalla:

—*Silentium. Nemo demittat, nemo antecedat bandum, si venias*…

Los kantatores traducían del latín unas antiguas órdenes que la mayoría de soldados era incapaz de entender:

—Que nadie retroceda, que nadie rebase el estandarte. Marchad al ritmo de la línea anterior. Así es como actúa un soldado valiente. Si abandonáis al estandarte, seréis derrotados. Soldado, mantén tu posición asignada…

Apoyado en el arzón, Konon examinaba a sus hombres. A causa de sus armas, Escipión, César o Trajano no los habrían reconocido como romanos, pero aquellas palabras los hacían partícipes de una tradición militar milenaria.

—*Silentium!* —El heraldo voceó la consigna.

Un silencio absoluto, salvo el viento siseando en la hierba. Un sonido apacible. Un sonido frágil.

Frágil, porque una sola palabra podía romperlo.

—*Move!* —Konon gritó la orden de marcha.

Cabalgaron en orden abierto a través de la oscuridad, bajo la luna llena, durante dos millas que se antojaron eternas. Vieron el contorno del paso entre las colinas, casi imperceptible en las tinieblas. El cuerpo de reserva del hypostrategos Manuel se separó para desplegarse. Rebasaron la vaguada y, ante ellos, miles de hogueras surgieron en el horizonte, como parte de un cielo estrellado que, poco a poco, cedía al alba. El viento etesio comenzaba a soplar, arrastrando el sonido de los cascos. También reduciría el alcance de

las flechas. A una milla del enemigo, Konon bramó una consigna y los extremos de la tourma pasaron a un orden cerrado.

Escucharon cuernos lejanos, los exploradores enemigos daban la señal de alarma. El ejército de Anatolia entonó el Trisagion:

—¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, apiádate de nosotros!

A tres tiros de flecha, Konon gritó «*Iunge!*», y los tagmata cerraron filas para cargar en un cuadro compacto. Los defensores alzaron los escudos. En los extremos de la formación, los flanqueadores, a la derecha, y los guardaflancos, a la izquierda, mantenían los estandartes abatidos para no delatar su posición.

Los jinetes llegaron a la fosa con terraplén del campamento opsicio y giraron a la diestra. El estratego musitó una plegaria, rogándole a Dios que no hubieran sembrado el terreno de abrojos. Tomó una saeta de la aljaba, apuntó al firmamento y gritó la señal. Un trompeta repitió la orden. Resonaron el gemir de los arcos y el siseo de las flechas, una nube gris ocultó el fulgor de las estrellas. La descarga cayó sobre el desorientado enemigo más allá del parapeto.

Escucharon gritos; el campamento se convirtió en un avispero, las tropas de Konon cabalgaron en torno al perímetro defensivo. Más allá del parapeto, los enemigos se ceñían las armaduras a toda prisa. Las Escolas palatinas, la guardia personal del emperador, pipiolos de buena familia que jamás habían entrado en combate, huyeron en desorden hacia el pretorio.

Un nuevo disparo, y otro, y otro más. Konon forzó los músculos de la espalda hasta el límite. «Más disparos, aun a costa de precisión», les había dicho. Los proyectiles solo eran efectivos en grandes descargas. Deshacían la formación enemiga, agotaban a los caballos, forzaban al enemigo a atender a los heridos, lo debilitaban. En un terreno quebrado, cuando el adversario no podía cubrir velozmente la distancia que los separaba, una lluvia de flechas resultaba letal. De noche, ante un enemigo desordenado, se trataba de una muerte invisible.

El fuego que abrasaba sus pulmones le sacó de tales pensamientos. Rugió una orden para hacer girar a los tagmata, y los cursores empezaron a disparar en tiro parto.

Los jinetes continuaron girando hasta encarar el campamento y cargaron de nuevo. El enemigo ensillaba los caballos, empezaba a reagruparse en cuadros, bajo la lluvia de saetas que, invisible, caía como el granizo. Konon se sentía exhausto. Los músculos del hombro le ardían, el sudor empapaba el forro interior del yelmo, la montura empezaba a dar muestras de fatiga. El

carcaj estaba casi vacío. Las puertas del campamento comenzaron a vomitar jinetes que se desplegaron por la ladera.

El estratego gritó una orden, el trompeta entonó una serie de toques cortos, los lanceros cargaron por el flanco izquierdo de los desorganizados jinetes opsicios. Resonó un estruendo cuando la formación de desmoronó ante el empuje del thema anatólico.

La batalla se volvió feroz, el aire se colmó de sonidos de guerra. La carga se convirtió en retirada cuando el enemigo, cada vez más numeroso, avanzó inexorable. Las flechas de la tourma anatólica se agotaban. Konon ordenó que los cursores se refugiaran tras los defensores. Escuchó aullidos en lengua extranjera, búlgaros y jázaros se sumaron a la lucha.

—*Cede!* —La ventaja de la sorpresa se había esfumado, y ordenó la retirada. El desenlace quedaría en manos del hypostrategos Manuel.

Cabalgaron hacia el vallejo que habían dejado atrás. Las bestias se mostraban fatigadas. La tourma opsicia los perseguía junto a jázaros y búlgaros; la distancia menguaba a cada paso. Resonó un cuerno y los enemigos hicieron uso del arco. Un jinete cayó abatido junto a Konon, con dos flechas en el cuello. Los defensores se echaron el escudo a la espalda.

Picaron espuelas para adentrarse en la vaguada. Escucharon varias trompas de guerra. Algo iba mal. Caballos sin jinete trotaban despavoridos, los dueños eran pisoteados por los jázaros. Las flechas silbaban por todas partes. A una orden de Konon, los tagmata giraron en redondo para encarar al enemigo. El orden de batalla estaba deshecho, por lo que trataron de formar en cuadro. El enemigo se aproximaba al galope. Algo iba mal. Con un temor renovado, Konon vio a la vanguardia enemiga cargar. Un bosque de lanzas alzadas, escudos pintados, laminares bruñidas, lorigas de malla gris. Avanzaban por el campo de batalla como una ola argéntea, la pálida luz reflejada en las armas. Konon sintió que la victoria se le escapaba de las manos.

Desde la izquierda, llegó el sonido apagado de los cuernos de guerra; como un eco, más toques cortos surgieron del otro costado. El cuerpo de reserva de Manuel se sumaba al combate.

La noche vomitó una nueva descarga de flechas, con gritos feroces los lanceros cargaron. El angosto paso entre las dos colinas impedía al enemigo desplegarse. Los flanqueadores y guardaflancos le atenazaron, y el cuerpo de reserva pudo atacarlos por la espalda. Los tagmata opsicios se veían acosados por todas partes. Algo iba mal. La lucha estalló con una furia renovada,

alimentada por los gritos de los hombres, el relincho de las bestias y el rugido de las trompas de guerra.

Los jinetes se reunieron en torno al bandon. Con un rápido gesto, Konon apartó una lanza y clavó la suya en un delgado cuerpo. El asta de fresno se quebró al desplomarse el cadáver. Ya no tenía flechas, así que desenfundó la espada. Segó la garganta de un jinete y la sangre le salpicó en el rostro.

Escuchó otra señal, más profunda, lejana, venida de oriente. Conocía bien el quejido ronco de los cuernos de las estepas. Alzándose en los estribos, Konon dejó escapar un exabrupto. Una horda de búlgaros surgió tras la otra colina, desdibujados por la niebla, irreales. El estratego escrutó a través del caos, hacia su campamento, más allá del río. A un mundo de distancia.

—¡Volved a formar! —La voz de Nikaias le trajo de regreso a la realidad.

Bardanes sostenía el estandarte, los soldados se reagrupaban en torno al bandon. Las monturas estaban exhaustas, se desató un nuevo caos. Konon tenía la boca tan seca como el esparto. Los bárbaros cargaron contra la desordenada tourma anatólica, alentados por el anticipo de la victoria. En las alas del ejército opsicio se desplegaron flanqueadores y guardaflancos. Sobre la pálida hierba, dibujaban una tenaza oscura que acabaría atrapándolos.

—*Cede!*

No había dónde retirarse. El estratego hizo un nuevo gesto a Bardanes, que agitó el bandon señalando a la otra colina de poniente. Seguido de sus hombres, Konon cabalgó hacia el terreno elevado. Su caballo relinchó al recibir un flechazo, y saltó de la montura antes de que se revolcara sobre la hierba. Recogió una lanza y vio a sus hombres girarse para encarar al enemigo. El estandarte estuvo a punto estuvo de caer y, por un instante, el ejército anatólico contuvo el aliento.

Un búlgaro había alanceado a Bardanes para arrebatarle el bandon. El muchacho logró asestarle un golpe mortal antes de caer de rodillas, apoyado en el asta del preciado estandarte, que flameaba sobre el cielo estrellado. Una sonrisa afloró en los labios del muchacho cuando Konon se arrodilló a su lado.

—El estandarte no tocó el suelo, kyrios.

El estratego asintió. Solo pudo susurrarle un «Adiós, amigo» antes de que se desvaneciera el brillo de sus ojos. Konon dejó el cadáver en el campo y se incorporó con la bandera en la mano.

—¡Descabalgad!

Los soldados obedecieron, las monturas estaban extenuadas. El estandarte ondeaba hecho jirones entre una formación deshecha. Los restos de la tourma

ocuparon la suave pendiente. A sus espaldas, el río. Sin escapatoria.

Los rhomaioi formaron ante los bárbaros de las estepas. Los ancianos aún contaban relatos en griego sobre centauros y amazonas; historias narradas junto al fuego que habían pasado de boca en boca desde la noche de los tiempos.

Una flecha se clavó a los pies de Konon, y, por instinto, alzó el escudo. Otra descarga de saetas los obligó a replegarse colina arriba. Amanecía, una mísera luz surgía de un infierno subterráneo. Konon empuñó una lanza y dispuso a sus hombres. Los más veteranos —los más cansados— formaron en primera línea. El estratego recorrió las filas y señaló a la horda de búlgaros.

—¡Prestaremos un nuevo servicio al Imperio! —gritó—. ¡Cien búlgaros muertos hoy serán cien búlgaros a los que el emperador no tendrá que pagar mañana!

La broma fue celebrada con risas. El estratego tomó un último sorbo de agua y arrojó la cantimplora vacía. A cien pasos la caballería nómada se disponía a cargar. Armaduras pavonadas, estandartes rojos, un bosque de lanzas. El descanso había terminado. Konon tomó el estandarte con la figura del águila y caminó hacia Teófilo.

—¿Deseas afrontar la muerte con dignidad?

El hombrecillo gruñó algo ininteligible.

—Hay pocas personas por las que actúo con dignidad, y tú no estás entre ellas —respondió su consejero.

Konon ignoró la pulla y le entregó la enseña. El rostro del consejero, pálido y demacrado, adoptó una determinación sombría. La tela cobró vida en sus manos, mecida por el viento etesio. El resto de banderas romanas se alzaron en señal de desafío. El estratego recogió un escudo y se situó junto a sus hombres. Morir ante unos bárbaros, y no ante otros romanos, resultaría mucho más fácil.

—*Ad fulcum!*

La bocina resonó bajo la pálida luz de la alborada, los soldados crearon un cuadro compacto. Los escudos se solaparon en el frente, el resto los levantó sobre sus cabezas. Una nueva orden y las dos primeras filas clavaron el regatón de las lanzas en el suelo, apuntando con la moharra al exterior. Tras el fulcon, una variante del viejo testudo romano, los cursores dispararían las pocas flechas que les quedaban.

El heraldo de los federados volvió a tocar la bocina. Con gritos feroces los búlgaros cargaron.

—*Nobiscum Deus!* —gritó Konon, y los soldados comenzaron a entonar el barritus.

Con el borde del escudo ante la boca, emitieron un murmullo siniestro, haciendo vibrar la madera, y fue creciendo hasta convertirse en un aterrador rugido cuando los jinetes se les echaron encima. Konon bajó la vista, observó la hierba bajo sus pies, pisoteada y oscurecida por la sangre. Escuchó su propio aliento. El tiempo se detuvo. Aferró la lanza mientras sentía el temblor de las manos.

—¡Aguantad!

El brutal impacto destrozó el escudo y le hizo caer de espaldas. Por un instante, se vio suspendido en el aire. Sintió un sabor cobrizo en la boca. El suelo pedregoso le golpeó en el costado. Una grieta en el tilo hacía inútil el escudo. Las filas posteriores ocuparon las brechas del fulcon. La fortaleza de lanzas se recompuso. Al mirar entre los escudos, Konon vio al caudillo enemigo pisoteando a cadáveres y heridos.

Abandonó la formación empuñando una espada dentada por los golpes. Vio la lanza llegar, la esquivó por instinto y utilizó el impulso para tajar la pierna del jinete. Escuchó un grito al amputar la extremidad, el metal chirrió cuando la moharra enemiga arañó las láminas de su klibanion. Los soldados romanos corrieron en su ayuda. Un número escaso, y, sin embargo, aparecieron entre la caballería nómada como un rayo de fuego. Alancearon a los jinetes, desjarretaron las monturas, la carga fue rechazada. Los rhomaioi se detuvieron cuando ya casi saboreaban el triunfo.

Quinientos excubitores, los jinetes de la guardia imperial, formaban ante ellos, imponentes, incólumes, bajo la sombra de los estandartes dorados. El sudor corría por la frente de Konon mezclado con la sangre. No puedo más, se dijo. La respiración entrecortaba se hizo tos, las piernas le fallaron. Pensó en su esposa, María, en su hija Anna. Todas sus esperanzas se hacían añicos ante él. Las fuerzas le abandonaban, no tenía escapatoria. Solo podían luchar.

Escuchó el viento. El viento que siseaba en la hierba, y traía un gemido distante. El gemido de las trompas de guerra. Una tourma, del thema armenio. Tres mil jinetes a media milla, tras la guardia imperial.

Había llegado Artavasdo.

Las trompas de guerra ordenaron a los excubitores girar en redondo, los estandartes dorados se agitaron. A duras penas pudieron descabalgar, para crear el fulcon. Konon bramó una orden. En la formación deshecha resonó el eco de la llamada a la guerra. Los soldados anatólicos se abalanzaron contra el enemigo.

—¡Roma eterna!

Los lanceros armenios barrieron el muro de escudos como una tormenta. Incapaz de combatir en dos frentes, la guardia imperial quedó devastada. Los bárbaros huyeron en desorden.

La alborada resultó deslumbrante tras una batalla en tinieblas. Exhausto, Konon dejó caer el arma. Sentía el hedor a muerte en el aire, irrespirable, cargado de humo y polvo. Pisaba un lodo oscuro, a base de sangre, tierra y ceniza. Una bandada de cuervos envolvía el cadáver de un excubitor, con el rostro oculto por una enmarañada mata de cabello rojizo. Reconoció al muchacho de Lázica con el que compartieron hoguera. Los pájaros de muerte se disputaban sus restos, batiendo alas, sus garras afiladas rasgaban la carne pálida.

Tomó una piedra y se la arrojó a las aves, que remontaron el vuelo. Cayó de rodillas junto al cuerpo sin vida y le cubrió el rostro con el manto.

—Descansa en paz, criador de cerdos.

Cuando concluyó su plegaria y levantó la vista, trescientos hombres le observaban; excubitores, soldados del thema anatólico y del thema opsicio. Konon se giró desarmado hacia un oficial de la guardia imperial. Extendió la mano y el curtido oficial le entregó su espada; recogió un escudo del suelo y, cojeando, caminó hacia donde el estratego opsicio había dispuesto el fulcon.

—¡Miguel! —gritó Konon—. ¡Ya han muerto demasiados romanos! Resolvámoslo entre nosotros en un duelo, y que sea Dios quien decida.

El estratego opsicio abandonó el cuadro y se retiró el yelmo.

—Estás hecho una mierda —le espetó Miguel—. Te han herido y apenas te tienes en pie. Eres un lunático nacido entre árabes que intenta demostrar su romanidad a cualquier precio. Ya he perdido la batalla; aquí tienes mi espada. —Arrojó el arma a sus pies—. Prefiero que me encadenes en una mazmorra a soportar más tu insufrible nobleza.

Konon recogió la espada de su adversario y se plantó ante el fulcon:

—*Milites… Ite!*

La tourma opsicia obedeció la orden y rompió la formación.

—¡Por el león de Anatolia! —gritó un drongario—. ¡Larga vida al León!

Las tropas de Anatolia alzaron las armas y corearon su nombre: «¡León, León, León!». Los soldados del thema armenio, los excubitores y los escolares se sumaron al clamor. El estratego se giró en redondo, desconcertado, para recrearse en la escena. Artavasdo había levantado la espada para ovacionarle.

—¡León, León, León!

Poco después le llevaron al joven Teodosio, seguido de un nutrido cortejo liderado por el gran logoteta y el resto de eunucos. El joven vástago imperial había palidecido, sus rodillas cedieron bajo el peso de su armadura, la espada resbaló entre sus dedos y repiqueteó en el suelo. Trató de sacudirse el polvo del manto púrpura. Konon hizo un gesto para que se lo llevaran.

El estratego anatólico sintió una mano sobre la hombrera de la coraza. Se giró hacia unos ojos azules que brillaban sobre una costra de polvo. Teófilo aún sostenía el estandarte de la tourma anatólica que ondeaba por encima de los cadáveres.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó su amigo y consejero.

—Marchar a Constantinopla para reclamar el trono —dijo Konon—. Tenemos que defender la capital de la Romania.

XX

Fruela abrió los ojos poco antes del amanecer. En torno a una gran colina, coronada por un anillo de túmulos, sobre la encrucijada de la vía del Onna, el mundo se mostraba más gris y ceniciento que la jornada anterior. Alzó la testa de la alforja que le servía de almohada y descubrió a Pelayo sentado, con las piernas cruzadas, bajo el toldo que los cubría, con el rostro entornado hacia las montañas.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Escucha —dijo el astur, y él obedeció. No había nada que escuchar. El viento gemía en el valle.

—¿A qué te refieres?

—Un sueño me despertó —murmuró el astur, mas él solo vio una sierra en tinieblas, sobre un firmamento oscuro—. ¿No puedes oírlo?

—La Diosa te está llamando —le dijo Munio, manoseando la punta de sílex que pendía del cuello.

Los heraldos habían cabalgado de valle en valle, a través de gargantas, collados y bosques. Las guarniciones prendieron fuego a las almenaras, la llamada al concejo se difundió por Asturia y Cantabria. Cientos de hombres y mujeres, llegados de todas partes, habían acampado en el antiguo cruce de caminos del Onna y erigido un bosque de tiendas. Pelayo había reunido todos sus efectivos y contaba con un séquito de ochenta guerreros, incluida la comitiva cántabra.

Astures y cántabros se levantaron de mala gana, para asearse con el agua de lluvia recogida en los toldos. La leña húmeda, que apenas ardía, al menos bastó para calentar el desayuno.

—Debo visitar el santuario —concluyó Pelayo.

—¿La cueva? —dijo Fruela, y se sacudió el agua del pelo como un perro. Con un cuenco de leche en las manos, Baldomero se envaró al escuchar sus palabras.

—En su obra De correctione rusticorum —les expuso, intranquilo—, san Martín de Braga nos advierte sobre los demonios que habitan en los ríos y las

fuentes haciéndose adorar como dioses. San Isidoro explica en sus Etimologías los muchos peligros de la hidromancia…

Podría haber mencionado la biblioteca de Alejandría al completo. Pelayo le ignoró y se secó la frente con el dorso de la mano, al tiempo que vislumbraba el contorno de las colosales montañas. Una hora después, los guerreros saltaron sobre las monturas, con la ropa adherida a la piel como un manto helado, para tomar la senda que se adentraba en la garganta del Deva.

—Pronto comenzará el concejo… —Fruela marchaba en vanguardia, junto a Pelayo.

—Hay algo que debo preguntar.

Dos horas después, llegaron al fondo del valle, cerrado por las estribaciones del monte Auseva. En el farallón rocoso de su ladera norte, a ochenta pies sobre sus cabezas, existía una cueva de la que surgía una cascada, que se precipitaba en el lago donde nacía el Deva. La roca verdosa, recubierta de musgos y líquenes, delimitaba un gran estanque que servía de puerta al Inframundo.

Alzaron la vista hacia Cova d’Onnica, la cueva de la fuente, el lugar más sagrado de toda la comarca. Se decía que la propia diosa, dadora de abundancia, habitaba en la caverna, y, desde tiempos remotos, los lugareños arrojaban ofrendas al lago que se hallaba a sus pies, acudían para beber de sus aguas en busca de sanación, y las mujeres se bañaban para quedar encinta.

—Esperadme aquí. —Pelayo descabalgó para ascender por la senda, empinada y estrecha, que conducía al santuario. Inapetente de cualquier ayuda espiritual, Fruela se sentó junto a la poza, para afilar la espada.

En la cavidad, el caudillo astur descubrió que las paredes de roca resplandecían por cientos de candiles, antorchas y cirios prendidos. Sobre un ara cubierta de musgo, una tosca escultura femenina parecía sepultaba por cientos de ofrendas: monedas y lingotes, piernas y brazos de arcilla, joyas de aspecto reluciente, reliquias de tiempos pasados, lucernas broncíneas de orfebres romanos junto a toscos cuchillos de pedernal.

Sentada junto al altar, una mujer se atusaba el cabello con un peine de oro; el vestido blanco, adherido al cuerpo por la humedad. Pelayo caminó hacia ella con cautela, y, cuando levantó la vista, le sorprendió con unos ojos de gata.

—¿Eres una jana? —inquirió el conde astur.

Ella alzó una ceja, intrigada.

—Pensé que sería obvio —dijo, mirándole por encima del hombro. Era menuda, de miembros delgados y una edad indefinida. Depositó el peine en el

suelo y comenzó a trenzarse el cabello, que casi le llegaba a la cintura, con unos dedos adornados con anillos de plata.

—¿Puedo? —Pelayo señaló el escabel situado frente al altar.

—Debes. —Con un rubor tenue en las mejillas, la jana le examinó con interés.

Él tomó asiento mientras observaba las tres figuras que presidían el ara.

—¿Las Matres? —preguntó.

—La triple Diosa Madre —dijo la ninfa—: Deva en la tierra, Nabia Orebia en el Inframundo y la diosa innominada en el cielo. Las hilanderas de tu destino. La existencia de un héroe carecería de sentido sin el poder de la feminidad.

Se decía que la Diosa Madre hablaba a través de sus hijas. En la mente de Pelayo, impregnando todos y cada uno de sus pensamientos, subsistía una sensación extraña. El frío que mordía sus pulmones le sacó de tales recuerdos.

—No soy un héroe.

—El hombre que querías ser nunca llegó a existir —comentó la vidente —, ¿por qué?

—No logré desenmascarar a unos traidores cuando estuve a tiempo.

—No te atormentes. Ningún pasado es ideal, pero del pasado surgen los ideales. Eres la suma de tus victorias y derrotas, tanto tuyas como las de tus antepasados.

—¿Y quiénes son mis antepasados? ¿Astures o godos?

La ninfa sonrió de nuevo.

—Es una buena cuestión —admitió—. La sabiduría no reside en conocer todas las respuestas, sino en saber qué preguntas has de hacerte. ¿Cuál de ellas te ha traído a este lugar?

—Deseo conocer mi destino —respondió Pelayo, y, a un gesto de la vidente, sacó una corona votiva del manto y la depositó a los pies del ara.

—Tu destino es fraguar un reino —respondió la jana, y admiró su desconcierto—. Si aun así no te consideras un héroe, ¿qué otra cosa crees ser?

—Un guerrero.

—¿Y por qué causa lucha ese guerrero? —dijo la jana, poniéndose en pie —. Cuando debas pedirles a otros que mueran por ti, ¿qué les dirás?

—Que defiendan la vida de los suyos.

—Sobrevivir es un instinto, no un ideal, y el modo más fácil de hacerlo es someterse al poderoso.

—La libertad.

—La búsqueda de libertad es la ocupación de las almas vacías. Nadie vive la vida que ha elegido. Somos lo que somos, no hay escapatoria.

—Preservar nuestros bienes.

—El materialista es incapaz de luchar. Cuando el sentido de trascendencia se vuelve imposible, la voluntad rechaza el conflicto.

—No sé qué decir —admitió el astur—. Supongo que soy estúpido.

—En absoluto. Solo eres demasiado complejo como para entenderte a ti mismo. —La voz de la ninfa se hizo más profunda—: Así obraron los dioses, así actúan los hombres. Un acto solo adquiere sentido si reproduce lo sucedido en la noche de los tiempos.

La jana deslizó los pies sobre la roca húmeda y arrojó un puñado de carbones al fuego. Inhaló el humo y depositó unos hongos en un mortero de plata. Se extrajo una aguja del cabello y se pinchó el pulgar. La sangre se derramó sobre el cuenco. Bebió el contenido y le miró sin ver. Los ojos grises menguaron ante la visión inducida por el hongo sagrado. Cuando habló, Pelayo apenas pudo reconocer su voz:

—Yo estuve allí. El día en que el pueblo de Deva llegó a esta tierra montuosa, yo estuve allí.

»El pueblo de Deva estudiaba las ciencias ocultas, superó a los más sabios en la hechicería. Hasta el día del infortunio, cuando Erudino perdió la diestra en una refriega y tuvieron que elegir a un nuevo rey. Reunidos en concejo, decidieron entronar a Vaelico, el rey de los fomoré, los demonios del caos, llegados de más allá del océano.

»Los fomoré impusieron tributo al pueblo de Deva. Como maestros en la nigromancia, habían sacado provecho de la plaga que los precedía, para esclavizar a las gentes e imponerles su dominio. Hasta que los herreros de la Madre forjaron una mano de plata para Erudino y, de nuevo, pudo ceñir la corona. Vaelico convocó a los fomoré y Sucellus respondió a su llamada. Ambos reunieron una enorme hueste, la corneja y el cuervo anunciaron su llegada.

»Al saber de la execrable tiranía que amenazaba nuestro mundo, Lug, maestro en todas las artes, se ofreció a acaudillar el ejército de la Madre Tierra. Grande fue la matanza en la explanada de las torres, abundante la sangre derramada sobre la hierba. Muchos perecieron aquel día… Erudino cayó bajo la maza de Sucellus, pero Lug le atravesó el ojo con su honda. El pueblo de Deva venció en el combate y Nabia Orebia proclamó su victoria.

»Yo estuve allí. Cuando Vaelico, el rey de los fomoré, se convirtió en el Señor de los muertos, desterrado para siempre en la morada pútrida del

Hades, yo estuve allí.

La jana se sentó de nuevo, con las piernas cruzadas, los codos en las rodillas, las manos trémulas como ramas al viento. Su pálida tez brillaba, gélida, bajo la luz del fuego. Pelayo negó con la testa.

—Esa batalla nunca tuvo lugar.

La vidente le clavó sus ojos de gata, poderosa e inquietante, como la Diosa.

—¿Acaso importa? —siseó entre dientes—. Todo es algo y, al mismo tiempo, significa algo. Los fomoré son los señores del caos, el estado primordial de las cosas. El héroe es el demiurgo: no lucha para defender vidas, libertad o riquezas, sino un modo de entender la existencia. Tu enemigo encarna aquello que no quieres ser —concluyó la adivina—. He ahí la solución a tu dilema, Pelayo, hijo de Favila. No tiene sentido formular una pregunta cuando tú eres la respuesta.

De regreso al valle del Onna, los caminos aún vomitaban viajeros, a caballo o a pie, que erigían refugios bajo una llovizna constante. Las aldeanas recorrían los entoldados ofreciéndoles queso fresco y pan recién horneado. Munio se alegró al ver a su padre, con un nutrido séquito, en representación de Libana. El valle de Onna había elegido a Galacieso como su portavoz. Flaino, del valle de Eigon, llegó desde el sur del Vindio. Otra comitiva acompañaba a Paulo, de los valles de Salia y Pialonia.

—Bricio y Paula te envían saludos. —Pentio, un viejo conocido, acudía en nombre del Namnasa y Caórnica, y Fruela se alegró de que sus antiguos criados no hubieran pagado por la muerte de Sisberto—. ¿Sabes algo de Verna?

—Trabajaba para Opas —dijo Fruela—. Condujo a Wilfredo para que apresara a mi familia. Está… muerto.

El cabuérnigo se había detenido en un camino embarrado, sujetando a la montura de la brida. Le escrutó fijamente y se despidió con un gesto. A Fruela le sobrevino un presagio de infortunio.

—Ni un solo noble. —Munio llegó cargado con un haz de leña.

—Tampoco mi hermano Alfonso —añadió Fruela—, ni ningún emisario del duque.

Ninguno de los señores del corazón de Asturia, ya fuera Lucus Asturum, Gauzone o Flavionavia, quienes contaban con ejércitos privados, formados por guerreros de oficio. En aquella aldea de carpas solo había granjeros y

pastores que lo arriesgarían todo si decidían luchar. Aunque no faltaban los miembros del clero. Entre las tiendas, vieron a un sacerdote encaramado en un dolmen, profiriendo una ardiente diatriba sobre los males de este mundo. Los lugareños atendían fascinados al anciano espigado de tez pálida y ojos glaucos.

—Álvaro de Tirasona —murmuró Baldomero.

—¿Le conoces? —dijo Fruela.

—Eso me temo —replicó el monje—. No esperes tenerle como aliado: es uno de los perros falderos de Opas.

Regresaron a las chozas, llevando una carga de ramas consigo. La leña, tan empapada que siseó al contacto del fuego. El herrero de Causegaudia había adquirido carbón de brezo y su martillo resonaba en la forja, reparando el filo de las armas. Fruela desenvainó su espada, para comprobar el estado de la hoja, y uno de los bucelarios se santiguó al contemplar el acero oscuro.

El gemido de los cuernos de uro llamaba al conventus publicus vicinorum.

—Preparaos —dijo Pelayo—, es la hora.

Los caballos ya estaban ensillados, los atalajes, recién engrasados. Una columna de jinetes envueltos en mantos oliváceos cabalgó hacia la loma y los niños abandonaron sus juegos para verlos pasar. Las mujeres asomaban por las puertas secándose las manos con los bajos del vestido. Se detuvieron junto a una fuente para que abrevaran las monturas, las botas chapotearon en el barro al desmontar. El jefe astur acarició el pelaje desgreñado del semental bayo.

—Galacieso nos ha ofrecido hospitalidad, pero no un techo —dijo en voz baja—. Es una mala señal.

—Nuestra presencia en el valle le compromete —comentó Fruela—. No podemos culparle.

Según una tradición ancestral, el concejo se reunió bajo un tejo milenario en una antigua necrópolis, dólmenes y menhires entre un bosque de estelas. El colosal árbol, corazón espiritual del valle, se alzaba en aquel lugar cuando las legiones conquistaron la comarca, siete siglos antes. Una procesión de monjes desfilaba hacia la cumbre arrojando agua bendita a su paso. Los antiguos habían levantado aquellos túmulos, y Álvaro de Tirasona aborrecía las piedras paganas.

—Aguardad aquí —dijo Pelayo a sus hombres.

El árbol estaba rodeado por un anillo de estacas de avellano hincadas en tierra, dentro del cual estaban proscritas las armas. La enorme fronda ofrecía refugio a ochenta hombres y mujeres, dispuestos en círculos concéntricos. Al

contrario que los concilios de los seniores loci, para tener voz una persona debía ser libre, tener al menos quince años y un hogar asentado. Las decisiones se tomaban por mayoría, la pena por perjurio era la muerte. No existían más normas en este derecho consuetudinario tan antiguo como la montaña.

La comitiva de Pelayo se despojó de las espadas. Caminó hacia el primer círculo de asientos y se acomodó junto al anciano recitador de leyes, responsable de la tradición jurídica y de otorgar la palabra. Una autoridad investida por una reputación de equidad y justicia ganada durante toda una vida.

Munio se reunió con su padre, al tiempo que Fruela ocupaba la diestra del caudillo astur, junto a Favila, entre los portavoces de cada valle. En el círculo interior se presentó un noble, que llegó acompañado por una docena de bucelarios, de rostro alargado y una nariz rota que le otorgaban un aire pendenciero. Descabalgó ante el magistrado y depositó su espada en el tronco del tejo.

—Me llamo Egila —dijo a la asamblea—. Me refugié con mi familia en el valle de Saliamne, hace cinco años, después de que cayera Salmántica.

Pelayo agradeció su presencia con un gesto y se puso en pie para que todos pudieran verle.

—¿Quién eres y por qué nos has convocado? —le preguntó el recitador de leyes—. ¿De dónde traes tu escudo y esa suerte de armas?

—Mi nombre es Pelayo. Por linaje soy godo, compañero de mesa del rey Rodrigo. Famoso entre nuestro pueblo era mi padre, el duque Favila. Conocisteis a mi madre, de estirpe astur, y también a mi abuelo.

—Un proscrito al que acompaña otro proscrito —le espetó Álvaro de Tirasona, esgrimiendo un dedo acusador.

—Maté a Sisberto, por traicionar al reino —admitió Fruela—; persiguen a Pelayo por tratar de liberar a su hermana. ¿Acaso es reprochable?

—Los godos han vagado durante casi mil años, y allá donde fueron sembraron la discordia. —El religioso mostraba una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué consejo nos traes, Pelayo? —dijo el recitador de leyes.

—Luchar, mientras podamos hacerlo —dijo el aludido—. Los sarracenos me han perseguido hasta aquí; pronto enviarán una hueste desde Gegione.

—Luchar —repitió el magistrado—. ¿Bajo tu jefatura?

—Sí.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de vencer? —inquirió Egila.

—¿Acaso importa, si la causa es justa? —intervino Favila—. Tenemos el deber de proteger a nuestra gente.

—¿Protegerlos de qué? —clamó Álvaro—. ¡Tanto da pagar tributo a Toletum como a Damasco!

—En Corduba, el valí nos hizo saber que crearán censos para la yizia y el jaray —declaró Pelayo—. Nos duplicarán el tributo, y quienes no puedan satisfacerlo deberán entregar a sus hijas.

Varios murmullos de inquietud recorrieron los escaños.

—Amad a vuestros enemigos —recitó el clérigo—, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Y al que te hiriese en la mejilla diestra ofrécele también la otra.

—¿Violaste tus votos y has engendrado? —le preguntó Fruela.

—Por supuesto que no.

—Entonces, si no tienes hijas, cierra la boca —le espetó entre dientes, y el clérigo le respondió con una desquiciada burla.

—Cuando el Señor habló de ofrecer la otra mejilla —intervino Baldomero—, solo era una estrategia para humillar al ego. No puede emplearse como una filosofía de vida.

El magistrado alzó una mano, reclamando silencio.

—Pentio, tienes la palabra —dijo.

Pentio, el vate de Caórnica, se puso en pie para dirigirse al círculo de mujeres y hombres.

—Hace casi cuarenta años, los señores nos llamaron a luchar contra el rey Wamba —declaró—. «Os sangra a impuestos», nos decían. No les faltaba razón. Pero muchos hombres murieron, solo para que los magnates negociaran sus privilegios con el rey godo. ¿En qué cambió nuestras vidas? Yo os lo diré: en nada. Entonces yo era un niño, mas aún lo recuerdo.

—Pelayo… —añadió Paulo—. Cuando Witiza despojó a tu padre del rango ducal, nos pidió que le apoyáramos. Hicimos honor a nuestro voto de fidelidad y, una vez obtuvo la seguridad del rey, nos dejó en la estacada. ¿Cómo sabemos que no nos traicionarás tú también? Conoces a los agarenos, habéis hecho buenas migas en Corduba.

—Todos hemos oído hablar de tu coraje, Pelayo —declaró Egila—. Pero los sarracenos han derrotado a los dos imperios más poderosos de la tierra. Nos aplastaron junto al lago, y en casi un siglo no han perdido ni una sola guerra. ¿Qué pretendes alzándote en armas? ¿Acaso tienes algún plan?

—Sabes que no tengo nada contra ti, Pelayo —dijo Galacieso—. Quieres luchar por tu hermana, y eso puedo respetarlo. Pero un jefe ha de anteponer el

bien común por encima de su interés personal. La vida de Dosinda no vale más que los cientos de mujeres y hombres que perecerán si nos rebelamos.

Suponía el último portavoz; había llegado el momento de que interviniera la Iglesia. Álvaro de Tirasona se aclaró la garganta.

—He vagado por este mundo durante toda mi vida; no tengo un sentido del hogar, de la nación o de la patria. Todos los hombres son iguales ante los ojos de Dios. —Con un semblante apacible, Álvaro era la viva imagen de la santidad—. Todos anhelamos una existencia pacífica. Es el miedo al otro, al que posee distintas costumbres, lo que nos hace pensar que la única salida son las armas.

»Dios quiso castigarnos por nuestros pecados y puso nuestro gobierno en manos de los sarracenos. Me niego a aceptar que sucediera por capricho. —El clérigo señaló a los dos espatarios—. Por su consejo libramos aquella funesta batalla en el lago, y, si no lo impedimos, nos conducirán de nuevo al desastre. Solo un necio se alzaría en armas contra el mayor imperio jamás creado. No tenemos ninguna posibilidad de vencer. Estoy convencido de que, con tolerancia y buena voluntad, podremos construir un nuevo y luminoso reino bajo la firme tutela de los sarracenos.

La sonrisa beatífica del clérigo se esfumó en cuanto se retiró al escaño, para dar paso a una mirada envenenada. Pelayo se levantó del asiento para plantarse en el centro de la multitud que abarrotaba la colina.

—Álvaro ha impregnado su lengua con miel —dijo el jefe astur—. Así pudo engañar a mi hermana para que me escribiera una carta con la que Munuza trató de apresarme. Y, a cambio de su felonía, recibió nuestra hacienda en Veranius. ¿Confiaréis el futuro de vuestros hijos en su palabra? —Pelayo sonreía ante la palpable indignación—. Algunos me preguntáis: «¿Por qué niegas tu hermana a los agarenos? ¿Por qué rebelarse contra aquellos que tan bien conoces?». Mi respuesta es: porque los conozco bien. En Corduba he visto el futuro que nos aguarda. Si consentimos que rompan el pacto, nada nos salvará de la siguiente ignominia: nos arrebatarán a nuestra progenie en nombre de una falsa amistad. En Corduba he visto a magnates con cincuenta mujeres encerradas en su opulento palacio. Ni Oriente ni Occidente han logrado saciar su codicia.

»Esclavos, hijos de esclavos, nos llaman. No les faltan motivos. Spania compra la paz con sus hijas y así sustenta su propia servidumbre. Algunos vinisteis al norte para huir de la esclavitud. —Miró fijamente a Egila—. Ya no os queda lugar para retroceder salvo el mar. Otros me preguntáis: “¿Cuál es tu plan de batalla?”. Os responderé con una sola palabra: luchar, hasta el

último aliento. Porque, si fallamos, todo cuanto hemos conocido y amado perecerá.

»Nada es tan seductor como la mentira y nada tan difícil de aceptar como la verdad. Yo no tengo bellas palabras que ofreceros, solo una guerra sin esperanza. Si aceptamos o no ese futuro impuesto es algo que decidiremos hoy, en este concejo. Pensad en vuestros hijos y en vuestros antepasados, vosotros, los últimos hombres libres de Spania.

Un pesado silencio se impuso en la colina. Ninguno de los presentes se atrevió ni tan siquiera a susurrar.

—¿Fruela? —dijo el magistrado.

La atención de todos recayó sobre el conde espatario. Igual que en el consejo de guerra previo a la batalla del lago. Una vez más, su palabra podía ser decisiva, y la necesidad de demostrar su valor seguía latente. Algo que, en el pasado, había supuesto la ruina de todo un reino. Trató de que no le temblase la voz:

—Hace ocho siglos, nuestros antepasados se enfrentaron al ejército más poderoso que jamás ha existido. Desafiaron a Roma durante una década, creían que estas montañas les servirían de refugio. Augusto envió ocho legiones contra ellos. Tras diez años de guerra, lo perdieron todo.

»Siglos después, nuestros ancestros se enfrentaron al reino de Toletum. Pensaban que las huestes de Leovigildo se quebrarían ante las peñas de Amaya como las olas del mar. Perecieron en aquella maldita montaña y lo perdieron todo.

»Y henos aquí de nuevo, astures y cántabros, viejos aliados, apenas capaces de reunir la décima parte de guerreros. Debatiendo si enfrentarnos o no a un imperio aún mayor. Pelayo nos exhorta a que empuñemos las armas, nos dice que, esta vez, las montañas nos defenderán. —Fruela bajó la vista por un instante—. Sí, yo vi morir a Rodrigo…, a mi rey, a mis amigos, a mis soldados. Lo perdí todo, y aquel día aprendí algo: el guerrero no es el que siempre vence, sino el que siempre lucha. No nos hemos reunido bajo este árbol para decidir qué hacer. Nos hemos reunido aquí para decidir qué somos.

La mirada de Fruela barrió la multitud, que le escrutaba absorta.

—Es tu turno, Maurano —dijo el recitador de leyes.

Justo antes de la votación, el portavoz de Libana balbució algo ininteligible y alzó la vista hacia el árbol sagrado. El viento agitó las ramas, arrastrando un aroma a estiércol y a hierba recién segada.

—Cuando yo era un rapaz, mi abuelo, que en paz descanse, plantó un tejo junto a nuestra cabaña —dijo, ensimismado—. Me explicó que aquel retoño

tardaría toda una vida en crecer. Así que se me ocurrió preguntarle para qué se molestaba, si él estaba a punto de diñarla. «Porque me sale de los cojones», respondió. Puto viejo… Chocheaba. —Maurano bajó la vista—. Mi abuelo murió poco después y hoy el tejo da sombra a la casa. Con una de sus ramas, le hice a Munio su primer arco.

—¿Qué quieres decir con eso? —murmuró alguien.

—Digo… —Maurano agitó la cabeza con furia—. Digo que… Que les den por el culo a todos. Lucharemos.

Los asistentes al concejo estallaron en carcajadas. Las risas se desvanecieron poco después, las sonrisas sin embargo perduraron.

—¿Flaino? —dijo el recitador de leyes.

—Lucharemos.

—¿Egila?

—Lucharemos.

—Lucharemos —dijo Pentio.

—Lucharemos —dijo Paulo.

La decisión debía ser unánime. La atención de todos recayó sobre Galacieso.

—¿Y por qué no? —concluyó—. No voy a ser el único cuerdo. ¡Lucharemos!

Los norteños se pusieron en pie. Pelayo abrió la arqueta roja que siempre llevaba consigo; en ella no había monedas, joyas o lingotes, solo una ajada cruz de madera. El estandarte que Rodrigo perdió en la batalla del lago. El jefe astur insertó la preciada reliquia en un asta, e hincó la rodilla en tierra para ser consagrado.

El día en que se forjó un nuevo reino, Pelayo no fue ungido por el obispo metropolitano en la catedral de Toletum. Solo recibió la bendición de un monje exiliado, en un prado próximo a un santuario pagano. El Campo de la Jura, lo llamaron.

Fruela depositó su escudo en el suelo, Pelayo se subió a él y ocho guerreros lo alzaron.

—*Princeps Pelagius!* —gritó el recitador de leyes.

El gemido de los cuernos de guerra resonó en una tierra cercada por murallas de piedra y barrancos.

—*Princeps Pelagius! Princeps Pelagius!* —Los norteños rugían su nombre, alzando las espadas al aire. Con una enigmática sonrisa, Fruela formó una muda palabra con los labios: «Rey».

En las montañas del Finisterre atlántico, los norteños alzaron sus armas para retar a un imperio que se extendía hasta los confines de China. A los pies del monte Vindio, donde antaño creyeron que antes llegarían las olas del mar que las armas de Roma.

Un pueblo traicionado de nuevo se disponía a luchar. Traicionado por condes y obispos que abrieron las puertas de sus ciudades a cambio de prebendas, por terratenientes deseosos de señorear sus feudos sin rendir cuentas a nadie. Por cortesanos que murmuraban lisonjas para obtener cargos, por eruditos que rubricaban patrañas para ocultar la tiranía. Élites de la deserción, la necedad y la mentira.

El día en que el pueblo decidió luchar, eligió a Pelayo, el rey de la montaña.

XXI

Barcinona, antigua sede regia, antes de que se trasladara a Spali y, después, a Toletum. Un laberinto de toscas viviendas se había adueñado del foro y los viales públicos, testigos de un glorioso pasado cubiertos de ropas secándose al sol y mercancías de los tenderos. Quien atravesara el cardo máximo, hacia el noreste del recinto amurallado, se toparía con la residencia condal, adosada a la catedral provista de un camposanto. Ante ella, se alzaba, imponente, el palacio episcopal, unido por un pasaje porticado a la basílica y el baptisterio. Los lugareños conocían este centro de poder como los Edificios Altos, la sede administrativa de la Tarraconense marítima y, durante los últimos seis años, el palacio del «rey oriental».

A pesar del tumulto en las calles, el complejo palatino constituía un remanso de paz. Sentado ante su escritorio, Ardo casi podía ignorar la inminente catástrofe. Durante meses, había experimentado una creciente ansiedad, a medida que las columnas de refugiados abarrotaban la Vía Augusta. Alzó la copa, los dedos le temblaron y unas gotas rojizas se deslizaron por el borde. La mirada del rey oriental se oscureció al sentir la bilis en la garganta y, después, una presencia familiar a su espalda. Un pesado silencio se alzó entre ambos, cada uno a la espera de que el otro lo rompiese.

—Pareces preocupado —le dijo, al fin, una voz femenina.

—Estoy preocupado —admitió él en voz baja, y se llevó la copa a los labios, sin llegar a girarse. Los vapores que emanaban del caldo ahuyentaban los malos recuerdos, al menos durante unos instantes. Ardo se giró hacia una grácil figura delineada en la penumbra, con las manos entrelazadas en el regazo.

—Vino de Ilerda —murmuró Bauda, y él no halló emoción en su rostro, salvo una sonrisa quebradiza y amarga—. ¿Te ayuda a calmar los nervios?

—Lo hace —confirmó Ardo con una voz marchita y distante—. No debería abusar de él, pero…

Su esposa emitió un ruido sordo, una posible confirmación al aserto. Frunció levemente el ceño cuando él la escrutó con atención. De niña, Bauda

había sido todo huesos y rizos alborotados, una criatura pecosa que jugaba descalza con las criadas. Mucho había llovido desde entonces, y la matrona que le observaba lucía unos notables encantos y se desenvolvía con refinamiento, conocía bien su lugar en el mundo y obraba en consecuencia. En sus ojos verdes acechaba un anhelo, implacable a veces, y cuando hablaba hasta los hombres más poderosos callaban para escuchar.

El rey se inclinó sobre los documentos amontonados en la mesa. Mapas, informes, misivas; súplicas plasmadas en tinta. No sabía por dónde empezar.

—Debimos luchar junto a Rodrigo —comentó, casi para sí mismo.

—Nuestro linaje es demasiado ilustre para estar a la sombra de otros —susurró la mujer en su oído—. Lamentar las decisiones pasadas carece ya de sentido.

Los ojos de Ardo se alzaron, y pudo verse reflejado en el vidrio que aún sostenía. Parecía cansado. Su cabello rizado lucía más canas que cuando asumió el cargo, el rostro se mostraba pálido, los ojos hundidos reflejaban largas noches de insomnio. Recordó el día en que su esposa le leyó una historia sobre Julio César: mientras servía como cuestor en Hispania, el futuro dictador contempló, melancólico, una estatua de Alejandro Magno en el templo de Hércules. Él no había hecho nada digno de mención a la edad en la que el rey macedonio ya había conquistado el orbe.

«La historia de mi vida», concluyó Ardo, fatalista. Tras la muerte del rey Witiza, su primo Agila había tratado de restaurar el poder de los Amalos en la Tarraconense y la Septimania: se alzó en armas contra Rodrigo tras proclamarse rey oriental. Una vez muerto su pariente dos años antes, Ardo se vio forzado a ocupar el trono, que estaba a punto de perder.

—Aún podemos vencer —le recordó Bauda—. Tus comandantes y consejeros te aguardan.

—Lo sé. —Apuró la copa de un solo trago y se dirigió a grandes zancadas hacia la sala del consejo. La luz del mediodía irrumpía en la estancia a través de las ventanas, trayendo una agradable calidez a la funesta reunión. Contempló el deprimente repertorio de rostros hastiados. La dignidad ducal suponía una prerrogativa regia, y su primo Agila había otorgado ese rango a sus allegados como un niño reparte papeles entre compañeros de juegos. Él se había visto forzado a reducir su número para que las reuniones no parecieran un mercado.

El duque Wiliulfo le observaba desde el otro extremo de la mesa. Un lustroso rubor cubría las mejillas de su rostro cuadrado, enmarcado por el cabello corto, gris acerado. A su lado, Lucrecio apretaba la mandíbula bajo la

barba encanecida, y, al verle llegar, se puso de pie, sosteniendo aún las tablillas de cera. Junto a él descollaba el obispo Próspero, recién llegado de Tarraco, envarado bajo una dalmática constantinopolitana. Su cabello plateado refulgía en la oscuridad, unos dedos escuálidos brotaban de las mangas bordadas con hilos de oro.

En sus ojos, Ardo pudo percibir el amargo residuo del miedo.

—¿Y bien…? —dijo el rey oriental.

—Las tropas de al-Hurr asedian Tarraco —anunció el mitrado—. El conde se ha refugiado en la ciudadela, y hemos perdido el arrabal portuario. He venido para poner a salvo los restos de los santos Augurio y Elogio, junto a otras reliquias del obispado.

—¿Con qué fuerzas contamos en Barcinona? —preguntó Ardo.

—Hemos logrado reunir cinco mil hombres —aseguró Wiliulfo—, la mayoría sayones y bucelarios. Están repartidos por la ciudad.

—¿Y la flota de Tarraco?

—Anoche atracó la última nave. Los barcos agarenos llegaron casi al mismo tiempo, y los avistamientos no han cesado desde entonces —concluyó el duque, encogiéndose de hombros—. Si no nos marchamos ahora, pronto será imposible.

Cinco años antes, el duque Teodomiro había pactado con los sarracenos y, desde el puerto de Valentia, una escuadra de shalandiyyāt avanzaba por la costa para iniciar un bloqueo naval.

—¿Podemos enviarles víveres? —La pregunta de Ardo iba dirigida al secretario.

—Narbo aún nos envía suministros, pero… —comenzó a decir Lucrecio, examinando sus notas y después un mapa extendido sobre las tablas de nogal. Ardo siguió su mirada hacia los guijarros rojizos que marcaban las ciudades tomadas por los agarenos. Durante seis largos años, Osca había resistido sus incursiones, y había capitulado un mes antes. Acto seguido, el ejército de al-Hurr sometió Ilerda e irrumpió en la vía Augusta como una lengua de fuego, arrasando todo a su paso. Los grandes enclaves del maltrecho reino oriental —Dertosa, Tarraco, Barcinona, Gerunda, Narbo, Nemausus— se hallaban a lo largo de esta calzada y de la Vía Domitia, engarzadas como un collar de perlas.

—Debemos salir a su encuentro —concluyó Ardo—, buscar una batalla campal.

—La hueste de al-Hurr nos triplica en número, son tropas veteranas —objetó Wiliulfo—. Árabes y moros llevan un siglo guerreando sin descanso.

—Si no hacemos nada —repuso el rey—, los agarenos conquistarán una urbe tras otra.

—Podríamos hacernos fuertes en el Pirineo —señaló el duque.

—Supondría dar por perdidas las principales ciudades del reino.

Un reino que menguaba, a ojos vista, sobre aquel mapa. En los pasos pirenaicos, los antiguos romanos habían erigido una línea de fuertes precedidos por torres de vigilancia, que después sirvieron a los godos como defensa ante los francos. En un desfiladero de la Vía Augusta se alzaban dos castella y un doble muro, las clausurae. Sin embargo, este formidable complejo defensivo estaba concebido para defender Spania de cualquier amenaza desde más allá del Pirineo, y la invasión musulmana procedía de occidente.

—Si no enviamos auxilio, ¿Tarraco caerá? —preguntó el obispo, señalando en el mapa la antigua capital provincial, que contaba con las mejores murallas del menguado reino.

—No podemos fingir lo contrario —declaró Ardo.

Un gemido colectivo en torno a la mesa, un agónico murmullo de acuerdo. «Pueden porque creen que pueden», escribió Virgilio. El rey oriental trató de restaurar la moral.

—Odón cumplirá con su parte del acuerdo —dijo Ardo—. Nos enviará un ejército desde Pompaelo. Entonces, al-Hurr se verá atrapado en una tenaza y no tendrá más remedio que replegarse a Caesaraugusta.

El ducado de Aquitania y el de Vasconia estaban gobernados por Odón el Grande, cuyos dominios abarcaban un amplio territorio entre los Pirineos y el río Liger. Pese a hallarse bajo la autoridad nominal de los reyes merovingios, el viejo duque no rendía cuentas ante nadie.

—De ser así —dijo el duque Wiliulfo—, más vale que se dé prisa.

—El duque de Aquitania nos ayudará —aseguró Ardo, rotundo—. Si al-Hurr rebasa las defensas del Pirineo oriental, tomará la Vía Aquitana hasta presentarse ante las murallas de Tolosa, su capital. Si tiene algo de seso, Odón nos ayudará.

—¿Algún otro posible aliado? —El obispo introdujo las manos en las mangas de la dalmática.

—Hay noticias de una rebelión en las Primorias, entre Cantabria y Asturia, liderada por un tal Pelayo, un antiguo espatario de Rodrigo —dijo Lucrecio.

—Un desterrado, al mando de un puñado de montaraces paganos —le espetó Próspero—. No podemos considerarle un aliado. ¿Qué hay del duque

Pedro de Cantabria? ¿Qué hace Casio en Calagurris?

—Las tropas de Casio forman la vanguardia del ejército de al-Hurr —murmuró Ardo—. Pedro está senil, y es su primogénito quien ostenta una autoridad que mengua a ojos vista. No parece dispuesto a luchar.

En el patio, una campana anunció la hora del admordium. El bullicio de las cocinas resonó entre los arcos al tiempo que un criado irrumpía en la sala:

—Ha llegado un emisario de Odón —anunció.

Las puertas se abrieron y unos guardias les llevaron a tres vascones barbados, cuyos ricos ropajes, tiznados de polvo y barro, apenas atenuaban su rudo aspecto. El más corpulento al parecer los lideraba; una cinta en la frente ceñía su cabello oscuro y, detrás de las orejas, afloraban recios mechones como astas de venado.

—Soy Ardo de los Amalos, heredero de Agila, rey oriental —declaró el anfitrión—. Sed bienvenidos.

—Mi nombre es Oxson, hijo de Belex. Agradecemos tu hospitalidad —declaró el jefe de la embajada, y sus dos hombres se hicieron eco de la cortesía.

—Venid, estaréis cansados —declaró la reina Bauda—. He ordenado que os preparen un almuerzo.

Les sirvieron potaje de frutos secos, trucha con lentejas y cordero guisado con hidromiel de romero. Mientras Oxson cortaba una rebanada de pan, Ardo tomó la jarra y él mismo escanció a sus invitados. El jefe vascón sumergió los bigotes en el vino con avidez.

—Una excelente añada. —El acento pirenaico, refinado por los muchos años al servicio de Tolosa, se hizo presente.

—De Nemausus. No hallarás otro mejor.

Su rústico invitado depositó la copa en la mesa, el ruido de la plata sobre el nogal resonó en el vacío y acalló los susurros. Comenzaron a devorar el cordero. Ardo ojeó por encima de su hombro, a tiempo de ver asentir a su esposa.

—Si bien esta charla me resulta agradable —dijo el rey oriental—, deberíamos ir al grano. Nuestro tiempo es escaso.

—Supongo que sí. —Oxson frunció el ceño al verse forzado a responder.

—¿Cuándo llegará el ejército de Odón desde Pompaelo? —le pregunto Ardo.

El vascón jugueteó con la rebanada de pan a medio roer que tenía entre las manos.

—Mi señor… no vendrá.

—Entonces —intervino Wiliulfo—, ¿quién dirigirá la hueste en su nombre?

—La hueste no irá a la Tarraconense —dijo el emisario vascón.

—¿Atacará a al-Hurr por occidente? —inquirió Lucrecio.

—El ejército de Odón marchará en auxilio de Chilperico de Neustria y de su mayordomo Ragenfrido —declaró Oxson—. Luchará contra Carlos, el bastardo de Pippino de Herstal.

Por un momento, lo único que se escuchó en el palacio de Barcinona fue su entrecortada respiración.

—A cambio de que le reconozcan como rey de Aquitania —intervino Bauda.

El vascón se miró las manos por un instante, antes de centrar su atención sobre ella y responder con voz tranquila y ojos grises y apagados, como las cenizas de un fuego extinto:

—Eso dicen las malas lenguas.

El rey oriental apenas contuvo un furibundo golpe en la mesa. Estúpido. Tendría que haberlo previsto. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Los reinos y ducados francos solo se mantenían unidos bajo la férrea mano de «hombres fuertes», que asumían la autoridad suprema tras deshacerse de sus competidores. En tales disputas, no solo participaban los reyes, sino también los mayordomos de palacio, cuyo poder se había incrementado a costa de la autoridad regia. Pipino de Herstal había sido uno de ellos. Poco antes de morir, tres años antes, a instancias de su esposa Plectruda, había nombrado heredero a su nieto Teodoaldo, de tan solo ocho años de edad. Tras el funeral de su esposo, Plectruda hizo encarcelar a Carlos, el bastardo de Pippino, pues podía disputarle el trono a su nieto. Lo cual no impidió una nueva guerra fratricida entre Ragenfrido, el mayordomo de Neustria, el jovencísimo Teodoaldo y el propio Carlos, quien, para entonces, había logrado escapar y se convirtió en mayordomo de Austrasia.

Ardo cerró los ojos, como si aquellas inquietudes pudieran desvanecerse si se concentraba lo bastante. La maldición de Caín volvía a repetirse, al igual que con el reino visigodo. Sumidos en una guerra a tres bandas, los francos difícilmente podrían hacer frente a los ejércitos del califato. Aquitania, Neustria, Austrasia, Burgundia, Frisia, Baviera, Alemannia… caerían una tras otra.

—Si tu señor te ha enviado para anunciar su traición —concluyó Ardo—, en poco valora tu vida.

—Puede ser —admitió el vascón—. Le fallé en el pasado, y, desde entonces, me tiene ojeriza.

El rey oriental se puso en pie, solemne, y habló a su guardia.

—Llevadlos a una alcoba y que descansen. Al alba, entregadles caballos y provisiones para que regresen a Tolosa. —Ardo encaró a su esposa—: No. No le haré un favor a Odón matando a este hombre.

Apuró la copa de un solo trago, tomó la espada de la mesa y se la ciñó a la cintura.

—¿Adónde vas? —le preguntó Bauda.

—A Tarraco —respondió con la mirada perdida—. Debemos librar una batalla.

—Tenemos un barco listo para zarpar —objetó su esposa.

—Tómalo cuanto antes —le dijo el rey—. Antes de que la flota sarracena ultime el bloqueo. Los francos no os negarán asilo.

Miró a su esposa con esos ojos muertos que veía todas las mañanas al afeitarse y percibió el estupor desfigurando su exquisita compostura. En otras circunstancias, habría sentido lástima por ella.

—Yo… la acompañaré —declaró Próspero—. Debo partir a Roma, para informar al Sumo pontífice. Conmigo estará segura.

—Haced lo que os plazca —mascculló el rey oriental.

A esas alturas, morir era lo único honorable a su alcance. Un cuerno chapado en plata resonó en el palacio y los gardingos se congregaron en el pórtico, llamando a sus hombres:

—¡A las armas! ¡A las armas!

Los mozos de cuadra ensillaron los caballos. Ardo deambuló entre el ejército que se preparaba para el combate, observó el formidable aspecto de sus guerreros, los escudos con el cuero recién pintado, los yelmos reluciendo bajo el sol, espuelas y herraduras rechinando sobre el empedrado.

Si no podía gobernar sobre el fantasma de un reino, al menos podría morir con la dignidad de un rey.

—Debimos luchar junto a Rodrigo —musitó en voz baja.

En ese momento, los adoquines comenzaron a oscurecerse, el patio se sumió en tinieblas. El rey alzó la vista hacia el firmamento y vio cómo un astro ocultaba el sol hasta convertirlo en un disco negro rodeado por una corona de fuego. Durante unos instantes, se hizo de noche; hombres y bestias contemplaron el cielo aterrados, hasta que se hizo de día otra vez.

El 7 de junio del 718, anno Domini, el sol se eclipsó en la piel de toro y, a mediodía, los hispanos pudieron contemplar las estrellas. Aquella señal

celeste marcaba el ocaso del Regnum gothorum Spaniae y coincidía con el año cien de la Hégira.

XXII

La luz medraba lentamente en la Propóntide, como si los bancos de nubes frenaran el avance del sol. Arrastradas por los etesios, las olas salpicaban la cubierta del Cychreides. A resguardo en el castillo de popa, León III permanecía inmóvil. El recién coronado emperador no dejaba de observar las mangas de tela que señalaban la dirección del viento.

Un leve soplo de brisa. Hacia el norte, más allá del Bósforo, los relámpagos se deslizaban entre las nubes de hierro, tan distantes que apenas se oían los truenos. Tampoco se escuchaban los habituales sonidos de a bordo. Ni gritos de los marinos, ni siquiera un murmullo entre el centenar de remeros que ocupaba los bancos, ni los crujidos de las tablas sueltas, o el gemido de las cuerdas de cáñamo. El viento póntico, llegado del norte, hacía flamear las velas de los cargueros atracados en el puerto de Neorion. Eso era todo.

—Pronto cambiará —dijo, casi para sí mismo.

León III, antes llamado Konon, percibía la preocupación en el rostro del capitán de la nave. Tanto por la inminencia del combate como por la inusual presencia del emperador en la nave. Muchas cosas habían cambiado desde que Konon derrotó al joven Teodosio. Tras apresar al vástago del usurpador, marchó a Crisópolis y, en lugar de someter la ciudad a un asedio, prefirió negociar con el Senado y el patriarca de Constantinopla. Ninguno de los más altos cargos del Imperio debía albergar dudas sobre cuál de los dos hombres que se disputaban el trono estaba más capacitado para defender la Romania ante la amenaza islámica. Teodosio III tuvo que abdicar y se recluyó en un monasterio, el mismo día en que León cruzaba las murallas Teodosianas por la Puerta Dorada para ser coronado en Hagia Sofia.

Solo tres meses después, Maslama ibn ‘Abd al-Malik cruzaba el estrecho del Helesponto. Una vez en suelo europeo, el comandante árabe sufrió un ataque nocturno de los búlgaros cuando se hallaba en retaguardia con cuatro mil jinetes. Los nómadas aniquilaron a la hueste de caballería y Maslama salvó la vida de milagro.

—Esto no va a salir bien —dijo Teófilo.

Sentado bajo el toldo de popa, su amigo y consejero tomaba notas en unas tablillas de cera. La espera suponía la peor parte en la guerra, y el antiguo funcionario imperial no acababa de asumirlo.

—Todo va bien. —León quiso mostrarse confiado—. Maslama sigue creyendo que cumpliré mi promesa de abrirle las puertas de Constantinopla.

—Por ahora —precisó Teófilo—. No sé durante cuánto tiempo podremos mantener la farsa. Maslama no sospecha de nuestra alianza con Tervel, fingí sorpresa de una forma muy convincente. —Su amigo sonreía, como el granuja de siempre—. Cuando le expliqué que el pueblo romano no aceptaría una rendición, que te veías forzado a mantener la defensa…, parecía sospechar.

León había empleado las últimas reservas del Tesoro imperial para negociar con el kan de los búlgaros. No había sido una tarea fácil. El nuevo emperador de la Romania explicó a Tervel por qué le resultaría más provechoso tener como vecino a un imperio que le entregaba un tributo anual antes que a un belicoso califato en perpetua expansión. Tales razones debieron de persuadirle, ya que, una vez iniciado el asedio, los ismaelitas habían llegado a temer más a los jinetes de las estepas que a los propios romanos.

La situación se agravó cuando, a principios de septiembre, una gigantesca flota agarena de mil ochocientos cargueros y naves de guerra, al mando de Sulaymān, irrumpió en la Propóntide. En previsión al asedio, León había ordenado forjar una colosal cadena de hierro de media milla que, fijada a dos torres en ambas orillas, cerraba el Cuerno de Oro, el fondeadero de la Nueva Roma, donde se hallaba el puerto de Neorion. Tras esta formidable defensa, aguardaba una escuadra de noventa dromōnes.

El emperador romano no quiso salir con las naves al encuentro de la escuadra árabe, fondeada en Hebdomon a la espera del fatídico viento sur. Las corrientes marinas de la Propóntide y el Bósforo fluían de norte a sur, impidiendo navegar hacia septentrión. Los etesios, los vientos dominantes, soplaban en esa misma dirección en verano. Las naves a vela de Sulaymān esperaban a que llegaran los anhelados vientos del sur, para levar anclas, navegar ante Constantinopla y tomar los puertos que controlaban el Bósforo, la ruta que abastecía a la capital romana.

—¿Qué haremos si fracasas? —preguntó Teófilo.

—Tendréis que elegir a un nuevo emperador —respondió León.

—No faltarán candidatos —consideró Teófilo—. Aunque se trataría del último emperador romano…, y aquel con el reinado más breve. ¿De verdad es

necesario arriesgarse de este modo?

—Mi presencia aquí eleva la moral —razonó León—. No tenemos más opciones.

«Y existen otras buenas razones», reflexionó, mientras observaba a Manuel discutir. Había ascendido a su viejo subordinado a estratego de los karabisianoi, el comandante de la flota imperial, pero Manuel no era de noble cuna, y su tono perentorio al entregar las órdenes había enfurecido al komēs Damiano.

«Esto no va a salir bien», se dijo León.

Aunque impertinente, el desdén del antiguo hypostrategos estaba justificado. Ni el komēs Damiano ni su acicalado cuñado, Demetrio, merecían dirigir ni siquiera una banda de monos de circo, y mucho menos un escuadrón de dromōnes. Sin embargo, un ejército clasista y corrupto, en el que primaba el linaje sobre el mérito, les había concedido ese rango, y León no podía actuar sin arriesgarse a una rebelión en el Senado.

El emperador echó un vistazo más allá de la borda. No había señales de viento, y una gélida neblina convertía el mar en un fantasmagórico piélago. Las olas mecían el buque insignia de la flota romana, el Cychreides, donde aguardaba, paciente, el emperador de la Romania, atracado en el dique que protegía el Kleidion. Las casas enjalbegadas bordeaban el puerto y las callejuelas empedradas ascendían por la colina. La orilla opuesta del Cuerno de Oro estaba salpicada de haciendas y villas, con huertos y viñedos.

El cielo se hizo más diáfano, la mañana avanzaba lentamente y los primeros soplos de brisa llegados del sur agitaron la manga de viento. León se incorporó del asiento.

—¡Soltad amarras! —gritó con fuerza, mientras su corazón latía desbocado.

La llamada de los cuernos se propagó por los diques del Kleidion, uno tras otro los dromōnes zarparon y el Cychreides, bautizado en honor al mítico dragón marino, se puso en marcha al ritmo de sus cincuenta pares de remos.

Tal y como habían convenido, las noventa naves de guerra de los karabisianoi se desplegaron en dos líneas, tras la cadena que defendía el Cuerno de Oro. El emperador corrió hacia la proa de la nave capitana para contemplar la entrada del Bósforo. Un súbito golpe de mar y tuvo que secarse el rostro. Sí, ahí estaban, podía verlos claramente: un millar de velas asomaban lentamente de la Propóntide, impulsadas por el viento sureño. El Cuerno de Oro resplandecía bajo el sol. Maslama había ordenado que una parte de su flota ocupara los puertos de la costa asiática del Bósforo. Otra

escuadra, más numerosa, navegaba ante Constantinopla para adentrarse en el estrecho y tomar las ciudades portuarias de este paso marítimo, para confinar a la flota imperial. Las pesadas naves de carga traídas de los puertos de Siria, Egipto e Ifrīqiya avanzaron lentamente, escoltadas por los shalandiyyāt, tripulaciones forzadas entre los cristianos sirios y egipcios, además de un contingente de infantería árabe.

—Maldita sea. —León cerró los ojos, impotente, con la frente apoyada en la roda. A punto estuvo de maldecir… o de comenzar una oración. Superados en una proporción de diez a uno, se veían obligados a observar cómo el enemigo pasaba ante ellos, por el turbulento Bósforo. En unas horas, el cerco naval se habría completado.

En ese instante, León alzó la vista cuando dejó de escuchar el gemido de la manga al flamear. La brisa había cesado. La retaguardia de pesadas naves de carga, dependientes por entero de los caprichos del viento y las corrientes, se había detenido ante ellos. Movidos a remos, los shalandiyyāt los habían dejado atrás.

Sin dudar un instante, el emperador arrebató el cuerno a uno de los marinos y lo hizo sonar con todas sus fuerzas. Al escuchar la orden, los operarios de las torres del Cuerno de Oro hicieron descender la enorme cadena, al tiempo que los resoplidos de las cornetas se propagaron por las galeras romanas.

—Dios está con nosotros —murmuró el capitán, ante semejante golpe de fortuna. León no osó contradecirle.

Con un implacable traqueteo metálico, los cabestrantes resonaron cuando las noventa naves de guerra levaron anclas. El Cychreides, la nave insignia de la flota, se puso en marcha al ritmo de sus cien remos, y los noventa birremes restantes la imitaron. Todas habían desmontado el mástil y la vela latina para entrar en combate, los remeros eran soldados y marinos al mismo tiempo. La escuadra de dromōnes cargó decidida contra la retaguardia enemiga, formada por cuatrocientos cargueros y treinta shalandiyyāt.

La madera gemía ante el esfuerzo de los remeros, la espuma del mar salpicaba la proa. Las dos líneas romanas cargaron en cuña, con el Cychreides en el vértice de la formación, y León justo en la proa. Ante él, los mástiles de velas blancas se elevaban como un bosque y, más allá, una nube de galeras sarracenas empezaba a virar, al descubrir sus intenciones.

Los dromōnes planeaban sobre las olas, arrancaban ráfagas de espuma sobre las cubiertas. León podía oír el crujido de las maderas torturadas a medida que embestían una nueva ola. Parecía una locura. Surgido de la

misma tradición naval que el dromōn, el shalandī poseía una borda más alta para atacar a las naves enemigas desde una posición elevada. Los espolones de las galeras romanas se antojaban aguijones de un enjambre de avispas cargando contra una manada de bueyes. Cuando se hallaban a casi un centenar de pasos, León gritó:

—¡Virad a estribor!

Las trompas de guerra repitieron la orden y los dromōnes se adentraron en la flota de cargueros, inmóviles. Las colosales naves de carga se hacían más y más grandes ante sus ojos. Los muqātila preparaban arcos, fustíbalos y catapultas. Dispararon una descarga a quemarropa. Los virotes silbaron, astillando madera, el sonido de los proyectiles al barrer la cubierta del dromōn fue indescriptible. León pronunció una sola palabra: «Pyros».

Entonces el Cychreides demostró por qué era un dragón.

Bajo el castillete de proa, una pareja de operarios accionó los émbolos del siphōn, que comenzó a escupir el líquido inflamable almacenado en un tanque de bronce. Un candil en la boca del tubo creó una lengua de fuego de cuarenta pies que ardía incluso sobre el agua.

Los dromōnes vomitaron fuego sobre la escuadra enemiga, un infierno marino que engulló, una tras otra, a las naves del califato. El calor resultaba insoportable incluso a cien pies de distancia. León caminó hacia babor, para escrutar el Bósforo: el grueso de las galeras musulmanas se hallaba a dos tiros de flecha.

—Dad la orden de retirada —ordenó al navarca.

Resonó la trompa de guerra de la nave capitana y los buques romanos viraron en redondo para regresar al Cuerno de Oro, antes de que los shalandiyyāt acudieran en auxilio de la maltrecha zaga.

Apoyado en la regala, León contemplaba el infierno que habían desatado. Algunas naves en llamas se estrellaron en los acantilados del Bósforo, otras acabaron en el fondo del mar, el resto fueron arrastradas por la corriente hasta las islas de Oxeia y Plateia, a una decena de millas al sudeste de Constantinopla. La Romania no había perdido ni un solo barco.

Los noventa dromōnes retornaron al puerto de Kleidion triunfantes. La población de Constantinopla se había congregado en los muelles para aclamarlos. Dicen que solo los buenos mueren jóvenes, y debía de ser cierto, ya que Damiano había salido ileso del combate, sin tan siquiera un rasguño.

—Habremos hundido unos veinte cargueros, con dos mil hombres —declaró, eufórico, nada más pisar la cubierta del Cychreides, una vez que

atracaron. En las calles, los balcones y los tejados de las viviendas, el pueblo romano rugía de júbilo.

—El efecto moral ha sido formidable —comentó Teófilo, admirando el griterío de la multitud—. A partir de ahora, los árabes se mostrarán más cautos cuando bajemos las cadenas del Cuerno de Oro.

—Sí —dijo León—, y Maslama ha cercado nuestra capital por tierra y por mar.

XXIII

Una rosa silvestre brotaba de una grieta del muro, con los pétalos cubiertos de escarcha, afilada como las espinas del tallo. El cielo acerado se había llenado de cuervos. Pelayo apenas sentía el azote del viento. Contempló cómo aquellos pétalos albinos se teñían con la sangre del cadáver ensartado en la empalizada. Las llamas rugían por encima del muro, la nieve fundida manaba en regueros. Anochecía y las sombras se adherían a los rincones del fuerte incendiado; los astures remataban a los heridos para saquear a los cadáveres. Hombres muertos, bestias calcinadas, rostros ausentes, voces perdidas en los hilos del tiempo. La muerte pendía rancia en el aire.

La guerra nunca cambia, solo el enemigo lo hace. Con plomo inyectado en brazos y piernas y un vacío alojado en el pecho, la rabia del combate se iba extinguido. Tras meses de lucha, nuevas cicatrices en la piel y algunos huesos rotos; todo un invierno deambulando ante las puertas de la muerte y la victoria aún se sentía lejos.

Vio huellas hendidas en la nieve. Pisadas leves, como el rastro de un fantasma. Encontró a la chica en un recodo de la cerca, con el cabello oscuro ocultándole el rostro. Indefensa, acurrucada en la esquina de una jaula. Examinó sus ojos a través de la bruma que impregnaba el aire y oyó el siseo de su propia espada al entrar en la funda. Aquellos ojos verdes no mostraron emoción alguna. Pelayo se acuclilló ante ella.

—Soy amigo. Cristiano —le dijo, y ella le miró como si no significara nada. Pelayo extrajo un mendrugo de la escarcela y se lo ofreció—. Toma —le dijo—. ¿Dónde está tu aldea?

—Al oeste —masculló la muchacha—. Destruida.

Una lengua de fuego entibió el aire helado.

—¿Y tu familia?

—Muertos. Él… me habló de ellos, en mi noche de bodas. —Se estremeció de un escalofrío, apretó los dientes—. Fueron quince… Los conté. Después, tuve que lavarme con nieve. —Agitó la cabeza—. Dejaron los cuerpos tirados, pasto de los cuervos. Como ellos ahora.

Llegó una decena de bucelarios. Pelayo se incorporó, exhausto, apoyándose en la rodilla. Aferrada a la jaula, la chica se negó a salir, alejándose de las manos extendidas.

—Quédate ahí o ven conmigo —declaró el astur, impaciente—. La decisión es tuya.

En ese instante la chica no se movió, parecía sopesar sus palabras, y finalmente se arrastró al exterior, manteniéndose alejada de los hombres. La nieve se derretía en su cabello, en las pecas sonrosadas bajo un sudario de hollín.

—Quemadlo todo —ordenó Pelayo a sus hombres—, y liberad a los prisioneros. Quien les cause daño será ejecutado… por mi propia mano.

Aunque la orden pareciera una ocurrencia tardía, poseía un indudable significado.

—Señor —dijo Asterio.

El princeps astur frunció el ceño. Su amigo solo le llamaba así ante extraños.

Le llevaron ante un sarraceno maniatado, arrodillado en el fango, con un hematoma en el rostro y la túnica hecha jirones. Los dientes apretados relucían sobre su piel oscura.

—¿Cómo se llamaba este lugar? —le preguntó Pelayo, y él entornó la vista, extrañado de que un bárbaro le hablase en árabe.

—Qal'a Hakim —respondió.

—Entonces tú eres Hakim.

El agareno asintió, confundido, con la barbilla bien alta. Los labios de Pelayo formaron una delgada línea, su mirada gris vagaba por las colinas nevadas. Habló casi para sí, abstraído:

—Cuando vi por primera vez al ejército de Tāriq —prosiguió en árabe—, a esas bestias con una joroba a la espalda…, me di cuenta de lo poco que sabía de vosotros.

—Fuiste rehén en Qurtuba —le espetó Hakim, dirigiéndole una expresión que dejaba muy pocas dudas sobre lo que pensaba de él.

—Me pasé horas allí sentado, admirando a los muqātila. —El astur tomó la espada yemení para desnudar la hoja unas cuatro pulgadas—. Su destreza con las armas, al montar a caballo. Les vi practicar, escuché cómo charlaban… hasta que aprendí su lengua. Su religión. Sus costumbres. Su forma de luchar.

Desenfundó el arma por entero y la clavó en el suelo ante el sarraceno.

—Soy Pelayo, el señor de esta tierra.

—Conozco tu nombre —dijo el ismaelita, desafiante—. No eres más que un bandido.

A su lado, la joven cautiva se balanceaba en cuclillas, tarareaba entre dientes. Los escrutaba, afilando un cuchillo ante el fuego.

—¿Cuántos hombres tiene Munuza en Gegione? —le dijo Pelayo con voz pausada.

—No temo a la muerte.

Con un gesto brusco, el astur se puso en pie.

—«A quien combate por la causa de Alá, tanto si muere como si vence, le daremos una inmensa recompensa» —recitó en árabe—. La Yanna. Jardines perfumados con mirra y alcanfor, donde brotan ríos de miel y todo deseo se satisface. Festejando por siempre en lechos de oro, servidos por setenta y dos huríes, doncellas tan hermosas que su piel es traslúcida…, voluptuosas, de grandes senos, que jamás menstrúan. Un vergel donde la erección es eterna. —Pelayo clavó su mirada en el rostro del agareno, que se descompuso a ojos vista—. Dime, Hakim… ¿Qué será de ti si mueres a manos de una mujer, de rodillas y maniatado?

—No temo a…

—Dime cuántos hombres tiene Munuza en Genione y cortaré las cuerdas —dijo Pelayo, y él comprendió que la promesa no iba más allá. Su atención se dirigió hacia la espada, clavada a dos pasos de él, y luego al caudillo astur con su propia arma enfundada en el regazo. Dándole la oportunidad de una muerte honrosa, antes de partir a la Yanna. La alternativa, acabar degollado, de rodillas, desangrándose como un puerco.

—Quinientos —masculló—, incluidos los maulas hispanos.

Estaba dicho, y, a un gesto del astur, le cortaron las ataduras. Ambos observaron fijamente la espada clavada en el suelo. Unidas por un cordel invisible, sus miradas se encontraron. «Sé lo que harás», le dijo Pelayo sin tan siquiera abrir los labios. El sarraceno saltó como accionado por un resorte. El astur desenvainó a una velocidad inhumana y su hoja segó el cuello del árabe, en el preciso instante en que sus dedos aferraban la empuñadura.

El cadáver aún se retorcía sobre el nevazo como una lombriz de tierra cuando el princeps negó con la testa.

—*Ma‘a s-salāma* —murmuró.

Alzó la vista. Veinte guerreros los rodeaban, fatigados, sosteniendo las armas. En la bruma, un caballo de guerra herido coceaba a cualquiera lo bastante chalado como para acercarse.

—Sacrificadlo —ordenó Pelayo—. Necesitaremos su carne.

No halló más palabras que decir y permaneció en pie durante un instante, temblando bajo la aguanieve. La escaramuza había dejado más muertos que heridos, apenas hubo botín que repartir y ninguno sintió que hubieran ganado nada, salvo un día más con vida. Poco después, la maltrecha hueste regresaba al campamento, con una veintena de mujeres siguiéndolos. Más bocas que alimentar. Junto al princeps cabalgaba Asterio, con una mueca interrogante.

Eligió ignorarle. De momento, no tenía respuestas.

No había nada grato en ser una de las seis mujeres de un castillo con trescientos hombres, ni siquiera para la hija de un princeps. Ermesinda se había criado entre guerreros, por lo que disfrutó de una libertad mayor de la que suele otorgarse a la hija de un noble. Le sirvió para adquirir la educación que solía ser coto del varón con vocación por los hábitos, y ahora, para llevar las cuentas de un ejército, en lajas de pizarra. Aquella mañana, habían acudido tres familias con seis sacas de mijo. Se sentó bajo un toldo, para actualizar el registro, y echó un afligido vistazo al arca.

—Nos estamos quedando sin oro —dijo Baldomero—. Deberíamos requisar parte de los víveres.

—El apoyo de los campesinos resulta esencial; no podemos dejarles sin sustento —respondió Ermesinda—. Muchas familias dependen de nuestro oro y nos informan de las patrullas ismaelitas.

—Se hará como dices —murmuró el monje.

La muchacha asintió abstraída. Le dolía la espalda de dormir al raso, una sensación distinta a cualquier malestar que hubiera experimentado antes.

Al oír un tumulto más allá de la carpa, la muchacha se preguntó si regresaba su padre. El alboroto ganaba intensidad, procedía del centro del campamento. Algo inusual sucedía. Caminó a grandes zancadas por el camino de guijarros sueltos, hasta que un muro de espaldas le impidió ver qué ocurría. Unos guerreros se hicieron a un lado nada más verla. Abriéndose paso entre la multitud se topó con Elacio, y le gritó por encima del alboroto:

—¿Qué ocurre?

Al descubrir a la hija de Pelayo, el veterano bucelario sonrió.

—Compruébalo tú misma —dijo, y empujó a un hombretón para que pudiera verlo.

Rodeados por un centenar de guerreros, Fruela y su hermano Favila sopesaban sus armas, dispuestos a batirse en un duelo.

—¡No! —Ermesinda pretendía interponerse entre los dos guerreros, pero Elacio la sujetó del brazo. A pesar de su fuerza, no resultó una tarea fácil.

—Es una locura —exclamó Ermesinda—. No podéis dejarles.

—Cálmate, chica. —Elacio la interrumpió—. No es la primera vez, ni será la última.

A duras penas, la joven logró serenarse.

—¿Por qué?

—Demasiados gallos en un mismo corral. —Elacio agitó la testa y se encogió de hombros—. No te preocupes, Fruela no matará a tu hermano.

—¿Y qué pasa si resulta malherido? —dijo, aturdida.

—Entonces ambos morirán —replicó Elacio, resignado—: uno de gangrena y el otro a manos de tu padre.

La muchacha observó el inminente combate. Favila había heredado las robustas facciones paternas y las escaramuzas de los últimos meses habían convertido su rostro en un bloque de acero tallado a cincel. A su lado, Fruela se mantenía tan sereno como siempre:

—Si tanto cuestionas mi autoridad —le decía el cántabro—, ¿por qué no hablas con tu padre?

—Lo importante es tomar la decisión correcta a tiempo —respondió Favila, con la sangre joven hirviéndole en el cuerpo.

—No reconoces la sensatez cuando la tienes ante ti. —El espatario se plantó ante el muchacho, dejando que aflorase la sonrisa que escondía tras una mueca de enfado.

Desenvainó la hoja sarracena y su mente se adentró en aquel lugar sombrío y desolado, donde su adversario solo era un pedazo de carne y tanto la moral como el honor estaban ausentes. No deseaba dañar a Favila, pero nadie podía cruzar esa línea y salir indemne.

Los sentidos de Fruela se agudizaron por el instinto fraguado tras miles de horas de práctica. Forzó a su cuerpo a relajarse, como lo había hecho tantas veces. La mente concentrada, las facciones muertas, sopesó Mimung, alzó el escudo y relajó la tensión de los hombros, cuerpo y voluntad doblegados hacia un solo propósito.

Vio a Favila gesticular ante los suyos, confiado por la ansiosa expectativa de victoria. Aguardó en silencio a que el improvisado heraldo les señalara el círculo de estacas de avellano. Caminaron hacia él, empuñando las armas, Favila extendió el brazo para chocar las hojas aceradas, y comenzaron a tantearse. Fruela le estudió al moverse como un oso encerrado en una jaula. Fue él quien inició el combate, tan fuerte como pensaba.

El tajo de espada astur resonó en el escudo. Fruela no quiso castigar la madera y dejó que cediera hacia un lado. Una buena técnica, Pelayo le había enseñado bien. Favila se movía con la despreocupada ambición que otorga la mocedad. Más rápido de lo esperado para alguien de su corpulencia.

Los primeros compases fueron tanteos. Permitió que Favila le pusiera a prueba, cedió terreno para que confiara en sus fuerzas y se embriagara de un triunfo inútil. El joven astur embistió con el escudo, y él rehuyó el contacto, alejándose. Favila dio dos pasos al frente, exultante, tan pagado en sí mismo que no se daba cuenta del juego de su adversario. Cargó de nuevo contra el espatario. Tras fingir un tajo alto, trató de buscarle el costado. Fruela tuvo que contener la risa ante la finta. Las caderas nunca mienten, ni tampoco los ojos.

Aun así, el muchacho sonreía, convencido de que estaba presionándole. Un nuevo tajo y las espadas chocaron. Fruela hizo que la suya oscilara y, haciéndose un lado, atacó con el pomo a través de la abertura recién creada. Favila trastabilló al sentir el sabor de su propia sangre. En un instante, la sorpresa mudó en confianza. Creyó que eso era todo cuanto su enemigo podía dar, la sed de sangre asomaba en sus ojos.

Fruela inspiró aún más hondo y el muchacho hizo una mueca, al creer que su adversario se quedaba sin aliento. Cargó de nuevo, incapaz de asumir su error. Había llegado el momento. El espatario decidió contar hasta treinta, ni un solo instante más.

Alzó el escudo para detener la acometida, se desgarró el revestimiento de cuero. Veinte. Dos tajos sucesivos astillaron la parte alta de la rodela. Favila tajaba como un leñador enfurecido. Diez. Las hojas chocaron, la espada de Fruela hizo una melladura de media pulgada. Cinco. El joven descargó una última cuchillada y, en lugar de detenerla, Fruela se hizo a un lado, dejó que el filo pasara a tres pulgadas de su rostro y descargó un despiadado golpe en el yelmo del muchacho.

Vio a su adversario caer al suelo. Asumió el control de sus propias emociones, de la piedad, de la lástima, las encerró en esa minúscula arca que había construido en el pasado y pateó al muchacho en las costillas mientras este gateaba por el barro. Le atizó una y otra vez, con un propósito desalmado, hasta la derrota y luego más allá, hasta hacer añicos su voluntad. Solo entonces, cuando Favila se derrumbó, se detuvo. Le dejó ahogado en sollozos, con la ardiente sensación de las lágrimas en el rostro.

Intercambiaron una mirada. Si Favila le hubiese preguntado, el espatario le habría hablado de su infancia, de las palizas con bastones que hicieron del dolor una expresión de amor paterno. De los años de lucha viendo caer a un

amigo tras otro, de las batallas, de las torturas, de las interminables jornadas de marcha. Aquellos golpes no le rompieron. Le volvieron más fuerte de lo que él jamás sería.

—Evita que tu orgullo se confunda con tus bravatas —le advirtió Fruela —, para que, cuando tus bravatas se vayan al carajo, como ahora, tu orgullo no las acompañe. —Dio un paso atrás y permitió que Favila se pusiera en pie —. En ausencia de tu padre, yo estoy al mando.

A duras penas el muchacho logró retirarse, los astures se apartaban ante él. Algunos comentaban la lucha a grandes voces, otros tan solo murmuraban.

—¡Favila! —Ermesinda salió al encuentro de su hermano, que aceleró las zancadas, furibundo, al verla llegar. No se atrevía a mirarla a los ojos en aquel estado. La chica le vio trastabillar en dirección a la tienda y su atención se centró en su adversario.

—Podíais haberos malherido —recriminó a Fruela, y él contempló su rostro juvenil, bañado por la luz mortecina, y la miró a los ojos brillantes.

—Estamos en guerra —respondió—. Cada día cualquiera de nosotros puede morir.

—No hay por qué hacerlo más fácil.

—Si un guerrero se equivoca, el guerrero muere —declaró Fruela—. Si su líder se equivoca, todos mueren. A tu hermano le preocupa más su orgullo que sus hombres.

—No es el único sobrado de vanidad —dijo Ermesinda.

El aludido se detuvo para encarar a la chica, que apenas contuvo el impulso de dar un paso atrás.

—¿Sabes por qué Pelayo dejó que vinieras?

—Quise alejarme de mi madre y él no puso objeción —dijo Ermesinda, y observó cómo el guerrero escrutaba su aspecto crudamente inocente, con el lustroso cabello castaño recogido bajo un tocado y una piel nívea como pétalos de rosa; y se vio forzada a añadir—: Si Pelayo permite que su propia hija acompañe a la hueste, significa que confía en la victoria. Eso eleva la moral de la tropa.

—¿Te lo ha dicho alguien? —preguntó Fruela, y ella negó con la testa—. Tienes buen ojo, no solo con el arco. Aplícate el cuento y asume cuál es tu tarea.

—Debemos permanecer unidos —respondió con obstinación.

—Eso díselo a tu hermano.

—No, díselo al tuyo —le espetó la joven—. Tu padre tiene guerreros, gobierna en Cantabria. Allí los árabes no tienen guarniciones. Habla con él

para que se una a nosotros.

—Si crees que lograré persuadirle con palabras fraternas —masculló el espatario—, no sabes nada de Alfonso.

—Tal vez —balbució la chica—. Pero puedo percibir tu afecto hacia él.

—Mi hermano me proscribió —declaró, rotundo—, tuve que huir con mi familia. Los sicarios de Opas trataron de darnos caza. Echaron mi mujer e hija a los perros. No tengo nada que decirle a Alfonso.

La boca de Ermesinda se convirtió en una dura línea y Fruela se dirigió hacia la campa, entre empalizadas y terraplenes, con la mente hecha un revoltijo de recuerdos.

—¡Levantaos, palurdos! —rugió Munio al verle llegar.

Un centenar de muchachos robustos se volvió hacia ellos de mala gana. Elacio acababa de regresar de Cantabria con una carta de su hermana Gausinda, víveres, una bolsa con oro y un centenar de jóvenes robustos, mal armados y peor encarados. Los rumores sobre el espatario del rey Rodrigo, superviviente de la batalla del Lago, que había huido de su hacienda y —tal vez lo más importante— con oro del tesoro regio de Toletum, circulaban por toda Cantabria y atraían a toda suerte de jóvenes ávidos de pelea.

En la apresurada misiva, su hermana le confirmaba la precaria salud de su padre, el duque, y su fracasado intento de persuadir a Alfonso de que se sumara a la rebelión. La guarnición ismaelita en Amaya suponía una espada de Damocles pendida sobre la conciencia de su hermano. Solo una victoria incontestable sobre los sarracenos le haría mudar de juicio.

—Acaban de presentarse —le informó Munio.

El espatario encaró a los recién llegados.

—Mi nombre es Fruela; estoy al mando este castillo y todo lo que hay en él. Eso ahora os incluye. Este de aquí es mi primo Munio, y está al mando de los peones cántabros. Eso ahora os incluye. El otro es el padre Baldomero, quién os confesará o dará la extremaunción, según toque.

—¿Dónde está el resto? —preguntó uno de ellos.

—Bajo un pie de tierra —le contestó Munio.

—Sé que habéis entrenado desde niños con la lanza, el arco y el scrama —prosiguió Fruela—. Aprendisteis de vuestro padre o tío, practicasteis con los mozos de la aldea. Os enfrentasteis a pedradas con los críos de la aldea vecina, acuchillasteis a pastores de otros valles, os endurecisteis cazando de jabalíes y osos.

»Ahora vienen las malas noticias: nuestro enemigo no son jabalíes ni osos. Sois unos patanes, incapaces de luchar en formación, y os enfrentaréis a

la mayor potencia militar desde Roma. Los árabes son un pueblo guerrero, diestro en las armas, despiadado, endurecido por la implacable vida del desierto, al igual que los moros. Guerreros de oficio que, durante casi un siglo, no han dejado de pelear. Tienen los mejores caballos, las mejores armas…, espadas de un acero capaz de cortar el bronce. Han aplastado a los dos imperios más poderosos que jamás han existido, y, en estos momentos, asedian la ciudad más grande del orbe: Constantinopla, la capital de toda la cristiandad.

»Os enseñaremos disciplina y lucha en el muro de escudos. Trataremos de convertiros en guerreros. Moriréis en caso de no lograrlo, y lo más probable es que os maten de todas formas. Si alguien desea marcharse, aún está a tiempo. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo un muchacho—. ¿Qué es un desierto?

—Una inmensa llanura, sin agua ni apenas vegetación, por la que puedes caminar durante semanas sin encontrar nada más que colinas, guijarros y arena.

—¿Dónde está Constantinopla? —inquirió otro.

—Al este, en el otro extremo del Mediterráneo. —Y al percibir su desconcierto, Fruela añadió—: El mar del centro del mundo.

Un joven robusto alzó la mano:

—¿El rancho incluye vino o sidra?

—Empezamos con los ejercicios de marcha —rugió Munio—. A ver cómo os portáis con cien libras a la espalda.

Los montañeses recogieron sus armas, tomaron los fardos que les entregaban y comenzaron a trotar por una senda que conducía a la sierra, como cabras montesas.

Resultaba inútil tratar de reunir una fuerza de caballería. Carecían de armaduras, de arcos compuestos y de caballos de guerra. Las razas equinas del norte solo servían para trasladar guerreros a la batalla y, para que una unidad montada fuera efectiva, debía ser numerosa, estar bien instruida y montar bestias de gran alzada. Algo tan fuera de su alcance como la arena lunar.

—¡Muévete, granjero! —le espetó Munio a un muchacho pelirrojo y enclenque que se había quedado atrás.

Cuando alcanzaron la cima los reclutas jadeaban, exhaustos. Al cabo de un rato, vieron llegar al pelirrojo con las mejillas encendidas, agonizando por el esfuerzo.

—¡A ver, palurdos! —les gritó Munio—. Hemos comprobado que sabéis correr a la batalla. El problema es que, ahora mismo, no tenéis ni idea de cómo ganarla. Para lograrlo, debéis aprender a luchar como guerreros. Tú…, déjame ver tu escudo. —El muchacho le cedió su rodela, de un pie y medio de diámetro—. Es muy bonito. ¿Se lo robaste a tu hermana pequeña?

Desconcertados, los jóvenes examinaron sus escudos ligeros, provistos de un tiracol para colgarlos a la espalda.

—Os daremos unas nuevas armas —dijo Fruela, y los reclutas intercambiaron sonrisas—. Su coste se os descontará de la soldada. —Las sonrisas se esfumaron—. Después, os enseñaremos a combatir en el muro de escudos.

Antes de que tuviesen tiempo de digerirlo, Munio les ordenó que formaran un cuadro de seis líneas de fondo. Tras recoger un gran escudo del suelo, los reclutas se agolparon en desorden, disputándose a codazos los puestos en vanguardia. El patético resultado hizo que Munio blasfemara sobre dos religiones distintas y los insultara en dos lenguas diferentes.

Escogió a los menos mal armados para la primera fila; a los que no daban vergüenza ajena, para la segunda, y así sucesivamente. Después, les enseñó a solapar los escudos hasta crear una sólida empalizada y a volver a la posición de descanso. Una vez que memorizaron las órdenes y su puesto en la formación, los hizo marchar tratando de que mantuvieran el orden. A los diez pasos, Munio ordenó que se detuvieran y los colocó de nuevo en sus puestos a empujones.

Fruela observaba las prácticas ensimismado. «Con suerte, una quinta parte del muro de escudos participa activamente en la lucha», le había dicho Teodolf. «El resto se limita a permanecer en su lugar». Debía conseguir que aquellos pastores estuvieran dispuestos a arriesgar la vida por el resto, lo cual solo podía lograrse fraguando un espíritu de cuerpo. Cuando los guerreros no temen tanto a la muerte como a defraudar a sus camaradas.

En lo alto de la empalizada, Ermesinda aguardaba de pie, tan silenciosa como la nieve que caía en los toldos. Desde allí vio regresar a los hombres de Pelayo; un centenar de jinetes cubiertos con mantos oscuros precedía a los peones. Algunos cojeaban, otros arrastraban los pies por el fango, los más se movían como espectros.

La muchacha bajó del terraplén y repartió órdenes entre los criados. Circularon cuencos de sopa, pan de centeno, y poco después los guerreros

bebían y murmuraban bajo las carpas bruñidas de mugre. Recorrió las tiendas para atender a los heridos, con un odre de sidra en una mano y la otra bajo el manto. Los hombres la saludaban al verla llenando jarras, repartiendo ánimos.

Anochecía y, tras un bermejo manto de nubes, el cielo se iba oscureciendo. Entre la multitud Ermesinda halló el rostro de su padre, sombrío y de ojos grises, con la nieve coronando su cabello oscuro. Acarició el cuello del semental sudoroso, las crines hechas una maraña, y se acomodó bajo el alero de una choza. La muchacha depositó el pellejo en una mesa para reunirse con él. Pelayo le sostuvo la mirada y sonrió ante el rubor de su pálido rostro.

—Siéntate —le pidió—. Por un momento, quiero dejar la guerra y la política de lado.

La joven se apoyó sobre el costado paterno en un banco del porche, y su mano le rozó el antebrazo, que halló helado. Habían pasado infinidad de tardes sentados bajo un cielo lluvioso, charlando, aunque esta vez su padre se mostraba apático.

—Eres princeps —dijo Ermesinda—. Todo lo que hagas es guerra o política.

—Fui nombrado princeps. —Pelayo se apoyó en la pared, sonriendo ante la agudeza de su hija, contempló la tarde gris y permaneció inmóvil—. Para que mi autoridad sea reconocida, debo ganarme su confianza, día tras día. Esa es nuestra mayor debilidad.

Ermesinda suspiró. No tenía ni idea por dónde empezar con el sombrío guerrero que había reemplazado a su padre.

—Nuestra mayor debilidad son Fruela y mi hermano.

—¿Se han peleado? —preguntó Pelayo, alzando las cejas, y ella asintió—. Me sorprende que todavía no se hayan matado.

—Hoy estuvieron cerca —dijo la chica, y tomó una robusta mano de su padre entre las suyas.

—Tal vez debiera enviar a Fruela con su hermano —reflexionó el princeps.

—Es nuestro único vínculo posible con el duque cántabro.

—No, no lo es —comentó Pelayo, con la voz convertida en susurro.

—Si te parecieras en algo a mi madre —comentó la muchacha—, diría que pronto ofrecerás mi mano a Alfonso. —El adusto hombretón eludió su mirada y ella se puso en pie—. Ya lo hiciste —concluyó Ermesinda—. ¿Y qué respondió?

Aguardó inerte, sin recibir respuesta, hasta que los dedos fríos paternos rozaron su mejilla, justo antes de marcharse, como un viento helado en un día de invierno.

Pelayo atravesó el lodazal congelado, con las puntas de las botas formando senderos húmedos en el lodo. Deambuló bajo un bosque de lienzos mohosos tendidos entre las chozas, hasta toparse con aquel a quien buscaba. Sentado bajo uno de los toldos que rezumaba agua de lluvia, Fruela afilaba una reliquia de veinte pulgadas de largo.

—Un arma magnífica —comentó Pelayo. El patrón de la hoja baylamānī resultaba hipnótico.

—Gracias —masculló, y el astur se acomodó a su vera, con el silencio solo interrumpido por el crepitar de la hoguera y el siseo de la piedra de amolar. Las sombras del atardecer se desvanecían en el crepúsculo, y Fruela hizo una pausa en su labor para frotarse las manos.

Por muchos fuegos que encendieran, hacía meses que no entraba en calor.

—Dicen que no te llevas bien con Favila. —La voz de Pelayo se hizo tan profunda que sintió vibrar cada sílaba.

—No se te escapa una.

—Los hombres te temen y te admiran —comentó el princeps, taciturno—. Creen que nadie puede derrotarte en un duelo. ¿Y sabes por qué? Porque luchas como si ya estuvieras muerto, como si tu alma se hubiera quedado en el fondo del lago.

—En tal caso, me matará una flecha perdida, la disentería o una pedrada. —A Fruela no se le ocurrió otra cosa que encogerse de hombros, y Pelayo empleó los dientes para despojarse de los guantes.

—Pronto se fundirá la nieve de los puertos de montaña —comentó—. Munuza podrá recibir refuerzos de Astúrica y Legione.

—La pregunta es: ¿empleará esa baza?

—El sharaf —le recordó el astur—. Hasta ahora Munuza ha sido predecible: le arrojabas una piedra y saltaba en respuesta. A estas alturas, ya habrá descubierto que, en esta tierra, las cosas no funcionan así… No sé qué hará. Debemos adelantarnos a sus decisiones.

—Los tratados militares aconsejan no buscar una batalla abierta —señaló Fruela—. Un caudillo astuto alcanza sus objetivos sin necesidad de luchar.

—Quien escribió esos libros no tuvo que construir un reino. No basta con expulsar a los agarenos del norte.

—¿Y qué otra cosa necesitamos?

—Esperanza —respondió el princeps—. Demostrar a todos, incluso a nosotros mismos, que podemos vencerlos.

«Para derrotar al imperio más poderoso de la tierra y desafiar al pueblo elegido por Dios, debes construir una epopeya», le había dicho la vidente, meses atrás. Tal vez fuera visión lo que los distinguía, pensó Fruela al intuir tales pensamientos, y observó a Pelayo. El primero en entablar el combate, el último en retirarse. Audaz para afrontar el peligro, prudente una vez en él. No había nada capaz de fatigar su cuerpo o doblegar su ánimo. Comía el mismo pan de mijo que sus hombres y acostumbraba a dormir al raso. Su único exceso ocasional era la bebida, un vicio compartido por todos ellos, algo que fácilmente podían perdonar.

Percibía el carisma que su amigo irradiaba, el mismo que desprendía Rodrigo.

—¿Y si no podemos vencer? —le preguntó Fruela.

—A veces tengo la impresión de que no crees en la victoria —le dijo Pelayo—, que solo luchas porque no sabes hacer otra cosa.

—Tal vez —admitió el otro espatario. Su pasado era una herida abierta por la que el viento podía aullar. Años atrás, había anhelado venganza, se hubiera bañado en un mar de sangre. Esa emoción había dado paso a una determinación sosegada, un innominado impulso de doblegar al enemigo—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Reunir al concejo.

XXIV

—¡Solapad los escudos! —gritó Munio y, tras comprobar el resultado, añadió —: ¡A ver, destripaterrones! Puesto que ya sabéis formar el muro de escudos como niños lisiados de seis años, ahora os explicaré para qué lo hacéis. Vosotros tres, venid. —Dispuso a Ramiro, Elacio y al enclenque pelirrojo en una línea, junto a él mismo.

—*Ad testudinem!*

Resonó un estruendo cuando los cuatro escudos se solaparon, como las escamas de una serpiente multicolor. El resto de montañeses los escrutaba con curiosidad, apoyados en lanzas y azonas.

—Tú, follaovejas. —Fruela señaló al más corpulento de todos, el de cara partida, y le entregó su propio escudo—. Tumba a ese enclenque y te daré esto.

Depositó un par de tremises de oro sobre una roca y le desafió con un gesto. El gigante sopesó la rodela y contempló al muchacho pelirrojo, al que sacaba cabeza y media. Se había burlado de él desde el primer día, con la espontánea autoridad que le otorgaba su corpulencia. Caminó hacia atrás para tomar carrera y embistió como un toro enfurecido.

—Aguanta —mascculló Munio, al ver la aterrada expresión del taheño—. ¡Ahora!

Los cuatro guerreros cargaron peso al tiempo, justo en el momento en que el escudo del hombretón impactaba contra el enclenque. El matasiete salió despedido hacia atrás. Aturdido, aferró su escudo con renovados ánimos, buscó un nuevo punto donde embestir, aulló como un verraco y, al chocar, obtuvo un resultado idéntico.

—¿Qué te pasa, florecilla? —se burló Munio—. ¿Andas flojo de fuelle?

El hombretón cargó contra el noble cántabro con todas sus fuerzas, Munio cargó el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda y su adversario acabó revolcándose por el barro. Su escudo llegó rodando hasta los pies de Fruela. El pelirrojo escuchimizado se miró a sí mismo, incrédulo, y después al bruto que se incorporaba, avergonzado.

—Este cazurro embiste mejor que la mayoría de niñas de nueve años —admitió Munio—, y se mueve más rápido que una vieja con sarna. Pero ya lo habéis visto: en el muro de escudos, a la fuerza de cada hombre se suma la del resto. ¡Juntos sois más fuertes!

Apoyados en las azconas, los reclutas observaban la minúscula formación y asentían, con un respeto compartido. Una seguridad en sus propias fuerzas desconocida hasta entonces.

«Juntos podemos», murmuró alguien, y Fruela pensó en Urbano, el conde de Septem, quien puso los barcos para traer a los muslimes a Spania. En los witizanos, quienes abandonaron a Rodrigo a su suerte en la batalla del lago y fueron derrotados después en Astigi. En Agila, que se negó a reconocer a Rodrigo como rey y murió en Caesaraugusta, ante los árabes, al igual que pronto haría Ardo, su sucesor.

«Juntos podemos».

Si todas las facciones del reino hubiesen permanecido unidas, jamás habría acaecido el desastre.

Había empezado a jarrear cuando Fruela entró en la tienda del consejo. Desde su asiento de nogal tallado, Pelayo examinó su aspecto desastrado, con el cabello pajizo, indómito, ocultándole buena parte del rostro. Al sentarse, manoseó la empuñadura de la endiablada espada con la hoja de alinde. El princeps había oído leyendas sobre la remota isla de la que procedía aquel acero y se preguntó cómo la había conseguido. Rara vez había algo que pudiera considerarse apropiado en la conducta de Fruela, y ese pensamiento le arrancó una sonrisa, malentendida por aquellos que le observaban.

El princeps se tomó su tiempo para escrutar a los miembros de la asamblea; su atención se detuvo en el sereno semblante de su hija Ermesinda. A su diestra, Favila picoteaba del plato con un rostro tan severo que nadie se atrevía a charlar con él. La mirada de Pelayo recorrió la mesa de nogal, vio a Munio murmurar algo sobre su copa de cristal. Paulo replicó la chanza y echó la cabeza hacia atrás en una carcajada. Hubo una breve pausa cuando ambos se volvieron para mirar a Pentio, quien se hizo eco de la risa. La hilaridad resultaba estridente, la tensión y el desasosiego habitaban en todas partes.

Cuando Pelayo se aseguró de que todos ocupasen su puesto en la mesa, les formuló una pregunta difícil, aunque sencilla:

—Pronto estarán abiertos los pasos de montaña. ¿Qué vamos a hacer? —La luz de la hoguera proyectaba sombras en sus pómulos marcados y en la espesa barba.

—Morder y huir —dictaminó Galacieso.

—Exacto —confirmó Flaino—. Muerde, huye, acecha, vuelve a morder y a huir, sin darle a tu enemigo descanso. Como siempre hemos hecho en el norte.

Su opinión fue refrendada por el estruendo de las tablas de nogal.

—Seis meses llevamos asaltando guarniciones —dijo Favila, tras golpear la mesa—. Seis meses refugiándonos en las montañas cada vez que la hueste de Gegione marchaba contra nosotros. Hemos reunido tropas suficientes para desafiar a Munuza. ¡Ha llegado el momento de librar una batalla!

—¿Como en el Lago, o como en Astigi? —intervino Fruela—. Hemos perdido todas las batallas que hemos librado contra sarracenos y moros.

El robusto joven observó al antiguo espatario de la cabeza a los pies.

—A veces, la experiencia no te hace más sabio —le espetó Favila—. A veces solo te vuelve cobarde.

—Tienes huevos, chaval —admitió Fruela—. Los necesitarás cuando te patee el culo otra vez y llores llamando a tu madre.

Resonaron risas bajo la carpa y Favila bajó la vista, con las facciones crispadas.

—Aprende de los errores ajenos —aconsejó Pelayo a su hijo—. No vivirás lo suficiente como para cometerlos todos tú solo.

—Retirarse ya no es una opción —intervino Paulo—. Si lo hacemos, nadie nos tomará en serio. Munuza ha perdido el control del Camino de la Mesa y ha reunido a todas sus tropas en Gegione. Resultaban demasiado vulnerables dispersas en guarniciones. Ahora su autoridad no llega más allá del puerto.

—No hemos obtenido el apoyo de un solo noble —terció Flaino.

—Los nobles tienen haciendas —declaró Galacieso—; muchas se encuentran a una jornada de Gegione, y, al contrario que nosotros, no pueden huir a las montañas. Si la guerra se recrudece, tendrán que elegir un bando.

—Exacto. Debemos forzar a Munuza a librar una batalla —dijo Asterio —. Si acorralas a una bestia, la bestia atacará. No porque quiera hacerlo, sino porque no le quedará otra opción.

—La tendrá —opinó Egila—. Gegione se asienta en una península aislada en la pleamar, y su único acceso está defendido por una antigua muralla de media milla de largo y quince pies de grosor, reforzada por treinta torres. Carecemos de máquinas de asedio, y Gegione está a seis jornadas de Astúrica Augusta. Una vez que se funda la nieve y el Camino de la Mesa esté abierto, el valí podría enviar contra nosotros un ejército, incluso desde Qurtuba. Para Munuza, esperar a los refuerzos supone la decisión más sensata.

Una sombría inquietud se percibía entre aquellos rostros ajados por la intemperie. Qurtuba se había convertido en el punto de partida de las campañas estivales. Los norteños comenzaban a temer a la ciudad del Betis como si estuviera maldita y poblada por demonios. Fruela recordó las palabras de su padre, ¿o tal vez de su hermano? «La gente suele ser cauta por naturaleza, y siempre exagera el peligro. En un concejo, las opiniones concurren para crear una falsa impresión sobre la fortaleza del enemigo». Sí, lo había dicho Alfonso, la memoria se le estaba enturbiando.

—Munuza tiene quinientos hombres —dijo Munio—. Los duplicamos en número, y los lugareños están de nuestra parte. Podemos organizar partidas para incendiar las cosechas en quince millas en torno a Gegione. No podemos privarlos de agua mientras tengan aljibes, pero sí negarles alimento, acudir a la ciudad y sondear su voluntad de lucha. Si Munuza decide abandonar los muros y logramos atraerle al bosque, contaríamos con ventaja. Si por estupidez o arrogancia nuestro enemigo accede a luchar en tales condiciones, podremos derrotarle.

La mirada del cántabro barrió la tienda, juzgando el efecto de sus palabras. Halló algunos ceños fruncidos, pero también asentimientos entre aquellos que veían sensatez en ellas. Mi primo ha crecido, pensó Fruela, como guerrero, como líder y como persona. Sintió un profundo orgullo hacia él, aunque se le escapaba un detalle de vital importancia.

—¿Tú qué piensas, hija? —preguntó Pelayo—. Puesto que has acudido sin ser invitada, al menos hazte oír.

—Munuza debe responder ante el valí —dijo Ermesinda—. Solicitar refuerzos de Astúrica o Legione supondría admitir que ha perdido el control sobre el país. Si es pragmático o cauteloso, accederá a ello y nos negará el combate; si es orgulloso o teme empañar su reputación, librará una batalla con sus propias fuerzas.

—Todo depende, en definitiva, de su carácter —corroboró Pelayo, complacido ante aquella respuesta—, que ninguno de nosotros conoce. —El princeps astur observó al otro espatario con ojos interrogantes—. Habla de una vez, Fruela.

—Tu hermana Dosinda —respondió—. Munuza querrá usarla como baza.

Un pesado silencio se impuso en la tienda; todos escrutaron las lúgubres facciones de Pelayo.

Dos horas después, Fruela se dirigió, seguido de su primo, hacia las tiendas donde dormían sus hombres.

—¡Venid aquí, gurriatos! —gritó Munio.

Todos se pusieron de pie, salvo aquellos que aún se hallaban en el país de los sueños. A esos les dio la bienvenida a la realidad a estacazos.

—Ha llegado el momento que todos esperábamos —prosiguió el cántabro—. No tengo ni idea de por qué aún no os habéis largado. No deberías ser guerreros, ni tampoco luchar a mi lado. ¡Ni siquiera sois dignos de tener cojones! Pero el designio de los dioses es inescrutable… ¡Mañana partiremos hacia Gegione!

Una vez en su carpa, Fruela se acomodó sobre el heno que le servía de lecho y, de una saca raída, extrajo un lienzo plegado. Lo desdobló sobre las mantas. Un estandarte, con un símbolo cruciforme bordado en plata, que, años atrás, había encontrado en la sala del Tesoro de Toletum. Un cantabrum, el emblema tomado por las legiones a los nativos de tu tierra y que, durante siglos, desfiló junto a las águilas hasta ser capturado por los godos y engrosar las reliquias de sus victorias.

El espatario alzó la vista, decidido.

—Necesito una lanza —le dijo a Ramiro—. La más lucida que encuentres.

El amanecer se antojaba un sueño sombrío sobre el horizonte, aunque en todas partes hubiera promesas de luz. Hilos plateados resplandecieron en el aliento de los caballos, sobre la nieve compactada y en las aristas de las armas. Cuando los haces de luz asomaban entre las lomas, los guerreros relucían con un aura espectral.

Habían acampado a seis millas de Gegione, con un millar de hombres, todo su ejército. La columna atestó el camino real hasta allá donde alcanzaba la vista y, con las primeras luces, se desplegó ante el Pilam, un riachuelo que creaba una marisma en el extremo oriental de la playa. A occidente, las puertas de la ciudad portuaria permanecían cerradas y, entre ambos, se alzaba un puente con pilares de aliso que los hombres de Fruela habían expugnado.

El espatario observó a sus guerreros. Les había permitido saquear los cadáveres de la guarnición que defendía el puente: un puñado de dinares, varias bolsas con feluses, carne ahumada, manzanas secas y, por supuesto, armas. Los muertos tampoco necesitarían ropa, así que arrojaron los cadáveres desnudos a las aguas del Pilam, oscuras y amenazantes.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Fruela a su primo con una ceja alzada.

—Ten cuidado —le dijo Munio, burlón, con la mirada fija en la loriga de su primo—, no te vayas al fondo.

—Este hierro me ha salvado la vida más veces de las que recuerdo.

—Sí, y también te arrastró al fondo otra vez.

Al fin amaneció. La marea gemía en la playa, vestigios de espuma blanca se disolvían en la arena. Las gaviotas graznaban sinfonías inconexas en un firmamento gris. Por encima del murmullo del océano, los cascos herrados resonaron con fuerza cuando Pelayo y su comitiva se presentaron ante el puente.

—Desplegad a los hombres —les ordenó en voz queda.

Un millar de guerreros hizo gemir las maderas del puente antes de desplegarse frente a la ciudad con el arroyo a la espalda. Yarmūk, Qādisiya, pensó Fruela, y pasó los dedos por las crines del caballo, rememorando la muerte de Rodrigo. Nunca era una buena idea desplegarse ante los muslimes con un cauce a la espalda.

Los astures formaron en silencio, codo con codo, una tosca falange con cinco líneas de fondo. El muro de escudos suponía la táctica idónea para aquella hueste engrosada con pastores y granjeros que jamás habían combatido juntos, solo tendrían que permanecer en el sitio y aguantar.

—Las reglas son simples —les recordó Fruela—: el yelmo protege tu cabeza, la loriga protege tu cuerpo. El escudo te protege a ti y a tu compañero. Mantened la línea. Siempre. El escudo no es vuestro: pertenece a la unidad.

Sus propias palabras le arrancaron recuerdos ocultos en lo más turbio de su mente. Cabalgó ante una colorida empalizada creada por hombres, lanzas y tablas, sobre la que ondeaba, desafiante, el estandarte que traían consigo. Pelayo le hizo un gesto y picó espuelas para reunirse con la comitiva que cabalgó adelantándose a trescientos pasos de la formación, hacia Gegione. La docena de jinetes se detuvo, los gruesos mantos flamearon, el firmamento se cubría de espesas nubes. Una inspiración profunda inundó los pulmones de Fruela con un aire helado. Todos aguardaban a que llegase Munuza.

—Tranquilos, todo irá bien —les dijo la voz firme de Pelayo. Su caballo se revolvía en la marisma, tan inquieto como el dueño. Los ojos del astur exploraban la campiña.

Un ruido sordo emergió de la distancia, una veintena de cascos herrados sobre la hierba húmeda. Munuza cabalgaba al frente, flanqueado por Álvaro de Tirasona y un caíd, adelantándose al resto de árabes. Bajo la mitra, el cabello del religioso se mostraba pardo y escaso, como la hierba muerta en invierno.

—Vamos. —El princeps astur dedicó un ademán a Fruela y Asterio, para reunirse con los tres jinetes.

Munuza lucía un tono tostado de tez, el cabello largo y oscuro, la nariz afilada, un colgante áureo en un pecho cubierto con las más finas sedas, y los ojos grises, pálidos, como dos pedazos de hielo sucio. Una siniestra sonrisa curvó sus labios cuando se detuvo ante ellos.

—Mi querido cuñado —les saludó, con una voz melosa bañada en sarcasmo—. Cuánto tiempo sin verte.

—Munuza… —Pelayo apretó la mandíbula hasta dolerle.

Álvaro de Tirasona quiso mediar entre ambos:

—Opas, obispo metropolitano de Toletum y cabeza de la Iglesia hispana, me ha investido como emisario, bajo el auspicio celestial, como portador de la sagrada costilla de san Acisclo —declaró, exhibiendo un ostentoso relicario revestido de marfiles labrados—. Te conmina a que atiendas la petición de Munuza, el legítimo gobernador de Asturia.

—Os agradezco a todos la cortesía —prosiguió el árabe tras el piadoso proemio—. Ahora, hincad la rodilla para rendir pleitesía, tú y tus hombres. Entregadnos las armas, entregad rehenes y vuestras familias salvarán la vida… o, de lo contrario, arrasaré esta tierra, aldea tras aldea, hasta esa infecta montaña que os sirve de guarida.

Una mueca asqueada afloró en su rostro atezado cuando se topó con un muro de silencio.

—Mi oferta es la siguiente —respondió Pelayo—: devuélveme a mi hermana, abandona Gegione y no regreséis a Asturia. De lo contrario, ninguno de vosotros saldrá con vida de esta tierra.

Por toda respuesta, Munuza dejó escapar una aviesa carcajada.

—Deja de fingir que tu hermana te importa —le espetó al astur—. Bien sabe ella lo que le conviene, por eso te escribió esa carta. No puedes cambiar lo inevitable, Pelayo: no tienes recursos para mantener un asedio, y vuestras hembras nos prefieren. Arrodíllate ante mí, ahora que puedes, y júrame lealtad.

El princeps sondeó sus ojos, en busca de respuestas. Aquel egregio pomposo solo era sincero si la verdad servía a su propósito, y sabía que no era el caso.

—Has apresado a mi hermana y has amenazado a mi gente —declaró—. Y ahora estás aquí, sin el amparo de tu ejército, al alcance de mi espada. ¿Crees que soy tan necio como para dejarte marchar?

Los ismaelitas, indignados, observaron a Pelayo, y el caudillo sarraceno escupió al suelo, a pesar de que la arrogancia había abandonado su rostro.

—No te atreverás a profanar una tregua —intervino el religioso, esgrimiendo el relicario—. ¡Este heraldo se halla bajo el amparo de Dios y de su cabeza en Spania!

—Dios no me ha ayudado mucho hasta ahora —terció Pelayo—; por mí puede irse al carajo.

Dicho esto, tomó el arca de las manos del clérigo y la arrojó a la ciénaga. Una ráfaga de viento agitó los pendones. Un velo de miedo y silencio ocultó semejante blasfemia. Munuza echó la vista atrás, sobre el hombro, antes de afirmar:

—Mis hombres estarán aquí antes de que cuente hasta diez.

—Tiempo más que de sobra para matarte. —Pelayo hizo sonar el cuerno y, de la arena, comenzaron a surgir montañeses que habían estado ocultos bajo lienzos de cuero. Uno de los árabes echó mano a la espada y cayó con una flecha atravesada en el cuello. Ramiro, aún cubierto de tierra, depositó otro proyectil en su arco.

—Esto es lo que harás. —Pelayo rompió el silencio—. Dejarás marchar a Dosinda y, a cambio, no te mataré, aquí y ahora. Mañana podrás resarcirte, si tienes lo que hay que tener, en una batalla a campo abierto.

La vista de Munuza barrió a los norteños y halló los ojos de Fruela vacíos. Hizo un gesto a su heraldo, que tiró de riendas para girarse hacia Gegione, trotando como si hubieran prendido fuego a la cola del caballo. Munuza guardó silencio durante la espera, con el rostro crispado, y poco después una partida de jinetes llegó con Dosinda. Los moros abandonaron la celada cuando Pelayo cumplió su promesa.

Se reunieron con el grueso de la hueste, y resonó un rugido atronador. Pelayo ayudó a su hermana a apearse de la montura.

—¡Tía! —Ermesinda acudió a abrazar a la hermana de su padre.

—Madre mía, qué grande estás —exclamó Dosinda, incrédula.

Los norteños celebraron el rescate de Dosinda, ya que les había dado esa victoria que tanto anhelaban. El princeps astur cabalgó a través de la hueste, que se agolpaba a su paso para ovacionarle. Se había ganado la lealtad de sus hombres, que acudían en masa hacia él, alzando los rostros, con los ojos brillantes; sus cánticos y vítores resonaban en sus oídos.

Le seguirían. Morirían por él.

Había algo que Pelayo no parecía dispuesto a expresar. Apenas sonreía, como si careciese de motivos para permitirse una simple mueca, ni siquiera por un instante. Había recuperado a su hermana, ya conocía a su enemigo y había muy poco que celebrar.

—Munuza no luchará mañana —le dijo Fruela cabalgando a su lado.

—No —afirmó el astur—. No lo hará.

—Enviará emisarios a las guarniciones de Astúrica y Legione.

—Así es. Acudirán cientos de moros.

—Y Opas vendrá con ellos —concluyó el cántabro.

Pelayo asintió. El escarnio al emisario del obispo toledano correría de boca en boca por todo el reino. El witizano jamás perdonaría semejante menoscabo a su autoridad. Con aquella deliberada provocación, Opas se había convertido en su peor enemigo.

Y tenían muchos entre los que elegir.

XXV

Las algaradas se repetían cada primavera. En la mezquita aljama de Qurtuba, el valí realizaba un solemne llamamiento y miles de guerreros acudían al ŷihād: muqātila, soldados de la más pura estirpe árabe; maulas barbar, forzados a combatir en virtud de los pactos; voluntarios atraídos por el hedor del saqueo. El ejército califal abandonaba Qurtuba en primavera, imparable. Una inmensa columna de jinetes y peones atravesaba las sierras de la Bética hacia el norte, llevando consigo cientos de mulas y dromedarios con enseres y provisiones. Una vez en Caesaraugusta, marcharon hacia levante, a través de la vetusta calzada romana.

A partir de ese momento, nada era respetado. Los guerreros podían saquear el territorio a su antojo. Capturaban a los campesinos, violaban a las mujeres, cargaban en las mulas los objetos de valor, aherrojaban a los cautivos, torturaban a los magnates para averiguar dónde ocultaban el oro. El ganado se reunía en acémilas o se sacrificaba. Solo entonces daba comienzo la labor de destrucción. Se incendiaban los graneros, los hórreos, las cabañas, las iglesias, los establos. Las columnas de humo, visibles a decenas de millas, señalaban la ruta de invasión y los aterrados lugareños huían en masa hacia las montañas, abarrotaban los caminos presos de pánico, buscaban refugio tras los muros de las ciudades. Incapaces de alimentar a las oleadas de refugiados, condes y obispos se veían forzados a capitular.

Tras detener el caballo, Alqama alzó la vista hacia las puertas de Gerunda. Flanqueadas por una pareja de torreones, la entrada fortificada se mostraba inexpugnable a cien pasos de distancia.

—Que preparen las armas —ordenó el caíd.

Ibn Ja‘far tiró de las riendas para volver grupas y el abanderado agitó la enseña; un lienzo de seda con el distintivo blanco de los omeyas.

—*Allahu akbar!*

El takbir resonó en la vanguardia del ejército y se propagó por toda la columna, apagándose en la distancia, a medida que la exaltación a Dios era repetida por cada hombre. Los muqātila tomaron los yelmos colgados de los

arzones, revisaron los correajes de las armaduras, retiraron las fundas de las moharras y empuñaron las adargas.

—Preparad la ‘arrāda —ordenó Alqama.

Los carpinteros coptos comenzaron a montar la catapulta que cargaban los carros mientras los soldados erigían las jaimas en un cerro próximo a la confluencia entre los ríos. Apenas dos horas después, una gigantesca honda accionada por poleas, sobre un trípode articulado, se alzaba a cien pasos de la puerta oeste de la ciudad. A una orden, el primer proyectil salió despedido cuando una treintena de auxiliares egipcios tiró de las cuerdas e impactó con un estruendo contra las defensas erigidas en los días antiguos. Durante toda la noche los artilleros castigaron las torres que custodiaban el portalón de roble.

El amanecer se mostraba gris, una espesa niebla se aferraba al maltrecho paisaje, dejando un frío legado de gotas nacaradas sobre soldados y armas. A medida que avanzaba la mañana, entre el chirrido de la máquina de guerra y el rugido de las rocas castigando las torres, la niebla se fue despejando y pudieron distinguir las murallas. Los árabes aguardaron inmóviles, pacientes como estatuas. Sitiadores y sitiados parecían resignados a lo inevitable. La mayor parte de lugareños jamás había empuñado un arma, y la leva condal haría reír a un perro. Entre las almenas descollaban yelmos cubiertos de herrumbre, lanzas torcidas, escudos ajados. Los arqueros, incapaces de acertar a un granero a veinte pasos, les disparaban flechas de puntas barbadas, más útiles para cazar ciervos.

Alqama sonreía confiado. Hacía siglos que los romanos pagaban a otros para que lucharan por ellos, y, una vez aniquilada la exigua guarnición de cada ciudad, los muqātila se convertían en una manada de zorros asaltando un gallinero.

—Que disparen los arqueros —ordenó Alqama.

Un nuevo Allahu akbar, un resoplido de cuernos y los ismaelitas desataron un aguacero de saetas sobre las mal defendidas murallas. El cielo gemía con silbidos de muerte, la lluvia de astiles arreciaba con furia, los cristianos se derrumbaban sobre un empedrado teñido de sangre. Una nueva orden y la tempestad amainó; los cadáveres yacían por decenas, el resto gimoteaba para no romper el silencio.

—Que ataquen los barbar —dijo Alqama.

—¿Tan pronto? —respondió Ibn Ja‘far, y al reconocer la expresión decidida, añadió—: Como desees.

El asalto fue brutal, había que dar un escarmiento. Si todas las ciudades de la Tarraconense ofrecían resistencia, la campaña se haría interminable. Los

barbar tomaron el tronco de encina que habían hecho ariete y, bajo la cubierta de las adargas, embistieron las puertas. Los defensores les arrojaron piedras y pez hirviente, esta vez las flechas no erraron el blanco y en el umbral de la ciudad fortificada se amontonaron los cadáveres.

Al fin se impuso lo inevitable y el postigo cedió a los embates. Los africanos aullaron de júbilo. Asaltaron la entrada como gusanos en una herida infectada, los siervos arrojaron las armas y solicitaron cuartel, enloquecidos por el miedo. Los bucelarios, guerreros de oficio, resistieron el tiempo suficiente para satisfacer su honor y se mostraron dispuestos a rendirse a cambio de que respetaran sus vidas. Los barbar los alancearon con saña, degollaron a los heridos, mutilaron los cadáveres y comenzaron a matar a quienes hallaron a su paso.

Al darse cuenta de que no respetarían la tregua, los gerundenses retomaron las armas. Una feroz carnicería se desató en torno a la entrada.

Manoseando el puño de la espada mushrafī, Alqama fruncía el ceño. Al desenfundar resonó un siseo siniestro. Hizo una señal al heraldo, que realizó una llamada de cuerno. Los muqātila se lanzaron al ataque, el estruendo de mil cascos herrados ahogó cualquier otro sonido, los gritos de guerra acobardaron al enemigo. La caballería árabe barrió el tumulto formado ante la puerta, como una guadaña en un campo estival. Alqama se sumó a la carga, con la espada convertida en su mano en una ráfaga mortal.

—*Allahu akbar!* —aulló hasta que su voz se tornó áspera, hasta que la sangre salpicó su rostro, hasta que les arrancó la vida a todos quienes osaron acercarse. El relincho de los caballos aterrados le ofendía los oídos, el denso hedor de la muerte impregnaba el aire. Una flecha silbó ante su rostro, y se giró hacia un muchacho delgado armado con un arco. Picó espuelas para embestirle y fue arrollado por la bestia.

Alqama descabalgó, dispuesto a arrebatarle la vida, y descubrió unos mechones rubios cayendo sobre un rostro femenino, aterrado. La chica trataba de protegerse con el ajado arco de fresno.

—Apresadla —dijo a sus hombres.

Al final se impuso el silencio y la agonía de los moribundos, los árabes se alzaban victoriosos sobre la montaña de cadáveres. El caíd se dirigió al jefe de los barbar, que empleaba un cuchillo para despojar de orejas a los muertos.

—La guarnición había capitulado —le dijo Alqama.

Las leyes del ŷihād establecían que, si una ciudad se rendía sin luchar, se respetarían sus vidas y posesiones. Solo si ofrecían resistencia, el saqueo y la rapiña estarían justificados.

—Unos lugareños nos atacaron —replicó el barbar.

En la frente de Alqama se formó una marea de pliegues.

—Ese puñado de viejos y niños no se hubiera atrevido ni a limpiarse el culo sin pedir permiso. Prendedle —ordenó Alqama—. Que reciba cien azotes.

La guardia de la shurta se llevó al caudillo moro. Nómadas del Atlas, movilizados ante la perspectiva de saqueo fácil, huyendo del yermo pedregal en el que malvivían, atraídos por los legendarios tesoros de al-Ándalus: la mesa de Salomón, iglesias con los muros revestidos de plata, las veinte coronas de Toletum, tapices tejidos en hilos de oro y plata. Hermosas muchachas ataviadas con vestidos ornados de perlas y coral. Tesoros ocultos, bastaría con excavar un muro para que cayera un torrente de rubíes y esmeraldas. De regreso a Damasco, Mūsà ibn Nusayr había dejado asombrados a los habitantes de las ciudades africanas con el botín de la conquista hispana.

El caos se había adueñado de las calles de Gerunda, los guerreros irrumpían en iglesias y palacios para llevarse los objetos de valor y sacar a las mujeres a rastras. Alqama desensilló el caballo, le dejó beber del pilón y anudó las riendas a la hiedra de la muralla.

—Haceos cargo del botín —gruñó el caíd.

A punta de espada, los africanos entregaron el pillaje obtenido de forma ilícita. Imanes y alarifes precintaron las sacas con sellos de plomo con la inscripción «Botín lícito» y el nombre del valí al-Hurr. La primera decisión de Alqama fue nombrar delegado a un magnate judío. Ambicioso, corrupto, venal, indigno de toda confianza y, por lo tanto, ideal para el cargo. Al ser viudo y sin hermanos, no tendría una horda de parientes a los que beneficiar, y, mientras el temor doblegase a la avaricia, serviría a su propósito.

A medianoche, Alqama se sentó al calor del fuego en el antiguo palacio condal, tan inmóvil como la noche velada que reinaba allá arriba. Un brasero broncíneo asaba un pedazo de carne. A través del portillo echó un vistazo al patio porticado, a los cepos y jaulas que contenían a cientos de hombres, mujeres y niños. Muy pocos mostraban algún vestigio de desafío en los rostros. Pronto serían conducidos a Qurtuba para conocer su destino. El trabajo en la mina, en los campos, en las mancebías consumiría sus fuerzas, sus esperanzas, sus vidas.

—Traedme a la cautiva —ordenó a sus hombres.

La primera reacción al ver a la arquera fue decepción. El alarife la forzó a entrar en la exedra de un recio empujón y la joven llegó trastabillando y cayó

de bruces al suelo. Al cerrarse, la puerta resonó con un estruendo. Alqama se sentó para examinarla y habituarse a su rostro.

—¿Tienes hambre? —le dijo.

Ella sacudió la cabeza con la mejilla aplastada en el empedrado. El caíd le arrojó un pedazo de carne asada.

—Come.

La joven se acomodó en el empedrado, sin llegar a recoger la comida. Durante unos instantes permanecieron en silencio, y, al fin, ella se atrevió a mirarle a la cara.

—Te odio —le espetó.

—Lo imaginé cuando quisiste matarme.

—No —replicó la chica—, quise matarte porque eras mi enemigo. Ahora te odio.

Le escrutaba con ojos alerta. El sarraceno se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a rumiar el asado.

—Llevaba dos años en al-Ándalus cuando llegué a Ishbiliya —murmuró Alqama—. Estaba solo; visité uno de los burdeles y conocí a una ramera llamada Bera. La mujer más hermosa que jamás había visto: senos breves, piel de marfil, el cabello rubio recogido en una trenza. El najjās me pidió una fortuna por su compañía, pero accedí a pagar. Cuando estuvimos a solas, descubrí las cicatrices en su espalda. Algunas eran marcas de látigo, otras parecían cortes, y otras quemaduras. Le interrogué sobre ellas. Después de ser capturada, los barbar la retuvieron durante meses, torturándola para divertirse. La vendieron al najjās, una vez se cansaron de ella. Me encapriché de ella, me gustaban sus cicatrices, y pagué por añadirle más. Dos días antes de marcharme, quise convertirla en mi yariya. Le dije que deseaba comprarla y me respondió: «Haz otra cosa por mí». Abrió una caja y sacó una navaja de afeitar. «Córtame el cuello», me rogó, «prometo morir en silencio; cuando empiecen a hacer preguntas por una puta muerta, tú estarás lejos». Dejé el cuchillo en la mesa y decidí marcharme. No he vuelto a verla.

—Deberías haberla matado —murmuró la muchacha.

—Lo sé.

—Y ahora me vas a matar —concluyó—. Me harás lo que Bera te pidió que hicieras.

—Sí —dijo Alqama al cabo—. Pídemelo.

La joven permaneció en silencio con el rostro oculto entre las sombras.

—¿Puedo verlo? —susurró al cabo—. El cuchillo que vas a usar.

Él lo extrajo de la funda y lo sostuvo en alto para que ella pudiera observarlo.

—¿A cuántas? —El rostro de la muchacha había perdido el rubor.

—He perdido la cuenta —respondió Alqama.

—Que sea rápido. —Cerró los ojos con fuerza y levantó la barbilla. Bajo la tenue luz de las lámparas de aceite, su pálida garganta se antojaba hermosa. El guerrero se incorporó del suelo con una sonrisa apenas contenida, una mueca grotesca, y, al terminar con ella, abandonó su cuerpo en la estancia. Hizo un gesto a sus hombres para que retirasen el cadáver.

—Los maulas desean hablar contigo —le informó Ibn Ja‘far—. Reuniré a la guardia.

—No —dijo Alqama—. No hará falta.

—Están a punto de rebelarse.

—Ya veremos.

El caíd se colocó la qabā’ que le cubría la cota de malla y se ciñó el turbante escarlata. En el atrio se reunió con dos caudillos moros. Descollaba Axom, un barbar de piel cuarteada, cabello y ojos negros, rostro llano, desprovisto de emoción. Lo bastante resuelto como para que cientos de moros callaran para escucharle, y, sin duda, aquella noche lo habían hecho.

—Has ordenado azotar a uno de nuestros jerifes.

El caíd le observó con fijeza poco antes de asentir. Podía reconocer a un asesino en cuanto lo tenía ante sí.

—Siguió luchando cuando los hispanos se habían rendido —declaró Alqama.

—Al contrario que los árabes, nosotros no cobramos un estipendio —prosiguió Axom.

—Ningún maula lo hace —replicó el sarraceno, y bajó los ojos hacia el otro maula, con el cuerpo oculto bajo un burnus.

Primera regla de la lucha con cuchillos: si adviertes que alguien tiene uno, puedes considerarte afortunado. El arma puede ocultarse en la manga, bajo el manto, en cualquier parte. La conciencia del ataque suele llegar junto al dolor de la herida.

—Hace ocho años que abrazamos el Islam —prosiguió Axom—. El Profeta anunció que todos los musulmanes serían iguales.

—Hace ocho años fuisteis derrotados —le corrigió Alqama—. Lucháis para nosotros en virtud de un pacto de capitulación.

El árabe examinó el suelo, irregular, y después las paredes del atrio: había muy poco espacio.

—Mūsà dijo que podríamos quedarnos con lo saqueado…, y no se nos permite saquear —le reprochó Axom.

—Los hispanos capitularon…, como vosotros capitulasteis. Ahora se hallan bajo la protección del Islam.

El segundo barbar decidió intervenir:

—Nos usáis como carnaza. Nos encomendáis las tareas más penosas y arriesgadas. Ni siquiera cobramos soldada, y, a cambio de la sangre vertida, recibimos las peores tierras. —El moro lucía un cabello negro, ojos ambarinos y piel morena en un rostro anguloso. Las manos ocultas bajo el manto con capucha.

—No sois árabes —dijo Alqama, como si con eso bastara.

La mano siempre es más rápida que la vista. Un parpadeo, y el barbar trató de apuñalarle. Resultaba imposible identificar la trayectoria, inmovilizar el brazo y responder. Alqama dio un paso atrás, extrajo el puñal de la manga y lanzó una puñalada a ciegas.

El barbar retrocedió; la hoja de Alqama le había segado los músculos del brazo. El segundo moro atacó, el árabe se hizo a un lado y le empujó contra la pared. Comenzó a coserle el vientre a puñaladas. Cuando sus hombres al fin llegaron, el caudillo árabe se revisaba el cuerpo en busca de heridas. Tomó el turbante de uno de los cadáveres y lo usó para vendarse la zurda. Su corazón aún resonaba como una tormenta en el pecho.

—Un emisario. —Ibn Ja‘far irrumpió en el claustro, acompañado por un dignatario. Ambos observaron los dos cuerpos sin vida. Las llamas iluminaron el rostro bisoño del recién llegado; los ojos, hundidos por la fatiga, brillaban con indiferencia ante la macabra escena.

—Traigo un mensaje del valí al-Hurr —anunció el heraldo—. Ha estallado una rebelión en las montañas de Cantabria y Asturia. Debes presentarte con tus hombres en Astúrica Augusta, donde te reunirás con Opas. Tu misión será sofocar la revuelta, desmembrar a los rebeldes y no dejar a nadie con vida.

XXVI

Sentado en el esquife, Teófilo se adecentó la túnica mientras contemplaba el Hebdomon. Manchas de pálidas nubes se deslizaban sobre el lujoso barrio residencial, a solo siete millas del foro de Constantinopla. La Propóntide reflejaba aquella soberbia imagen como un colosal espejo. Los estandartes de los omeyas ondeaban por todas partes.

Teófilo arrugó el entrecejo. No sabía mucho sobre los árabes, y los años sirviendo en la burocracia imperial no le habían preparado para aquello. Ningún diplomático de alto rango se había ofrecido para la misión, y León solo confiaba en él para semejante tarea. El corazón del hombrecillo se aceleró cuando la nave se aproximó al muelle del palacio de verano de los emperadores romanos. La nueva residencia de Maslama, el valí de Armenia y Azerbaiyán, además del gobernador del ŷund de Qinnasrin en Siria, hijo del gran califa ‘Abd al-Malik ibn Marwān, medio hermano de los difuntos califas al-Walīd y Sulaymān, además de otras dignidades que, en ese momento, no recordaba.

El hombre más poderoso del Imperio islámico tras el propio ‘Umar, príncipe de los creyentes.

El califa Sulaymān había fallecido en septiembre del año anterior y el ascenso de ‘Umar había supuesto el triunfo de una facción cortesana opuesta al bando belicista liderado por Maslama. Las tensiones entre el príncipe de los creyentes y el comandante de aquella expedición militar resultaban, a esas alturas, palmarias. El desenlace del asedio no solo decidiría el destino del Imperio romano, sino también del califato.

Los marinos amarraron el esquife al suntuoso embarcadero. Por un instante, Teófilo admiró las colosales obras de circunvalación construidas para aislar la capital de la Romania. En torno a las murallas teodosianas, los árabes habían excavado fosos y erigido un gran muro de piedra, además de otra línea de contravalación que protegía la retaguardia de los ataques búlgaros.

—Antes de entrar, el emperador León desea transmitirte algunas indicaciones —le dijo el traductor—. Sobre el modo de tratar con los árabes.

Con el semblante severo, Teófilo escuchó, atento, al funcionario, sin pasar por alto la ironía de la situación. Su buen amigo el autocrátor, sebastos y basileos delegaba tales consejos a un pobre diablo que había enviado, junto a él mismo, al matadero. A causa de la estructura jerárquica de la sociedad árabe, no debía mantener contacto visual con ningún noble, ya que el gesto podría interpretarse como desafío. Tampoco debía bromear, ni siquiera de un modo que pareciera amistoso a un romano. León le aconsejaba evitar el contacto con cualquier mujer, aunque fuera una criada. «No intentes discutir», insistía el traductor: «si surge un desacuerdo, habla con algún superior». En general, Teófilo debía mostrarse lo más débil y menos amenazador posible.

Este último consejo le hizo pensar en los verdaderos motivos de la elección de su augusta persona para aquella misión, ya que no rebasaba la altura del hombro de casi nadie. Furioso y aterrado, la sangre de Teófilo hervía al mismo tiempo. Decidió centrarse en su tarea: ya encontraría el momento de decirle unas cuantas verdades al engreído de León III.

O tal vez no.

Los soberbios edificios de ladrillo y caliza con techos abovedados se alineaban en las estrechas calles del puerto. Sobre ellos se alzaba una estructura imponente, el palacio imperial; más pálido aún que las fastuosas construcciones que lo rodeaban, reflejaba la luz solar como un faro. Dos enormes puertas de cedro con adornos broncíneos se abrieron tras recorrer unos escalones marmóreos, una imponente figura surgió por el resquicio. Un eunuco, a juzgar por su flácida contextura. Vestía una dalmática de seda azul que acentuaba su oronda figura y contrastaba con la palidez de su rostro lampiño. Habló a Teófilo en un griego fluido, aunque el acento le resultase extraño:

—¡Embajador! —exclamó—. Hemos esperado vuestra llegada con impaciencia.

El castrado le escrutaba con unos llamativos ojos de color ámbar, que parecieran brillar en la lóbrega arcada. Teófilo quiso erguirse y estrecharle la mano, aunque recordó los consejos de su estimado amigo, al que maldijo mentalmente por meterle en aquel entuerto. Ascendió por los últimos escalones, maldiciéndose, esta vez a sí mismo, por aceptar la tarea, y se apresuró a contestar:

—Muchas gracias por el recibimiento —dijo, lacónico. No tenía sentido preguntar al eunuco por su nombre, pues sin duda sería incapaz de

pronunciarlo.

Le condujeron por el corredor hasta una puerta cerrada, donde se vio obligado a esperar. Los sarracenos habían redecorado del palacio imperial a su capricho, mutilando las estatuas de mármol de los emperadores romanos, ocultando con tapices las imágenes de Cristo. Le sorprendió la presencia de imágenes humanas y el estilo griego de los textiles.

—Este tapiz —comentó, señalando una escena bélica—. ¿Qué representa?

El eunuco se volvió para escrutarlo con aburrido detenimiento.

—La batalla de Sebastópolis —respondió, monótono—. Muestra al padre de mi señor Maslama, el califa ‘Abd al-Malik ibn Marwān, aplastando al ejército romano.

En las coloridas imágenes, Teófilo no halló rastro de los veinte mil eslavos cuya deserción había propiciado la victoria agarena, veinticinco años antes. Tampoco tenía constancia de que el califa ‘Abd al-Malik hubiera liderado a las huestes sarracenas. Los artistas del califato no destacaban por ecuánimes, ni tampoco por su interés en lo real.

—Embajador…, mi señor Maslama ibn ‘Abd al-Malik os recibirá ahora —anunció el castrado.

—Por supuesto. —Teófilo carraspeó y compuso su mejor sonrisa diplomática.

Una pareja de maulas de raza negra, con espadas yemeníes al hombro y ostentosas túnicas talares, abrió la puerta y el pequeño funcionario imperial se descubrió ante Maslama, sentado en un ostentoso diván de cedro labrado, examinando, hastiado, varios papiros con mapas y documentos. Junto a él, de pie, se hallaba Sulaymān, el almirante de la flota recién llegada unos meses antes. El embajador trató de que su rostro no mostrase ningún vestigio de inquietud cuando hincó la rodilla en el suelo para postrarse. Entonces Maslama le habló y su retumbante voz reverberó en el espacio cerrado:

—Teófilo, al fin nos vemos de nuevo —dijo en un aceptable griego.

El aludido tiró de las mangas de su túnica talar mientras se ponía en pie, haciendo todo lo posible por mantener la compostura:

—Agradezco vuestra hospitalidad, mi señor.

—¿A qué se debe que, esta vez, León III se dirija a mí mediante un heraldo, y no a través de una carta? —Maslama inquirió con un empalagoso sarcasmo.

—Hay dos respuestas para esa pregunta —respondió Teófilo—. La primera es que León se encuentra en una difícil tesitura. Desea entregaros la ciudad, tal y como acordamos, pero si el Senado y la jerarquía eclesiástica lo

descubren, el pueblo se amotinará. Él perdería su corona y vos una fácil conquista. Por tanto, debe aparentar que no se halla en tratos con vos y que pone todo su empeño en la defensa de la capital.

—A juzgar por las naves incendiadas y las continuas salidas de sus tropas, por Alá que lo aparenta bien —declaró Sulaymān.

—¿Y cuál es la segunda respuesta? —dijo Maslama, dedicándole una severa mirada al comandante. Teófilo dedujo que cualquier derrota agarena no era algo que, en su presencia, convenía mencionar.

—El segundo motivo de mi presencia es ese criminal desterrado, partidario del usurpador Anastasio, al que respaldáis como legítimo emperador de la Romania. Eso, como sin duda sabéis, menoscaba la posición de León en la corte imperial. Y no beneficia a ninguno de los dos. —Teófilo forzó un quejumbroso tono de voz que trató de que fuera convincente.

—Seré igualmente honesto, mi buen embajador —dijo Maslama, recostándose sobre el diván—. Se trata de un modo de hacer que tu señor respete nuestro acuerdo. Encontrar un emperador romano resulta tan fácil como hallar una puta en el puerto de Tiro. Díselo a León III.

—Os aseguro que mi señor es dolorosamente consciente de que solo conservará la corona si a vos os complace, Maslama ibn ʻAbd al-Malik.

Al valí sarraceno le complació la respuesta y rio de buena gana.

—Soy buen conocedor de la debilidad de los romanos —declaró, con su acostumbrada falta de complejos.

—Por desgracia —prosiguió el embajador, convenientemente apenado—, el pueblo de Constantinopla sigue imbuido de ilusiones y confía en una victoria a largo plazo.

—¿Y a qué se debe semejante insensatez? —Maslama se mostraba incrédulo ante cualquier interferencia a su voluntad, así que el embajador le respondió con cautela.

—Dudan que tengáis la intención de asaltar las murallas teodosianas y confían en que el asedio se prolongue sin que obtengáis ningún fruto.

—¿Y por qué creen semejante majadería? —rugió Maslama.

—Cuando vieron que acumuláis tantas provisiones, un acopio de trigo que alcanza la altura de montañas, nobleza y plebe concluyeron que habéis asumido vuestra incapacidad de tomar la ciudad al asalto.

—No pueden ser más ilusos —le espetó el valí—. Podría aplastar a la Nueva Roma como a un juguete de arcilla.

—Sin embargo… —razonó Teófilo, engullendo un río de saliva—, si ordenáis que esas provisiones sean quemadas, perderán toda esperanza en un

largo asedio y los convenceréis de que estáis dispuesto a luchar. Así cundirá el desánimo y León podrá justificar su capitulación ante el gran Maslama ibn ‘Abd al-Malik. Mi señor os entregará el tesoro imperial y se convertirá en vuestro siervo.

—Hemos cortado el suministro de agua a Constantinopla —declaró Sulaymān, ceñudo ante la descabellada propuesta—. El acueducto de Valente fue destruido, hace casi un siglo. Hemos derruido el otro que aún suministraba agua.

—Mi señor… —replicó Teófilo—… La capital romana cuenta con más de doscientas cisternas subterráneas que almacenan el agua de lluvia. El emperador Anastasio reparó las defensas e hizo marchar a toda la población que no contase con alimentos para tres años. Ese es el tiempo que debéis esperar si vuestro objetivo es rendir la ciudad por hambre.

A juzgar por las expresiones de los sarracenos, había puesto el dedo en la llaga. La estrategia romana se basaba en una defensa en profundidad: una serie de guarniciones custodiaban los pasos de los montes Tauro y, si los árabes sobrepasaban esa línea, se topaban con una red de kastron cuyas guarniciones hostigaban sus líneas de suministros. Las dificultades para abastecer a un ejército tan colosal, alejado más de seiscientas millas de sus bases en Siria, siempre amenazado por la flota romana y los jinetes búlgaros, debía de suponer un quebradero de cabeza.

Una debilidad que, sin embargo, Maslama no parecía dispuesto a admitir. Cuanto más autoritario el mando, tanto más las decisiones dependen del carácter del líder. Maslama ibn ‘Abd al-Malik. Astuto, implacable, carente de cualquier límite a su voluntad. Rodeado de un cortejo de aduladores, cínicos o adictos que no osaban contradecirle. El ascenso entre ellos no obedecía al mérito, sino a una lealtad ciega.

La debilidad del déspota.

Un mando despótico como Maslama tomaba todas las decisiones por sí mismo. ¿Recibía informes sinceros de los subordinados? Seguramente no. ¿Le ocultaban aquello que no deseaba escuchar? Parecía probable. ¿Prestaría atención a la opinión de Sulaymān? Solo si coincidía con la suya. ¿Se creía superior a su enemigo? Sin lugar a dudas. ¿Era consciente de sus propias debilidades? Obviamente no.

El déspota, todopoderoso y frágil al mismo tiempo. El temor al líder le aísla en un mundo aparte. La realidad se corrompe. Los aduladores aumentan en número. Las decisiones se supeditan al ego. Los errores se vuelven fatales.

—Constantinopla se halla cercada por tierra y por mar. —Teófilo lanzó su última flecha envenenada—. Vos sabéis, como el gran general que sois, que en la moral de la población reside la clave de la victoria. La seguridad y grandeza que demostraréis con este gesto aniquilará por completo cualquier esperanza en la victoria. Demostraréis, además, que sois un digno vástago del grandísimo ‘Abd al-Malik ibn Marwān.

Los ojos del hijo ilegítimo del califa ‘Abd al-Malik, marginado de la sucesión al haber nacido de una concubina extranjera, brillaron de excitación al escuchar aquellas palabras, una epifanía para su maltrecho ego.

—Haré más que eso —declaró, ante el estupor de Sulaymān—. Ordenaré que incendien los graneros y repartiré una parte del trigo a los constantinopolitanos, para que aprecien mis buenas intenciones. Así sabrán no solo que cualquier resistencia es fútil, sino también que tendrán misericordia si se rinden.

—Eso mostrará, más que cualquier otra cosa, vuestra grandeza, mi señor —declaró Teófilo haciéndole una última reverencia.

Las llamas de los graneros de Hebdomon resplandecían en la noche, visibles desde las torres de la Puerta Dorada. Con un inmenso suspiro de triunfo, Teófilo apoyó la frente sobre una de las almenas y León III depositó la diestra sobre su hombro, en un mudo reconocimiento a su labor.

—Que se reúnan la corte y el consejo militar —ordenó el emperador de la Romania.

Dos horas después, las puertas doradas se abrieron con un agónico gemido y la fastuosa embajada califal, cien jinetes ornados en sedas, recorrió la avenida de Mesé hasta la enorme plaza del Augusteón, ante la colosal cúpula de Hagia Sofia. Atravesaron la imponente Puerta de Bronce, presidida por un busto de Cristo Pantócrator y decorada con retratos de filósofos y emperadores. En el inmenso complejo áulico, los majestuosos edificios se sucedían: el Aula Magna, el Triclinio de los Nueve Lechos, el Palacio Dafné… hasta que los emisarios llegaron al Crisotriclinio, el salón dorado del trono. Los árabes descabalgaron y tres magnates se presentaron ante los ostiarios que custodiaban las colosales puertas de plata cincelada.

El grupo de heraldos, liderado por Sulaymān, irrumpió con arrogancia en el salón octogonal revestido de mármoles. Coronado por una gran cúpula de ocho arcos, aquel suntuoso espacio constituía el corazón del Imperio romano,

y, por consiguiente, de toda la cristiandad, que, al fin, se disponía a hincar la rodilla y someterse al yugo islámico.

Sin el menor gesto de consideración, Sulaymān caminó hacia baldaquín sostenido por cuatro columnas bajo el que se hallaba el trono. El emperador León aguardaba sentado, revestido con el loros y una diadema áurea decorada con esmaltes. Rodeado por los miembros de la cancillería, entre los que destacaba Teófilo, y un selecto grupo de militares del más alto rango.

—Mi señor ha cumplido con su parte —declaró, jactancioso, Sulaymān—. Me envía para negociar los términos de la rendición.

El emperador romano escuchó, impasible, aquella declaración. Sus dedos tamborilearon sobre el apoyabrazos del trono, y esperó un instante, recreándose en el momento. Y, esta vez, se encontraron ante el verdadero León III:

—¿Creéis que os entregaré todo lo que mis antecesores construyeron en el pasado? Si lo hiciera, no tendría ni inteligencia ni religión. Os he dejado sin víveres, los habéis quemado por orden mía. Dentro de poco, pereceréis de hambre. No hallaréis ningún auxilio, no tenéis nadie a quien pedir ayuda. Libráis una guerra contra todas las naciones y os negáis a negociar con ellas, salvo su rendición.

—¿Qué debo decirle a mi señor? —Sulaymān literalmente escupió aquellas palabras, como impregnadas en veneno.

—Si Maslama desea retornar a Siria, le concedo pasaje libre a través del territorio romano —declaró León, magnánimo—. Si no está dispuesto a levantar el sitio, se encontrará con una guerra real, muy distinta a la que ha librado hasta ahora. Los ejércitos del califato perecerán ante las murallas de Constantinopla… De nuevo.

Consternado, Sulaymān acariciaba su anillo con un rubí engarzado. Teófilo casi pudo leer su mente. Si la embajada regresaba con semejante respuesta, todas las culpas recaerían sobre él. Maslama necesitaría un culpable. Imaginó el contenido de aquella joya, oculto tras el camafeo, y sintió lástima por el valeroso almirante.

Sulaymān se giró con un violento flamear de ropajes, las puertas doradas se cerraron a su espalda y la sala del trono al completo espiró un aliento apenas contenido.

—Todavía no me puedo creer que Maslama se haya tragado semejante embuste —comentó Teófilo, aliviado.

—El orgullo es el peor enemigo de cualquier líder, al igual que la vanidad para una mujer hermosa: basta con alentarla con lisonjas para que actúe según

te convenga. Si Maslama hubiera sido una hembra y yo hubiera querido seducirla, lo habría hecho y él no me habría negado nada —declaró León III, y el consejo de militares estalló en carcajadas.

XXVII

Jamás te acostumbrabas del todo. Cabalgas por una senda, entre prados y mieses, bajo la calidez del sol primaveral, y, en un instante, todo cambiaba. Tras un recodo del camino, ahí está la guerra, esperándote. La tierra se torna ceniza, las cosechas desaparecen, el hedor de la carne abrasada te golpea en el rostro. Y el silencio. Ese desolador silencio apenas interrumpido por el graznido de los cuervos, los lamentos y los gritos.

La lluvia había cesado, el cielo aún permanecía gris y la embarrada vereda se ensanchó lo bastante como para que dos caballos trotasen a la par. En la vanguardia de los cincuenta jinetes, Fruela tiró de las riendas para detenerse ante la aldea de Argandenes, una pesadilla de ruinas calcinadas. El espectro de la guerra había convertido el valle del Pialonia en un aterrador páramo, y una cortina de lluvia se deslizaba más allá de las montañas, bajo un tenebroso cúmulo de nubes negras.

La partida de batidores regresaba.

—¿Cuántos? —les interrogó Pelayo.

—Trescientos muqātila árabes —dijo el jefe de los exploradores—, tal vez el doble de moros a pie y doscientos maulas hispanos con fustíbalos y azconas.

Una cifra mayor de la supuesta; todos contuvieron el aliento. El ejército sarraceno abarrotaba la vía de Lucus Asturum, una serpiente oscura reptaba por un paisaje esmeralda. El princeps astur se detuvo, con el rostro pálido desprovisto de emoción. Observó a sus dos subalternos; Asterio parecía más taciturno que de costumbre. Ceñidos los yelmos y puestas las lorigas, todos los guerreros llevaban los escudos a la espalda.

—Munuza se habrá visto obligado a mantener la guarnición de Gegione —dijo Fruela—. Teme que los nobles se sumen a la revuelta.

—Y ellos se mantienen a la expectativa; apostarán por el caballo ganador —concluyó Pelayo—. ¿Qué hay de tu hermano?

—A la espera de una embajada, de la guarnición de Amaya.

—Con las exigencias del nuevo valí de al-Ándalus. ¿Aceptará someterse? —murmuró el princeps, y el interpelado dejó la pregunta sin responder. Sin duda, al-Hurr deseaba garantizar la lealtad de los señores del norte, que nadie se sumara a la rebelión, o, de lo contrario, podría extenderse por la piel de toro.

—¿Marchó ya Ermesinda? —dijo Fruela, tratando de cambiar de tema.

—Ayer, hecha una furia —confirmó Pelayo—. Se reunirá con mi esposa en Libana. Allí estará segura… Mi hija… No quiso entenderlo.

La mirada de Fruela vagó por encima de su propio hombro, más allá de las colosales moles de piedra albina, hacia el valle donde se hallaba su propia hija, junto a su esposa, Hilduara.

—Una comitiva de agarenos se ha adelantado al grueso de las tropas —añadió el jefe de los batidores—. Llevan ramas de palma.

Al parecer, Alqama deseaba parlamentar.

—Iremos Fruela y yo, y hablaremos en tu nombre —dijo Asterio, y el cántabro parecía conforme, no así Pelayo:

—Debo parlamentar con el jefe sarraceno —declaró—. Conocí a Alqama en Corduba, ya sé qué clase de hombre es. Ignoro qué relación tiene con Opas, y debo averiguarlo.

—Después de nuestra emboscada a Munuza, tal vez no se sienta muy obligado a jugar limpio —le advirtió Asterio—. No debes arriesgarte.

—Ya veremos —comentó el princeps astur, girándose hacia el resto de jinetes, muy seguro de sí. Tras mirarle a los ojos, Fruela supo que en absoluto lo estaba.

Un buen comandante ha de mostrarse confiando ante sus hombres. Debe parecer ajeno a la duda, seguro de la victoria. Ha de estar dispuesto a decirles aquello que debían saber, ocultarles lo que debían ignorar. Sin escrúpulos, ni tampoco remordimientos, de enviar a cientos de jóvenes a la matanza. Siempre solo en el desolado páramo de su conciencia. Fruela observó a la decena de cántabros que le acompañaban; campesinos, artesanos, pescadores. Gente humilde, endurecida por aquella tierra áspera, sin más porvenir a su alcance que arrancarle un mísero sustento y ver crecer a sus hijos. Su máscara de mando se había hundido en una ciénaga, tras librar una batalla en el otro confín de un reino perdido para siempre. Y debía ponérsela de nuevo.

—¡En marcha! —les ordenó Pelayo.

Medio centenar de norteños cabalgó hacia poniente y se detuvo en lo alto de un promontorio que dominaba el valle. Los pálidos estandartes omeyas flameaban en lo alto de la cima, y, al contemplarlos, las anillas de la loriga

oprimieron la garganta de Fruela como la soga del verdugo. Durante años, había fantaseado con encontrarse frente a Opas en el campo de batalla, vengar la muerte de Rodrigo, la tortura de Teodolf, la traición en el lago. Ese afán había dado paso a una ambición más serena y decidida, aunque, cuando se toparon con el obispo y los mandos sarracenos, la duda le atenazaba.

Bajo el turbante escarlata, Alqama lucía un rostro sombrío; difícilmente pudo imaginarle de otro modo. A modo de saludo, el caíd les sonrió revelando dos hileras de dientes blancos y perfectos. La sonrisa de un lobo hambriento, se dijo Fruela. Cuatro guerreros le escoltaban, todos con lorigas bajo la qabā’ abierta y adargas de piel de antílope con adornos de bronce, espadas damascenas colgando de tahalíes repujados, dignas de la panoplia de un príncipe. Fijó su atención en Opas, que en ese momento le escrutaba con los ojillos oscuros llenos de rabia y la promesa de un ajuste de cuentas. Nada bueno saldría de aquel parlamento. Sintió que se le secaba la boca como si hubiera engullido un puñado de sal.

—Sed bienvenidos. —Opas había forzado una alegría antinatural en su voz—. ¿Habéis venido a rendiros?

—No. —Pelayo se inclinó hacia delante en la silla, hacia Alqama, encontrándose ante una mirada muerta. Observó al corpulento montañés que le acompañaba, quien sin duda les servía de guía.

El obispo metropolitano hizo que su montura se adelantara:

—Creo que no se te oculta, Pelayo, cómo antaño toda Spania estuvo gobernada por una sola ley, bajo el gobierno de los godos, y cuando su formidable ejército se congregó no fue capaz de resistir el embate de los ismaelitas. ¡Cuánto menos podrás tú defenderte con un puñado de hombres! Escucha mi consejo y apea tu ánimo de tal empeño, para que disfrutes de los muchos goces que ofrece la amistad con los mahometanos.

—¿Traes otra costilla de san Acisclo? —le respondió el astur.

Aquella muestra de arrogancia irritó aún más al mitrado. A su lado, Alqama aguardaba en silencio. Fruela pudo sentir la frialdad que irradiaba su mismo ser, como una ráfaga de brisa invernal.

—¿Quién manda aquí? —les preguntó—. Soy Alqama, heraldo de al-Hurr ‘Abd al-Rahmān al-Taqafī, valí de al-Ándalus por mandato del califa Sulaymān ibn ‘Abd al-Malik, príncipe de los creyentes.

—Yo soy Pelayo.

—¿De verdad pretendes enfrentarte a nosotros? —declaró el sarraceno—. Entre tus hombres veo muchos pastores, pero pocos guerreros. ¿Habéis conocido la desolación del desierto, allá donde el sol abrasa, las aguas son

salobres, las noches hielan y solo los fuertes sobreviven? Mi tierra ha engendrado a los guerreros más despiadados que el mundo jamás ha visto. Muqātila, lobos en un mundo de corderos. ¿Crees que un puñado de asnos salvajes puede enfrentarse a los ejércitos del califato?

—Esto no es un puto desierto: es mi montaña —afirmó Pelayo—. Marchaos o, de lo contrario, ninguno de vosotros saldrá de ella con vida.

—No es de sabios enfrentarse a los hijos de Agar, Pelayo —intervino Opas—. Entrégame al asesino de mi hermano, devuelve a Munuza tu hermana Dosinda y lograré que el valí de al-Ándalus te perdone la vida. Te doy mi palabra.

—¿Y qué hay de las granjas y aldeas que habéis devastado? —inquirió Fruela—. ¿Qué garantías tenemos de que no se repita?

—Sería un chiste que la conducta del vencedor tuviera que justificarse ante el vencido —declaró Alqama.

—Tú —le espetó Opas—. Mataste a mi hermano.

—A tus dos hermanos —respondió el cántabro, impávido, y se remangó para mostrarle las cicatrices del antebrazo—. Witiza murió berreando como un puerco cuando le ahogué; Sisberto chilló como una cría cuando le rebané el cuello; y tú acabarás igual. Ya no estás en Toletum, obispo perjuro, traidor a tu rey, enemigo de los tuyos, aniquilador de tu reino. Esta es mi tierra, e impone sus leyes. Ríndete y tus hombres podrán abandonarla. A cambio, recibirás el regalo de una muerte rápida. Te doy mi palabra.

Los ojos de Opas irradiaban fuego. Desde joven, Fruela había depurado la disciplina de desquiciar a sus enemigos, sondeando la armadura de sus mentes hasta hallar alguna debilidad. No había dos hombres iguales, y ahí radicaba el desafío, aunque, en el caso de Opas, resultase obvio.

—La derrota en el lago fue la sentencia de un juicio de Dios —rugió el obispo—. El dominio musulmán es un dictado de la providencia divina. Lucháis por un mundo que agoniza, contra el imperio más poderoso que jamás ha existido, contra Dios, y contra el propio destino. Sé lo que pretendes, Pelayo. Deseas construir una epopeya que inspire a otros a seguir tu ejemplo. Nadie hablará de vosotros, nadie recordará que existes.

—Entre tus hombres veo muchos mercenarios, pero pocos guerreros. —Esta vez Pelayo se dirigía, impasible, al sarraceno—. Tienen muy poco que ganar aquí, y los míos lo perderán todo si flaquean. Regresa a Corduba y dile a tu señor que aquí, en el norte, habitan hombres libres.

La mirada del astur se clavó en los ojos de Alqama. Supo que su adversario era consciente de que aquellos barbar, esclavos manumitidos,

forzados a luchar en virtud de los pactos, tenían pocos motivos para arriesgar la vida. Al igual que sabía que, si aceptaban aquel desafío, combatirían en un terreno que les era desfavorable. El árabe entreabrió los labios, y el obispo le acalló con un gesto airado.

—No… sois… esclavos. Aún. Pronto lo seréis —le espetó Opas—. Vuestros hijos serán castrados, vuestras mujeres engrosarán los burdeles. Quien os recuerde, será para maldeciros. Al caer la noche, ambos colgaréis de una cruz y estos desharrapados estarán muertos —concluyó, con la atención fija en el muchacho que sostenía el estandarte de Pelayo, rematado por la cruz que Rodrigo portaba en la batalla del lago.

—Es mejor morir por algo que vivir por nada. —El joven tomó el crucifijo de boj que llevaba al cuello y lo besó ante el mitrado.

«La guerra enseña a los niños a hablar como hombres», se dijo Fruela. Contempló la furibunda expresión de la cabeza doctrinal de la Iglesia hispana cuando un campesino osó desafiarle. La convivencia de Opas solo era una enrevesada farsa para justificar su arribismo, y para ello empleaba evangelios, misales, oracionales y salterios como armas. La fe de la gente común era sencilla, diáfana. Auténtica. Una persona instruida puede fraguar refinadas dialécticas para justificar lo injustificable. La gente común es incapaz de negar lo obvio.

Opas y Alqama se observaron, y Pelayo musitó un «Ahora idos a la mierda», antes de hacer girar al caballo. Cuando los agarenos desaparecieron de la vista, su sonrisa se desvaneció.

—Ha mordido el anzuelo —comentó el princeps astur, taciturno, mientras cabalgaban de regreso al valle—. ¿Qué te ha parecido?

—Opas está al mando —dijo Fruela—. El valí ha ordenado a Alqama que siga sus órdenes.

—Lo cual no ha sentado bien al orgullo de un caíd del más rancio linaje árabe —convino el princeps.

—Te tienen miedo —añadió Asterio—. Temen que esta rebelión sea el germen de algo. —Pelayo eludió su mirada, reflexivo ante tales palabras—. Lo cual significa que al-Hurr también te teme.

—Los rumores sobre rebeliones por todo el califato han de ser ciertos —dijo Fruela.

—Duplicar los impuestos, para sostener el ŷihād, tiene un precio…, y hoy mismo pueden pagarlo —murmuró Pelayo—. ¿Os habéis fijado en la expresión de los maulas?

—Opas ni siquiera lo percibe —mascულló el cántabro.

El botín que podía ofrecer a los barbar aquella abrupta y desolada tierra resultaba mísero, la lealtad obtenida por el miedo siempre tenía un precio. Bastaba con que los maulas temieran más a las lanzas del enemigo que al látigo de su amo para que abandonasen la lucha. Opas estaba convencido de que no tenía ante sí a un ejército de verdad, de que su líder, al que Alqama literalmente había meado encima, suponía ser un necio y un patán.

—Fruela. —La voz del jefe astur le sacó de tales reflexiones.

—¿Sí? —El cántabro alzó la vista, hacia el valle del Gueña. Un centenar de jinetes escoltaba a una columna de mujeres, niños y ancianos que, junto con los carros y los rebaños, ascendía hacia el monte Auseva.

—No eres el único con derecho a venganza —dijo Pelayo.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero te da igual —dedujo el astur—. Si, por algún capricho del azar, Opas se encuentra al alcance de mi espada, no te interpongas. Es una orden.

Espolearon a las monturas para reunirse con los lugareños que transportaban las reses desde los invernales del valle hacia los puertos de montaña. Aquella senda conducía hacia las quebradas cumbres del Vindio, los últimos vestigios de nieve aún blanqueaban su mole caliza. Una decena de jinetes se reunió con ellos.

—¿Todo en orden? —les preguntó Pelayo.

—Hemos reunido a las gentes del valle, la mayoría ya está en el monte Auseva —respondió Galacieso, y el princeps percibió su vacilante incredulidad—. Alqama no se atreverá a seguirnos.

—Entonces, ¿qué hará Opas? —dijo Pelayo—. ¿Regresar a Toletum con las manos vacías, después de reunir más de mil hombres?

Disparate o no, jamás habían contado con la iniciativa en una acción militar, ni habían impuesto al enemigo sus propias reglas. La lucha ancestral en la piel de toro. Todos los pueblos combaten en el terreno, pero algunos luchan con él, convirtiendo a su propia tierra en un aliado. No podían repetir el mismo error de siempre y enfrentarse a los sarracenos a campo abierto.

A medida que escalaban, la senda se adentraba en una vaguada dominada por un escarpe, coronado por un muro de piedra y una empalizada que servía de baluarte. Allí se reunieron con medio millar de guerreros. Más allá del camino por el que los campesinos conducían a sus rebaños, se alzaba el monte Auseva, en cuya pared rocosa se hallaba la cueva sagrada. Los vallejos que rodeaban la cumbre proveerían de pasto al ganado. En caso de que fueran

derrotados, las mujeres y los niños podrían dirigirse hacia los puertos de montaña y refugiarse en lo más escarpado del Vindio.

—¡Señor! —Asterio señalaba una almenara que ardía sobre la cumbre que dominaba el valle, anunciando la llegada de la hueste agarena.

El princeps astur sonreía, sus ojos grises recorrieron el serpenteante camino. Inquieto, aunque decidido, con los ojos brillantes, ajenos al miedo, lo cual otorgaba al resto la fuerza necesaria para ignorar su propio temor.

—Opas y Alqama han aceptado el desafío —dijo Pelayo, y gritó al grueso de la columna—: ¡Daos prisa! ¡Continuad!

Superado el collado, el camino deambulaba entre lomas cubiertas de hierba y brezo, hasta rebasar una cresta. Los agarenos estaban a dos millas de distancia, pisándoles los talones. Pelayo detuvo al caballo, puso pies en tierra e hizo sonar el cuerno.

—¡Desplegaos! —ordenó el princeps.

Quinientos guerreros descabalgaron al escuchar la orden, hincaron clavijas de hierro en el suelo para atar las riendas y tomaron los escudos de las ancas de los caballos. Todos se apresuraron a crear una, dos, tres líneas, codo con codo, cerrando el paso por el collado hacia el Auseva. Entre un barranco que defendía su flanco izquierdo y una sierra boscosa que defendía el derecho.

Tras empuñar el escudo, Fruela descabalgó y palmeó las ancas de la montura, que galopó hacia la montaña. Caminó ante la formación, escrutando un bosque de miradas inquietas, para ocupar un lugar entre sus hombres. Con aquel gesto, renunciaba a cualquier posibilidad de huida y mostraba su voluntad de compartir el destino de sus hombres. Se detuvo ante el arquero que le había acompañado desde Libana; la palidez del rostro le hacía parecer aún más joven.

—Ramiro.

El interpelado dio un respingo, haciendo que se deslizara sobre los ojos la montera de fieltro. A su lado, Elacio, como buen veterano, sonreía confiado.

—Ramiro, hijo de Álvaro… —prosiguió Fruela—. En el muro de escudos, todo guerrero protege el costado de su compañero situado a la izquierda. Tu deber será mantenerte hombro con hombro junto al resto. Si abandonas tu puesto, me dejarás desprotegido. Te estoy confiando mi vida, y, si yo caigo, la formación correrá el riesgo de romperse. ¿Me he equivocado de lugar?

Por un momento, un nuevo temor asomó en el escuálido rostro del muchacho, aunque al fin respondió:

—No —dijo, relamiéndose los labios resecos—. En absoluto.

Aferró con fuerza la lanza, con el extremo inferior hendido en tierra. Fruela había alzado la voz lo bastante como para que todos pudieran oírle, y contempló el valle, más allá de los estandartes que ondeaban en primera línea. La tormenta ya estaba casi sobre ellos, los hombres comenzaban a murmurar. Los enemigos se encontraban a trescientos pasos, en tenso silencio observaron cómo se aproximaba la columna. El sonido profundo de los tambores de guerra parecía un trueno lejano.

—¡Guerreros! —rugió Fruela—. ¡Escuchad al princeps!

Los cántabros le miraron desconcertados. Guerreros. Nada de bastardos, garrulos, paletos, cazurros, bastardos endógamos, follaovejas, bastardos eunucos —cualquier derivado de «bastardo» podía servir— u otro apelativo denigrante. Los había llamado «guerreros».

Empuñando su escudo escarlata, Pelayo se plantó ante sus hombres. Resonó un retumbar de cascos herrados. Un millar de muqātila árabes, maulas bereberes y mercenarios hispanos cabalgaba hacia ellos, haciendo vibrar el suelo, con un murmullo creciente.

—¡Ya lo veis! ¡Nos superan en número! —gritó el princeps—. Y esta lucha es demasiado noble como para dejársela a los nobles, así que tendremos que apañárnoslas solos. —Pelayo escuchó complacido las risas—. ¡Solo son siervos! Mercenarios que luchan por un depravado paraíso que desean recrear a nuestra costa. Para ello, convertirán a nuestra progenie en rameras y eunucos. ¡Nosotros somos hombres libres que defienden a los suyos! ¿Quién creéis que vencerá?

Le respondió el golpear de los escudos y un ancestral grito de guerra en una lengua olvidada. «*Orgen! Orgen!*». Los norteños desataron una rabia apenas contenida.

—De nuestro reino solo queda esta montaña —prosiguió Pelayo—. Esta será nuestra fortaleza. ¡Donde obtendremos nuestra primera victoria! Recordad bien este día, porque será vuestro para siempre. *Ab testudinem!*

Con un ensordecedor estruendo, quinientos pastores solaparon los escudos, hasta formar una empalizada multicolor. Dispuestos a olvidarse de las escaramuzas, para actuar como una infantería de línea. Para vindicar la derrota en el lago, la aniquilación de todo un reino, las humillaciones sin cuento.

Destellos de luz cegadora en el horizonte, bajo un océano de nubes negras seguido del furioso rugir del firmamento. Los gritos de enemigos sin rostro se hicieron más fuertes. Pudieron verlos desplegarse, con la caballería en

vanguardia. Jinetes revestidos de metal, yelmos, lorigas de malla y armaduras de láminas.

—Contamos con una posición ventajosa —les recordó Fruela a sus hombres, y Ramiro asintió con firmeza, deseoso de creer sus palabras.

Un grito solitario surgió de entre las filas ismaelitas. El entrechocar de miles de armas golpeando contra los escudos los hizo envararse. Secándose el sudor del rostro, Fruela miró hacia la montaña que se alzaba a su diestra. Nervioso aunque expectante. Incapaz de decidir si afrontaba la situación con calma o, simplemente, ocultaba su miedo. La única respuesta fue un continuo martillear en el pecho.

El princeps astur profirió un grito de guerra y levantó la espada. Su rugido se perdió en la cacofonía imperante y se sumaron los cuernos, pregonando por las montañas el coraje de los guerreros del norte.

—¡Preparaos!

La primera fila hincó la rodilla en tierra, con los regatones de las lanzas clavados en el pedregal, las moharras apuntando al enemigo. Los de la segunda fila los cubrieron con los escudos y el resto de filas se fue sumando a la techumbre, dispuestos a recibir el aguacero de saetas y la carga de la caballería. No solo pondría a prueba su coraje, sino también su disciplina. Arrodillado en vanguardia, Fruela se santiguó sin tan siquiera darse cuenta. A su lado, Ramiro extrajo el amuleto que llevaba colgado del cuello, una punta de pedernal tallada milenios atrás. Una protección contra el rayo, los espíritus de la tormenta. Como si fuera una señal, un trueno rugió en la lejanía.

El rumor de los cascos herrados y el entrechocar del metal al galope se volvió atronador. Afianzados en el muro de escudos, los norteños se escrutaban entre sí, manoseaban las armas. En retaguardia, los escaramuzadores depositaron guijarros en los senos de las hondas y los fustíbalos.

—¡Esperad! —les ordenó Pelayo.

Una gota cayó sobre el hombro de Fruela, adhiriéndose a los anillos de la loriga. Sintió otra en la mejilla, y después otra más. El viento cubría las armas con un rocío helado. Un destello de luz sobre el aserrado horizonte y el cielo bramó de nuevo, como si, con su gesto, Ramiro hubiese invocado al Nubero. Jarreaba, el agua resonaba sobre escudos y yelmos, y después se desató la tempestad. Los norteños reían. Lluvia, bosque y montaña; su nubosa tierra acudía en su auxilio.

A una veintena de pasos, los jinetes sarracenos cargaban; ya casi podían distinguir los rostros.

—¡Disparad! —ordenó Pelayo.

En respuesta al cuerno de guerra, un enjambre de saetas nubló el cielo y cayó sobre la formación enemiga, causando más confusión que muerte. Los cascos herrados rugieron al remontar la pedregosa loma, los norteños ocultaron el rostro tras los escudos. De repente se desató el caos. Una brutal embestida. Sangre ajena salpicó el rostro de Fruela como lluvia escarlata. La esperanza y el coraje se desvanecieron cuando los gritos de muerte recorrieron el frente de batalla. En un instante, la cuarta parte de hombres yacía en el suelo. Una docena de caballos sin jinete coceaba, con las entrañas desperdigadas por el pedregal. Los enemigos se replegaban.

—¡Recomponed filas! —gritó Fruela.

Los ojos de Ramiro se abrieron como platos. Entre los escudos, distinguió algo. Logró hurtar el cuerpo a una lanzada. Alguien no tuvo tanta suerte. Enemigos y aliados cayeron, arrastrándose por el campo teñido de sangre. Las bestias relinchaban.

Quienes perdieron las armas enastadas, desenvainaban los scramas para recomponer el muro de escudos. Silbidos en el aire, los arqueros disparaban en tiro tenso. Las órdenes de Fruela salieron un instante antes de que cayeran más flechas. Parpadeó cuando un proyectil le alcanzó el escudo. Sintió un dolor ardiente en el antebrazo, vio el asta atravesando el cuero y la madera quebrada.

Buscó a tientas la herida y se arrancó la saeta. Alzó la vista, más allá del entrechocar de las armas. Vislumbró a la caballería agarena dispuesta a una nueva carga, bajo el mando de Alqama. Rodeado por su guardia personal, el obispo metropolitano aguardaba en el cuadro de infantería a que el árabe consumara la matanza. El caíd, en efecto, se disponía a soplar el cuerno cuando un gemido ronco surgió desde la niebla que engullía las peñas.

Otro tañido de bocina, replicado por el eco de las peñas, dio paso a un griterío salvaje. A su diestra, la bruma vomitó una multitud de hombres armados. Al fin. Desde los peñascos, hondas y fustíbalos lanzaron sobre los sarracenos otra lluvia, esta vez letal. Los muslimes recompusieron filas y quisieron devolver el castigo. Los fustíbalos moros arrojaron piedras hacia lo alto, que chocaron entre las peñas y cayeron sobre sus compañeros que trataban de trepar por la pendiente.

La voz de Munio resonó en todo el valle:

—*Ad ultionem!*

Cientos de montañeses descendieron por la cresta, en respuesta a su comandante. Otra masa de guerreros, bajo los estandartes de Galacieso, Egila

y Pentio, surgió del camino, cerrando la retirada a los musulmanes.

Habían caído en la trampa.

Los muslimes se percataron de las tropas ocultas y comenzaron a desplegarse en filas. A una orden de Alqama, la caballería agarena tiró de riendas para volver grupas hacia la vaguada. Con la infantería mora dispuesta en falange, los jinetes se replegaron tras su formación para descabalgar.

—¡Cargad! —gritó Fruela—. *Ad ultionem!*

Desenfundó Mimung y corrió hacia los arqueros. Trescientos guerreros cargaron hombro con hombro. Pudo ver el terror de uno de los árabes, al rebuscar en su aljaba. Depositó una saeta en el arma y apuntó al pecho de Fruela. La flecha salió disparada cuando se hallaba a seis pasos. Sin fuerza, chocó en la malla; otro proyectil rebotó en el yelmo.

Dilatada la madera por el aguacero, los arcos resultaban tan inútiles como el juguete de un niño. El muro de escudos norteño arrolló a los arqueros islámicos, las dos falanges chocaron con un estruendo de tilo y corambre. Los montañeses se estrellaron contra la línea de adargas como un golpe de mar contra las rocas, empujando a los moros, cuyas botas no encontraron agarre en el barro. Los chasquidos de las cuerdas de los arcos y el zumbido de los fundíbulos llenaron el aire, entre los gritos de los moribundos. La batalla rugió, ninguno de los bandos esperaba misericordia.

—¡Empujadlos al barranco! —gritó Fruela.

«Juntos podemos», murmuró uno de los norteños. «Juntos podemos», repitió su compañero, y la consigna se repitió por el muro de escudos, hombre tras hombre. «Juntos podemos». Hombro con hombro, empujaron. Un paso adelante, dos pies de tierra ganados, y empujar.

«Juntos podemos».

El escudo cada vez más pesado, como fundido en plomo. Sobre el entrechocar del metal y los gritos de los moribundos, repitió la orden:

—¡Empujad!

La lucha estalló con renovada furia, alentada por los gritos de guerra y el relincho de los caballos enloquecidos por el hedor de la sangre. Los dos bandos quedaron atrapados en un cuerpo a cuerpo brutal, la sangre se mezclaba con el barro. Fruela perdió la cuenta de a cuántos enemigos acuchilló. Sentía los brazos entumecidos por la fatiga.

En toda batalla llega un momento fatídico en el que las fuerzas fallan y ambos bandos se consideran vencidos. Es entonces cuando quien continúa luchando se alzará con la victoria.

—¡Empujad! —gritó.

Sus hombres respondieron con bramidos, los agarenos comenzaron a despeñarse por el barranco. A su diestra, Ramiro se unió al griterío, con una chispa de demencia en los ojos. Fruela percibió una ráfaga en la mejilla cuando una lanza buscó su rostro. Vio una abertura y acuchilló un vientre. No tuvo tiempo de preocuparse por lo que acababa de hacer. El instinto fraguado en las prácticas asumió el mando.

Los norteños siguieron embistiendo, escudo con escudo, sobre un barrizal rojizo, pisando cadáveres y charcos de sangre. Juntos podemos. Bajo el continuo aguacero, los arroyos se volvieron torrenteras que vertían aguas en la vaguada. Bajo el batir de las pisadas, la vaguada se convirtió en barrizal.

Si todo iba bien, se dijo Fruela, habrían embolsado a la formación sarracena. Los tratados insistían en no rodear al enemigo, en dejarle siempre una vía de escape. De lo contrario, luchará hasta el último aliento. A esas alturas, ya daba igual. Apiñados, los agarenos se hundían en el fango por el peso de sus armas, cada paso se hacía extenuante. Los norteños saltaban sobre ellos como lobos, pisoteaban a los moribundos. Cubiertos de lodo de pies a cabeza, seguían avanzando.

—¡Empujad!

Dicen que el hombre civilizado es aquel que ha descubierto algo más placentero que la lucha. Aquel día, los «asnos salvajes» hicieron honor a su nombre. Sin apenas espacio para luchar, Fruela enfundó la espada y buscó a tientas el scrama. Lanzó una estocada a ciegas y otro enemigo se desplomó, chorreando sangre. El espatario dejó escapar un gruñido cuando otro moro le clavó una daga en el hombro. Un dolor profundo, palpitando bajo la piel como un cristal dentado. Fruela le apuñaló en el pecho.

Tosió y farfulló mientras su visión oscilaba. Cuando se llevó la mano al hombro, vio sangre y sintió que le empapaba la barba. Gruñendo, a duras penas logró incorporarse. Vio a Opas, montado en su semental retinto, y trató de abrirse paso. No tuvo tiempo. Pelayo aferró los ropajes del obispo para arrojarle sobre el fango. El princeps montó a horcajadas sobre el mitrado y comenzó a aporrearle, con los puños, con la testa, dejando un rastro de sangre a cada golpe. Luego le aferró del cabello y hundió su rostro en el lodo; el religioso pataleaba, ahogándose en el fango, hasta que su cuerpo yació inerte.

Exhausto, Pelayo alzó la vista entre el tumulto; los dos espatarios canjearon miradas. La agotada expresión del astur se descompuso al ver algo y señaló el flanco izquierdo.

—¡Fruela! —clamó con urgencia.

El aludido miró por encima del hombro. Un centenar de jinetes sarracenos pretendía seguir avanzando por el camino. Alqama intentaba escapar. Tras recoger el escudo, Fruela retrocedió tras la deshecha formación norteña.

—¡Venid conmigo! —ordenó a sus hombres.

Treinta guerreros norteños abandonaron la masa de combatientes para reforzar el centro del maltrecho muro de escudos. Alqama desenfundó la mortífera espada mushrafī que llevaba colgada al hombro. Gritó una orden. El tronar de los cascos resonó sobre el lodazal.

—*Ab testudinem!* —dijo Fruela.

Los norteños hincaron la rodilla en tierra y abatieron las lanzas, para crear una muralla erizada. Otros apoyaron el hombro en las espaldas de la primera fila. Resultó inútil. Huesos y madera crujieron cuando el muro de escudos se derrumbó ante los caballos.

Una bestia corcoveó y relinchó, aterrada, cuando media docena de lanzas se le clavaron en el pecho. Fruela cayó al suelo, aplastado. Ni siquiera pudo gritar, carecía de aliento. Atrapado bajo en el enorme peso del bruto, luchó por obtener una bocanada de aire. En su lugar, engulló fango. Arrastró la zurda por el lodo y aferró la espada. Todo era barro. Una negrura viscosa se tragaba su mundo, hasta que, al fin, pudo vislumbrar una grieta de luz. La presión en su pecho cesó, alguien tiró de su brazo. Comenzó a toser, vomitó lodo y, al fin, consiguió respirar.

Apoyó la diestra en la tierra y abrió los ojos. El cadáver del caballo yacía sobre un cenagal, su sangre aún manaba de una lanzada en el cuello. Fruela a duras penas pudo enderezarse, el dolor en las costillas se lo impedía. A su lado, Ramiro se giró hacia el sudeste, en dirección al monte Vindio. La vanguardia de la columna sarracena había logrado atravesar el muro de escudos, y tomó la senda que ascendía hacia los lagos.

Del resto de la hueste agarena, ninguno quedaba en pie. Eran cadáveres, o agonizaban en un cenagal rojizo, sembrado de flechas y astas quebradas. Vio una bandera pisoteada en el barro, con el blanco de los omeyas apenas reconocible.

«La batalla ha terminado. Hemos vencido». Un pensamiento engañoso, impregnado de un falso alivio.

Cuando se topó con Munio, aún temblaba de rabia, cubierto de pies a cabeza de sangre y mugre. Sus ojos mostraban esa mirada salvaje que había visto por vez primera quince años atrás. Ambos se abrazaron, jadeantes.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —dijo Fruela.

—Dijiste que esperásemos al momento preciso.

Caminaron por el campo de batalla, con los pies hundiéndose en el fango. Los supervivientes atendían a los heridos. Los gemidos y las súplicas de los moros, abandonados a su suerte, resonaban en la vaguada, y Fruela se sintió aliviado cuando los callaron para siempre. Entonces se descubrió ante una imagen que jamás pensó que vería, y que no deseaba ver.

Munio se inclinó sobre el cuerpo mutilado de su padre. Tendido en el suelo, un gorgoteo salió de su boca, la sangre manaba de entre los dedos que se aferraban la garganta.

—Padre… ¿Padre?

Maurano le respondió con una tos áspera, mezclada con grumos de sangre. Apretó la mano de su hijo con tanta fuerza que los nudillos se blanquearon. Cabeceó una negativa.

—Está bien —murmuró Munio—. Te llevaremos al pueblo, allí te sanarán.

—Estoy… bien. —Maurano se atragantó, luchaba ferozmente por respirar. La sangre no dejaba de manar—. Todo termina aquí… para mí.

La voz de Maurano murió con él. Munio presionó su frente contra la suya, cerrando los ojos. El cuerpo de su padre quedó inmóvil para siempre.

—Hoy habrás muerto por algo —le dijo Pelayo.

El princeps astur parecía cubierto con la sangre de un centenar de hombres; si era metafórico o real, poco importaba. Los ojos de Fruela le ardían por la mugre en el rostro. Trató de limpiarse y solo logró extender la suciedad. Contempló el monte Vindio, sintiendo una puñalada en el pecho a cada inspiración.

—Pretenden cruzar las montañas —masculló Pelayo, leyendo su expresión—. Llegarán al valle de Libana.

Donde estaban Hilduara y su hija, todo cuanto amaba.

—¿Qué crees que hará? —preguntó Fruela.

—Los lobos no son crueles por capricho —murmuró el princeps—. Pero son lobos.

Alqama y sus hombres suponían una bestia herida. Moribunda, letal. Arrasarían todo cuando hallaran a su paso.

—Nosotros los perseguiremos —dijo Fruela—. Tú debes marchar a Gegione. En cuanto llegue la noticia…

—Los nobles se sumarán a la revuelta —aseguró Pelayo—, y Munuza intentará huir hacia Astúrica…, atravesar la cordillera por el camino de la Mesa. Allí le emboscaremos.

El día era suyo. No había un momento de descanso.

—¡Dejad que las mujeres y los ancianos se ocupen de los muertos! —gritó Fruela a sus hombres—. ¡Tenemos que marchar tras Alqama!

Apenas un centenar de hombres, para aniquilar a la hueste de Alqama antes de que llegase a Libana. Vio a Elacio vendarse con jirones del manto.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Solo he perdido una oreja —dijo el veterano—. No es nada.

«Mis hombres, por razones del todo insondables, confían en mí». A pesar de aquella victoria pírrica, Elacio y el resto le miraban con una fe inquebrantable. Fruela comenzó a despojarse de la loriga y, en ese instante, sintió como una lanzada en la sien. Cerró los ojos, trató de serenarse. Casi vomitó de nuevo…, mas no tenía con qué. Tragó saliva y luchó por controlar su cuerpo. Munio tiró suavemente de él:

—¿Estás…?

—Estoy bien —dijo Fruela, con el cráneo aún palpitándole.

—Tus malditos dolores de cabeza —mascculló su primo—. ¿Crees que puedes engañarme?

—Estoy… Estaré bien —repitió el espatario. Dejaron de lado la diatriba cuando regresó Elacio.

—Un tercio ha muerto —les informó el veterano—. Otro tercio, heridos. Contamos con ochenta hombres.

—Alqama nos supera en número —masculló el espatario, y se dirigió a Elacio—: Llévate veinte; debes hostigar la retaguardia.

—Para que crean que los persigue el grueso de nuestra hueste —prosiguió el avejentado bucelario.

—Cortadles el paso hacia la costa —añadió Fruela, despojándose del yelmo—. Nosotros marcharemos por lo alto de la sierra, para adelantarnos al enemigo.

—No podremos ir a caballo —le advirtió Munio.

—No. Lo haremos a pie.

XXVIII

Solo quienes han combatido en la montaña se pueden hacer una idea de lo duro que es. Todo cuanto necesitas debes llevarlo encima. La mochila, las armas, el odre, la manta. Dejas atrás todo lo que no sea imprescindible y, cuando te echas la carga a la espalda, las correas te llagan los hombros, el peso te oprime el cuello… y comienzas a caminar, apoyado en la lanza.

Después del primer paso, Fruela se percató de que jamás podría cruzar el monte Vindio. Dio un segundo paso, y luego un tercero. Agotado por el combate, sin tan siquiera pensar en otra cosa, continuó caminando, concentrado en dar una zancada más. Con cada inspiración, sentía un dolor lacerante en el torso. El maldito caballo le había destrozado el pecho. Quiso aparentar que nada ocurría, pero su primo no le quitaba el ojo de encima.

Recorrieron la cresta de la sierra, siguiendo un atajo, para adelantar a la hueste sarracena que había tomado el camino que ascendía a los lagos. Fruela contempló a los montañeses que le acompañaban remontar la senda a un ritmo implacable. A duras penas podía sostener la marcha, tuvo que apoyarse en una encina. Descubrió que Munio estaba a su lado. Su boca se movía.

—Deberíamos hacer un alto —repitió su primo, examinando su lamentable estado.

El espatario asintió y se dejó caer en el suelo, junto a Ramiro y Munio.

—Tienen un guía —masculló Fruela, y echó mano al odre para beber un trago.

—Guzmán, de Argandenes —declaró el joven arquero—. Conoce bien las montañas.

El espatario arrugó la frente, perlada en sudor. Aquello complicaba la misión.

—¿Qué crees que hará Alqama? —Formuló en voz alta la pregunta que resonaba en su mente.

—En cuanto pueda, tratará de marchar al norte —respondió Munio—. A los pies de los lagos, hay una llanura y, desde ella, podría tomar una senda hacia la costa.

—Elacio lo impedirá —dijo el espatario—. Confiad en él. ¿A dónde crees que se dirigirá entonces?

—Ascenderán por el camino, más allá de los lagos —replicó Munio—. Hay pasto para los caballos y un buen número de brañas donde pasar la noche.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Ramiro, y Fruela alzó la vista, hacia el cielo encapotado. Un fuerte viento soplaba desde los picos, el frío cortante le llegaba hasta los huesos. Estimó un par de horas antes de que anocheciera y se desatara una tormenta.

Hacia el crepúsculo, observaron a la columna sarracena avanzar por una inmensa vega. Una enorme explanada entre las montañas, surcada por un arroyo. Unos destellos surgieron del bosque que cubría una elevación más al norte.

—Elacio…, viejo zorro —masculló Fruela, sonriendo.

El veterano bucelario había dispersado a sus hombres en la arboleda del collado que separaba la explanada del valle que conducía a la costa. Con las armas pulidas, orientadas hacia el sol poniente, para arrancarle destellos y confundir a los sarracenos. En ese momento, la columna de Alqama se detuvo, y pudo intuir sus temores: aquel angosto puerto de montaña suponía el lugar idóneo para una emboscada. Aunque la hueste de Elacio fuera demasiado reducida como para siquiera planteárselo, era algo que su enemigo ignoraba.

Acomodado entre las rocas, Fruela aguardó paciente. Hasta que, al fin, la columna agarena comenzó a ascender por la senda que conducía a poniente y atravesaba las montañas.

—Enviad un mensajero a Elacio —ordenó el espatario—. Que siga hostigándolos por el norte.

—¿Nosotros qué debemos hacer? —dijo Munio.

—Quemadlo todo.

Una hora después, las cabañas y los cobertizos de pastores refulgían en la noche, engullidos por las llamas, iluminando los pastizales. El fuego rugía y siseaba al contacto con la lluvia que empapaba los riscos. No sería una noche agradable para la hueste de Alqama.

Los norteños se refugiaron en las brañas que rodeaban los lagos mientras aún jarreaba. Fruela extendió la manta en una angosta cabaña de mampuestos y techumbre pajiza. Hallaron leña seca junto a los hogares, encendieron un fuego, se prepararon unas friegas para los agarrotados músculos. Apenas contaban con provisiones, aunque al menos pudieron cenar caliente. El

espatario devoró unas gachas con los dedos y se los chupó al terminar, tras lo cual apuró el contenido del odre.

Más allá de los gruesos muros de piedra, resonó un trueno lejano. La pernocta no sería agradable para los agarenos, sin más techo que los toldos tendidos entre las peñas.

—Debemos elegir un lugar para la emboscada —le dijo a Munio.

—Tienen caballos —le advirtió Ramiro.

—No por mucho tiempo —declaró el lebaniego—. Deberán descender a la garganta del Cares y, desde allí, recorrer el curso del río hacia el mar.

Incluso con la agradable proximidad de la hoguera, aun abrumado por el cansancio, pasó tiempo antes de que Fruela pudiera dormir. Se revolvía bajo la manta andrajosa, deseando que su mente se sintiera tan derrotada como el cuerpo. Los temores sobre Nuñabella e Hilduara le atormentaban. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, contra el muro, para sofocar tales pensamientos. Hacía rato que los demás estaban dormidos, acurrucados en el suelo, y se sentó para escrutar las llamas.

El amanecer asomó sobre un horizonte aserrado, proyectando lúgubres sombras entre los picos, a través de un cielo nublado. Sintió a Munio a su lado, calentando un mendrugo ante el fuego.

—¿Sanan bien tus heridas? —le dijo su primo, y él se llevó la mano al pecho. Aún le dolía al respirar.

—Lo hacen —mintió, con voz ronca, consciente de su lamentable aspecto.

El desayuno fue un trago de agua y la oportunidad de estirar las piernas. Aquella persecución no sería una prueba de fondo, sino la suma de carreras cortas. Tras reunir a todos los hombres dispersos por las brañas, se echaron los petates a la espalda para reanudar la marcha antes de que despuntase el alba.

—¿Cuándo prepararemos la emboscada? —le preguntó Ramiro.

—A mediodía, cuando lleguemos al lugar —respondió Fruela, y después añadió—: Tengo una misión para ti. Necesito un buen arquero.

El muchacho echó mano a la pieza de tejo que llevaba en una funda de cuero a la espalda.

La lluvia, arrastrada por el vendaval, les azotaba el rostro mientras trotaban entre las peñas. Atravesaron un laberinto de brezos y roca quebrada, para comenzar una dura ascensión remontando un collado tras otro. El sudor empapaba el cabello pajizo de Fruela y corría por su rostro, cegándole. Un cuchillo mellado se hundía entre sus costillas cada vez que inspiraba. Debía seguir adelante, mantener ese ritmo implacable, bajo el repiqueteo constante

de la impedimenta, a cada zancada, con las correas del petate y el tiracol del escudo llagándole los hombros.

Los batidores regresaron de vanguardia. Rebasado el último collado, ante ellos un vallejo descendía a través de lomas y prados. Fruela apretó el paso hasta que un abismo se abrió ante él.

El aguacero castigaba a la columna de moros que ascendía por la senda de montaña, convertida en un arroyo embarrado, a medida que los caballos batían la tierra. Sujetando al suyo por la brida, Alqama se detuvo bajo el resguardo que le ofrecía una cresta. Escudriñó el valle que se abría ante él, y después al centenar de jinetes. Las bestias avanzaban penosamente, con las cabezas gachas. Guzmán se sacudió el agua del manto para presentarse ante el caíd.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó Alqama.

—Estamos cerca… He visto pisadas recientes, casi ocultas. Sin duda, montañeses. —El guía nativo fruncía el ceño, y escrutó las cumbres circundantes—. ¿Regresaron ya los exploradores?

El comandante sarraceno negó con la testa. Habían perdido media docena de hombres desde que iniciaron aquella descabellada huida a través de las montañas. El enemigo parecía apostado en todas partes, los muqātila temían abandonar la columna de marcha. A ese ritmo, en tres jornadas habría perdido a la mitad de su hueste.

El caballo de Alqama resopló y se detuvo, con las orejas alzadas, cuando el guía los condujo hacia la pendiente en la que desembocaba una depresión entre paredes rocosas.

—Maldita sea —masculló el caíd.

Una vez alcanzada la otra vertiente, el valle descendía abruptamente hacia una profunda garganta hendida entre las colosales peñas.

—Amossa —le indicó Guzmán, señalando una inmensa mole de roca ajada, más allá de la hendidura por la que, dos mil pies más abajo, fluía el río, invisible desde aquellas alturas. Más allá de una terraza rocosa, el descenso por la canal libraba un desnivel con una fuerte pendiente, a través de un sinuoso sendero de piedras sueltas, tierra y roca firme, que desaparecía de la vista.

—¿Y los caballos? —inquirió Ibn Ja‘far, boquiabierto.

Alqama saltó del suyo, extrajo la espada de la funda y, tras dedicar un vistazo a su subalterno, descargó un tajo en el cuello de la bestia. La montura

de guerra comenzó a revolverse y a cocear, aterrado por el dolor, y el hedor de su propia sangre. El caudillo sarraceno tiró de las riendas con violencia, el bocado se clavó en el paladar del espantado animal y le forzó a doblegarse. Cuando la vida se derramó sobre la hierba, permaneció inmóvil, y Alqama recogió el escudo y la saca atada a la silla de montar.

—Los dejaremos aquí.

Árabes y barbar protestaron al escuchar la orden de sacrificar sus valiosas monturas.

—Mi caballo me ha acompañado desde que era un potro —declaró un jefe barbar.

—En tal caso, puedes quedarte con él —le espetó Alqama—. Sin duda, nuestros enemigos serán indulgentes contigo.

Por un instante, la lealtad pendió de un hilo. Ante la incontestable amenaza de sus perseguidores, de mala gana los guerreros hicieron de tripas corazón y degollaron a sus purasangres. La atención del caíd no abandonaba al barbar descontento.

—Vigila a Gwafa —dijo a Ibn Ja‘far, y él asintió.

Antes de iniciar el descenso por la abrupta senda, hacia las mismísimas entrañas de la tierra, Alqama se giró hacia atrás, para dirigir una última mirada a los cadáveres de las bestias. Aquella decisión suponía una derrota. Otra más, que se sumaba a la emboscada en el Auseva. Debían abandonar las montañas, llegar a la antigua vía que recorría la costa y refugiarse tras los muros de Gegione, antes de que la rebelión se propagase por el norte.

La lluvia helada hacía del sendero una torrentera. Los muqātila ignoraron el vértigo, centrándose en el angosto camino, ocupados en dar la siguiente zancada al borde del abismo. Un paso en falso y rodarían por la abrupta pendiente hasta despeñarse.

Después de dos horas de denodados esfuerzos, los muslimes alcanzaron un camino de tierra batida que dominaba el curso del río, entre dos colosales murallones de roca. Engullidos por la tierra, el cielo se había convertido en una estrecha franja de claridad sobre sus cabezas. Una manada de rebecos huyó ante la irrupción de los moros, entre encinas, brezos y el río agitado en un caos de espuma blanca.

—¿Qué encontraremos río abajo? —preguntó Alqama.

—Una confluencia con otros dos valles, en forma de tridente —respondió Guzmán—. Un par de arroyos llegan del este y conducen a una depresión que desciende hacia Libana. Debemos marchar junto a este río hacia la costa.

Alqama envió a media docena de hombres para que reconocieran el terreno. En aquella garganta, se hallaban ante el peligro constante de emboscada, el adusto semblante de Ibn Ja'far resultaba elocuente.

—Pronto estaremos de regreso en Gegione —le dijo el caíd—. ¿Te espera la pelirroja de esa aldea…?

—Me temo que no —replicó el subalterno—. En Flavionavia… empezamos a empalar los cuerpos, a amputar las manos y, bueno…, una cosa llevó a la otra.

—¿Le cortaste las manos y la violaste?

—Debería haberlo hecho en ese orden —comentó Ibn Ja'far—. La muy zorra me arañó. ¿Ves esa cicatriz sobre el ojo? Es obra suya.

Los batidores los aguardaban en un vado, frente a la confluencia con el angosto valle que ascendía hacia poniente. Una tosca hilera de rocas permitía acceder a la otra orilla, después de una decena de pasos y sumergirse hasta la cintura. Alqama hizo un gesto a sus hombres. Dirigidos por Ibn Ja'far, los maulas comenzaron a vadear el cauce, mientras los muqātila aguardaban su turno. Antes de que el grueso de la columna pudiera alcanzar el lado opuesto, el sonido de un cuerno resonó entre las peñas.

Una hueste de norteños surgió de la espesura.

—¡Replegaos! —gritó Alqama con voz ronca, y Guzmán, siempre vigilante, obedeció sin demora.

Todo sucedió en un instante. Los montañeses eran pocos, apenas podían mantener una lucha sostenida. Saltaron sobre la vanguardia agarena mientras cruzaban el río. Los scramas buscaron la carne desprotegida, obteniendo sangre y gritos hasta que el aire se impregnó con el hedor de la muerte. Había muchas cosas que Ibn Ja'far había aprendido a controlar. La rabia no estaba entre ellas. Cargó contra el líder enemigo, un guerrero de cabello blondo bajo un yelmo pavonado, armado con una espada baylamānī de empuñadura áurea.

Con el agua a la altura de las rodillas, ambos guerreros tajaron a una velocidad cegadora. Las dos espadas sarracenas eran un borrón oscuro. Cada parada suponía un golpe; cada golpe, una parada. El espatario se llevó una mano al pecho al sentir una lacerante sensación al exhalar el aliento. Evitó la hoja mortal del agareno, bloqueaba cortes y desviaba estocadas.

Ibn Ja'far parecía disfrutar del combate. La sonrisa aviesa jamás abandonaba su rostro. Se abalanzó sobre su enemigo con una precisión letal. El líder cristiano trató de mantenerse alejado, de librar esa danza mortal fuera del alcance del acero de Damasco. No se deleitaba en la lucha, la afrontaba como una sombría necesidad. Cargó el peso en la pierna izquierda, fingiendo

caer. Desde la otra orilla, Alqama pudo reconocer la finta. Alentado por la promesa del triunfo, Ibn Ja‘far cayó en la trampa. La hoja baylamānī segó el espacio entre ambos y le amputó el antebrazo.

El preámbulo de una estocada mortal.

Con un horrendo grito, Alqama instó a los muqātila a cargar. Cuando los árabes alcanzaron la otra orilla, los montañeses se retiraban. Un devastador golpe de mano contra la vanguardia musulmana, para después huir monte arriba. El espatario hizo sonar el cuerno, pero un joven arquero se negó a replegarse. Delgado, de complexión fibrosa, con la musculatura del pecho y los hombros como testigo de las muchas horas tensando el arco.

Alqama vio cómo apuntaba con su arma de tejo hacia él, ignorando a los sarracenos que se le echaban encima. El caíd se protegió con la adarga, en el preciso instante en que la flecha salía disparada. Apenas un latido para verla llegar, y pasar a unas pulgadas de su mejilla. Ha fallado, se dijo, justo antes de escuchar el grito. Al mirar por encima del hombro, descubrió a Guzmán, el guía, desplomándose con la saeta atravesada en la garganta.

Otro latido después, el arquero recibió una lanzada en el pecho. A través del caos del combate, Alqama dirigió una mirada al líder enemigo. El espatario respiraba con dificultad, sostenía una espada ensangrentada; le dedicó una expresión muerta y, a pesar de todo, decidida.

—¡A la derecha! —rugió Alqama, y los muslimes comenzaron a remontar el valle hacia poniente, abriéndose paso a punta de espada, bajo un aguacero de dardos. El caudillo sarraceno caminó hacia Ibn Ja‘far, tumbado sobre el pedregal, con el brazo amputado y una brecha en el pecho.

—Alqama —balbució, con el gorgoteo de un pulmón anegado en sangre —, date prisa.

El caíd besó la frente húmeda de quien había sido más que un compañero y, echándole la cabeza hacia atrás, murmuró una oración. Extrajo el cuchillo largo que siempre llevaba consigo y se lo clavó con mano firme en el corazón, liberando su alma a la Yanna.

Alzó la vista, para contemplar las colosales peñas que los rodeaban, cubiertas de encinares impenetrables. Con el camino hacia la costa cerrado, se habían quedado sin guía. A partir de entonces tendrían que marchar a ciegas.

El agotamiento finalmente le alcanzó. Las piernas ya no podían sostenerle, la vista se nublaba, y a punto estuvo de desplomarse. No llegó a caer: unos brazos le aferraron de los hombros, y Fruela logró apoyarse en una roca.

Habían remontado el angosto vallejo. Coscojas y encinas se volvían más densas a medida que ascendían, obligándolos a abrirse paso con los scramas. Después, atravesaron un inmenso robledal, sin detenerse hasta mediada la tarde.

—¿Cuántos hombres hemos perdido? —preguntó el espatario.

La sangre fluía bajo su empapado vendaje del torso; se sentó encorvado en la roca. Munio se acomodó a su lado, escrutando el bosque más allá de la loma.

—Doce, entre muertos y heridos —respondió—. Ellos habrán perdido el doble.

—¿Y Alqama?

—De camino a Libana —aseguró Munio—. Ramiro pudo matar al guía, siguiendo tus órdenes. Tarde o temprano, los moros bajarán al valle. Hemos tomado un atajo.

—Si forzamos marchas, llegaremos antes y pondremos a nuestras familias a salvo —aseguró Fruela, poniéndose en pie.

Su primo entrecerró los ojos, con el escepticismo pintado en el rostro. Los pulmones de Fruela sufrían a cada inspiración, sentía los miembros débiles, desconectados del resto del cuerpo, demasiado cansados para sostenerle.

—Dilo de una vez —masculló Fruela.

—Tienes que quedarte aquí —le dijo Munio.

—No.

—Dejaré un par de hombres para que te atiendan.

—No.

—Marcharemos más rápido sin ti. Harás que nos retrasemos.

—No —insistió él—. Puedo seguir el ritmo.

—Tu elección… —respondió Munio, sombrío—. Ya sabes el dicho…

—La montaña se lleva a los débiles.

Devoraron, a toda prisa, los últimos restos de tocino que conservaban, y, al hacerlo, el hambre arañó sus entrañas. Comenzaron a trotar monte arriba, a un ritmo despiadado. El espatario tuvo un pensamiento para Ramiro.

A veces la mente decide por sí sola, ignora las emociones y deja que la parte racional asuma el mando. Un arma de doble filo. La guerra nos fuerza a tomar decisiones que, en otras circunstancias, nos destruirían, y ahí es cuando ese estado resulta necesario. Sin embargo, también acarrea un precio, una vez que las consecuencias te golpean en el rostro como un mazo. Fruela conocía bien el dolor y la culpa, eran viejos amigos. Había estado en más batallas de las que podía contar. Conocía bien la pérdida; la de su maestro de armas, ese

verdadero padre que jamás tuvo, y también la de su mejor amigo. No estaba seguro de cuántas nuevas víctimas sería capaz de afrontar.

—Siempre lo has sabido —le dijo Munio—. Desde aquel día.

—¿Qué he sabido? —contestó, a sabiendas de que su primo era capaz de leer sus emociones.

—Que no habrá vida sin muerte, sin sacrificio, desde el Lago.

Sin dejar de trotar, Fruela se examinó las manos, todavía manchadas de sangre. Las uñas, llenas de mugre, clavadas en las palmas, tratando de sentir algo, cualquier cosa salvo el vacío. Algo dentro de sí había muerto. Desde que le trajeron de regreso de la muerte, tras sufrir una herida en el cráneo. A veces, desearía haberse quedado allí. Otras veces, su esposa le observaba con inquietud, y ni siquiera Munio le miraba a los ojos, como si temiese lo que encontraría allí. Pensó en su hija. Durante años, había buscado su alma, creyendo que no tenía, y descubrió que sí existía, aunque ya no era suya. Pertenecía a una criatura nacida de él.

Un regalo de su mujer. Ambas eran lo único que, paso a paso, una agonía tras otra, le impulsaban a caminar.

Rebasada la loma, iniciaron un descenso hacia el fondo del valle, y después ascendieron por una nueva pendiente. Durante un breve descanso, encontraron un puñado de raíces que llevarse a la boca, y Fruela bebió del arroyo de montaña. El agua tan gélida que dañaba la lengua y más limpia que cualquier cosa que hubiera probado jamás.

Hacia la diestra, hacia poniente, distinguieron una hilera de figuras avanzar por el collado.

—Alqama —masculló Munio.

Retomaron la marcha, a través del sendero paralelo al río. Lo peor había pasado, le recordó su primo. Más allá del fondo del valle, cruzaron los puertos de Áliva, praderas entre dos macizos montañosos. Para entonces, Fruela apenas sentía el cuerpo, helado a pesar de la tibieza del sol, como si corriese desnudo en una tormenta de nieve. Casi lloró al contemplar a Libana: una colosal y frondosa olla surgió ante sus ojos cuando dos murallas de roca se abrieron ante él.

—Al fin en casa. —La voz de Munio se perdió como un suspiro en el viento.

Una senda descendía junto al arroyo, a través de un terreno boscoso. Corrieron junto a los márgenes del río, entre robledales y hayedos. Fruela tropezó con una roca, cayó de bruces al suelo, el aliento se le escapó de los pulmones y su corazón se encogió de terror. No me quedan fuerzas, se dijo,

aterrado; no podré levantarme. Había una grieta en todo, incluso en su mente, y por ella habían entrado sus demonios.

—Levántate —le dijo Munio, con los dientes apretados. Arrojó la mochila, las armas, el escudo, y le tiró del brazo para cargar con él. El espatario recordó su promesa de proteger a su familia; a duras penas se puso en pie y logró dar un paso.

La esencia de la guerra no son grandes gestas, cargas de caballería, duelos heroicos. Todo reside en, llegado el momento, dar un nuevo paso. Dolor en los músculos al tensarse. Un paso. Dolor en las costillas, un humor sanguinolento entre los labios. Otro paso más. La imagen de Ramiro ahogándose en su propia sangre. Un nuevo paso. Una punzada en el pulmón, el aliento arañándole la garganta. Un paso más.

En los poemas, los héroes luchan hasta el último aliento, extraen fuerzas de un caudal insondable. En el mundo real, las fuerzas te abandonan, hasta lo más profundo de los huesos. Olvídate de pensar. La mente se llena de lagunas, malvives en un recuerdo. A veces estás ahí, otras veces no. Una idea aflora en tu mente, no puede hallar el camino hacia otra y, simplemente, muere. Fruela creyó ver Causegaudia, las cabañas apiñadas a los pies del pico Jano. Cuervos alzando el vuelo, el sonido de sus pasos en los tablones del puente.

Y después, la nada.

Por un instante se sintió ahogado en humo, después se disipó, reemplazado por el hedor de las heridas repletas de gusanos. Unas manos heladas surgieron de la oscuridad, tratando de arrastrarle hacia una sima insoldable, donde se amontonaban los cadáveres. No podía abrir los ojos por más que lo intentara.

«Nos mataste», siseó una voz. «Por tu culpa estamos muertos».

Reconoció a Ramiro, con el rostro pálido, macilento. Los labios de Fruela no pudieron separarse para formar palabras. Alguien aulló de dolor, otro alguien sollozaba.

«Deberías estar con nosotros».

Una nueva voz irrumpió en el vacío, como la luna nueva en una noche sin nubes. Quiso abrir los ojos, permanecían obstinadamente cerrados. Al fin gritó de terror, incapaz de zafarse de las manos pútridas que le atenazaban.

—¡Fruela!

Un jadeo abandonó su pecho al despertar. Parpadeó, una figura borrosa se formó ante él. Apenas pudo distinguir los labios moviéndose. Una dolorosa

bocanada de aire se adentró en sus pulmones.

—Cálmate —le dijo una voz de mujer, y le empujaron contra el lecho.

Una violenta tos le estremeció, surgida de su garganta reseca, un dolor ardiente le llagaba las costillas. Se descubrió en el interior de una choza, ante una hoguera. A través de los resquicios de la puerta entraba la luz del mediodía. Hilduara, sentada a su lado, le miraba con ojos vidriosos.

—Papá. —Nuñabella sonreía. Había perdido un diente. Pudo al fin abrazar a su hija, sentir la suavidad de su cabello en la mejilla. Cuando los brazos de la niña le apretaron el pecho, una nueva punzada de dolor le atravesó el torso.

—Tienes fisuradas dos costillas. —Hilduara fruncía el ceño sobre unos ojos negros, preocupados. Juntó las manos sobre su abultado vientre. Estaba encinta. Fruela gimió de dolor al incorporarse y extendió la mano para percibir la vida que latía en su interior. Apoyó la frente en la de su esposa, saboreando la dicha, y ella rio al llorar, o lloró al reír.

Permanecieron juntos una eternidad, los tres abrazados, hasta que Fruela se dio cuenta de que no estaban solos. De pie, junto al lecho, Monnia abrazaba a su marido y, junto a su primo, descubrió a Eusebia, la esposa de Maurano. Los ojos grises de la matrona brillaron y el rostro del espatario se ensombreció, asaltado por el recuerdo de la muerte.

—Tu esposo… —dijo, y exhaló el aliento. Por un instante, el silencio fue la respuesta. Después, la viuda se envaró al contestar:

—¿Cómo?

Él sacudió la cabeza con vehemencia y la observó, con esa aciaga sensación que se había vuelto tan familiar alojada en el estómago.

—Como él habría querido —aseguró, y Eusebia asintió, complacida y desolada. Sin duda había llorado la pérdida de Maurano, mas la tristeza dio paso a la ira:

—Los moros llegarán en unas horas. Debemos reunir al concejo de los valles.

Poco después, Fruela aguardaba sentado en una estancia repleta de rostros cansados. La casa larga de Causegaudia estaba ocupada por mujeres, muchachos y ancianos, en representación de cada aldea o linaje. Algunos habían perdido un hermano, otros un marido o un hijo. Toda Libana guardaba luto por los caídos.

La sidra que sirvieron resultaba agria; al tomar un sorbo, Fruela hizo lo posible por evitar una mueca. Manzanas verdes, supuso, recogidas antes de las primeras heladas de invierno. Tan inmaduras que solo servían como

fermento, las provisiones de aquel funesto año habían sido enviadas a las huestes de Pelayo. Mientras los hombres combatían lejos, las mujeres habían liderado la supervivencia entre las ruinas de la civilización; una isla de cordura dentro del caos reinante.

El espatario alzó la vista cuando sintió la mano de Hilduara en el muslo. Las llamas del hogar arrojaban una luz mortecina sobre las mujeres sentadas en torno al escaño del señor de Causegaudia, ocupado por su viuda. Rostros femeninos y avejentados ocultos entre las sombras. Entre ellos reconoció a Gaudiosa, la esposa del princeps astur.

—¿Dónde está Ermesinda? —le preguntó Fruela, al verla sola.

—Mi hija… marchó, acompañada por Baldomero.

—¿Adónde?

—Quería reunirse con tu hermano —contestó la matrona, encogiéndose de hombros, en un gesto fatalista.

«Pelayo me va a matar», reflexionó Fruela, asaltado por otra repentina jaqueca.

—Os agradezco vuestra presencia. —Eusebia les dio la bienvenida—. Una hueste sarracena pronto irrumpirá en el valle. Por ese motivo mi hijo os ha convocado.

—¿Cuántos? —dijo alguien.

—Unos cincuenta —respondió Munio—. En Cova d’Onnica dejamos a la mitad de los hombres del valle, entre muertos y lisiados. Elacio se quedó atrás, al mando de una veintena. Del resto, una tercera parte están heridos o exhaustos. Apenas tenemos hombres en condiciones de empuñar armas. Debemos refugiarnos en el pico Jano. Esperar a que los agarenos atraviesen el valle y se larguen. Se contentarán con devastar las granjas y aldeas, e incendiar nuestros campos.

Desde tiempos remotos, la mejor defensa ante una incursión hostil había sido reunir a la población dispersa para refugiarse con sus enseres y rebaños en alguna cumbre. En la sierra que dominaba Causegaudia había un antiguo castro, donde se construyó una torre de vigilancia. Siguiendo la línea de cumbres, se alzaba una atalaya en el monte Subiedes. Sin duda, los musulmanes tomarían el camino junto al margen del Deva, a los pies del Subiedes, en dirección a las aldeas de Pautes y Flevenia, antes de adentrarse en el desfiladero que conducía a la costa.

—No voy a consentir que los asesinos de mi esposo salgan con vida de Libana —declaró Eusebia.

El espatario a punto estuvo de romperse la crisma contra la viga cuando se levantó del escaño. Sentado a su diestra, Munio aferró el brazo de su madre.

—¡No te…! —comenzó a decir, y Eusebia le cruzó el rostro de una bofetada. El hombretón se llevó la mano a la mejilla, pasmado, y después se dejó caer sobre el asiento. Se impuso un silencio sepulcral en la casa larga.

—Todas hemos perdido a hijos, maridos y hermanos —dijo Eusebia, recorriendo el salón con la vista—. Ellos dieron su vida para defender esta tierra, para mantenernos a salvo. No me quedaré de brazos cruzados mientras devastan el valle que murieron por defender. No admitiré que, por haber nacido mujer, mi vida valga más o menos que las suyas.

—Nosotras tampoco —dijo Monnia mirando a su esposo.

Un muro de rostros sombríos asintió, uno tras otro; Eusebia inspiró hondo y se puso en pie:

—Reunid a los muchachos que ya se hayan afeitado y a los ancianos que puedan sostenerse sin ayuda de un bastón —ordenó la matrona—. Y ahora escuchadme…

XXIX

La docena de estrategos se acomodó en torno a la mesa de la sala del Crisotriclinio para estudiar detenidamente los mapas y documentos depositados sobre el nogal pulido. Resultaba inusual ver a tantos oficiales de alto rango reunidos en el gran palacio de Constantinopla, llegados de todos los rincones de la Romania, todos circunspectos, a la espera de que diera comienzo el consejo imperial.

—Empecemos por las buenas noticias. —Sin más preámbulo, León rompió el silencio de la estancia octogonal.

El estratego de los karabisianoi se puso de pie, alisando su indumentaria de gala, los brazos decorados con torques, brazaletes e insignias. Se aclaró la garganta y depositó un rollo de papiro ante el emperador.

—Los espías nos han informado de que Maslama ha perdido prácticamente todas las naves que trajo consigo el verano pasado —declaró Manuel—. Aunque permanecieron en dique seco, cargueros y galeras quedaron sepultados bajo la nieve. La madera se pudrió. Los muqātila desmontaron las naves para alimentar las hogueras, ya que no se atrevían a abandonar los campamentos.

—Mil ochocientos buques transformados en leña —murmuró León con incredulidad. El califato tardaría años en construir tal cantidad de naves.

Aquel invierno había sido excepcionalmente duro. El campamento musulmán se vio azotado por un gélido viento norteño y la nieve cubrió la costa de la Propóntide durante cien días. Alojados en tiendas de campaña, los soldados sarracenos tuvieron que construir chozas para refugiarse y, cuando se les agotó la leña, desmantelaron las naves para alimentar las hogueras. Tras haber incendiado los almacenes de víveres a instancias del propio León, los árabes tuvieron que alimentarse con bestias de carga, pieles, cortezas y raíces de árboles. Con el hambre llegaron las enfermedades, y miles de muqātila fallecieron por las epidemias. León decidió pasar a la ofensiva y organizó diversos ataques al amparo de la niebla. Acosados por los jinetes búlgaros y

los soldados romanos, los sitiadores se convirtieron en sitiados, la moral del ejército omeya se desmoronó.

—Al dejar de estar aislados por vía terrestre y marítima, empezamos a recibir suministros —aseguró el gran logoteta—. Hemos repuesto el contenido de los graneros.

—Ante la falta de noticias, el nuevo califa ‘Umar II envió un emisario con instrucciones de no regresar hasta conocer la situación en Constantinopla —añadió Teófilo—. Nuestros espías aseguran que, en su carta, Maslama no ha sido del todo sincero: «El ejército se halla en perfectas condiciones y la ciudad está a punto de caer».

Funcionarios y militares romanos sofocaron la risa, todos salvo León III.

—Ahora las malas noticias —intervino el emperador.

—Es primavera —prosiguió Manuel—. Los árabes han cosechado el trigo sembrado el pasado otoño.

—¿Qué hay de las flotas de refuerzo?

—Las patrullas del Egeo nos advirtieron de que, desde Alejandría, han enviado una flota de cuatrocientas naves, tanto buques de guerra como de transporte —declaró el estratego de los karabisianoi.

—Los astilleros egipcios han tenido que trabajar a destajo.

—No solo eso —comentó Manuel—. Otros trescientos sesenta barcos han llegado de Túnez.

Los astilleros de Ifrīqiya, cuya flota habían empleado contra Cerdeña y Sicilia, también habían trabajado sin descanso. Todas las galeras musulmanas se habían reunido en la Propóntide, no debía quedar una sola nave de más de cincuenta pies de eslora en el resto del Mediterráneo. El califato no solo acometía un esfuerzo supremo por decapitar al Imperio romano y, con ello, a la cristiandad, sino que también se jugaba su propio destino. Incluso un gobernante tan cauto como el califa ‘Umar se habría visto forzado a subir la apuesta.

—Además de la flota egipcia y la tunecina —concluyó León—, un ejército de refuerzo al mando de Mardasan ha cruzado las Puertas Cilicias hace diez días. ¿Podemos interceptar las naves enemigas?

Apesadumbrado, Manuel negó con la testa.

—Las dos flotas árabes fueron advertidas de los peligros del fuego marino —se excusó, abochornado—. Navegaron hacia Constantinopla siguiendo la costa de Bitinia, evitando nuestras galeras de reconocimiento. Han fondeado en los puertos del litoral asiático de la Propóntide, a unas decenas de millas de la capital.

—Setecientas setenta naves en total —dijo León—. Pronto estaremos de nuevo bloqueados por vía marítima, como en el verano pasado. A no ser… que tengan éxito las tropas de los basilikoi que envié con el thema opsicio, para emboscar a Mardasan en Nicomedia.

—Si vencen, el thema opsicio podría recuperar los puertos del litoral asiático —razonó Manuel—, pero Maslama seguiría contando con una base naval en Hebdomon, además del dominio de los mares.

Un silencio circunspecto se impuso en la sala del trono. A una señal del emperador, los militares y los funcionarios imperiales se retiraron.

León regresó al despacho y comenzó a ojear los informes, para mantener la mente ocupada. Incapaz de cambiar la situación, sentía que su destino le había sido impuesto. Al alzar la vista del papiro, María estaba observándole. Debía de haber pasado un buen rato en el umbral.

—Roma resistirá —le dijo su esposa con una convicción que le conmovió —. Siempre lo ha hecho.

—Resistir no es vencer —objetó León—. Solo sobrevive el que vence. Debemos destruir el poder militar del califato o, de lo contrario, solo habremos ganado tiempo.

—Cuando deseas decir algo y callas, el silencio supone una mentira —replicó su esposa—. ¿Qué ocurre de verdad, Konon?

—Soy el emperador —murmuró—. Se supone que puedo hacer lo que quiera y jamás me he visto tan impotente.

—El deber —dijo María, mesándole la sien—. Empezamos a ser libres el día en que dejamos de creer que podemos serlo.

De forma imperceptible, León se giró hacia el Crisotriclinio. Uno de los motivos de su frustración eran los órganos de gobierno. Cualquier reforma ofendía a los intereses de alguna facción nobiliaria, o atentaba contra alguna tradición. El verdadero problema, no obstante, residía en otra parte.

—Quieren su cabeza —masculló—. El gran logoteta, el guardián del Tintero imperial… Me han pedido la cabeza de Manuel…, dicen que desconoce la guerra naval.

—Cinco escuadrones, en el Helesponto, habrían bastado para impedir la llegada de las flotas tunecina y egipcia. O eso dicen —añadió su esposa—. ¿Le entregaste a Manuel los karabisianoi por su experiencia o en pago por la vida de su hijo?

Las preguntas de María siempre se antojaban dolorosamente certeras y, por ese mismo motivo, imprescindibles.

«El estandarte no tocó el suelo, kyrios».

León quiso conjurar aquel amargo recuerdo, y le resultó imposible. La muerte de Bardanes, el primogénito de Manuel, le había enseñado que tratar de olvidar supone recordar dos veces, y que también somos parte de lo que hemos perdido.

—Necesitaba alguien de confianza al mando de la flota imperial —se excusó.

—Alguien de baja cuna —murmuró la mujer—, que ha despertado la hostilidad de la rancia aristocracia senatorial.

El emperador asintió, consternado. El komēs Damiano no había desaprovechado la oportunidad de activar los resortes políticos de su linaje. El intelecto aconsejaba a León que apartara del almirantazgo a quien le había robado su hijo, el corazón le imploraba que no lo hiciera.

La puerta se entreabrió para dar paso a un soldado. Jadeaba, había acudido corriendo. Era uno de los capitanes de las galeras de reconocimiento.

—Lamento interrumpir, kyrios —dijo el recién llegado—. Es importante.

León abandonó el palacio a toda prisa, acompañado de un cortejo de funcionarios y soldados, para dirigirse a las murallas que defendían el complejo áulico por el sur. Desde lo alto de las defensas, pudieron admirar el soberbio paisaje. Justo a sus pies, el puerto de Juliano languidecía bajo el menguante sol del atardecer. Resonaba el silencio, salvo el zumbido de las cigarras y el chillar de las gaviotas. El soldado señaló hacia levante, a la orilla asiática de la Propóntide. León creyó distinguir unos tenues puntos de luz en el horizonte. A medida que la claridad del astro rey se extinguía, la mar se fue sumiendo en penumbra y miles de puntos de luz se hicieron nítidos, como una plaga de luciérnagas.

—Nos atacan —dijo Manuel—. La flota egipcia.

—No encenderían antorchas —replicó el emperador—. Quieren que los veamos. ¡Enviad las naves de guerra! ¡Todos los hombres a las murallas!

Las trompas de guerra se escucharon en toda la capital del imperio, los habitantes inundaron las calles, dispuestos a auxiliar a los defensores o empuñar las armas. Una hora después, vestido con la armadura, León III irrumpía en el puerto de Neorion, abriéndose paso entre una multitud de soldados, pescadores y curiosos. Sobre la plataforma del muelle principal, uno de los dromōnes había regresado y una multitud de marinos, cansados y ateridos de frío, cruzaba la plataforma para desembarcar.

Un drongario condujo a León hasta uno de los refugiados. El cabello del marino, aún espeso, era una mata de ondas plateadas sobre un rostro

bronceado y marcado con profundas arrugas, testigos de sus muchos años en la mar.

—Me llamo Basilio —dijo, con un exótico acento—. Gracias por todo.

—¿De dónde venís? —le preguntó León.

—De Afrodito —respondió, antes de sufrir un repentino ataque de tos, y ante el desconcierto del emperador, añadió—: Somos cristianos de Egipto. Los sarracenos nos enrolaron a la fuerza, hace tres meses.

—¿Habéis huido? —El emperador de la Romania se inclinó sobre él, depositando la diestra en su hombro.

—Sí —corroboró—. Cuando llegamos al fondeadero de Bryas, nos amotinamos. Redujimos a los muqātila que llevábamos a bordo y abandonamos las naves en botes.

—¿Cuántos? —inquirió León, esperanzado—. ¿Cinco, seis, diez barcos?

—Kyrios —dijo el copto, al darse cuenta de que no le entendía—. Hemos desertado toda la flota.

El Cychreides atravesó la noche como una saeta, y una docena de naves de apoyo le acompañaba como una manada de delfines siguiendo una estela de espuma. La flota de los karabisianoi, dividida en escuadras de cinco dromōnes, reforzados con galeras mercantes, e incluso botes de pesca. Cualquier buque, incluso capitaneado por civiles, servía para asaltar a unas naves que se suponía indefensas.

En una noche de luna llena, los etesios arreciaban, cincelando cabrillas en el mar. Aves marinas revoloteaban y emitían ásperos graznidos en las tinieblas. León se dirigió a la proa y miró hacia el frente, forzando los ojos en busca de cualquier señal de las naves egipcias. Iluminada por los candiles, cuya llama flameaba por la ventisca, la cubierta de la nave capitana se hallaba abarrotada de marinos, con el castillo de proa y los costados erizados de armamento, ballistrai con enormes virotes. A tales ballestas de torsión se sumaban las catapultas y, por encima del espolón de proa, el amenazante surtidor de fuego griego.

—Estamos forzando a los remeros —dijo el navarca, consternado.

León pasó revista al centenar de remeros que bogaba en las dos cubiertas inferiores, dejándose la piel en los bancos, y después al capitán de la nave. Su rostro, ancho con ojos oscuros y hundidos, arrugado por la preocupación. A mayor presteza, aumentaba la resistencia ofrecida por el agua al avance de la nave. Si mantenían la velocidad de crucero, podrían mantener el ritmo de

boga una jornada entera; forzando la travesía de aquel modo, tan solo un par de horas. Con los remeros exhaustos, la capacidad de la flota romana se vería mermada.

—Debemos actuar antes de que la noticia llegue a oídos de Maslama —razonó León—. Cuando sepa que la flota egipcia se encuentra a la deriva ante los puertos de Satyros, Bryas y Kartalimenos, enviará el resto de las naves de guerra. La flota tunecina que está fondeada ante Cio, a veinte millas al sur, y el puñado de shalandiyyāt que aún tiene operativos en Hebdomon, en la orilla europea.

El timonel aferraba, ceñudo, el brazo de la espadilla y los observaba con ansiedad. Su improvisado objetivo consistía en destruir las naves egipcias abandonadas antes de que la escuadra tunecina reaccionara. Para tal fin, la presteza resultaba esencial, ya que las fuerzas del califato los superaban en una proporción de cinco a uno.

—No existe plan de batalla que sobreviva al contacto con el enemigo —le había advertido Manuel, antes de separarse en los muelles.

—Los planes de batalla son inútiles —concedió León—; la planificación, indispensable. Habrá que improvisar.

Mil años antes, los atenienses visitaron al oráculo de Delfos, en busca de respuestas, ante la amenaza del Imperio persa. La pitia vaticinó a la polis ateniense un gran desastre, ya que «Solo la muralla de madera quedaría sin conquistar». Las minas de plata de Laurión permitieron a Temístocles construir esa muralla que les otorgó la victoria en Salamina: doscientos trirremes con los que dominar el océano.

La flota de los karabisianoi, armada con fuego griego, se había convertido en la nueva «muralla de madera» frente a las hordas de Asia. Con los ojos enrojecidos por el salitre, León divisó, sobre el tenebroso horizonte, las figuras de los cargueros egipcios entre las islas de Oxeia y Plateia y la costa asiática de la Propóntide. Aferró con fuerza el puño de la espada, como si esa arma pudiera protegerlos.

La luna y las estrellas asomaron a través de las nubes, creando sombras y parches de tenue luz que se deslizaban sobre las olas. Las cubiertas de los cargueros egipcios estaban desiertas. Solo una decena de shalandiyyāt osó enfrentarse a la flota imperial.

—*Pyros!* —gritó León.

El rugido de las llamas supuso la sinfonía de toda la noche, los dromōnes vomitaron una muralla de fuego sobre las galeras que surgían de entre las naves de carga. Todos los muqātila, sin excepción, ansiaban la Yanna, el Más

Allá islámico, pero ninguno deseaba morir para llegar a él. Los árabes se arrojaron al agua ante la irrupción de las lenguas de fuego.

El Cychreides se dirigió hacia los indefensos cargueros egipcios que vagaban a la deriva.

—¡Preparad el siphōn! —ordenó el navarca.

—No —ordenó León, alzando la mano—. Abordad las naves, saqueadlas y prendedles fuego.

—Es arriesgado, llevará tiempo —objetó el capitán—. Si la flota tunecina llega…

—Necesitaremos que los tanques de fuego marino estén llenos.

La operación requería presteza y sigilo, pero también potencia de fuego en caso de que las cosas se torcieran. Si la escuadra tunecina acudía, se verían obligados a replegarse al Cuerno de Oro y la misión mudaría a un «Sálvese quien pueda».

—¡Enviad a los esquifes!

El emperador asintió, aprobador, ante la orden del navarca. Las galeras de reconocimiento podrían advertirles de la llegada de las naves de Cio.

Tras el grito «Stauros Nika», la nave capitana lideró el abordaje. Los soldados arrojaron ganchos a la cubierta del shalandī que se clavaron en la madera y las maromas se tensaron. La nave se volvió un hervidero de actividad cuando las dos naves se hallaban a la par y los hombres abandonaron los remos. La tripulación del Cychreides abordó el buque a la deriva. No fue una batalla, sino una carnicería. Tras la deserción de los coptos, apenas quedaba un puñado de árabes con vida, y los romanos no hicieron prisioneros. Los muqātila habían devastado la Romania a placer durante décadas. Matando, saqueando, esclavizando. Había demasiadas cuentas por saldar.

La heterogénea escuadra romana asaltó las naves enemigas, y se llevó consigo cuanto hallaron de valor. Emplearon los recipientes de nafta almacenados en las bodegas para incendiarlas; pronto una cortina de fuego engullía a los barcos. Las columnas de humo se elevaron tan espesas que se hizo una noche sin luna, un mar en tinieblas salvo por el siniestro resplandor de las llamas. La tormenta ígnea había alterado los vientos, el tórrido aire ascendía y otro más frío fluía para ocupar su lugar. Entre velas, sogas y mástiles arrancados, los marinos enloquecieron de miedo, y saltaron al mar. Las olas sacudían las naves como juguetes de un niño caprichoso y arrastraban a los náufragos al fondo del océano.

—*Kyrios!* —El capitán del Cychreides señalaba con el brazo hacia babor.

Un oscilante resplandor surgía desde Oxeia. Uno, dos, tres destellos. Ocultos tras la isla, los esquifes les enviaban una señal de alarma. La escuadra tunecina se aproximaba.

—¡Abandonad las naves! —gritó León.

Los marinos romanos arrojaron teas en las bodegas de los barcos y se apresuraron a saltar a los dromōnes. Cuando el último soldado abandonó el buque incendiado, los marinos se sentaron en los bancos y emplearon los remos para separar las embarcaciones.

—¡Bogad! —gritó el navarca—. ¡Hacia las islas!

La proa del Cychreides tajaba las olas, salpicando la cubierta con un rocío helado. Resplandecía la luna llena, el Helesponto se hallaba en calma y, sobre el tenebroso horizonte, lograron distinguir las naves sarracenas. Maslama enviaba contra ellos todo cuanto podía flotar. Al menos cincuenta shalandiyyāt. Una vez en el archipiélago, viraron a poniente sin acercarse los arrecifes, hasta que los buques de la vanguardia agarena estuvieron justo ante ellos.

—*Stauros Nika!*

Formando en cuña, los karabisianoi se abalanzaron sobre su desprevenida presa, adentrándose hasta una distancia de tiro. Ocultos tras la isla que eclipsaba el resplandor de las llamas, el Cychreides suponía un depredador silencioso que acechaba a una víctima desprevenida. Los brazos de las ballestas de torsión chocaron contra los respaldos, resonaron los impactos de la madera y el silbido de los virotes. Las ballistrai asestaron un golpe devastador a las naves sarracenas cuando una lluvia de saetas de hierro barrió las cubiertas. Justo antes de que los surtidores de fuego las engulleran en un Hades marino.

Los barcos árabes se hallaban atrapados entre el martillo y el yunque. Entre la cuña romana y las naves egipcias, convertidas en una escuadra de brulotes. Incluso a doscientos pasos, el calor abrasaba el rostro de León. Escucharon los gritos de marinos y soldados agarenos sobre el rugir de las llamas. Nadie merece morir así. Los labios del emperador parecían sellados, una rigidez antinatural se había adueñado de su cuerpo.

Una vez destruida la armada egipcia y las galeras tunecinas, el regreso al puerto de Neorion supuso una triunfal pesadilla. Habían logrado enfrentarse a las tres escuadras enemigas de forma sucesiva, una tras otra. El único modo a su alcance de vencer a un enemigo que los quintuplicaba en número.

El amanecer resultaba distinto en el mar. No hubo una transición gradual de la noche al día, no existían montañas que escondieran al sol. Un brillo

dorado tiñó las nubes y el astro surgió del horizonte, arrancando un efímero destello esmeralda a la superficie marina. León alzó la mano para cubrirse los ojos, ante la imagen más hermosa que jamás había visto. Se sentía zarandeado entre el triunfo de la incursión nocturna y el abrumador cansancio tras dos días sin pegar ojo. Su mente le decía que debía sentirse dichoso, pero la fatiga le había despojado de cualquier emoción.

La cadena del Cuerno de Oro descendió a su paso y un coro de trompas de guerra atronó de júbilo. El boukinatōr de la nave capitana anunció la victoria en la capital de la Romania y el resto de las naves se hicieron eco del triunfo. Manuel le abrazó en cuanto cruzó la plataforma de madera y puso un pie en tierra. Marinos y soldados estrechaban sus cuerpos los unos a los otros, sin tan siquiera conocerse, entre palabras susurradas y risas en la penumbra.

—¡Alabada sea la Madre del Señor! —La voz del patriarca de Constantinopla se elevó sobre la multitud, los diáconos entonaban el Himno Acatisto a la Madre de Dios. Los soldados de los karabisianoi se vieron rodeados de rostros emocionados que reclamaban noticias y exigían un relato de la batalla. Taciturno, en ese momento León carecía de palabras, y se maldijo a sí mismo por su incapacidad para hablar con su propio pueblo. Desde hacía un año, solo se sentía cómodo entre los de su especie: militares, soldados, guerreros.

Se dejó caer en las escaleras del puerto y alguien le puso una clámide sobre los hombros. La prenda aún no se había secado, pero al menos le mantuvo caliente. Sentado en los escalones, con la cabeza gacha, espiró el aire que aún retenía en los pulmones. Percibió un agradable hedor a salitre y pescado, y vio unos pies detenerse ante él.

—Kyrios —dijo Teófilo—. Nuevas noticias.

—No pueden ser mejores que esta —respondió León, con una sonrisa fatigada.

—Lo son —le aseguró su amigo—. El thema opsicio ha aniquilado al ejército de Mardasan en la calzada entre Nicea y Nicomedia.

Atónito, exhausto y aturdido, el emperador León III se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar de júbilo.

En apenas diez días, los sitiadores se convirtieron de nuevo en sitiados, el hambre y las privaciones regresaron al campamento sarraceno. Obligados a devorar los cadáveres de sus compañeros, en incluso sus propias heces, una nueva epidemia se propagó entre los muqātila, lo que menguó aún más sus fuerzas.

Dos meses después, Ibn al-Jatib, un emisario del califa ‘Umar, atravesó las puertas de nogal con incrustaciones de ébano y marfil que cerraban el palacio de Hebdomon. La irritación parecía latir a través de sus venas. Los pasos decididos resonaron en la enorme sala, y se detuvo ante los arcos marmóreos que sostenían la cúpula. Un haz de rayos carmesíes y esmeraldas atravesaba la vidriera. El heraldo bajó la vista hacia el diván y los ojos grises de Maslama.

—La paz sea contigo, emisario —le dijo el emir con suficiencia—. ¿Cómo van las cosas por Damasco?

—Y también contigo, emir —replicó Ibn al-Jatib—. Ambos sabemos que el motivo de mi presencia es el estado del ejército y la flota que se os encomendó.

Maslama sonrió al acomodarse en el diván. Fue el eunuco quien ofreció una respuesta:

—Agradecemos al califa ‘Umar los suministros que nos envía y los refuerzos que nos trae. El asedio va bien. El desempeño de las tropas es normal. Estaremos ocupados durante todo el verano, hasta que conquistemos la capital romana… —hizo una pausa para enfatizar—, emisario.

—Los suministros vienen junto a una orden de abandonar el asedio, dirigida a Maslama ibn ‘Abd al-Malik —declaró, imperturbable, Ibn al-Jatib.

—Constantinopla está a punto de caer —razonó Maslama—, ¡es una cuestión de tiempo!

—Tu tiempo se ha agotado —le espetó el heraldo—. Has perdido dos mil barcos, y decenas de miles de hombres. Tus informes son un amasijo de embustes, ni siquiera conocemos la magnitud del desastre. ¡Las tropas deben regresar a Siria!

—Decidle al califa que me otorgue un solo día —dijo Maslama, poniéndose en pie—. ¡Solo uno! Tomaré la ciudad al asalto, conozco una debilidad en las defensas…

—¡No, por Alá, ni una sola hora más!

La embajada puso fin al asedio. A pesar de que León III les permitió retirarse, Maslama incumplió su palabra y sus tropas continuaron saqueando la Romania en su retorno a Siria. Antes de cruzar el Helesponto, los búlgaros los atacaron de nuevo, y les causó veinte mil bajas, y en su marcha por Anatolia fueron acosados por los themata. Una vez que dejaron atrás los montes Tauro, el califa les envió nuevos refuerzos junto con caballos y mulas. En su itinerario marítimo, los restos de la flota árabe fueron dispersados por una tormenta, y, después, sufrieron otra más en el Egeo. De las dos mil

quinientas naves enviadas por el califato, solo cinco llegaron a sus puertos de origen.

Los muqātila levantaron el sitio a Constantinopla el 15 de agosto de 718 anno Domini, la fiesta de la Madre de Dios. El día trece de muharram, el primer mes del año cien de la Hégira. El primer siglo de la era islámica se había cumplido sin conquistar a la Nueva Roma.

XXX

Desde el castellum de Egunia, la aldea se mostraba como un borroso enjambre de luces sobre una alfombra esmeralda. Alfonso aguardaba junto a la entrada de la casa larga. Ante la mordedura del viento galaico, se envolvió por instinto en la clámide, que aún conservaba el calor del fuego. Los portalones de la cerca se abrieron ante media docena de jinetes árabes, ornados en sedas desde los pies a una testa envuelta en diez pies de brocado.

Apoyándose en el bastón de níspero, el hijo del duque trató de ignorar el dolor en la pierna lisiada cuando se plantó ante los recién llegados. La refinada decoración del tiraz en las mangas proclamaba, con una elegante caligrafía cúfica, el rango que ostentaba. Aunque bastaba la arrogante sonrisa de dientes perlados para deducir quién se hallaba al mando.

—La paz sea contigo, Ibn Abī Warrās. —Con un rígido asentimiento, Alfonso le saludó en árabe.

—Ibn Pedro —el embajador agareno le respondió con el mínimo respeto debido a alguien de su alcurnia. Por un instante, acarició las crines del caballo de la forma en la que, a veces, los hombres acarician a las hembras, antes de que sus ojos se detuvieran en el crucifijo de Alfonso.

—¿Por qué aún eres cristiano? —le preguntó, con la actitud de quien emplea la fe como excusa para la inquina.

—Porque creo que Jesús es el hijo de Dios —dijo Alfonso en su lengua materna. Si aquella falta de deferencia le había ofendido, lo ocultaba bien.

—Muhammad renovó el mensaje de ‘Īsā —farfulló el árabe, molesto al verse forzado a emplear el latín.

—No creo en tales enseñanzas.

—¿Insinúas que Muhammad fue un falso profeta? —le dijo con suspicacia, aunque después añadió, pausado—: Sé honesto, puedes hablar con entera libertad.

La mirada del maula que le acompañaba le dijo a Alfonso que eso era lo último que debía hacer.

—No, por supuesto —contestó—. Disculpa si te he ofendido.

Le indicó la entrada al palatium, una enorme choza de techumbre pajiza y muros de zarzo, con la cal erosionada, muy alejada, a tenor de sus ademanes, de las expectativas de sus invitados. Un par de docenas de magnates aguardaba en la casa larga, la mayoría junto al humeante hogar donde se asaba una ternera. Una celebración en la que nada se celebraba y que la provincia apenas podía permitirse, por muy necesaria que fuese.

El emisario árabe avanzó, pavoneándose, hacia el trono ducal, y Alfonso caminó a su lado. Sentado en el sitial, con el rostro marchito y pálido, el duque Pedro lucía marcas rojizas en cuello, brazos y piernas, allá donde las sanguijuelas le vaciaban de humores cada pocos días, tratando de atenuar el carácter sanguíneo que le embalsamaba en vida.

Ibn Abī Warrās se acomodó en un escaño frente al duque, separado por unas tablas de nogal, y Alfonso se sentó a su lado.

—Mi padre, el duque, solicita al valí otro aplazamiento —dijo Alfonso, deslizando un pergamino sobre la mesa.

—El joven vástago ducal, celoso protector de las reservas de oro paternas, para quien cualquier gasto siempre resulta frívolo… —declaró el emisario, ignorando el documento—. Solo habéis satisfecho la mitad de lo que adeudabais el último año.

—Las tierras del sur aún no se han recuperado de la sequía —razonó Alfonso—. Los campos siguen en barbecho, solo los ancianos trabajan en ellos. El resto busca la protección de los grandes señores y de los muros de las ciudades. Los moros asaltan a los campesinos por todas partes.

—Si tu linaje es incapaz de administrar esta tierra, tal vez otro deba asumir la tarea. —El noble árabe observaba al duque Pedro. La clámide ribeteada en pieles de armiño le envolvía, y miraba a las dos figuras sin ver—. Te lo advierto —añadió el emisario con brusquedad—: aquellos que no estén sometidos al Dār al-Islam no estarán protegidos por la Dhimma.

—Y quedarán sometidos de nuevo a las leyes del ŷihād.

—Tu hermana entre ellos —le espetó Ibn Abī Warrās.

—¿Acaso ha hecho algo reprobable?

—Tenemos informes de que Gausinda ha enviado hombres, dinero y víveres a Pelayo, a través de Fruela. No finjas ignorarlo.

—Los pecados de mis hermanos no son obra mía —declaró Alfonso—, aunque yo sea quien pague por ellos.

—Como gesto de lealtad, el valí exige una ofrenda simbólica. —Los ojos del agareno recorrían la estancia, deteniéndose en una de las criadas.

—¿Qué clase de ofrenda?

—Cien doncellas —respondió Ibn Abī Warrās—. Cien jóvenes, para satisfacer vuestra deuda.

—Nuestras mujeres no son ganado para ser entregadas como tributo —aseguró Alfonso.

—Ahora lo serán —insistió el árabe—. Alá ha querido dividir el mundo entre el Dār al-Islam, «la casa del Islam», y Dār al-Harb, «la casa de la guerra». El ŷihād solo se verá interrumpido por treguas, la paz verdadera solo podrá alcanzarse cuando el enemigo acepte la fe verdadera o se avenga a pagar tributo.

—Son los fuertes quienes imponen su poder, y a los débiles les corresponde padecerlo —murmuró el vástago del duque.

—Lo has resumido bien. —La madera gimió cuando Ibn Abī Warrās se recostó en el escaño.

—Son palabras de Tucídides, en el Diálogo de los melios —replicó Alfonso—. Hace un milenio, una delegación ateniense acudió a la isla de Melos para conminar a sus gobernantes a tomar una decisión: formar parte del Imperio ateniense o ser aniquilados.

—Una exposición muy franca —masculló el sarraceno, siempre avaro en los elogios—. ¿Y cuál fue la respuesta?

—Los melios ofrecieron ser neutrales en la disputa entre Atenas y Esparta. Sin embargo, los atenienses se negaron, ya que «vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad». Para los pueblos que se hallaban bajo su dominio, aceptar la neutralidad de Melos sería una muestra de debilidad, mientras que su odio se interpretaría como una constatación de su fuerza.

—O estáis conmigo o contra mí —concluyó el agareno.

—No obstante —añadió Alfonso—, los melios adujeron que, para ellos, sería vergonzoso someterse sin luchar.

—¿Y qué ocurrió?

—La isla de Melos fue arrasada a sangre y fuego: los hombres fueron masacrados, y las mujeres y los niños, esclavizados.

El silencio solo fue interrumpido por el chirrido de la vieja puerta. Ermesinda emergió de la oscuridad y las antorchas del corredor parpadearon a su paso, como si reconocieran su presencia. La hija de Pelayo se había atusado el cabello con agua perfumada y relucía bajo el fulgor de las teas. Sobre una camisa de lino albino, lucía una dalmática granate adornada con tapicería de seda. La joven se detuvo ante los dignatarios, con la cabeza en

alto, esbelta como una lanza, flanqueada por Baldomero y un anciano con un scrama al cinto por toda escolta.

—Ermesinda —murmuró Alfonso—. Qué sorpresa.

La muchacha tomó el asiento que le ofrecían, flexionando las delgadas piernas bajo el vestido, antes de fijarse en Alfonso con expresión serena.

—Puedes dirigirte a mí como «señora» —replicó—. Soy hija de un princeps.

Pudo ver al hijo del duque sonreír. Acomodada tan cerca como permitía la cortesía, Alfonso percibió su delicado aroma: aceite de prímula con almizcle, rosas y lavanda impregnados en la piel.

—La hija de Pelayo —declaró Ibn Abī Warrās, sorprendido y satisfecho—. Entrégamela y se la enviaré al valí de al-Ándalus. La hija del rebelde ingresará en una mancebía y su núbil cuerpo servirá para el disfrute de las tropas de Qurtuba. Una metáfora del destino que aguarda a su tierra, hollada por los conquistadores.

—Disculpa, señora —dijo Alfonso, alzando la diestra para acallar al sarraceno—. La última vez que te vi, eras una niña flacucha que jugaba con un desastrado arco de fresno.

—Han sucedido muchas cosas desde entonces.

Sin duda, Ermesinda ya no era la muchacha que conoció en el pasado. Había cambiado, y Alfonso se recreó en los cambios. El espeso cabello castaño, ingeniosamente trenzado, revelaba unos mechones dorados que jugueteaban sensualmente en la nuca, atrayendo su mirada. Había algo ingenuamente perverso en su sonrisa; una tensión imperceptible que se suavizó cuando fue percibida por Alfonso.

—Parece que los años han sido más amables contigo que con mi persona —concluyó tras el escrutinio—, y me alegro de ello. ¿A qué has venido, señora?

—A hacer las paces —replicó con calma—. A proponerte una alianza entre linajes.

—En tal caso, has elegido el peor momento. —Alfonso la escrutó, impasible, y ella apenas sonrió.

—Disculpa. Soy solo una mujer, irreflexiva y voluble.

—Lo dudo mucho —declaró el vástago del duque. Al presentarse en aquella reunión, la joven sin duda deseaba forzarle a tomar partido.

—Te agradezco el cumplido.

—No pretendía serlo. ¿Cómo estás tan segura de que no te entregaré a los sarracenos? —declaró Alfonso, implacable, y ella a duras penas logró

sostenerle la mirada.

—Porque eres mucho mejor que eso. —Las palabras se le quedaron, pegajosas, en la garganta, la madera de su asiento gimió.

—Hablas como si pudieras juzgarme.

—Sé que, durante la guerra, acogiste a cientos de refugiados del sur, a los que entregaste tierras —dijo Ermesinda—. Sé que, después, mantuviste a las viudas y los huérfanos de quienes lucharon por Rodrigo. Sé que refrenas a tus señores, para que no abusen de sus privilegios. Sé que, durante el último año, eximiste de los tributos a los campesinos sin recursos, y que satisfaces las demandas de los agarenos con tu propio pecunio. Perdón. Con el de tu señor padre.

—Así que me has estado espiando —concluyó Alfonso con la expresión serena y la voz peligrosamente tranquila.

—Te he observado, con la misma constancia con la que me desdeñabas.

—Soy el hijo de un duque. Mis responsabilidades van más allá de apaciguar un corazón despechado.

—No es eso lo que ahora me dicen tus ojos. —La flecha emponzoñada voló certera, y, por un instante, pudo ver cómo el veneno se extendía por sus venas. Una mandíbula apretada bajo la barba, unos ojos verdes que miraban sin ver, una voz tan fría y muerta como las criptas del cementerio.

—No es este un buen modo de hacer las paces —respondió Alfonso.

—Un duque…, el hijo de un duque, no debería preferir las lisonjas a las palabras honestas.

—¿Acaso permites que una hembra opine por ti? —intervino Ibn Abī Warrās, sin dejar de observarla. Alfonso rechinó los dientes bajo las mejillas, antes de que confiara lo suficiente en sí mismo para hablar.

—Permíteme desengañar tales preocupaciones, señora. Eres y serás libre de marcharte de esta casa en cualquier momento. Tienes mi palabra.

—¿La tuya o la del duque?

—La de mi padre. Por supuesto —dijo Alfonso, y, cuando ella le miró, la luz de las teas y el hogar proyectaban sombras sobre los ángulos de sus pómulos y la protuberancia de la barba.

—En sus Comentarios, César acostumbra a referirse a sí mismo en tercera persona. —Ermesinda se mostró divertida—. No eres tan cínico como para actuar de igual modo.

—Pareces versada en los escritos de militares antiguos —prosiguió Alfonso—. ¿Qué opinión te merece la rebelión de Pelayo? Dicen que Alqama ha irrumpido en su feudo con más de mil hombres.

—Sin duda, mi padre vencerá —respondió sin dudar.

—¿Tú qué piensas, Ranulfo? —inquirió Alfonso a su consejero, que permanecía sentado ante un escritorio de nogal abarrotado de pergaminos, plumas de oca y tinteros. Había una astucia en él apenas oculta, a pesar de su carácter apacible y gentil. Vestido con hábitos oscuros, se había ganado la reputación de ser piadoso y aburrido en sus pasiones, sin más ataduras carnales que la vigilia en cuaresma.

—Una doncella sin duda versada en el trivium —declaró, con una frialdad que rayaba el desdén—, no así en el quadrivium.

Existían siete materias universales, divididas en dos ámbitos de estudio. El trivium incluía la gramática, la lógica y la retórica; la mecánica del lenguaje, palabras que expresaban pensamientos. El quadrivium, por el contrario, abarcaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la armonía; las leyes que regían el universo.

—En su Epitoma rei militaris —prosiguió Ranulfo—, Flavio Vegecio desaconseja enfrentarse a un ejército en batalla, en especial si es superior en número. Una confrontación abierta se dirime en dos horas de combate, tras lo cual se esfuman las esperanzas del bando vencido. Por ello, es preferible doblegar al enemigo mediante una lucha de desgaste, antes que en una batalla donde el azar influye más que el coraje. En la guerra solo existe un arma importante: que tengas recursos suficientes y que a tu enemigo le abata la indigencia.

»Aun si Alqama fuera derrotado por una fuerza inferior, tanto en número como en armas, Munuza aún cuenta con cuatrocientos guerreros en Gegione. La guarnición de Amaya está formada por quinientos, y el valí podía movilizar a treinta mil de las cabilas de la meseta. Los muslimes dominan todas las tierras desde la India hasta el Atlántico y cuentan con los recursos de las tierras más fértiles de Spania. La fe en tu padre es encomiable, mi estimada señora, pero resulta matemáticamente imposible vencer al califato.

—Mi padre ya habrá vencido a Alqama —respondió Ermesinda—, y su victoria será el germen de algo mucho más grande.

—Entrégame a esta hembra —exigió el emisario—, y me encargaré de que el valí te rebaje el tributo anual y te confirme en el cargo. —Su tono era duro. Observó de nuevo a Ermesinda—. No te preocupes, mi señora: a las mujeres de noble cuna siempre se os ofrece la oportunidad de escapar de la muerte abriendo las piernas —añadió, condescendiente.

Ermesinda se giró hacia el hijo del duque, que se había puesto en pie; sus rasgos parecían esculpidos en la oscuridad. Solo la frente, la nariz y los

pómulos reflejaban la tenue luz de los candiles mientras caminaba hacia la estantería, repleta de pergaminos. Sus dedos se deslizaron por la superficie de los preciados códices.

—Leucipo de Mileto pensaba que, si dividimos la materia en partes cada vez más pequeñas, al final obtendríamos unas partículas indivisibles, a las que Demócrito llamó átomos —dijo Alfonso—. Empédocles de Agrigento, por el contrario, creía que la materia está formada por cuatro elementos y que los seres vivos habrían surgido como el resultado de las combinaciones más viables.

»Cuando me hirieron en la pierna, me descubrí al filo de la muerte y decidí leer a los sabios. Comprendí que, para la ciencia, todo es reducible a la aritmética y a la física. Sus entidades no están vivas, no tienen espíritu, carecen de cualquier propósito. Sin Dios, todo es mecánico. La realidad está muerta, carece de sentido, no va a ninguna parte…

»En ese momento, sentí que deseaba ser cristiano. La ciencia nos aporta datos, conocimiento, y, para gobernar a un pueblo, se necesita mucho más que eso. Es necesario un propósito, algo que le otorgue sentido. Es necesario tener fe.

Caminó, cojeando, hacia la puerta y, contempló, a través del resquicio, las claustrae de Aracillum. Al girarse, mostraba una expresión tan áspera como el paisaje que acababa de contemplar. Piedra muerta bajo tierra helada.

—Matad a este hijo de puta.

Una veintena de guerreros desenfundó las armas con un siseo mortal. Mientras los gritos de Ibn Abī Warrās resonaban en la casa larga de Egunia, Alfonso tomó la espada que pendía sobre el sitial de un duque moribundo.

Tenían una guerra que librar.

XXXI

Agitados por la brisa, las partículas de ceniza bailaban entre los dedos de Alqama. Quiso atrapar una y se disolvió dejando un rastro gris en las yemas. La llovizna no podría extinguir las llamas que lamían los muros de la granja, como tampoco podía apagar el fuego que consumía su alma. Apoyó la bota sobre el rostro del cadáver y sujetó con firmeza la oreja cuando comenzó a desgarrar la piel y el cartílago con el cuchillo para obtener un nuevo trofeo. Ninguno de ellos procedía del hombre al que ansiaba matar, y suponían ser malos sustitutos. En los huertos, los muqātila cargaban sacos de mijo en las dos mulas que habían requisado y despojaban a los cuerpos sin vida de cualquier cosa de valor.

—¡Señor! —El grito llegó del camino. Se giró para atender al jefe de los barbar.

Sus hombres mostraban la ropa ajada, cubierta de mugre y sangre, a causa de la batalla y la huida. Muchos habían abandonado sus preciadas armaduras para atravesar las montañas. Su propia qabā’, ornada en seda, estaba hecha jirones, la funda de la espada mushrafī se hallaba repleta de marcas. Habían abandonado Astúrica con más de mil hombres, y, en ese momento, tenía cincuenta consigo. Un ejército reducido a una banda de forrajeadores, con el aspecto de bandidos. El pensamiento avivó una llama de ira en su interior, y, antes de responder, se humedeció los labios:

—Decidme.

—Los hombres están exhaustos —dijo el barbar—. Hemos marchado de noche. ¿No podemos darles un descanso?

El caíd escrutó la expresión del africano: la fatiga parecía haberse adueñado de cada fibra de su cuerpo. Una breve ojeada a los hombres que le acompañaban constató el mismo aspecto. Ni tan siquiera consideró la solicitud. Alqama echó un vistazo más allá del camino, hacia el norte, donde se alzaba un gigantesco muro de roca. Debían abandonar el valle cuanto antes, o estarían a merced de sus enemigos.

No sabían cómo.

—Descansaremos en cuanto salgamos de aquí —sentenció Alqama.

Aunque no podían demorarse, debían recuperar la moral perdida, y solo había un modo de lograrlo. Una partida de forrajeadores le llevó una cautiva, con los brazos atados y un trapo grasiento en la boca. Examinó su impúdico aspecto, como el resto de cristianas. El rostro, aterrado, al descubierto. El cabello, recogido en una trenza, sin velar. Y bajo el vestido raído y la camisa de lino, siempre iban desnudas.

—¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó Alqama.

—En una de las brañas —respondió el cabecilla—; recogía el rebaño. Algunas reses estaban ocultas y se demoró buscándolas.

—Han sido advertidos de nuestra llegada. —El caíd manifestó sus temores en voz baja.

—Eso parece —le confirmó el batidor—. No creáis ni una sola palabra que diga.

—¿Tiene un nombre?

—No que yo sepa —dijo, encogiéndose de hombros—. Podéis preguntárselo a ella, aunque será mentira.

El caíd se palpó el antebrazo, asegurándose de que el cuchillo estuviera en su lugar, bajo la manga, y se plantó ante la prisionera. Tomó las mejillas entre sus manos, observó el cabello alborotado, la sangre que caía del labio. La ropa andrajosa, hecha jirones; los batidores se habían divertido antes de traerla. La empujó contra la cerca del huerto, ella cayó de bruces, maniatada, y él se acuclilló para poner el rostro a su altura.

—Descríbeme el valle. —Tras escuchar las palabras de Alqama, la cautiva empleó la lengua para secarse los labios.

—¿Dañaréis a mi gente? —inquirió, ceñuda.

—Por supuesto.

—Entonces —dijo alzando el mentón—, ¿por qué debería deciros nada?

El sarraceno extrajo el arma oculta y empezó a escarbar en la tierra.

—Porque tú estás atada y yo tengo un cuchillo —declaró con parsimonia, y ella lo contempló durante lo que parecía un fragmento de eternidad.

—Haga lo que haga, me mataréis —concluyó la mujer, arrastrándose hacia atrás por el suelo.

—Sí —admitió Alqama—. Al final, me rogarás que te arranque la vida, y, entonces, sabré que eres real.

Quemaron todo lo que no podían llevar consigo. La conmoción y el terror suponían el mejor modo de atravesar el valle sin que los lugareños osaran enfrentarse a ellos. Las columnas de humo anunciaban su avance y su voluntad de sembrar la desolación. A la cabeza de la columna agarena que avanzaba por el áspero sendero, Alqama masticaba, pensativo, una brizna de hierba. Resonaba el entrechocar de las armas y los relinchos de un puñado de mulas. La cautiva los había informado de que Causegaudia se hallaba en el corazón del valle más occidental de los tres que conformaban Libana.

Media jornada junto a la vera del río y el bosque empezaba a clarear. Alqama vislumbró la aldea a una milla, más allá del camino. Un enjambre de aldeanos abarrotaba la senda que conducía hacia el norte y, a pesar de la distancia, pudo reconocer su incredulidad cuando los vieron llegar.

—¡Daos prisa! —La orden fue obedecida de mala gana por la agotada hueste, que comenzó a trotar por el cauce pedregoso que atravesaba las vegas.

Los cántabros conducían carros y llevaban consigo enseres y rebaños, la marcha resultaba lenta por necesidad. Cuando se hallaban a doscientos pasos, Alqama pudo distinguir que la mayoría eran mujeres. Escucharon un cuerno y veinte, no, treinta lugareños armados se desplazaron hacia la retaguardia de la columna para proteger a sus familias.

Los ojos de Alqama se esforzaron en distinguir las figuras de los nativos a través del polvo. Los persiguieron, forzando marchas, durante casi tres millas. La distancia entre los dos grupos iba menguando bajo la imponente mole de una montaña a su diestra. A dos tiros de flecha, Alqama ordenó a los peones que avanzaran en tres líneas, con las armas enastadas al frente, los arqueros detrás. Los agarenos profirieron un grito de júbilo, ante la idea de resarcirse de quienes los habían hostigado durante tres infernales jornadas por las montañas.

—¡Avanzad en orden! —Alqama aulló una advertencia, en gran medida ignorada. Aferró su lanza, manteniéndola en alto sobre el escudo. Juntos crearon un muro, listos para devastar la frágil formación enemiga. Resultaba difícil conservar el orden, los moros avanzaban con impaciencia.

A una treintena de pasos, los montañeses se detuvieron y arrojaron una irrisoria descarga de flechas. Componían un irregular cuadro, decididos a enfrentarse a los muslimes. Los proyectiles se clavaron ante las primeras filas, apenas ralentizaron su avance. Por cada tres pasos que los muslimes daban al frente, los cántabros retrocedían uno; la distancia entre ambos se reducía.

Alqama descorchó el odre con los dientes para dar un último trago. El agua, salobre y rancia, se le antojó dulce a su garganta reseca. Revisó la

adarga, asegurándose de que la corambre estuviera en buen estado, y desenvainó la espada damascena.

—¡Arqueros! —gritó Alqama.

Resonó el chasquido de los arcos y fundíbulos al arrojar sus proyectiles, que impactaron sobre el tosco muro de escudos de los nativos. Los cántabros abatieron las lanzas, más concebidas para la caza que para la guerra. Los árabes percibieron su debilidad, podían oler su miedo.

—¡Mantened la línea! —Con un estandarte rojizo en alto, ondeando orgulloso, un espatario dirigía a los aldeanos. Una hueste de niños, lisiados y ancianos. Granjeros y pastores con ropas andrajosas y armas de caza—. ¡No miréis al frente, sino atrás!

Los montañeses echaron un vistazo por encima del hombro, a sus espaldas, más allá del muro de escudos: a sus madres, a sus nietos, a los rebaños que les daban sustento. A todo cuanto amaban. Cuando entornaron el rostro hacia el frente, su expresión era decidida.

—¡Sin cuartel! —gritó Alqama—. ¡No hay lugar en la Yanna para los cobardes!

Los muslimes arrojaron una descarga de saetas, y luego otra. Una eufórica confianza crecía dentro de sus pechos, la victoria se antojaba demasiado fácil.

—¡Alto! —gritó el caíd, alzando la mano.

La mayoría de barbar ignoró sus órdenes y corrió por el camino, bajo la sombra de los peñascos que asomaban sobre sus cabezas y dominaban el angosto paso.

Un resoplido de cuerno surgió de la montaña y se extendió por todo el valle. En ese instante, un alud de rocas rodó por la pendiente, como una marea devastadora. Un temblor que les sacudió hasta los huesos.

El barbar que acompañaba al caíd gritó algo, no lo pudo escuchar. El yelmo retumbó como una campana cuando una piedra impactó en él. Dos flechas le alcanzaron el pecho, en rápida sucesión. Aturdido, se derrumbó de espaldas. A su alrededor, los moros caían aplastados por las peñas, empuñando las armas, feroces incluso en la muerte. Los supervivientes fueron abatidos por las saetas. Alqama se descubrió herido, en el suelo. El estruendo de las rocas rodando aún resonaba a su alrededor. Parpadeó por un instante al ver su sangre. Cerró los ojos, concentrado en su propia respiración. Quiso ponerse en pie, apretó los dientes, apenas consiguió respirar. Comenzó a gatear entre los pedruscos. El polvo se despejaba en el camino, convertido en pedregal. Los cuerpos sin vida esparcidos por el pedregal, allá donde hallaron

la muerte. Un grupo de mujeres descendió de la montaña, armadas con cuchillos y hachas de leñador, para rematar a los moribundos.

Alqama sintió cómo su corazón se ralentizaba, un frío pegajoso en las manos, la sangre reseca en la boca. Alzó la vista y los tendones del cuello protestaron, y se topó con un rostro femenino. Unos ojos enigmáticos, sobre piel sudorosa, pálida como el alabastro. Una máscara vacía de emoción, esa frialdad que reprime la ira.

—M-mátame —rogó Alqama, y aferró la empuñadura de la espada. Pronto estaría muerto, y el modo de hacerlo importaba.

La mujer, delgada, de cabello azabache, manoseaba un cuchillo. Parecía encinta. Había hecho trabajos sucios antes. Había atendido a leprosos, había limpiado cadáveres. Compartió una celda con ratas, caminó descalza por una ciudad en ruinas. Su cuerpo fue varias veces forzado por hombres como él, y, aun así, logró derrotar a la idea de que aquello definiera su valor y su propósito.

Tampoco dejaría que el odio definiera sus actos ese día.

—No. Te niego la muerte.

El aire se había vuelto denso como la miel de brezo, los cuerpos cansados deambulaban entre una nube de polvo, los grajos hacían círculos en el cielo, a la espera. Abrumada por el alivio y aturdida por la emoción, la mujer vio llegar a un guerrero. El resto de hombres se ponía de pie a su paso, mirándole con respeto. Cansado más allá de lo imaginable, él caminaba, aunque no estaba allí. No estaba en ninguna parte. A veces, tenía que detenerse y cerrar los ojos para no caer. La sangre se deslizaba lentamente bajo su ojo izquierdo.

—¿Has tenido ya suficiente heroísmo? —le preguntó la mujer, con una sonrisa cansada en los ojos.

—Eso creo. —Fruela apretó los dientes al sentarse sobre una roca y ella se acomodó a su lado. Trató de ser cuidadosa cuando le lavó los cortes y examinó la herida bajo el ojo izquierdo. No lo consiguió y dio un respingo.

—Lo siento.

—Está bien. —Fruela cerró los ojos y ella sonrió. Sus manos temblaron cuando la aguja comenzó a perforar la carne—. Usar a mujeres como cebo…, demasiado arriesgado.

—Alqama ya había caído en dos emboscadas —dijo Hilduara.

Concluida su labor, comprobó las costuras. Se había concentrado tanto en la herida que no se dio cuenta de cómo la miraba.

—Debería sanar. —Dejó la aguja a un lado mientras él asentía, después le acarició la mejilla y apoyó la frente en su hombro.

XXXII

Baldomero permanecía erguido aún bajo la lluvia, sosteniendo la biblia en la mano, mientras leía los pasajes que le habían solicitado. Su voz se mostraba sombría y colmada de una caprichosa empatía, aunque, a pesar de sus palabras amables, Fruela halló escaso consuelo en ellas.

—Y Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá». —El monje cerró el libro toscamente encuadernado y miró a su alrededor. Fruela percibió una tristeza que emulaba la suya, lo cual le resultaba extraño, ya que apenas conocía a Pedro.

«Y jamás lo hará».

La lluvia amainaba. El ataúd, tallado en nogal, descendió al fondo de la fosa y las plañideras iniciaron la preceptiva sinfonía de lloros, sollozos y lamentos. Guidemar cayó de rodillas y se cubrió el rostro con unas manos que parecían zarpas de oso. Una muestra tan cruda de emoción que Alfonso no pudo soportarlo, a pesar de que, en todo momento, mostraba su regia dignidad.

«El duque ha muerto, se dijo Fruela. Larga vida al duque».

Uno tras otro, los magnates se acercaron a la tumba del duque Pedro, entre estelas paganas cubiertas de musgo. Presentaron por última vez sus respetos y arrojaron flores sobre el féretro. Hilduara deslizó una mano en la de Fruela para conducirle lejos del camposanto.

—Vámonos —le susurró al oído.

Una vez finalizado el sepelio, en el firmamento surgió un arcoíris de todos los colores concebidos por el ojo humano. Una señal celeste, inapropiada para la afligida ceremonia de aquella mañana gris, aunque oportuna para la oficiada al día siguiente.

La boda se celebró en Canicas, en una ermita de troncos sobre un antiguo dolmen.

—Aquí mismo construiré una iglesia dedicada a la Santa Cruz —les dijo Favila, el hijo de Pelayo—. Una de piedra, bien canteada.

Aquel día nadie le creyó.

Para esta ocasión, Baldomero vestía una hermosa casulla esmeralda sobre el alba. Durante la velación, Ermesinda y Alfonso se arrodillaron ante el altar y el diácono depositó un velo blanco con dos franjas rojas sobre la cabeza de ella y los hombros de él, como símbolo del vínculo que los unía. Tanto a ellos como a sus súbditos.

—Y ahora, Señor, te pedimos también que estos hijos tuyos permanezcan en la fe y amen tus preceptos —recitó el monje—; que, unidos en matrimonio, sean ejemplo por la integridad de sus costumbres; que su unión sea fecunda y, después de una feliz ancianidad, lleguen a la vida de los bienaventurados en el reino celestial. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

De este modo, el primogénito de Pedro, nuevo duque de Cantabria, desposaba a Ermesinda, la hija del princeps de Asturia. La unión de los pueblos del norte. Tras la victoria en el Auseva, la nobilitas astur al fin había reconocido la jefatura de Pelayo.

Sentada entre los invitados, Gausinda contemplaba la ceremonia y amamantaba a su nuevo vástago, junto a Teudis el Tartaja. Concluidos los esponsales, vio a sus dos hermanos hacer algo que jamás había presenciado: actuar como hermanos. Los vio bromear con la novia, en un tácito reconocimiento de una infancia compartida. Siempre distantes, actuando como rivales antes que como hermanos. Tan diferentes, tan iguales. Observó sus gestos, un lenguaje compartido de experiencias comunes. Y, al fin, los vio reír juntos.

Antes del banquete nupcial, Baldomero recitó un fragmento de la Missa de hostibus que él mismo había compuesto. Guerreros que han de enfrentarse a un enemigo implacable que los supera en armas y número, pero la fe y la confianza en el Señor los conducirán a la victoria. El himno rememoraba a Moisés y la destrucción del ejército del faraón; la aniquilación de los ciento ochenta y cinco mil asirios de Senaquerib por el Ángel del Señor. Una enrevesada sucesión de citas bíblicas y metáforas veterotestamentarias convertía a Pelayo en un nuevo Judas Macabeo.

Al igual que en la batalla de Cova d'Onnica.

Antes de que el monje sumergiera por primera vez la pluma en tinta, las historias ya pasaban de boca en boca: en el monte Auseva, junto a la cueva sagrada, Dios había hecho que los proyectiles de los fustíbalos cayeran sobre los propios musulmanes. Después, una montaña se derrumbó en Causegaudia para aniquilar a los restos de la hueste de Alqama. Y cuando Munuza trató de escapar hacia Astúrica, Pelayo le emboscó en Olalíes, aniquilando a todos los

sarracenos de aguas al mar. Las batallas de Waddi Laka y Cova d'Onnica componían una historia de castigo y redención, de muerte y renacimiento.

«Dios está con nosotros».

La victoria en el Auseva suponía el principio del fin del castigo divino. Escuchando aquella osada homilía, Fruela recordó las palabras de su hermano: «Resulta imposible no ser derrotado cuando te enfrentas a un enemigo cuyos dioses le han otorgado una moral más firme». Jenofonte, discípulo de Sócrates y estratego de los Diez mil, no se equivocaba. Pelayo les había otorgado esa epopeya que tanto necesitaban.

Porque el mito es más fuerte que la Historia y la voluntad es más poderosa que el miedo.

> Tras la muerte de Pelayo, Favila ocupó el puesto de su padre. Edificó, en una obra admirable, una basílica en honor de la Santa Cruz. Vivió breve tiempo. Se sabe que a causa de una ligereza fue muerto por un oso en el segundo año de su reinado, en la era 739.
>
> Muerto él, es elegido como rey por todo el pueblo Alfonso, que con la gracia divina asumió el cetro del reino. La osadía de los enemigos fue siempre aplastada por él. Este, en compañía de su hermano Fruela, haciendo avanzar a menudo su ejército, tomó por la guerra muchas ciudades, a saber: Lugo, Tuy, Oporto, Anegia, Braga la metropolitana, Viseo, Chaves, Ledesma, Salamanca, Numancia —que ahora se llama Zamora—, Ávila, Astorga, León, Simancas, Saldaña, Amaya, Revenga, Carborárica, Abeica, Cenicero, y Alesanco, y los castillos con sus villas y aldeas, mató a los árabes con la espada, y se llevó consigo a los cristianos a la patria.
>
> Por este tiempo se pueblan Asturias, Primorias, Liébana, Trasmiera, Sopuerta, Carranza, las Vardulias, que ahora se llaman Castilla, y la parte marítima de Galicia. Fue un varón grande, querido por Dios y por todos. Construyó muchas basílicas. Vivió en el trono dieciocho años. Falleció de muerte natural.
>
> *Crónica de Alfonso III*, versión Rotense

Apuntes históricos

Hubo un héroe que luchó contra un león y limpió los establos de un rey. Dioses que se burlaban de nuestra vanidad desde la cima de una montaña; un titán que les robó el fuego para nosotros y un muchacho que quiso volar cerca del sol. Relatos surgidos para explicar lo inexplicable, aunque no de una manera lógica. Un mito no solo demuestra, sino que también expresa. Es una consciencia hecha tangible. Una metáfora que encarna valores e ideales, y, en su misma esencia, hallamos nuestro ser atemporal y nuestra concepción del destino. Desde muy temprano, la victoria de Pelayo en Covadonga adoptó la forma de «mito de origen», el germen del reino de Asturias y, siglos después, de la nación española. La cosmología de todo mito fundacional puede dividirse en cuatro etapas: una época dorada, una caída o destrucción, una era de tribulaciones y la restauración del estado primigenio. De este modo, se fragua un bucle nostálgico hacia un pasado imaginado, una tensión constante entre lo que es y lo que debería ser. No es difícil trasladar este paradigma a ese proceso llamado Reconquista.

Desde los tiempos de Heródoto, la historia se ha confrontado con el mito, del mismo modo en que se distingue entre realidad y ficción, o verdad y mentira. Esta creencia alcanzó el paroxismo con el positivismo decimonónico que quiso aupar a la historia a la categoría de «verdadera ciencia». La comprobación de la veracidad de los hechos supondría el primer paso de un proceso analítico que culminaría con el descubrimiento de las leyes que rigen los fenómenos históricos, ya que, en palabras de Augusto Comte, «no se deberá nunca confundir la ciencia real con esa vana erudición que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros». Este ingenuo antecedente del *fact-checking* de la era digital puede servir para verificar una noticia, lo cual no impide que su interpretación, destinada a elaborar un discurso histórico, resulte totalmente errada. Y a la inversa. En su Poética, Aristóteles ya señaló que la literatura aborda lo universal y la historia, lo particular, y que la ficción puede ser una mentira que nos permita alcanzar una verdad superior.

Para el mitólogo Mircea Eliade, un mito supone una historia sagrada que describe el modo en que, gracias a las hazañas de un héroe, una realidad ha cobrado existencia. Cualquier cosa se vuelve sagrada en la medida en que incorpora —es decir, revela— algo que va más allá de sí misma. Lo que define al mito, por tanto, no es su carácter ficticio, sino la función que desempeña dentro de un sistema ideológico capaz de ofrecer a la sociedad que lo conforma una representación global de su devenir histórico. Una batalla puede ser real y, con el paso de los siglos, mitificarse, dado que la realidad humana posee una naturaleza dual: todo es algo y, al mismo tiempo, significa algo.

La «idea controladora» de este libro reside, precisamente, en la compleja relación entre mito e historia. El lector interesado en mi interpretación «científica» de la conquista islámica de Spania y el surgimiento del reino de Asturias podrá encontrarla en Espada, hambre y cautiverio, una monografía editada recientemente por Desperta Ferro. En la trama de Cova Dónnica hallará, por el contrario, una evocación del «periplo del héroe» de Joseph Campbell; reflejos y sombras de los arquetipos de Carl Jung; ecos de la hermenéutica de lo sagrado de Mircea Eliade; y el inevitable ajuste de cuentas del autor con el mundo. Mi rey Rodrigo es solo una carcasa concebida para ahondar en la fragilidad del bien. El conflicto interior de Fruela resulta deudor de la Máscara de mando de John Keegan, y tanto Pelayo como Maslama sirven para plasmar las múltiples paradojas del liderazgo.

Lo cual nos lleva a la inevitable pregunta de «Sí, pero ¿qué ocurrió realmente?».

La primera mención a la rebelión pelagiana se encuentra en el Testamento de Alfonso II, un acta de donación fechada en el año 812 que, de forma lacónica, nos informa de que Pelayo «fue elevado al rango de príncipe y, luchando victoriosamente, abatió a los enemigos y defendió, vencedor, al pueblo cristiano y astur, dándoles gloria». Para un relato más detallado debemos recurrir a tres obras redactadas en Oviedo hacia la década de 880, la Crónica Albeldense y las dos versiones de la Crónica de Alfonso III. Al contrario de lo que muchas veces se afirma, no son fruto de la inventiva de tres autores sentados ante un pergamino en blanco. En las crónicas altomedievales no existía el concepto de autoría, y suelen ser obra de sucesivas manos que fueron añadiendo información, en ocasiones transcribiendo pasajes enteros de manuscritos anteriores. Este proceso convierte a las fuentes en algo más parecido a una página de la Wikipedia que a un libro de historia, tal y como hoy lo entenderíamos. El relato de los

sucesos de Covadonga resulta de mayor extensión en la versión Rotense de la Crónica de Alfonso III, y, en opinión de Miguel Stero, su versión más primitiva debió de elaborarse poco después de la muerte de Alfonso I en 757. Presenta infinidad de similitudes con un texto litúrgico llamado Missa de Hostibus, estudiado por Alexander Pierre Bronisch. Diversos clichés literarios y citas, plagios y alusiones al Antiguo Testamento convierten a los sucesos del monte Auseva en evocaciones de personajes y acontecimientos bíblicos que, en última instancia, trasmiten la idea de que la victoria cristiana solo fue posible gracias al auxilio de Dios.

Contamos con una tradición árabe sobre los hechos de «la Roca de Pelayo» que parece remontarse a Ahmad al-Rāzī, un historiador andalusí del siglo X. Este relato se ha conservado en cuatro compilaciones históricas, aunque el número puede elevarse a diez, si contamos las que reproducen las primeras. Las dos versiones más extensas proceden de su hijo ‘Īsà al-Rāzī y de Ibn Hayyān, transcritas en la obra de Mohamed al-Maqqarī, un historiador magrebí del siglo XVIII. Ahmad al-Rāzī empleó fuentes latinas para elaborar un contrarrelato a la tradición asturiana en el que minimiza la importancia de los hechos de Covadonga, y, por ese motivo, incurre en la contradicción de negar la existencia de la batalla y, al mismo tiempo, de destacar su enorme trascendencia histórica. A pesar de los muchos problemas de las fuentes textuales, los avances arqueológicos de las últimas décadas esbozan un paisaje cada vez más nítido de Asturia y Cantabria a comienzos del siglo VIII.

La rebelión de Pelayo debió de iniciarse en 718, ya que las crónicas asturianas sitúan su muerte en 737 tras un reinado de 19 años. La famosa fecha de 722 para la batalla de Covadonga responde a una hipótesis de Claudio Sánchez-Albornoz, basándose en una compilación biográfica que menciona un noble musulmán que murió en al-Ándalus a manos de los cristianos el 30 de mayo de 722, algo que, en su opinión, solo pudo ocurrir en Asturia. Este argumento resulta muy cuestionable, ya que, por entonces, debían de existir otros núcleos de resistencia en la Península y el califato aún realizaba campañas militares en Septimania, región del sur de la Galia comprendida en al-Ándalus. Sin embargo, esta datación resulta coherente con la mayoría de fuentes árabes, ya que sitúan los sucesos en el valiato de ‘Anbasa ibn Suhaym (reg. 721-725), un gobernador árabe que, según la Crónica Mozárabe, «duplicando los impuestos a los cristianos, los reprimió con dureza». La revuelta en Asturia y Cantabria, por consiguiente, podría estar relacionada con un aumento en la presión fiscal que desencadenó infinidad de conflictos por todo el califato.

Luis A. García Moreno ha propuesto trasladar la fecha de la batalla al año 737, tras identificarla con una oscura mención de la Crónica Mozárabe a una campaña en «las montañas pirenaicas». El principal escollo reside en que las crónicas alfonsíes fechan la muerte de Pelayo precisamente en el 737, lo que coincide con la fundación de la iglesia de la Santa Cruz en Cangas de Onís, promovida por Favila, el hijo y sucesor de Pelayo, el 27 de octubre de ese año. Julia Montenegro y Arcadio del Castillo han destacado que la narración alfonsí presenta el enfrentamiento en el Auseva justo después de que Pelayo fuera elegido princeps, por lo que proponen una fecha más próxima a 718. Para Cova Dónnica me he decantado de forma interesada por esta posibilidad, para desarrollar una trama carente de una elipsis de cuatro años, de modo que la acción progresara de un modo más orgánico.

Tanto los relatos árabes como las tres crónicas alfonsíes presentan a Pelayo como un aristócrata godo. Según la versión Rotense, habría sido espatario de Witiza y Rodrigo, mientras que la A Sebastián eleva su rango al presentarle como «hijo de Favila, de ascendencia regia». Esta reescritura sirve para presentar al reino de Asturias como sucesor del visigodo. La condición de Pelayo como hijo de un duque provincial no es incompatible con la de comes spatharius, uno de los jefes de la guardia palatina de los reyes visigodos. Ignoramos la relación de Pelayo con el territorio astur; si su familia tenía bases fundiarias en la región o si, como tantos nobles hispanogodos, buscó refugio en las montañas. En un precepto real, Alfonso III dona la iglesia y las haciendas de Santa María de Tentiana, la actual Tiñana de Siero, que habían sido propiedad de su bisabuelo Pelayo. Esta propiedad pudo pertenecer la familia del caudillo astur o ser adquirida tras la victoria en Covadonga. El duque Favila, padre de Pelayo, pudo estar a cargo de la provincia visigoda de Gallaecia, o bien de una posible provincia de Asturia, mencionada por Valerio del Bierzo y el cosmógrafo de Rávena. La Crónica Albeldense asegura que, cuando el futuro rey Witiza residía en Tuy, asesinó al duque Favila de un estacazo en la cabeza «por causa de su esposa» y, más tarde, cuando ocupaba el trono, expulsó a su hijo de Toledo. La hostilidad de las fuentes alfonsíes hacia Witiza y su linaje, unida al hecho de que en época de Alfonso III estallara una rebelión liderada por un dux Witiza en Tuy, hace cuestionar la veracidad del relato.

Según la versión Rotense de la Crónica de Alfonso III, el estallido de la revuelta de Pelayo se produjo después de que Munuza, el gobernador musulmán de Asturia, le enviase a Córdoba con la excusa de una comisión, para desposar a su hermana aprovechando su ausencia. Al-Maqqarī incluye

una anécdota según la cual Pelayo habría permanecido como rehén en Córdoba «para asegurar la obediencia de las gentes del país» durante el valiato de al-Hurr (reg. 716-719) y logró escapar en el año 717. En Espada, hambre y cautiverio he propuesto que esta tradición responda al hecho de que el palacio de al-Hurr (Balāt al-Hurr) en Córdoba sería conocido, un siglo después, como «la Casa de los rehenes» (Dār al-rahāin), ya que se convirtió en la residencia forzada para jóvenes aristócratas muladíes.

Aunque, en ocasiones, la boda de la hermana de Pelayo con Munuza ha sido despreciada como un novelesco «lío de faldas», los enlaces entre conquistadores y nobles hispanogodas supusieron un fenómeno muy común tras la conquista, gracias a lo cual los linajes árabes consolidaron su poder y la aristocracia indígena preservaba una cierta posición en el nuevo régimen. En 1976, Pierre Guichard destacó que la organización agnática de los árabes —un férreo patriarcado que ignoraba el linaje materno—, unida a la poligamia y el concubinato islámicos, hizo que esta «unión» solo fuera ventajosa para una de las partes. Un musulmán podía desposar a cuatro cristianas, pero un cristiano no podía casarse con una musulmana. Estos factores, junto con su posición socialmente hegemónica, hicieron que las haciendas de las élites indígenas acabaran integrándose en los linajes árabes, sin posibilidad de retorno; junto con los abusos propios de toda élite conquistadora y la creciente opresión fiscal, debieron de suponer una continua fuente de conflictos.

Sea como fuere, Pelayo tuvo que regresar a Asturia en el año 718 y, poco después, inició la revuelta. Parece que, en un principio, trató de liberar a su hermana de una forma negociada. La Crónica de Alfonso III relata cómo las autoridades islámicas enviaron unos agentes para apresarle, por medio de engaños, en un lugar llamado Brece. Gracias a la advertencia de un amigo, logró escapar a uña de caballo, junto con su séquito armado, hasta toparse con el río Piloña «crecido y desbordado», por lo que tuvo que cruzarlo a nado, y después buscó refugio en los Picos de Europa.

Las crónicas afirman que la sede de Munuza, el gobernador musulmán de la Asturia transmontana, se hallaba en Gijón, un enclave portuario que suponía ser lo más parecido a un núcleo urbano en la vertiente costera de la cornisa cantábrica. Contaba con una muralla romana que cerraba el istmo y una cisterna lo abastecía de agua. Los materiales con los que esta última fue rellenada, en el último tercio del siglo VIII, incluyen muebles y enseres de cierta riqueza, restos óseos de perros de caza y de una mangosta egipcia, un animal exótico importado del norte de África. Estos restos apuntan, en

opinión de Alfonso Vigil-Escalera, a que Gijón se tratase de «la sede de un palatium y una guarnición desde donde se ejercería el control político y fiscal del territorio». Dado que, en Asturias, los yacimientos de época tardoantigua se concentran en torno a la actual «Y» formada por Gijón, Oviedo y Avilés, la guarnición gijonesa podía controlar la mayoría de haciendas y fortalezas de la aristocracia local. No obstante, esta privilegiada situación estratégica dependía de mantener una vía de comunicación abierta a través de la cordillera, ya fuera por el Camino de la Mesa, que conducía a Astorga, o bien por la Vía Carisa, que llevaba a León. Entre finales del siglo VII y principios del VIII, cerrando ambas vías romanas, se construyeron dos defensas lineales de tipo claustrae, en Homón de Faro y El Muro, un hecho que parece relacionado con la invasión musulmana. Sabemos, gracias una fuente anónima árabe, los Ajbār Maŷmū‘a, de la existencia de un importante asentamiento militar islámico en Astorga hacia la primera mitad del siglo VIII, y la arqueología sugiere que en León hubo una ocupación militar árabo-bereber, a causa de algunos restos cerámicos de la primera mitad de esa centuria. Todo ello sugiere un modelo de ocupación militar similar al desarrollado tras la conquista romana, con guarniciones en Astorga (Legio X Gemina), León (Legio VI Victrix) y Herrera de Pisuerga (Legio IV Macedonica) en el comienzo de las tres grandes calzadas que atravesaban la cordillera cantábrica: el camino de la Mesa, la vía Carisa y la vía del Escudo.

El valle del Güeña, donde se encuentra Cangas de Onís, la futura capital del reino, supone el segundo territorio asturiano con mayor concentración de evidencias arqueológicas de época tardoantigua. Una antigua vía romana recorría la ribera norte del río Güeña, a través del vicus viarium de Corao y la aldea de Canicas, en torno a la cual confluía una red de sendas de montaña conformada por siglos de pastoreo. Más allá del macizo occidental y el central de los Picos de Europa, el Valle de Liébana, una de las comarcas más aisladas de España, contaba, al menos a finales del siglo VIII, con un buen número de monasterios y aldeas. Fue en las proximidades de Cangas donde, según la Rotense, Pelayo «reunió a cuantos halló que iban a concejo» y le eligieron princeps. Aunque los términos habituales para referirse a los reyes en época visigoda y altomedieval son rex, dominus y princeps, este título, que le atribuyen las crónicas de la década de 880, no parecen emplearlo los sucesores de Pelayo de un modo habitual hasta Alfonso II (reg. 791-842). La inscripción fundacional de la iglesia de la Santa Cruz en Cangas, en el año 737 menciona a Favila, el hijo y sucesor de Pelayo, sin emplear ningún título asociado a la realeza.

Resulta imposible precisar si, a partir de entonces, se sucedieron acciones violentas contra guarniciones de Munuza, o inmediatamente después, cuando el ejército de Alqama y Opas habría acudido desde Córdoba para sofocar la rebelión. Las crónicas asturianas presentan a Munuza como un «compañero de Tāriq», una circunstancia improbable que, unida a la posterior presencia de Opas, y a que Pelayo sea espatario de Rodrigo, presentan al choque de Covadonga como una revancha de la derrota en la Janda, la mal llamada batalla de Guadalete. Resulta más probable que la hueste de refuerzo partiera de Astorga y llegase a la Asturia transmontana por el Camino de la Mesa, al tiempo que parece improbable que Opas acudiera al monte Auseva para intentar persuadir al líder de una rebelión de que se rindiera. El rol de Opas y los miembros del linaje de Witiza como «colaboracionistas» de los árabes resulta dudoso. Tanto la Crónica Mozárabe del año 754 como, ya en el siglo X, las tradiciones de Ahmad al-Rāzī e ‘Arīb ibn Sa’īd, presentan a un sector de la nobleza hispanogoda traicionando a Rodrigo en la batalla que le enfrentó a Tāriq ibn Ziyad. El anónimo mozárabe no precisa la identidad de los traidores, al tiempo que asegura que ellos también perdieron la vida. Según al-Rāzī e Ibn Sa’īd, los felones fueron Opas y Sisberto, los hermanos del rey Witiza, que abandonaron las alas del ejército hispanogodo una vez entablado el combate, al suponer que Tāriq regresaría a sus bases de África una vez finalizada una supuesta incursión de saqueo. La narración de Ibn Sa’īd confirma la versión del mozárabe de que los witizanos «también perecieron, no sirviéndoles de nada sus argucias». La creencia de que, poco después, Opas se convirtió en consejero y colaborador de las autoridades islámicas obedece a un pasaje de la Crónica Mozárabe (54):

> Después de arrasarla hasta Toledo, la capital del reino, y de azotar despiadadamente las regiones circundantes con una paz engañosa, [Mūsà] condena a algunos nobles señores varones, que allí se habían quedado, al patíbulo, por haberse escapado de Toledo el hijo del rey Egica, Opas, y por esta causa los pasa a todos a espada.

Un equívoco en la expresión latina *per eius occasionem* («en esta circunstancia» o «por esta causa») hace que este pasaje se haya traducido de forma errónea como «[Mūsà] condena a muerte a algunos ancianos nobles que todavía quedaban en Toledo tras la fuga, y a todos los pasa por la espada; contó para ello con la complicidad de Opas, hijo del rey Egica». Este error indujo a pensar que Opas se estaba librando de unos rodriguistas incómodos en connivencia con Mūsà, lo cual, a su vez, sirvió para reforzar la idea de que los witizanos colaboraban con los árabes. Una versión de los hechos armónica

con la presentada por Ibn al-Qūtiyya, un descendiente de una nieta de Witiza llamada Sara, cuya crónica, redactada en el siglo X, describe cómo los tres hijos de Witiza recibieron las tres mil haciendas que habían pertenecido a la Corona a cambio de su traición. Al presentar la conquista del reino visigodo como un acuerdo entre sus antepasados y el califa, Ibn al-Qūtiyya defiende los derechos de su linaje sobre tales propiedades. El ya mencionado sesgo antiwitizano de las crónicas asturianas tal vez sea responsable de la presencia de Opas en Covadonga, encarnando a la nobleza hispanogoda que había pactado con los musulmanes. Para esta novela, no he querido renunciar a un personaje tan emblemático, convertido en referente literario durante doce siglos, aunque es preciso reseñar que su presencia en los combates del Auseva resulta más que improbable.

Ante la irrupción de Alqama en el valle del Gueña, Pelayo y sus hombres pudieron tomar la senda que ascendía por la sierra de Covadonga hasta el monte Auseva, donde se encuentra la gruta de Covadonga. El camino empleado para tal fin, concebido para el traslado estacional de los rebaños, pudo estar controlado por el castillo altomedieval de La Porra (Següenco), y conducía hacia los puertos de los lagos Enol y Ercina. Parece poco probable que la cueva-santuario se utilizase como refugio durante un asedio; su cercanía física a una victoria relacionada con el auxilio divino debió de otorgarle esa relación con posterioridad.

Las cifras de combatientes aportadas por las fuentes resultan irreales. Los 187.000 sarracenos mencionados por la Crónica de Alfonso III son una exageración de probable origen bíblico, y los 300 cristianos de los relatos árabes repiten otro número muy recurrente, ya empleado por Heródoto para los espartiatas de las Termópilas. A pesar de las exageraciones propias de la época, la historiografía militar moderna considera que la inmensa mayoría de choques armados de la Alta Edad Media debieron de estar protagonizados por centenares de hombres o unos pocos millares. La batalla librada cerca de Covadonga pudo consistir en un intercambio de proyectiles seguido de un ataque a la parte central o posterior de la columna islámica que avanzaba por la sierra, o un choque de formaciones en el que los musulmanes realizaron con éxito una maniobra de ruptura, lo que explicaría que la vanguardia huyera atravesando los Picos de Europa. Este itinerario desde el Auseva, pasando por el puerto de Amuesa hasta llegar a Cosgaya, fue reconstruido por Sánchez-Albornoz y hoy es conocido como «Ruta de la Reconquista» (GR-202).

Una vez que los supervivientes de Covadonga llegaron al valle de Liébana, se habría producido un alud que los sepultó muy cerca de la aldea de

Cosgaya, junto al margen del río Deva, de modo que «cuando en tiempo invernal llena su cauce y cubre sus riberas, muestra de manera evidente indicios de armas y huesos de ellos». Una tradición cántabra, recogida desde el siglo XVIII, identifica al monte Subiedes con el lugar del derrumbe y, en 1924, Constantino Cabal confirmó que, según los vecinos, «para hallar monedas y osamentas en el lugar bastaban unos golpes de azadón». Los arqueólogos Javier Marcos y Lino Mantecón excavaron el castillo roquero situado en Subiedes, cuya construcción dataron a finales del siglo X. Este yacimiento confirma el valor estratégico de la cumbre para el control del paso por el valle y como posible lugar de refugio, al tiempo que los informes geológicos documentan dos violentos derrumbes en la margen derecha del Deva, acaecidos entre 500 y 5.000 años atrás. Sin duda los musulmanes hubieran tenido muy mala fortuna si esto sucedió justo cuando marchaban por el margen del río. Tal y como se recrea en esta novela, cabe la posibilidad de que los lebaniegos los emboscaran y la tradición oral magnificara las piedras que les arrojaron. Aunque otra posibilidad es que nos hallemos ante una leyenda etiológica, concebida para explicar la presencia de armas y restos óseos en un paraje conocido por sus argayos.

Al saber de la derrota en el Auseva, Munuza se apresuró a abandonar Gijón con los restos de la guarnición musulmana y, en su huida, sufrió una emboscada y pereció junto a sus hombres. Mientras que la versión Rotense de la Crónica de Alfonso III ubica este suceso «en el pueblo Clacliense», la A Sebastián presenta los hechos en el «lugar de Olalíes», identificado con la localidad de Proaza, próxima al Camino de la Mesa. Estas dos victorias afianzaron la jefatura de Pelayo e hicieron que los musulmanes perdieran el control de la sección central de la cornisa cantábrica. Sin embargo, para el surgimiento del reino de Asturias, resultó aún más decisiva la sucesión de conflictos internos y externos en la que se vio sumido el califato, iniciado con el fracasado asedio a Constantinopla de 717-718 y seguido de una treintena de catástrofes militares durante el gobierno de Hishām ibn ‘Abd al-Malik (reg. 724-743). La incapacidad para integrar a los maulas en el estado islámico desembocó en la gran revuelta bereber de 740, que hizo que las guarniciones norteafricanas abandonaran el valle del Duero. Esto, a su vez, posibilitó la ofensiva de Alfonso I de Asturias, hijo del duque Pedro de Cantabria, sobre la meseta norte en el año 133 de la Hégira (750-751). La sucesión de guerras entre bereberes, baladíes y sirios solo concluyó después de que Abderramán I, el Emigrado, consolidara su autoridad sobre al-Ándalus. Será en 782 cuando se reinicien las campañas islámicas sobre el norte peninsular, primero en el

valle del Ebro y después contra el reino asturiano, ya en la década de 790. Setenta años que resultaron vitales para que los sucesores de Pelayo y Alfonso fraguaran un nuevo reino.

Agradecimientos

A Pedro Santamaría y Pau Centellas, por creer en mí.

A los miembros del jurado del Certamen de Novela Histórica Ciudad de Úbeda, por creer en el libro.

A Silvia Carnicero, por dejar sus lágrimas.



Yeyo Balbás nació en Torrelavega (Cantabria) en 1972 y ha trabajado durante quince años en distintos campos de la divulgación histórica, como ilustrador y realizando documentales y cortometrajes. Tras formar parte del consejo de redacción de *Memoria*, actualmente colabora en la revista de historia militar *Desperta Ferro*.

Publicó su primera novela, *Pax romana*, en 2011, y su continuación, *Pan y circo*, dos años después. Con *El Reino imposible* (2019) dio el salto a la Alta Edad Media. En 2022 han visto la luz *Espada, hambre y cautiverio*, su primera obra de investigación, dedicada a la conquista musulmana de Spania y la batalla de Covadonga y *Cova Dónnica*, con la que ganó el Premio de novela histórica Ciudad de Úbeda.